



Antifa

Mark Bray

Antifa

INTRODUCCIÓN

Querría que este libro no fuese necesario. Pero alguien prendió fuego al Centro Islámico local de Victoria (Texas) pocas horas después de que la administración de Trump anunciase su veto migratorio a los musulmanes. Y algunas semanas después de la presentación de una avalancha de más de 100 leyes contra el colectivo LGTBQ, a principios de 2017, un hombre echó abajo la puerta principal de Casa Ruby, un centro de defensa de los derechos de las personas transgénero en Washington D. C. y agredió a una transexual mientras gritaba: «¡Te voy a matar, maricón!». Un día después de la victoria electoral de Donald Trump, los estudiantes de ascendencia latinoamericana del Instituto de Secundaria Royal Oak, en Míchigan, acabaron por llorar cuando sus compañeros de clase empezaron a corear: «¡Construye el muro!». Más tarde, en marzo, un antiguo soldado y supremacista blanco se fue en autobús a Nueva York para «atacar a hombres negros». Apuñaló y mató a Timothy Caughman, un indigente de raza negra. Ese mismo mes, alguien derribó y pintarrajeó una docena de lápidas en el cementerio judío de Waad Hakolel, en Rochester (Nueva York). Entre quienes yacen allí se encuentra Ida Braiman, una prima de mi abuela. Ida fue asesinada de un disparo en 1913 por un patrón, apenas unos meses después de haber llegado a Estados Unidos desde Ucrania, mientras participaba en un piquete junto con otros trabajadores textiles, también inmigrantes judíos. La reciente oleada de profanaciones en cementerios hebreos en Brooklyn, Filadelfia y otros lugares, se ha producido bajo la administración de Trump. Este omitió toda mención a los judíos en sus declaraciones sobre el Holocausto, su secretario de prensa negó que Hitler

hubiese gaseado a nadie y su consejero jefe fue una de las figuras más destacadas de la derecha alternativa, una corriente notoriamente antisemita. Como escribió Walter Benjamin, en el momento álgido del fascismo de entreguerras: «*Ni siquiera los muertos estarán seguros, si el enemigo vence*».[1]

A pesar del resurgir de la violencia de los fascistas y de los supremacistas blancos en Europa y Estados Unidos, la mayoría de las personas considera que vivos y muertos están seguros, ya que piensan que estas ideologías están superadas y no suponen peligro alguno. A su entender, el enemigo fascista perdió de forma definitiva en 1945. Pero los muertos no estuvieron seguros cuando el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, dijo en 2003 que el encierro en los campos de prisioneros de Mussolini era como unas «vacaciones». Ni cuando el líder del Frente Nacional francés, Jean-Marie Le Pen, declaró, en 2015, que las cámaras de gas de los nazis habían sido un simple «detalle» histórico. Los neonazis que en los últimos años han inundado de pintadas racistas las ubicaciones de los guetos de Varsovia, Bialistok y otras ciudades polacas, saben muy bien que sus cruces célticas atacan a los muertos tanto como a los vivos. El antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot nos avisa: «El pasado no existe de forma independiente del presente [...]. El pasado o, para ser más precisos, la condición de ser pasado, es una opinión. Así, de ninguna manera podemos identificar el pasado como pasado».[2]

Este libro se toma muy en serio el terror transhistórico del fascismo y el poder de convocar a los muertos cuando se trata de defenderse frente a él. Toma partido, sin avergonzarse por ello lo más mínimo. Es un toque a rebato, que intenta dotar a una nueva generación de antifascistas del bagaje histórico y teórico necesario para derrotar a una extrema derecha que resurge. Está basado en 61 entrevistas a militantes, en activo o retirados, de 17 países de América del Norte y Europa. Pretende expandir nuestra perspectiva geográfica e histórica para poner en contexto la oposición a Trump y a la derecha alternativa, en un ámbito mucho más amplio y profundo de resistencia. *Antifa* es la primera historia transnacional en inglés de este movimiento después de la Segunda Guerra Mundial y la más

completa en cualquier idioma. Afirma que el antifascismo militante es una respuesta razonable e históricamente documentada ante la amenaza fascista, que persistió después de 1945 y que ha vuelto a ser especialmente grave en los últimos años. Puede que al terminar este libro no se sea un militante convencido, pero al menos se habrá comprendido que el antifascismo es una tradición política legítima, que surge de más de un siglo de luchas globales.

¿Qué es el antifascismo?

Antes de responder a esta pregunta, debemos examinar brevemente qué es el fascismo. Tal vez más que ninguna otra forma de ideario político, este es notablemente difícil de acotar. Definirlo es un reto, debido a que «surgió como una corriente basada en el carisma», unida a un «acto de fe», en oposición frontal a la racionalidad y a los límites habituales de la concreción ideológica.[3] Mussolini explicaba que su movimiento «no se sentía ligado a ninguna forma concreta de doctrina».[4] «Nuestro mito es la nación —afirmaba—, y a este mito, a esta grandeza, subordinamos todo lo demás».[5] Tal y como defiende el historiador Robert Paxton, los fascistas «rechazan cualquier valor universal, más allá del éxito de los pueblos elegidos en la lucha darwiniana por la dominación».[6] Incluso las alianzas de partidos que formaron en el periodo entre las dos guerras mundiales se vieron a menudo tensadas, o abandonadas por completo, cuando las exigencias de la lucha por el poder convirtieron a esos fascistas de entreguerras en incómodos compañeros de cama para los conservadores tradicionales. Su retórica «de izquierda», sobre la defensa de la clase trabajadora frente a la élite capitalista, era a menudo uno de los valores que primero abandonaban. Los fascistas de después de la guerra (posteriores a la Segunda Guerra Mundial) han ensayado conjuntos todavía más disparatados de planteamientos, tomando elementos de forma indiscriminada del maoísmo, el anarquismo, el trotskismo y otras ideologías de izquierdas y vistiéndose con ropajes electorales «respetables», conforme al modelo del Frente Nacional francés y de otros partidos.[7]

Estoy de acuerdo con el planteamiento de Angelo Tasca de que «para entender el fascismo debemos escribir su historia».[8] Sin embargo, dado que este no es el lugar para hacerlo, tendrá que bastar con una definición. Paxton define el fascismo de la siguiente manera:

Una forma de comportamiento político marcado por una preocupación obsesiva con el declive, la humillación o la victimización de la comunidad y por cultos compensatorios a la unidad, la energía y la pureza, en la cual un partido de masas de comprometidos militantes nacionalistas, que actúa en colaboración, incómoda pero eficaz, con las élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue, con una violencia redentora y sin limitaciones éticas ni legales, fines de limpieza interna y expansión externa.[9]

En comparación con la dificultad que tiene definir el fascismo, podría parecer a primera vista que entender el antifascismo es una tarea sencilla. Después de todo, no es sino la oposición al primero, literalmente. Algunos historiadores han empleado esta definición, literal y minimalista, para incluir en esta categoría a una gran variedad de actores históricos, como liberales, conservadores y otros, que combatieron contra regímenes fascistas antes de 1945. Sin embargo, reducir el término a una mera oposición impide entender el antifascismo como un método político, un ámbito de identificación individual y colectiva y un movimiento transnacional que ha adaptado las corrientes socialistas, anarquistas y comunistas anteriormente existentes a una necesidad repentina de reaccionar frente a la amenaza fascista. Esta interpretación política trasciende la dinámica simplificadora que reduce el antifascismo a una mera negación de su oponente, ya que pone de relieve los cimientos estratégicos, culturales e ideológicos desde los que han respondido los socialistas de todo tipo. Sin embargo, incluso en el seno de la izquierda se dan encendidos debates entre muchos partidos socialistas y comunistas, organizaciones antirracistas no gubernamentales y otras, que proponen emplear métodos legales para pedir una normativa antirracista o antifascista, y quienes defienden una estrategia de enfrentamiento y acción directa con la que dificultar los esfuerzos organizativos de los fascistas. Ambos puntos de vista no son siempre mutuamente excluyentes y algunos militantes han adoptado la última opción tras el fracaso de la primera. Pero, en general,

este debate sobre estrategia marca una división en las interpretaciones izquierdistas del movimiento.

Este libro explora los orígenes y la evolución de una corriente antifascista amplia que surge en la intersección entre las propuestas políticas de las diferentes corrientes socialistas y la estrategia de la acción directa. A menudo, sus integrantes actuales denominan a esta tendencia como «antifascismo radical» en Francia, «antifascismo autónomo» en Alemania y «antifascismo militante» en Estados Unidos, el Reino Unido e Italia.[10] En el núcleo de esta perspectiva se halla un rechazo de la célebre frase liberal, erróneamente atribuida a Voltaire, según la cual «me opongo a lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo».[11] Después de Auschwitz y Treblinka, los antifascistas se han comprometido con la lucha a muerte contra la capacidad de las organizaciones nazis de decir nada.

De este modo, se trata de un movimiento con una propuesta política no liberal, social revolucionaria, que se usa para combatir a la extrema derecha, y no solo a los fascistas en sentido literal. Como se verá, los militantes que lo integran han logrado este objetivo de muchas formas diferentes, desde ahogar los discursos de los fascistas con cánticos, para que no se pudieran oír, hasta ocupar los lugares de sus actos antes de que pudiesen empezar, infiltrar sus grupos para sembrar cizaña, destruir cualquier pretensión de anonimato o impedir físicamente la venta de sus publicaciones, sus manifestaciones u otras convocatorias. Los antifascistas militantes no están de acuerdo con pedir al Estado que prohíba las formas «extremas» de política debido a sus propios planteamientos revolucionarios y antiestatistas y porque este tipo de prohibiciones se usan a menudo más contra la izquierda que contra la derecha.

Algunos grupos dentro del movimiento se identifican más con el marxismo, mientras que otros son de corte más anarquista o antiautoritario. En Estados Unidos, desde la aparición del antifascismo moderno bajo el nombre de Acción Antirracista (ARA) a finales de la década de 1980, la mayoría han sido anarquistas o antiautoritarios. Hasta cierto punto, el predominio de una corriente sobre otra dentro de un grupo puede constatarse en el emblema de las banderas que usa este: si la enseña roja

está delante de la negra, o al revés (o si ambas son negras). En otros casos, se puede sustituir una de las dos banderas por la de un movimiento de liberación nacional, o se puede unir una enseña negra con una morada, para representar a los antifascistas feministas, o con una rosa, para el antifascismo *queer*, etc. A pesar de estas diferencias, los militantes a los que he entrevistado coinciden en que estas distinciones ideológicas se enmarcan a menudo en un consenso estratégico más general, acerca de cómo combatir al enemigo común.

Sin embargo, existe una serie de tendencias dentro de ese acuerdo estratégico más amplio. Algunos antifascistas se centran en impedir los intentos organizativos de sus oponentes, mientras que otros dan prioridad a la construcción de poder popular en la comunidad y a vacunar a la sociedad frente el fascismo, mediante la difusión de sus planteamientos políticos de izquierda. Muchos grupos se sitúan en el punto medio de este espectro. En la Alemania de la década de 1990 surgió en el seno del antifascismo autónomo un debate entre quienes entendían que el movimiento era más que nada una forma de autodefensa, impuesta por los ataques de la extrema derecha, y quienes lo veían como un planteamiento político integral, a menudo denominado «antifascismo revolucionario», que podía llegar a sentar los cimientos de una lucha revolucionaria más amplia.[12] Dependiendo del contexto político y local, el antifascismo se puede describir como un tipo de ideología, una identidad, una tendencia o entorno, o como una actividad de autodefensa.

A pesar de las diferencias de matiz en la forma de plantear el movimiento, no debería entenderse centrado en un único tema. Por el contrario, es sencillamente una más de las varias manifestaciones del socialismo revolucionario (entendido de forma amplia). La mayoría de los militantes a los que he entrevistado pasan también buena parte de su tiempo involucrados en otras formas de hacer política (por ejemplo, sindicalismo, okupación, activismo medioambiental, movilización contra la guerra o solidaridad con las personas migrantes). De hecho, la inmensa mayoría preferiría dedicarse a estas actividades productivas, antes que arriesgar su integridad física y su seguridad en enfrentamientos con violentos neonazis o

supremacistas blancos. Los antifascistas actúan sobre la base de una autodefensa colectiva.

El éxito o el fracaso del antifascismo militante depende a menudo de conseguir movilizar a capas amplias de la sociedad para enfrentarse a los fascistas, como sucedió en la famosa batalla de Cable Street, en Londres en 1936, o de conectar con una oposición social más extendida a la extrema derecha, para excluir a sus grupos y líderes emergentes.

En el núcleo de este complejo proceso de creación de opinión, se halla la formación de tabús sociales contra el racismo, el sexismo, la homofobia y otras formas de opresión que constituyen las bases del fascismo. Estos tabús se mantienen a través de una dinámica que he denominado «antifascismo cotidiano» (capítulo 6).

Por último, es importante no perder de vista el hecho de que el antifascismo nunca ha sido sino un aspecto más de una lucha de mayor calado contra el supremacismo blanco y el autoritarismo. En su muy conocido ensayo de 1950, *Discurso sobre el colonialismo*, el escritor y teórico de Martinica Aimé Césaire defendió de forma convincente que el «hitlerismo» resultaba abominable para los europeos por su «humillación de los hombres blancos y por el hecho de que [Hitler] había aplicado en Europa los métodos coloniales que hasta entonces se habían reservado en exclusiva para los árabes en Argelia, los *culis* de la India o los negros de África».[13] Sin pretender pasar por alto en ningún momento los horrores del Holocausto, hasta cierto punto se puede entender el nazismo como un colonialismo en Europa y un imperialismo de aplicación doméstica. El exterminio de las poblaciones originarias de América y Australia, las decenas de millones de muertos por hambrunas en la India bajo el dominio británico, los diez millones de personas asesinadas en el Estado Libre del Congo del rey Leopoldo de Bélgica y los horrores del comercio transatlántico de esclavos no son sino una ínfima parte de las masacres y del exterminio social que infligieron las potencias europeas antes del ascenso de Hitler. Los primeros campos de concentración (llamados «reservas») fueron creados por el Gobierno de Estados Unidos para encerrar a las poblaciones originarias, por la monarquía española para contener a los

revolucionarios cubanos en la década de 1890 y por los británicos durante la guerra de los Bóers, al inicio del siglo xx. Mucho antes del Holocausto, el Gobierno alemán ya había perpetrado un genocidio con los pueblos herero y nama del suroeste de África, mediante campos de concentración y otros métodos, entre 1904 y 1907.[14]

Por este motivo, es fundamental entender el antifascismo como un componente de un legado más amplio de resistencias al supremacismo blanco en todas sus vertientes. Mi enfoque en la versión militante del movimiento no pretende en modo alguno restar importancia a las otras formas de organización antirracista, que se identifican con el antimperialismo, el nacionalismo negro u otras tradiciones. En lugar de imponer el marco del antifascismo a grupos y movimientos que se reconocen a sí mismos de manera diferente, aun cuando se están enfrentando a los mismos enemigos con métodos parecidos, he preferido centrarme, principalmente, en organizaciones que se ubican conscientemente en la tradición antifascista.

* * *

Dado que la Segunda Guerra Mundial se ha convertido en la tragedia moral emblemática del mundo occidental, el antifascismo «histórico» ha conseguido suscitar un cierto grado de legitimidad, a pesar de que ha sido eclipsado por el papel definitivo que tuvieron los ejércitos aliados en la victoria sobre las potencias del Eje. En todo caso, se ha dicho a menudo que la razón de ser del antifascismo desapareció con la derrota de Hitler y Mussolini. Hasta cierto punto, esta forma de desdeñar esa resistencia surge de la tendencia occidental a entender el fascismo como una forma extrema de «maldad», de la que es susceptible cualquiera que baje la guardia, en términos morales. Por el contrario, la interpretación que se hacía de este fenómeno en el bloque soviético, igualmente distorsionada, lo veía como una «dictadura terrorista de los elementos [...] más reaccionarios del capital financiero».[15] Después de consagrar 1945 como una ruptura definitiva con

un periodo aberrante de «barbarie», la interpretación individualista y moral deja de lado la necesidad de que los movimientos políticos se mantengan en guardia para oponerse a los esfuerzos organizativos de la extrema derecha. En otras palabras, desde el momento en que el fascismo se interpreta de forma casi exclusiva en términos morales y apolíticos, se rechaza cualquier pretensión de continuidad entre la política de la extrema derecha y la oposición a la misma a lo largo del tiempo.

La historia es un tapiz complejo, cosido con hilos de continuidades y rupturas. Se suele poner el acento en las primeras cuando sirven a intereses establecidos: la nación es eterna, el género no cambia, la jerarquía es natural. Por el contrario, la memoria popular de las luchas sociales enfatiza las rupturas. Cuando algún movimiento y sus dirigentes ganan suficiente poder como para asentar su legitimidad, se depura su legado histórico de sus tendencias más radicales y se lo embalsama en un formaldehído ahistórico y descontextualizador. Por ejemplo, como militante de Occupy Wall Street en Nueva York, me resultaba muy difícil explicar a los periodistas que ese movimiento no era más que una continuación de los planteamientos y las prácticas de la antiglobalización, del feminismo y de la lucha antinuclear, entre otros. Uno de los logros más importantes de la campaña Black Lives Matter es que sus militantes han conseguido conectar, en gran medida, sus reivindicaciones actuales con las del movimiento de liberación negro de las décadas de 1960 y 1970. De todas las luchas sociales recientes, el antifascismo se enfrenta, probablemente, a la mayor dificultad para que se le reconozca como una continuación de más de un siglo de oposición al supremacismo blanco, al patriarcado y al autoritarismo.

El antifascismo puede ser muchas cosas, pero quizás, sobre todo, sea la idea de que hay una continuidad histórica entre las diferentes épocas de la violencia de la extrema derecha y de que han sido necesarias muchas formas de autodefensa colectiva en todo el planeta a lo largo de los últimos cien años.

No obstante, eso no es lo mismo que decir que el antifascismo es uniforme en todo este siglo. El que surgió en la etapa de entreguerras era

diferente, en muchos aspectos importantes, de los grupos militantes que se desarrollaron décadas después. Tal y como se analiza en el capítulo 1, teniendo en cuenta la magnitud de la amenaza fascista, el movimiento era mucho más popular en los años de entreguerras. En parte, esto se debe a una conexión más estrecha entre el antifascismo militante y la izquierda institucional antes de 1945, en comparación con el antagonismo que surge entre su versión más contracultural de las décadas de 1980 y 1990 y la «oficial» de algunos Gobiernos. Como se verá, las estrategias y las tácticas del movimiento después de la guerra (que se analizan en el capítulo 2) se han desarrollado, en buena medida, teniendo en mente organizaciones fascistas que pudiesen llegar a resurgir, en vez de pujantes partidos de masas. Los cambios culturales y los avances en las tecnologías de la comunicación han modificado la forma en que se organizan los antifascistas y cómo se presentan ante el mundo. A un nivel material y cultural, el movimiento funcionaba y se veía de forma diferente en 1936 y en 1996. Sin embargo, el compromiso de los militantes con la erradicación del fascismo por todos los medios necesarios conecta a los Arditi del Popolo italianos de principios de la década de 1920 con los *skinheads* anarquistas, expertos en artes marciales, de hoy en día.

Este elemento de continuidad subyace al antifascismo moderno. A lo largo de estas últimas décadas, el movimiento ha adoptado de forma consciente los símbolos empleados en la etapa de entreguerras, como las dos banderas de Acción Antifascista, las tres flechas del Frente de Hierro y el saludo con el puño en alto. Georg, un joven integrante del RASH (Skinheads Rojos y Anarquistas) de Múnich, me explicaba que los recuerdos de figuras de la resistencia, como Hans Beimler, Sophie Scholl y Georg Elser, que abundan en las calles de la ciudad, le sirven de motivación de forma constante.^[16] No se puede acudir a una manifestación antifascista en Madrid sin escuchar los míticos lemas de la década de 1930: «¡No pasarán!» o «¡Madrid será la tumba del fascismo!». La organización italiana de partisanos, ANPI, reafirmó esta continuidad cuando incluyó a Davide Dax Cesare entre sus mártires antifascistas, después de que fuera asesinado por neonazis en 2003. El lema «¡Nunca más!» obliga a aceptar que *podría*

volver a ocurrir, si no se permanece en guardia. Para que no vuelva a suceder, los militantes en el movimiento defienden que hay que liberar este de su jaula histórica, de modo que pueda desplegar sus alas en el tiempo y en el espacio.

Los académicos han tenido su parte de culpa a la hora de consagrar la división entre el antifascismo «heroico» del periodo de entreguerras y los «irrelevantes» y «marginales» grupos militantes de la etapa más reciente. Aparte de unos pocos estudios sobre el movimiento en Gran Bretaña en las décadas de 1970 y 1980, los historiadores profesionales casi no han escrito nada en inglés sobre los acontecimientos posteriores a la guerra.[17] La inmensa mayoría de las aportaciones sobre el antifascismo después de 1945 se centran en temas de memoria histórica y conmemoraciones. Se refuerza así, de forma implícita, la tendencia a relegar al pasado las luchas contra el fascismo. En alemán sí que hay una literatura relativamente amplia sobre el movimiento en la Alemania posterior a la guerra y también hay unos cuantos estudios nacionales y tesis académicas sobre los acontecimientos en Francia, Suecia y Noruega, en sus respectivos idiomas. Pero por lo menos hasta donde yo sé, solo hay otro libro que trata del antifascismo transnacional después de la guerra, publicado en italiano.[18]

Por lo tanto, este libro es la primera obra en inglés que recorre, de modo amplio, el conjunto del antifascismo transnacional posterior a la guerra y el más completo en rango cronológico y en conjunto de ejemplos nacionales, en cualquier idioma. Dada la escasez de información que hay sobre el movimiento después de 1945, he tenido que recurrir sobre todo a artículos e informaciones tomados de los medios de comunicación convencionales y alternativos y a entrevistas realizadas a militantes en activo y a otros que ya no lo están. Un motivo por el que tales estudios no se han realizado en el pasado es la reticencia generalizada de los antifascistas a hacer pública su identidad, hablando con periodistas o académicos. La mayoría de los integrantes del movimiento mantienen diferentes niveles de secretismo, para protegerse de las represalias de los fascistas y de la policía. Yo pude entrevistar a militantes europeos y norteamericanos gracias a las relaciones personales que había establecido previamente a lo largo de más de quince

años de activismo. Mis «credenciales» políticas me permitieron recurrir a redes antifascistas para poder hablar, a menudo bajo condición de anonimato, con 61 militantes: 26 de 16 estados diferentes en Estados Unidos y otros 35 activos en Canadá, España, el Reino Unido, Francia, Italia, Países Bajos, Alemania, Dinamarca, Noruega, Suecia, Suiza, Polonia, Rusia, Grecia, Serbia y el Kurdistán. También entrevisté a ocho historiadores, activistas, antiguos ultras del fútbol y otros, de Estados Unidos y Europa, para hablar del movimiento en sus países. Todas las traducciones son mías, excepto cuando se indica lo contrario.

Sin embargo, no se pretende en ningún caso que esta sea una historia completa o definitiva del antifascismo en general, ni del desarrollo de movimientos nacionales en particular. Hasta el punto de que este libro no se puede en absoluto considerar historia, es un tapiz impresionista que pretende delimitar con precisión temas y desarrollos muy amplios, urdiendo una serie de estampas tomadas de 17 países diferentes a lo largo de más de un siglo. Este objetivo más modesto se impuso no solo por la relativa falta de fuentes y análisis académicos, sino por una fecha de entrega muy ajustada. Este libro se investigó y escribió en un periodo de tiempo relativamente corto, para que sus aportaciones pudiesen estar disponibles lo antes posible, en medio del tempestuoso clima político de principios de la era Trump. Por lo tanto, esta obra es un ejemplo de historia, política y teoría a la carrera. Da prioridad a la necesidad inmediata de hacer accesibles los conocimientos y las experiencias de antifascistas presentes y pasados de dos continentes, en vez de esperar durante años para poder realizar estudios más extensos. Estos son, desde luego, de una necesidad vital y es de esperar que se escriban muchos en el futuro. Sin duda, eclipsarán con mucho lo que este libro puede ofrecer.

A menudo, los académicos intentan mantener al menos una pretensión de neutralidad cuando analizan sus sujetos históricos. No obstante, estoy de acuerdo con el historiador Dave Renton en que «no se puede ser objetivo cuando se escribe sobre el fascismo, no hay nada positivo que decir sobre él».[19] Se debería temer más a quienes son verdaderamente neutrales en este tema que a quienes reconocen con honestidad su oposición al racismo,

al genocidio y a la tiranía.

Debido a las restricciones de tiempo, el libro se limita a Estados Unidos, Canadá y Europa. Es importante insistir en que el antifascismo ha tenido un papel crucial en luchas de todo el mundo a lo largo del siglo pasado. Militantes de muchos países fueron a España, a combatir en las Brigadas Internacionales. Hoy en día, hay grupos en muchas partes de América Latina, este de Asia, Australia y otros lugares. La decisión de no profundizar en ellos no debe entenderse como una omisión. Es más bien una lamentable imposición, en vista de la falta de tiempo y del hecho de que, como especialista en historia europea moderna, he recurrido a los conocimientos y contactos que ya había adquirido previamente. Es más, mis consideraciones se enfocan en buena medida en Europa central y occidental, a pesar de que algunas de las luchas antifascistas más intensas en los últimos años se han desarrollado en el este del continente. Una vez más, esto tiene que ver, sencillamente, con el hecho de que tengo más contactos en esa zona y con lo fragmentario de la información disponible en inglés sobre el movimiento en Europa del Este. Por último, el libro se centra en los casos en que no hay regímenes fascistas o similares en el poder (es decir, Italia antes de 1926, más o menos, Alemania antes de 1933, España antes de 1939, etc.). Obviamente, la resistencia de los partisanos durante la Segunda Guerra Mundial y la oposición guerrillera al régimen de Franco en las décadas posteriores fueron el punto álgido del antifascismo y, desde luego, son bien merecedoras de análisis. Pero dadas las limitaciones de tiempo y espacio, se ha dado prioridad al análisis del movimiento en su etapa de prevención. Es decir, cuando el fascismo no cuenta con el respaldo de todo el peso del Estado, ya que esta es la situación en la que se encuentran los militantes hoy en día. Lamento estas limitaciones y repito que espero que otras obras en el futuro puedan abordar marcos más amplios.

Europa y Estados Unidos han sido testigos de una preocupante deriva derechista en los últimos años, como respuesta a la crisis económica de 2008, a las medidas de austeridad, a las tensiones de una economía crecientemente postindustrial, a cambios demográficos y culturales, a la

migración o a la llegada de refugiados que huyen de la guerra civil en Siria —a la que la derecha europea se refiere como «crisis de los refugiados»—. Estos factores han impulsado el ascenso de partidos de extrema derecha «respetables», tales como el Frente Nacional francés, el Partido por la Libertad holandés, el Partido de la Libertad de Austria o de formaciones xenófobas, como los Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente, de Alemania, más conocidos como PEGIDA. En el capítulo 3 se analiza este ascenso y los retos que presenta para las organizaciones antifascistas.

En ese mismo capítulo se analiza el desarrollo de la derecha alternativa y el impulso que ha recibido la extrema derecha después del triunfo de Donald Trump en su campaña de 2016 a la presidencia de Estados Unidos. En apenas los primeros 34 días después de esas elecciones, se denunciaron 1.094 «incidentes discriminatorios», según el Southern Poverty Law Center, la organización de defensa de los derechos civiles que vigila el desarrollo de la extrema derecha en Estados Unidos. Los delitos de odio aumentaron el 94 % en la ciudad de Nueva York durante los dos primeros meses de 2017 con respecto al mismo periodo de 2016. Más de la mitad de ellos se perpetraron contra personas judías. Se han incendiado mezquitas en Texas, en Florida y en otras partes. Estos ataques están relacionados con un incremento en el número de los denominados «grupos de odio», sobre todo organizaciones específicamente islamófobas, y con los «esfuerzos de propaganda sin precedentes» de los supremacistas blancos para conseguir nuevos miembros en las universidades.[20] Y la lista sigue. Erradicar este odio reaccionario va a requerir un esfuerzo organizativo que cubra todos los frentes, para proponer una visión alternativa y revolucionaria. Pero a corto plazo, los antifascistas se cuentan entre los más comprometidos en la contención de racistas, antisemitas e islamófobos. Tal y como dice Walter Tull, cofundador de ARA de Montreal, «la tarea del movimiento es hacer que [los fascistas] tengan demasiado miedo como para actuar en público y actuar como objetivos voluntarios de sus ataques y de su odio. Tal vez así se pueda lograr que no piensen en ir a quemar la mezquita de su barrio».[21]

El subtítulo del libro, *Manual de antifascismo*, se debe a que es una obra

relativamente breve de referencia, que espero que resulte útil y cuyo objetivo es contribuir a la organización en contra del fascismo, del supremacismo blanco y de todas las formas de dominación. Corresponde a quien lea el libro decidir su utilidad práctica, pero por lo menos el 50 % de los ingresos por derechos de autor se destinarán al Fondo Internacional de Defensa Antifascista, gestionado por más de 300 militantes de 18 países. Después de elegir el subtítulo, me enteré de que la Alianza de Activistas Gais de Londres editó en 1979 un folleto titulado *Un manual de antifascismo*, en medio del terror desatado por el Frente Nacional británico. *Antifa* pretende recoger el legado de estos escritos militantes de intención práctica y proyectarlo hacia la publicación futura de más manuales antifascistas. Espero que *Antifa* sirva de ayuda e inspiración a quienes se sumen a la lucha contra el fascismo en los años venideros, de modo que, algún día, libros como este ya no sean necesarios.

- [1] Jim Malewitz, «Investigators: fire that ravaged Victoria mosque was arson» [Según los investigadores, el incendio que destruyó la mezquita de Victoria fue provocado], *Texas Tribune*, 8 de febrero de 2017, en <https://www.texastribune.org/2017/02/08/investigators-fire-ravaged-victoria-mosque-arson/>; Mary Emily O'Hara, «Wave of vandalism, violence hits LGBTQ centers across nation» [Una oleada de vandalismo y violencia golpea los centros LGTBQ de todo el país], *NBC News*, 13 de marzo de 2017, en <http://www.nbcnews.com/feature/nbc-out/wave-vandalism-violence-hits-lgbtqcenters-across-nation-n732761>; «"Build that wall!" Latino school kids reduced to tears by classmates' pro-Trump chant» [«¡Construye el muro!»]. Los cánticos de estudiantes pro-Trump hacen llorar a sus compañeros de clase latinos], RT, 11 de noviembre de 2016, en <https://www.rt.com/viral/366540-build-thatwall-schoolchant/>; Shawn Cohen *et al.*, «White supremacist accused of murder says he came to NYC to kill blacks» [El supremacista blanco acusado de asesinato dice que vino a Nueva York a matar negros], *The New York Post*, 22 de marzo de 2017, en <http://nypost.com/2017/03/22/white-supremacist-says-he-killedman-because-he-was-black/>; Daniel J. Solomon, «Trump doesn't mention jews in holocaust remembrance day message» [Trump no menciona a los judíos en su mensaje del día en recuerdo del Holocausto], *Fast Forward*, 27 de enero de 2017, en <http://forward.com/fast-forward/361425/trump-doesnt-mention-jews-in-holocaust-remembrancedaymessage/>; Walter Benjamin, «On the concept of history» [Sobre el concepto de historia], en <https://www.sfu.ca/~andrewf/CONCEPT2.html>.
- [2] Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the past*, Boston: Beacon, 2015, p. 15 [trad. cast.: *Silenciando el pasado*, Granada: Editorial Comares, 2017].
- [3] Emilio Gentile, «Fascism as political religion» [El fascismo como religión política], *Journal of Contemporary History* 25, n.º 2/3 (mayo-junio de 1990), p. 234.

- [4] Robert O. Paxton, *The anatomy of fascism*, Nueva York: Vintage, 2004, p. 17 [trad. cast.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona: Ediciones Península, 2005].
- [5] Walter Laqueur, *Fascism: past, present, future* [Fascismo: pasado, presente y futuro], Nueva York: Oxford University Press, 1996, p. 25.
- [6] Paxton, *The anatomy of fascism*, p. 20.
- [7] Alexander Reid Ross, *Against the fascist creep* [Contra el sigiloso avance fascista], Oakland: AK Press, 2017; Don Hamerquist et al., *Confronting fascism: discussion documents for a militant movement* [Enfrentarse al fascismo: documentos de debate para un movimiento militante], Chicago: ARA, 2002.
- [8] Angelo Tasca, *The rise of Italian fascism 1918–1922*, Londres: Methuen, 1938 [trad. cast.: *El nacimiento del fascismo*, Barcelona: Editorial Crítica, 2000].
- [9] Paxton, *The anatomy of fascism*, p. 218.
- [10] Entrevista con Dominic, en <http://scalp-reflex.over-blog.com/>. Este libro no cubre organizaciones del movimiento «antirracista» institucional, como SOS Racismo, ni organizaciones antifascistas formales relacionadas con partidos políticos, como la británica Unite Against Fascism. Para el movimiento «antirracista» europeo, véase Stefano Fella y Carlo Ruzza (eds.), *Anti-racist movements in the EU* [Movimientos antirracistas en la UE], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013.
- [11] Voltaire nunca escribió nada parecido. La frase apareció por primera vez en un libro de 1907 sobre Voltaire. Roger Pearson, *Voltaire almighty: a life in pursuit of freedom* [Todopoderoso Voltaire: una vida en busca de la libertad], Nueva York: Bloomsbury, 2005, pp. 409, 431.
- [12] Entrevista con Dominic, marzo de 2017.
- [13] Aimé Césaire, *Discourse on colonialism*, Nueva York: Monthly Review Press, 1972, p. 36 [trad. cast.: *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid: Ediciones Akal, 2006].
- [14] Isabel V. Hull, *Absolute destruction: military culture and practices of war in imperial Germany* [Destrucción total: cultura militar y práctica bélica en la Alemania imperial], Ithaca: Cornell University Press, 2013, pp. 8-85.
- [15] Paxton, *The anatomy of fascism*, p. 8.
- [16] Entrevista con Georg, mayo de 2017.
- [17] Dave Renton, *When we touched the sky: the Anti-Nazi League 1977-1981* [Cuando alcanzamos el cielo: la Liga Antinazi, 1977-1981], Cheltenham: New Clarion, 2006; Nigel Copsey, *Anti-fascism in Britain* [Antifascismo en Gran Bretaña], Londres: Routledge, 2017. Entre las memorias de militantes se incluyen: Dave Hann, *Physical resistance: or a hundred years of anti-fascism* [Resistencia física, o cien años de antifascismo], Winchester: Zero Books, 2013; Sean Birchall, *Beating the fascists: the untold story of Anti-fascist Action* [Derrotar a los fascistas: la historia jamás contada de Acción Antifascista], Londres: Freedom, 2010; M. Testa, *Militant anti-fascism: a hundred years of resistance* [Antifascismo militante: cien años de resistencia], Oakland: AK Press, 2015.
- [18] Gilles Vergnon, *L'antifascisme en France: de Mussolini à Le Pen* [El antifascismo en Francia: de Mussolini a Le Pen], Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2009; Réseau No Pasaran, *Scalp 1984-1992: comme un indien métropolitain* [Scalp, 1984-1992, como un indio metropolitano], París: No Pasaran, 2005; Jan Jämte, *Antirasismens många ansikten* [Las muchas caras del antirracismo], tesis doctoral, Universidad de Umeå, 2013; Adrien Alexander Wilkins, *Vold og motvold-antifascistisk voldbruk i norge 1990-2001* [Violencia y contraviolencia: el recurso a la violencia del antifascismo en Noruega 1990-2001], tesis de máster, de próxima publicación;

Valerio Gentili, *Antifa: storia contemporanea dell'antifascismo militante europeo* [Antifa: historia contemporánea del antifascismo militante en Europa], Roma: Red Star, 2013.

[19] Dave Renton, *Fascism: theory and practice* [Fascismo: teoría y práctica], Londres: Pluto, 1999, p. 18.

[20] Mark Potok, «The year in hate and extremism» [El año en términos de odio y extremismo], SPLC, 15 de febrero de 2017, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-report/2017/year-hate-and-extremism>; Adam Peck, «Hate crimes in New York city have skyrocketed this year» [Se disparan los delitos de odio este año en Nueva York], *ThinkProgress*, 2 de marzo de 2017, en <https://thinkprogress.org/hate-crimes-in-new-york-city-have-skyrocketed-this-year-907ffb24cac8>; Susan Svrluga, «"Unprecedented effort" by "white supremacists" to recruit and target college students, group claims» [Un grupo de estudiantes denuncia los esfuerzos «sin precedentes» de los «supremacistas blancos» dirigidos a reclutar universitarios], *The Washington Post*, 6 de marzo de 2017, en https://www.washingtonpost.com/news/grade-point/wp/2017/03/06/unprecedented-effort-by-white-supremacists-to-recruit-and-target-college-students-group-claims/?utm_term=.568b82e1ce43.

[21] Entrevista con Walter Tull, mayo de 2017.

antifa

★ El manual ANTIFASCISTA ★

A los judíos
de Knyszyn (Polonia)

*«Al fascismo no se le discute,
¡se le destruye!»*

BUENAVENTURA DURRUTI

¡No pasarán!

El antifascismo hasta 1945

El 23 de abril de 1925, por la tarde, había un acto político convocado en la *rue Damrémont*, en el barrio parisino de Montmartre. Desde luego, un encuentro como este no era nada fuera de lo común en esta zona, revolucionaria y de clase obrera. Pero no se trataba de una reunión cualquiera. Porque esa tarde de jueves que, por lo demás, no tenía nada de especial, el orador principal era Pierre Taittinger, el líder de las recién creadas Juventudes Patrióticas. Taittinger, que más tarde fundaría la famosa bodega de champán que lleva su nombre, estaba entonces al final de la treintena y su vida incluía algunas de las características comunes a los miembros del pujante movimiento fascista. Criado en el seno de una familia católica y nacionalista, trabajó como administrativo antes de luchar y ser condecorado en la Primera Guerra Mundial. Más tarde, consiguió fortuna y poder político cuando se casó con la hija de un influyente banquero. En la década de 1920 se encontraba a la cabeza de las Juventudes Patrióticas, una organización de más de 100.000 miembros organizados en destacamentos militares, que desfilaban al ritmo de tambores y cornetas por las calles de París, ataviados con camisas azules y boinas rojas. [22]

Los comunistas parisinos decidieron tomarse ese acto, que se iba a celebrar en su feudo de Montmartre, como lo que era: una amenaza. Cierta número de ellos consiguieron entrar en el encuentro y amenazar e insultar al

líder fascista mientras pronunciaba su discurso, pero eso no fue suficiente para interrumpir el encuentro. Más tarde, Taittinger dijo que cuando él y sus paramilitares salían del local, a eso de las 11.30, «se olían disturbios en el aire. Una multitud inquieta se agolpaba en las aceras, dando rienda suelta a su odio y a su ira, cantando la *Internacional*, frente a una delgada línea de policía, que no podía hacer mucho».[23] Pronto descubrieron que alguien había roto las farolas para que un grupo de comunistas pudiese esperarles en las sombras. En palabras de Taittinger:

Se oyeron disparos de revólver. Habíamos caído en una emboscada. Algunos camaradas heroicos se lanzaron frente a su líder para protegerle con sus propios cuerpos. Dos de ellos cayeron al suelo [...] Estallaron violentos enfrentamientos en todas las esquinas. Los heridos caían, sangrando. [Nos] retiramos hacia la estación de metro de Mont-Cenis, cargando con nuestros heridos [y] nos fuimos en metro.[24]

Cuatro miembros de las Juventudes Patrióticas yacían muertos. Otros treinta estaban heridos.[25] Al día siguiente, el periódico comunista *L'Humanité* no se andaba con ambages: «Los fascistas han recogido lo que han sembrado. Los trabajadores no vamos a tolerar que nadie nos desafíe en nuestro territorio. Las experiencias de Italia y Alemania están demasiado dolorosamente grabadas en el corazón de todos los proletarios, como para permitir que algo similar ocurra de nuevo aquí».[26]

¿Comunistas que disparan a fascistas por organizar un acto? ¿Cómo se ha podido llegar a esto? Para encontrar la respuesta, tal vez sea necesario remontarse en el tiempo hasta 1898, al momento álgido del caso Dreyfus en Francia. Entonces las tensiones llegaron a un punto sin retorno a cuenta del caso del capitán judío Alfred Dreyfus. Varios años antes, se había condenado (erróneamente) a Dreyfus a la cárcel por, supuestamente, revelar secretos militares a Alemania. Sin embargo, las pruebas de su inocencia que salieron a la luz dividieron a la sociedad francesa entre los defensores de Dreyfus, anticlericales y de izquierdas, y sus opositores, antisemitas y militaristas. Algunos de los ejemplos más destacados de estos últimos incluían a tres grupos protofascistas: la Liga Antisemita de Francia, la Liga de los Patriotas, organización de la que surgieron luego las Juventudes Patrióticas, y la Liga de Acción Francesa. Estas tres se oponían a ultranza al

marxismo y al parlamentarismo de la Tercera República francesa, eran rabiosamente nacionalistas y mostraban una capacidad cada vez mayor de organizar el tipo de movilización tumultuaria y callejera que había sido la prerrogativa exclusiva de la izquierda durante décadas. Conforme crecía el movimiento de defensores de Dreyfus, estas ligas convocaron manifestaciones exaltadas en defensa del Ejército, con multitudes de varios miles de personas que atacaron establecimientos judíos al grito de: «¡Muerte a los judíos!».[27]

No obstante, donde había profascismo, había también precursores del antifascismo. Anarquistas e integrantes del Partido Obrero Socialista Revolucionario, antiparlamentario, formaron una Coalición Revolucionaria, para «enfrentarse a las bandas de reaccionarios en la gloriosa calle, la calle de las protestas encendidas, la calle de las barricadas».

Y enfrentarse es lo que hicieron. La Coalición protegía a los oradores que defendían a Dreyfus y a los testigos que iban a declarar en el juicio a favor del capitán. Cubrieron la ciudad de carteles, para recuperar el espacio público frente a los antisemitas, y pasaron a la ofensiva contra los opositores a Dreyfus, convocando contramanifestaciones e incluso colándose e interrumpiendo una serie de concentraciones importantes de estos últimos. No obstante, cada vez se volvía más difícil para los revolucionarios acceder a estos actos, así que el anarquista Sébastien Faure falsificó unas invitaciones a un encuentro de los opositores en un restaurante en Marsella. Lamentablemente para Faure, se negó la entrada a los que llegaron con las entradas falsificadas. Así que dieron la vuelta al edificio, rompieron una puerta de cristal, entraron en tromba e interrumpieron el acto.[28]

Al año siguiente, en 1899, Dreyfus obtuvo el indulto, aunque tuvo que esperar hasta 1906 para que se le exculpara por completo. En cualquier caso, las ligas opositoras a Dreyfus consiguieron unir el nacionalismo militarista con un populismo callejero, lo que presagiaba el fascismo del siglo siguiente y significaba una novedad importante en la actuación de la derecha. Este era el caso especialmente de Acción Francesa, a la que el historiador Ernst Nolte se refirió como «el primer grupo político con cierta

influencia o nivel intelectual que muestra rasgos inconfundiblemente fascistas».[29]

A pesar de esta cita de Nolte, el historiador Robert Paxton defiende que «el fascismo (entendido de forma funcional) apareció a finales de la década de 1860 en el sur de Estados Unidos»,^[30] con el nacimiento del Ku Klux Klan (KKK). Paxton señala que sus característicos uniformes con capucha, sus métodos de intimidación a través de la violencia y su formación de redes alternativas de autoridad eran precursores del fascismo del siglo Xx.^[31] En respuesta a la violencia del Klan contra la participación de personas de raza negra en la Liga de la Unión y en el Partido Republicano (y en contra de la comunidad negra en general), en las décadas de 1860 y 1870 los miembros de la Liga boicotearon a los integrantes del Klan, organizaron grupos armados de autodefensa y, en algunos casos, incluso prendieron fuego a las plantaciones de antiguos esclavistas.^[32] Llegados a la década de 1890, Ida B. Wells lanzó una importante campaña en contra de los linchamientos, a través de su publicación *Free Speech* (Libertad de expresión) y con su folleto pionero *Southern Horrors* (Los horrores del sur). Wells, que siempre llevaba revólver adondequiera que fuese, era una apasionada defensora del derecho de las personas de raza negra a la autodefensa. Cuando un grupo de afroamericanos prendió fuego a un pueblo en Kentucky, en venganza por un linchamiento reciente, escribió en su publicación que habían «mostrado auténticos atisbos de hombría en su resentimiento [...] Hasta que los negros no se alcen con todo su poderío y tomen en sus manos la respuesta a estos asesinatos a sangre fría, incluso aunque haya que quemar ciudades enteras, no se pondrá fin a los linchamientos generalizados».^[33]

Aunque los orígenes históricos del fascismo italiano y del nazismo alemán, junto con los del antifascismo revolucionario al que dieron lugar, no están totalmente desconectados del terror racial de Estados Unidos, también se pueden descubrir aquellos analizando un conjunto de precedentes históricos diferentes, tomados a partir de la restauración del orden monárquico en Europa en 1815, después de la Revolución francesa. Desde ese momento, la política revolucionaria europea osciló, en buena

medida, entre la amenaza latente del republicanismo liberal por la izquierda y la defensa aristocrática de la monarquía tradicional por la derecha. Este conflicto estalló en 1848 en Francia, Hungría, la actual Alemania y en otros lugares, cuando los republicanos y sus simpatizantes de las clases bajas se lanzaron a las barricadas para derribar los regímenes monárquicos del continente y sustituirlos por naciones Estado en la forma de repúblicas. En ese momento, el recientemente inventado concepto de nacionalismo era en buena medida una prerrogativa exclusiva de la izquierda, que lo oponía a la soberanía hereditaria de las dinastías que tradicionalmente habían regido Europa.

En última instancia, la mayoría de las revoluciones nacionales de 1848 fracasaron. Sin embargo, con el desarrollo de sus trágicos acontecimientos, las brechas que se estaban abriendo entre los aspirantes republicanos a políticos y el movimiento obrero, cada vez más potente y revolucionario, tuvieron el efecto de alejar a muchos liberales de las propuestas revolucionarias y de arrojarlos en los brazos de las élites tradicionales. Tal y como escribió el historiador Eric Hobsbawm, «enfrentados a la revolución “roja”, los liberales moderados y los conservadores acercaron sus posturas». Las élites tradicionales estaban dispuestas a conceder muchas exigencias económicas a sus nuevos aliados, a lo largo de la década siguiente, a cambio de que abandonasen la revolución.[34]

Sea como sea, el espectro de los levantamientos populares iniciados desde abajo obligó a muchas élites conservadoras a tomarse en serio la política popular y el concepto, liberal y ajeno a ellas, de «opinión pública», probablemente por primera vez en la historia. En lo que es un prelude de algunos elementos del fascismo del siglo Xx, el emperador francés Napoleón III buscó acabar con el movimiento obrero, al mismo tiempo que intentaba atraer al pueblo mediante el culto a su imagen de masculinidad. Mientras, en Alemania, Otto von Bismarck recurrió al palo y a la zanahoria. Por un lado, desarrolló un Estado de bienestar embrionario, para privar al socialismo del apoyo de sus bases potenciales, y por el otro, se aprobaron las Leyes Antisocialistas de 1878. Al año siguiente el político liberal británico William Gladstone introdujo por primera vez en Europa las

campañas electorales masivas, de ciudad en ciudad, lo que reflejaba una conciencia cada vez mayor del poder de la política popular. Con el paso del tiempo, la presión desde abajo y una comprensión creciente de la utilidad de las reformas desde arriba llevaron a la ampliación del sufragio y a unos limitados derechos de sindicación a través de Europa.

Aun así, a pesar de estas y de otras reformas pensadas para paliar el descontento popular, los conservadores tradicionales y sus miopes partidos no estaban dispuestos a plantearse, en general, un verdadero giro hacia políticas populistas. Conforme se aproximaba el fin del siglo Xix, el rápido avance de los sindicatos y partidos socialistas parecía presagiar la adhesión en cuerpo y alma de «las masas» a la izquierda revolucionaria. No obstante, al mismo tiempo había indicaciones obvias de que las cosas no se iban a quedar así. La década de 1880 asistió al nacimiento de una serie de organizaciones en Francia (tales como la anteriormente mencionada Liga de Patriotas), Alemania, Austria y otros países, que se dirigían sobre todo a un público pequeñoburgués y que a menudo estaban imbuidas del «socialismo de los tontos»: el antisemitismo.[35] Estos artesanos, administrativos y funcionarios, atrapados entre los dirigentes de la industria, por un lado, y lo que percibían como las terroríficas hordas rojas de la clase obrera organizada, por el otro, empezaron a formar sus propias ligas, asociaciones y partidos políticos. Es más, la expansión del imperialismo hacia finales de siglo, que se hizo evidente en el reparto de África y en la división de China, entre otros ejemplos, desplazó el nacionalismo hacia la derecha. Este sirvió para forjar un potente vínculo entre dirigentes y dirigidos, basado en el «prestigio» internacional de la conquista de territorios extranjeros. A la inversa, después de 1903 los nacionalistas italianos dirigieron sus ataques contra la élite de su país, por su fracaso a la hora de competir en el terreno del imperialismo. Una frustración que cristalizó en 1910 con la creación de la Asociación Nacionalista Italiana.[36]

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 exacerbó las fricciones que ya existían en el panorama político europeo, lo que abrió las puertas al futuro nacimiento del fascismo. Tras la declaración de guerra de Austria-Hungría contra Serbia, como respuesta al asesinato en Sarajevo del

archiduque de Austria, Franz Ferdinand, Alemania y Turquía acudieron en su apoyo. Mientras, Rusia, Gran Bretaña y Francia eran las principales potencias al otro lado de las trincheras. Durante años, los partidos socialistas de Europa habían hecho planes para convocar una huelga general masiva en todo el continente en caso de guerra, para frenar en seco al militarismo. No obstante, cuando sonaron los clarines, la mayor parte de ellos marcaron el paso con sus Estados respectivos. Una excepción digna de mención fue el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique) y su incendiario líder, Vladímir Lenin, para quien el conflicto no era más que «una guerra imperialista depredadora».[37] La postura belicista de la mayor parte de las organizaciones socialistas de Europa fue la gota que colmó el vaso para Lenin y el ala revolucionaria a la izquierda del socialismo internacional, la cual se había venido distanciando cada vez más del centro del movimiento. Cuando se formó la Segunda Internacional, en 1889, las disputas doctrinales no eran ni mucho menos tan enconadas entre ambos sectores. En aquel momento, el principal debate se centraba en la exclusión de los anarquistas, por su antiparlamentarismo y por su rechazo del papel del partido y del Estado en el proceso revolucionario (un tema que ya había escindido la Primera Internacional en la década anterior, entre los seguidores de Karl Marx y los del anarquista Mijaíl Bakunin). No obstante, la unidad inicial no iba a durar mucho. A finales de la década de 1890, el alemán Eduard Bernstein se desvió profundamente de la ortodoxia marxista al defender que, dado que las condiciones de vida mejoraban progresivamente para los trabajadores, el socialismo podría alcanzarse de forma gradual, mediante la participación en procesos electorales, sin necesidad de una revolución.

En los años posteriores surgieron facciones reformistas y revolucionarias en la mayoría de los partidos socialistas. Sus polémicas se hicieron más agrias durante la guerra y subieron todavía más de tono después de la toma del poder por los bolcheviques en 1917. El entusiasmo que generó la Revolución rusa fue el catalizador de la agitación económica y social que inundó Europa al acabar el conflicto bélico. Una oleada revolucionaria se extendió a través del continente e incluyó motines de soldados, revueltas,

huelgas, ocupaciones y la formación de consejos obreros en Alemania, Austria, Hungría e Italia, desde los últimos días de la guerra hasta 1920. Este aumento significativo de la actividad insurreccional culminó en la formación de las repúblicas soviéticas de Hungría, en marzo de 1919, y de Baviera, en abril del mismo año. El líder bolchevique Grigori Zinóviev se mostraba tan optimista que dijo que «a nadie sorprenderá, no obstante, que para el momento en que estas líneas salgan de la imprenta, haya, no solo tres, sino seis o más repúblicas soviéticas. Europa se apresura hacia una revolución proletaria a una velocidad de vértigo».[38]

El optimismo de Zinóviev demostró ser infundado. Los regímenes revolucionarios de Hungría y Baviera duraron poco y a principios de la década de 1920 la marea insurreccional se retiraba. Hay muchas razones que explican el fracaso de los levantamientos posteriores a la guerra, pero una, que no escapaba a los contemporáneos, era el predominio general del ala reformista en el seno del movimiento socialista. Esto se vio claramente en Alemania en enero de 1919. Entonces, Friedrich Ebert, el líder socialdemócrata de la República de Weimar, envió a los paramilitares de los *Freikorps* a suprimir el levantamiento de los espartaquistas. Al hacerlo, los *Freikorps*, integrados en su mayoría por excombatientes de la Primera Guerra Mundial, curtidos en el frente de batalla, asesinaron a los destacados comunistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

Los enconados y sanguinarios conflictos que dividieron al socialismo internacional después de la guerra acabarían por suponer enormes obstáculos a la hora de lograr una unidad antifascista en las décadas siguientes. Los comunistas no olvidaron nunca la «traición» socialdemócrata a la revolución, ni los asesinatos de Luxemburgo y Liebknecht. Por el otro lado, los socialistas acabaron por rechazar el modelo bolchevique de gobierno dictatorial y se sentían ofendidos por los intentos comunistas de derribar sus repúblicas parlamentarias. Estos problemas se exacerbaban aún más después de que el Segundo Congreso de la nueva internacional comunista (Komintern o Tercera Internacional) emitiera en 1920 un mandato a las facciones revolucionarias de los partidos socialistas para que se escindiesen de estos y formasen nuevas organizaciones

comunistas. Mientras tanto, los anarquistas, que crearon su propia internacional anarcosindicalista en 1922, la Asociación Internacional de los Trabajadores, con una participación de más de dos millones de obreros a nivel mundial,[39] se oponían al reformismo socialdemócrata. También denunciaron los ataques bolcheviques de 1921 contra los marinos de Kronstadt y contra el ejército anarquista de Néstor Majnó en Ucrania, así como la represión en general de su movimiento en la recién fundada Unión Soviética.

En el momento de mayor división en el socialismo europeo, su misma supervivencia iba a depender poco después de que supiese responder a su reto más importante hasta la fecha.

* * *

A finales de marzo de 1921, Emilio Avon, un dirigente socialista de Castenaso, en las afueras de Bolonia, recibió una sorprendente carta: «Eres el secretario de la sección socialista. Queremos poner a prueba tu valor». A la noche siguiente, mientras la familia de Avon dormía, un grupo de hombres armados y enmascarados tiró a patadas la puerta de entrada de su casa, arrastró a Emilio a la calle y lo dejó inconsciente de una paliza, en medio de los gritos aterrados de su mujer y sus tres hijos. Recibió una «invitación para abandonar la ciudad antes de quince días, bajo pena de muerte», algo que se apresuró a hacer.[40]

¿Quiénes eran estos enmascarados y por qué estaban aterrorizando a los socialistas locales y a sus familias? Eran los *squadristi* Fascistas[41] de Benito Mussolini, sus camisas negras, que recorrían campos y ciudades destruyendo la «plaga» roja que amenazaba la «unidad nacional» desde el final del conflicto bélico. La guerra de clases estalló en Italia durante el *Biennio Rosso* de 1919-1920, cuando los obreros industriales ocuparon las fábricas, los campesinos se hicieron con las tierras y una oleada de huelgas paralizó la economía. El primer ministro, moderado, prefería negociar en vez de dar rienda suelta al ejército y esto colmó la paciencia de los dueños

de la industria y de los terratenientes.[42] La amenaza de una revolución y la más inmediata realidad de una producción con interrupciones severas llevaron a las élites económicas a buscar soluciones a sus problemas más allá de la «impotencia» del Gobierno parlamentario. Pronto decidieron que Benito Mussolini era el hombre que necesitaban.

Como editor del periódico socialista *Avanti!*, Mussolini defendió la intervención italiana en la Primera Guerra Mundial, una postura que se alejaba de la ortodoxia marxista y que llevó a su expulsión del Partido Socialista Italiano (PSI). Una vez que el país entró en la guerra, Mussolini pasó dos años en el Ejército. Su carrera militar terminó cuando resultó herido por una granada, después de lo cual intentó lanzar un nuevo movimiento que reuniese elementos de su anterior socialismo con sus crecientes nacionalismo y autoritarismo. Pretendía formar un «sindicalismo nacionalista», un nuevo credo de colaboración corporativa de clase, en aras del interés de la nación italiana. Esto llevó a la creación en 1919 del Fascio di Combattimento (basado en el tradicional símbolo romano de unas ramas atadas en torno a un hacha, conocido como *fasces*). Este momento marca de forma oficial el nacimiento del Fascismo. Entre los integrantes de dicho grupo había antiguos socialistas, algunos futuristas de ultraderecha (el futurismo era una corriente cultural de vanguardia) y, sobre todo, excombatientes de la Primera Guerra Mundial que habían vuelto embrutecidos del frente.

Aunque muchos pensaron al principio que este conflicto iba a ser breve y rápido, se acabó transformando en un auténtico cataclismo, una sucesión de masacres aparentemente interminables en las trincheras durante cuatro años, con armas mortíferas e innovadoras, como la ametralladora o el gas venenoso. La gran capacidad de matar demostrada, aumentada con ayuda de la tecnología, traumatizó a muchos soldados, hasta el punto de que el término «neurosis de guerra» se empezó a utilizar entonces para describir lo que ahora se conoce como trastorno por estrés postraumático (TEPT) provocado por los combates. La desmovilización del Ejército al acabar la contienda hizo que el número de desempleados aumentase en Italia hasta los dos millones, mientras que el coste de la vida era cuatro veces superior

al de 1913.[43] Sin embargo, para muchos hombres jóvenes, especialmente los que iban a unirse al fascismo a lo largo de la década siguiente, el «espíritu de las trincheras» dio lugar a una peculiar forma de camaradería. El fundador de los *Faisceau* franceses recordaba que, cuando empezó la guerra, «regresamos a un estado de naturaleza sobre una base igualitaria. Cada uno de nosotros ocupó su lugar en una jerarquía formada de manera espontánea o aceptada por la nueva sociedad en la que nos encontrábamos».

[44] Desde el punto de vista de los fascistas, los soldados eran unos auténticos «machos» que arriesgaban sus vidas por la nación, en un estado de «jerarquía igualitaria», mientras que los burócratas parlamentarios, «afeminados» y burgueses, vivían entre lujos y permitían a los comunistas destruir Italia. Aún peor, los políticos italianos no supieron evitar el fracaso en la Conferencia de Paz de París y no se otorgaron al país los territorios que se le habían prometido en el Tratado de Londres, lo que hizo que la rabia consumiera a los soldados nacionalistas.

Aunque en un principio el Fascismo de Mussolini incluía una retórica de izquierdas, acerca de la necesidad de equilibrar los intereses de la élite económica con los de campesinos y obreros, en aras de la nación (algo que era evidente en el programa Fascista de 1919), en la práctica sus camisas negras trasladaron la guerra al frente doméstico, atacando militarmente, siempre al servicio de terratenientes y patrones, a los izquierdistas. Un pasatiempo favorito de los escuadrones Fascistas era humillar a sus víctimas obligándolas a beber aceite de ricino. Solo en la primera mitad de 1921, aproximadamente 119 locales sindicales, 107 cooperativas y 83 centros campesinos fueron destruidos. En 1920, más de un millón de jornaleros agrícolas se declararon en huelga. Al año siguiente, esa cifra había disminuido hasta los ochenta mil. Al combinar los escuadrones urbanos de Mussolini con un enorme movimiento reaccionario en el campo, las filas de los Fascistas pasaron de ser un variopinto grupo de apenas 100 hombres en 1919 a tener 250.000 integrantes solo dos años después.[45]

La primera organización antifascista militante que se enfrentó a los seguidores de Mussolini fueron los Arditi del Popolo (Escuadrones del Pueblo), fundados por el anarquista Argo Secondari en Roma a finales de

junio de 1921. Todo el espectro de fuerzas opuestas al fascismo (comunistas, anarquistas, socialistas y republicanos) se unieron bajo la estructura de milicia, descentralizada y federalista, de los Arditi. Su símbolo era una calavera con un puñal entre los dientes, rodeada por una corona de laurel. En pocos meses ya contaban con 144 secciones, que sumaban unos 20.000 integrantes, y defendían pueblos y ciudades frente a las incursiones de los Fascistas. En un principio, los recién formados Arditi lograron algunas victorias notables. Por ejemplo, en la ciudad noroccidental de Sarzana, los *squadristi* aterrorizaban de manera habitual a la población, destruyendo locales sindicales y asesinando a izquierdistas, durante los primeros meses de 1921. No obstante, un nuevo ataque a la ciudad en junio, como represalia por la muerte de un Fascista local, fue repelido sin contemplaciones por secciones de los Arditi con apoyo de los trabajadores locales. Murieron veinte Fascistas en el enfrentamiento.[46]

En última instancia, los Arditi del Popolo fueron incapaces de resistir el imparable avance Fascista por varios motivos. Entre estos se incluyen el enorme apoyo financiero y material que dieron las élites económicas a Mussolini, el hecho de que una buena parte de la infraestructura de la izquierda ya había sido destruida cuando se formaron los *Arditi* y por último, la incapacidad de los socialistas para unirse y destruir a su enemigo común. En enero de 1921, un grupo que pretendía seguir la estela de Lenin se escindió del PSI para formar el Partido Comunista Italiano (PCI), en la creencia de que el país estaba al borde de una etapa revolucionaria. Esta ruptura no solo separó a las dos facciones, sino que redujo mucho su capacidad combinada. Si antes de la separación la afiliación al PSI estaba en torno a las 216.000 personas, tras ella el número total de integrantes, entre ambos partidos, no pasaba de cien mil. Y mientras que el centro y la derecha del recién fundado PCI buscaban colaborar con los socialistas de izquierda, el ala radical del partido, agrupada en torno a Amadeo Bordiga, se negaba a cooperar con el PSI. Peor todavía, varios meses después de la formación de los Arditi del Popolo, el PSI les retiró su apoyo, ya que firmó un Pacto de Pacificación con Mussolini, mientras que el PCI sacó de ellos a sus miembros y los calificó de «maniobra burguesa». Unos cuantos

militantes de base de ambos partidos siguieron participando en los Arditi, aunque la Unión Anarquista Italiana y la Unión Sindical Italiana, anarcosindicalista, fueron las únicas formaciones de izquierda que mantuvieron su apoyo a esta organización armada.[47] Aparte de los Arditi, varias coaliciones obreras organizaron una serie de paros antifascistas a lo largo de 1922, incluido un intento de huelga general que lanzó la Alianza del Trabajo el 31 de julio. No obstante, el PSI, desaconsejaba las convocatorias organizadas a nivel local y prefería una huelga general «estrictamente legal» que se organizaría bajo su tutela. En todo caso, la violencia de los Fascistas aplastó cualquier intento en este sentido antes de que pudiese coger impulso.[48]

En 1924, Mussolini recordaba la Marcha sobre Roma, de finales de octubre de 1922, cuando se hizo con el Gobierno, como «un acto insurreccional, una revolución [...], una toma violenta del poder».[49] Esta forma de ver las cosas reforzaba la imagen de coraje marcial que buscaba cultivar, pero no tiene nada que ver con la realidad, mucho más mundana. El descontento de las élites económicas después de la guerra fue suficiente para que el primer ministro, Giovanni Giolitti, hiciese la vista gorda mientras los camisas negras sembraban el terror entre sindicalistas, huelguistas y políticos de izquierdas. Hasta incluyó a los Fascistas en su bloque nacionalista en las elecciones de mayo de 1921, cuando ocuparon 36 de los 120 escaños que obtuvo el bloque. Poco después, Mussolini transformó su movimiento en el Partido Nacional Fascista.

Sin embargo, participar en el Parlamento no era suficiente para Mussolini y sus camisas negras. Conforme pasaban los meses, cada vez estaba más claro que los Fascistas contaban con el apoyo de buena parte del Ejército y de la élite económica, mientras que los primeros ministros que sucedieron a Giolitti en el cargo no consiguieron un Gobierno estable. A finales de octubre de 1922, Mussolini empezó un juego de «guerra psicológica»[50] cuando reunió a un numeroso grupo de camisas negras en las afueras de Roma, los cuales amenazaban con tomar el poder por la fuerza. El primer ministro estaba dispuesto a decretar la ley marcial para detener el avance Fascista, lo que desde luego hubiese sido suficiente, pero el rey, Víctor

Manuel III, se negó a firmar el decreto. En vez de eso, invitó a Mussolini a formar un Gobierno de coalición. Este exigió el control absoluto del nuevo ejecutivo y el rey se lo concedió. La marcha de los camisas negras, el 31 de octubre de 1922, no fue más que la representación simbólica y triunfal de las manipulaciones politiqueras de su líder, frente a un Gobierno liberal dividido.[51]

Ni socialistas ni comunistas se mostraron especialmente preocupados por este cambio en el poder. La Confederación del Trabajo de Italia no era hostil al nuevo ejecutivo, no surgieron frentes amplios antifascistas y el dirigente del PCI Palmiro Togliatti se mostró confiado en que «el Gobierno fascista, que es la dictadura de la burguesía, no va a tener interés en prescindir de ninguno de los prejuicios democráticos tradicionales».[52] Poco después, Togliatti y el resto de Italia iban a descubrir que la verdadera esencia del Fascismo era precisamente la destrucción de esos «prejuicios democráticos». Unos meses después de la Marcha sobre Roma, Mussolini ordenó el arresto del comité central del PCI, forzando al partido a pasar a la clandestinidad y a miles de comunistas a marchar al exilio. El asesinato de Giacomo Matteotti, dirigente del recién formado Partido Socialista Unitario, a manos de los camisas negras, dejó en evidencia la inestable posición de Mussolini como primer ministro de una coalición en la que su propia formación se encontraba en minoría. Sin embargo, las fuerzas de izquierda no consiguieron forjar una alianza antifascista lo suficientemente fuerte. Algunos socialistas y comunistas abandonaron sus escaños como protesta, pero el dirigente comunista Antonio Gramsci les acusó de ser reacios a ir más allá del «terreno de lo estrictamente parlamentario».[53]

Tito Zaniboni, por otro lado, no tenía este tipo de reticencias. El 4 de noviembre de 1925, este diputado del Partido Socialista Unitario se alojó en una habitación de hotel contigua a la de Mussolini, con la intención de abrir fuego sobre el primer ministro mientras este daba un discurso desde su balcón. No obstante, se interceptó una conversación telefónica entre Zaniboni y el gran maestro de la masonería italiana, en la que planeaban la acción, y fue detenido antes de que pudiese disparar un solo tiro.[54] Mussolini se sirvió de este intento como excusa para acabar con el control

parlamentario sobre el Gobierno, haciéndose responsable solo frente al rey, y para disolver el Partido Socialista Unitario y la masonería.[55] Al año siguiente hubo otros tres intentos de acabar con la vida del Duce. En abril, la aristócrata anglo-irlandesa Violet Gibson abrió fuego sobre el líder italiano cuando este salía de un congreso internacional de cirujanos, pero la bala apenas rozó su nariz. En septiembre, el anarquista Gino Lucetti arrojó una bomba contra el coche de Mussolini, hiriendo a ocho personas, pero no al blanco de su acción. Por último, en octubre, el adolescente Anteo Zamboni le disparó, pero la bala atravesó milagrosamente su chaqueta, sin llegar a herirle. Zamboni fue luego asesinado por una multitud enfurecida. Hay quien ha dicho que el autor de este último intento era anarquista, pero los antifascistas afirmaron que se trataba de un encargo hecho por los propios Fascistas, como excusa para desatar la represión posterior. De un modo u otro, lo cierto es que estos intentos se utilizaron para eliminar todos los partidos políticos y periódicos que no fuesen Fascistas, dando paso de este modo a la dictadura de Mussolini.[56] Para 1926, los opositores potenciales al régimen habían sido integrados de forma efectiva en el mismo o aplastados. Hasta el desarrollo de los grupos de partisanos, en la década de 1940, la resistencia a la dictadura fue, casi en su totalidad, organizada desde el exterior. Los militantes exiliados introducían de contrabando en el país periódicos y manifiestos clandestinos o llevaban a cabo acciones individuales contra elementos Fascistas.[57] Al menos por un tiempo, el régimen de Mussolini contó con bases sólidas. Todo lo que los antifascistas podían hacer desde el exilio era limar este poder y organizarse en el extranjero contra la oleada de fascismo que amenazaba con ahogar el continente.

* * *

La República de Weimar nació de la guerra y recibió su bautismo de fuego en la revolución de 1918-1919 y en el intento de golpe de Estado derechista de 1920. El nuevo Gobierno socialdemócrata intentó atraerse a las clases

más bajas incluyendo el Estado de bienestar en la Constitución del país, por primera vez en la historia de Alemania. Al mismo tiempo, buscó mantener el apoyo de las clases altas impidiendo los levantamientos comunistas.[58]

En otras circunstancias, esto podría haber sido suficiente para otorgar estabilidad a la nueva república, pero no en el caso de la Alemania de entreguerras. Los nacionalistas de derechas asociaban a la República con la derrota, la cual explicaban de forma mitológica como una traición de políticos civiles (judíos y socialistas), más que como un fracaso en el campo de batalla. Les enfadaba tener que pagar las reparaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles, que consideraban excesivas, y anhelaban la vuelta de la autoridad tradicionalista. A la izquierda, el Partido Comunista (KPD), que se había separado del Partido Socialdemócrata (SPD) en 1919, pretendía derribar la República por la fuerza para instaurar una dictadura del proletariado. Sin embargo, tras la decisión del Gobierno socialista de recurrir a los cuerpos paramilitares de extrema derecha, los *Freikorps*, para sofocar el levantamiento espartaquista de 1919, los intentos posteriores del KPD de insurrección armada fracasaron estrepitosamente en 1921 y 1923.[59]

En la década de 1920, Alemania estaba inundada de formaciones paramilitares, que cubrían todo el espectro político. Entre ellas se incluía la organización de excombatientes independientes, Stahlhelm, que se fue desplazando a la derecha con el paso de los años, hasta impedir la inscripción de judíos.[60] En 1924, los socialdemócratas y algunos partidos de centro formaron la milicia Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold (negro, rojo y oro eran los colores de la nueva bandera republicana), para intentar conseguir una presencia de izquierdas entre los excombatientes. A mediados de la década ya contaba, aproximadamente, con 900.000 inscritos. Para no verse superados, los comunistas crearon unos meses después la Liga de Luchadores Rojos del Frente (RFB), en un intento de competir con la Reichsbanner socialdemócrata y contar con una milicia auxiliar en el partido. Era similar a la Liga Roja de Soldados, creada en 1918, y a las Centurias Proletarias de 1923-1924. En 1927 contaba con 127.000 miembros.[61]

Llegados a este punto, socialistas y comunistas estaban más preocupados por enfrentarse entre sí que por la organización paramilitar que acabaría por ser la más importante de todas: los *Sturmabteilung* (tropas de asalto o SA) del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) de Adolf Hitler. Cuando este creó su nueva organización, a partir del ala más radical del Partido Obrero Alemán, no aportó en realidad ninguna novedad a la ideología que ya tenía la derecha.[62] Su mezcla de militarismo, tradicionalismo, hipermasculinidad, antisemitismo y oposición al marxismo, enmarcada en un darwinismo social de lucha nacional y racial, no era más que una cepa particularmente virulenta del pensamiento predominante en la extrema derecha. Incluso la propia esvástica era «casi un requisito previo de los grupos *völkisch* (es decir, populistas conservadores)», antes de que Hitler la adoptara como emblema de su nuevo partido en 1920. Sin embargo, modernizó este ancestral símbolo «ario» y le dio un trazo más grueso, en línea con las tendencias gráficas dominantes en la publicidad de la época.[63] Esto no es más que un ejemplo de cómo Hitler reinventó las ideas y los emblemas de la derecha mediante la imagen, la oratoria y la organización.[64] Lo mismo hizo con su política, a través de la violencia.

Las tropas de asalto nazis (acrónimo de *Nationalsozialistische*) no solo copiaron a los camisas negras de Mussolini en sus característicos uniformes pardos, sino que también imitaron la brutalidad de sus homólogos italianos. Por ejemplo, en marzo de 1927 un grupo de varios cientos de SA se cruzó con dos docenas de miembros de la orquesta de la RFB y un político comunista, que estaban por casualidad en el mismo tren con destino a Berlín. Cuando los integrantes de la RFB les saludaron con el puño levantado, los nazis lo «tomaron como una provocación». Como cuenta uno de ellos:

En cada una de las paradas en el viaje, apedreábamos el vagón de los comunistas. Cada piedra alcanzaba su objetivo, porque viajaban en tercera clase, no había tabiques y los pasajeros estaban de pie, apretados entre sí. En un abrir y cerrar de ojos, todos los cristales estaban rotos. A lo largo del trayecto intentamos entrar por la fuerza al vagón, de pie en los escalones. Les golpeábamos desde el techo con el palo de una bandera, a través de las ventanas, y causamos muchos heridos.[65]

Cuando el tren llegó a la estación, los nazis se fueron a dar vueltas por Kurfürstendamm y a atacar a cualquiera con «pinta de judío». Cuando llegó la policía, encontraron más de 200 piedras, un revólver con cartuchos vacíos y tres dientes, en medio de «vidrios rotos, charcos de sangre y astillas de madera». La cara del político era «una masa informe y sangrienta». Seis pasajeros tuvieron que ser hospitalizados, incluidos dos nazis.[66] Poco se podían imaginar estos comunistas que esta no era más que la salva inaugural de la «guerra de exterminio contra el marxismo»[67] de Hitler.

Mientras este planeaba su campaña contra la izquierda, los socialistas y los comunistas estaban concentrados en pelearse entre sí.

En 1928, la Komintern declaró que la situación política después de la guerra había entrado en una nueva «tercera etapa», de carácter revolucionario. Esta exigía una estrategia de enfrentamiento sin cuartel contra los socialdemócratas, para dejar en evidencia su supuesto papel a la hora de salvaguardar el capitalismo. Según la Komintern, la «primera etapa» insurreccional había surgido hacia el final de la Primera Guerra Mundial y había hecho necesaria una actitud similar de enfrentamiento, en la que los comunistas se escindieron para formar sus propios partidos. Esta fase acabó cuando se desvaneció la promesa revolucionaria del periodo posterior a la guerra. A consecuencia de ello, al entrar en una «segunda etapa» más estable, el 18 de diciembre de 1921 la Komintern cambió de rumbo para adoptar de forma oficial una postura de «frente común» con los socialistas.[68] Los socialdemócratas alemanes rechazaron la oferta.

En 1928, el anuncio de una «tercera etapa» perjudicó todavía más las relaciones entre estas dos facciones principales. A partir de ese año, los comunistas declararon que los socialistas eran «social-fascistas». Con ello querían decir que estos acabarían por ser, inevitablemente, recuperados por la burguesía, conforme esta se inclinaba cada vez más hacia la extrema derecha, para defender su poder frente al levantamiento de la clase obrera. Según este planteamiento, los socialistas eran la zanahoria y los fascistas el palo y de ahí surgía el término de social-fascistas. Eran dos caras de la misma moneda.[69] El líder soviético Zinóviev defendía que «los sectores

más avanzados de la socialdemocracia alemana no son más que una parte del fascismo alemán, con una “terminología socialista”».[70] De hecho, una razón importante para el cambio a la idea de «social-fascismo» fue la necesidad que tenía Stalin de superar a Zinóviev y a Trotski por la izquierda en la lucha por el poder que se estaba dando en ese momento en la URSS. [71] Las intrigas políticas de Moscú a menudo tenían una mayor influencia en la estrategia de los antifascistas europeos que la realidad local de Italia o Alemania.

La animosidad que hay tras la etiqueta de «social-fascista» se vio exacerbada cuando el jefe de la policía de Berlín, socialdemócrata, prohibió las manifestaciones al aire libre para el 1 de Mayo de 1929. La presión de los militantes de base obligó al KPD a desoír la prohibición y a convocar un acto. Agentes antidisturbios atacaron a los comunistas, lo que dio lugar a huelgas masivas y a tres días de barricadas y enfrentamientos, que solo se pudieron sofocar cuando la policía trajo carros blindados. Los choques dejaron un saldo de 30 muertos y cerca de 200 heridos, mientras que hubo 1.200 arrestos. Las organizaciones comunistas, tales como la RFB y su sección juvenil, el Frente Juvenil Rojo, se declararon ilegales sin contemplaciones.[72]

Mientras comunistas y socialistas luchaban entre sí, el NSDAP de Hitler seguía creciendo. Aunque el fracaso nazi en el Putsch de Múnich de 1923 supuso un contratiempo momentáneo, después de la salida de prisión de su líder la afiliación al partido pasó de 17.000 miembros en 1926 a 40.000 en 1927 y a 60.000 en 1928.[73] El inicio de la Gran Depresión en 1929 acabó con la fe de muchos alemanes en la capacidad de la República de dar una solución a sus problemas. La violencia de las tropas de asalto nazis aumentó exponencialmente a finales de año, cuando sus escuadrones empezaron a desfilar en barrios comunistas y a atacar sus lugares de reunión y tabernas. Finalmente, se vieron obligados a empezar a tomarse a los nazis en serio, aunque no por ello dejaron de mostrarse arrogantes. El periódico comunista *Die Rote Fahne* proclamaba: «Dondequiera que un fascista se atreva a dejar ver su cara en un barrio obrero, los puños de los trabajadores le mandarán de vuelta a casa. ¡Berlín es rojo! ¡Berlín seguirá siendo rojo!».[74]

Este tipo de oposición militante al NSDAP generó un gran debate sobre estrategia en el seno del KPD. Una buena parte de los líderes de este partido defendía que la oposición a los nazis debía hacerse a través de huelgas masivas de trabajadores organizados, a pesar de que la depresión económica había debilitado a las centrales obreras y el KPD había acabado por ser el partido de los desempleados. A sus dirigentes les costaba adaptarse al cambiante panorama económico y calibrar la resistencia del partido ante un enemigo de nuevo cuño. Apoyaban la oposición física frente a los nazis, pero defendían el «terror de masas proletario» en vez de las «acciones individuales contra elementos concretos», a las que hacía alusión el nuevo y popular lema: «¡Golpea a los fascistas allí donde los veas!».[75] El rechazo de los líderes del KPD al espíritu de este lema contribuyó mucho a distanciarles de las formaciones paramilitares del partido, que vivían la realidad cotidiana de tener que enfrentarse a los ataques de las tropas de asalto. Además, esta división a menudo era generacional. Mientras que los más jóvenes estaban ansiosos y dispuestos a enfrentarse a cualquiera que llevase una camisa parda, sus líderes, de mayor edad, pedían contención. Como dijo un comunista desesperado: «En mi opinión, el terror de masas es simplemente imposible [...]. Al fascismo ya solo se le puede parar mediante acciones [individuales] y, si eso fracasa, todo está perdido a largo plazo».[76]

La campaña coordinada desde la clandestinidad por la RFB en otoño de 1931 contra los ataques nazis a las tabernas comunistas representó un paso adelante significativo en la estrategia antifascista. Durante generaciones, estos locales habían servido como centros sociales, para la organización y el ocio de la izquierda. Después del éxito del NSDAP en las elecciones de 1930, en las que pasó a ser el segundo partido más importante en el Reichstag, en otoño de 1931 los nazis usaron los recursos económicos de sus simpatizantes ricos para hacerse con las tabernas de izquierdas en Berlín y usarlas como sus centros de operaciones. Ni las huelgas de alquileres ni las manifestaciones consiguieron echarlos, así que la RFB se puso en marcha...

Dos tabernas de las SA fueron tiroteadas en septiembre, lo que provocó la

muerte de un vigilante de esta formación. El 15 de octubre siguiente, la estrategia se recrudeció. Mientras se celebraba una manifestación a un kilómetro de distancia, como distracción, entre 30 y 50 personas se dirigieron lentamente hacia una taberna de las SA en Richardstrasse. Iban cantando la *Internacional* y gritando: «¡Muerte al fascismo!». De repente se detuvieron, cuatro o cinco de ellos sacaron pistolas y abrieron fuego sobre el local, hiriendo a cuatro miembros del partido y dando muerte al propietario, que se había unido al NSDAP por «motivos comerciales». Esta acción condujo a una serie de detenciones y la taberna estaba abierta de nuevo apenas tres meses después. Para desesperación del ala militar del partido, los líderes del KPD hicieron una denuncia pública de este tipo de ataques.[77]

Debates similares se produjeron en el seno del movimiento anarquista alemán. Este creó una milicia propia en 1929, las Schwarze Scharen (Bandas Negras o Tropas Negras), para proteger los actos del anarcosindicalista Sindicato de Trabajadores Libres de Alemania (FAUD) y de la Juventud Anarcosindicalista. No obstante, era mucho más pequeña que sus homólogas comunista o socialista. Vestidos completamente de negro con boinas a juego, sus integrantes combinaron los enfrentamientos callejeros contra los nazis con creativas formas de propaganda, como títeres, música o teatro en la calle (comunistas y socialistas también tenían coros, teatros y otras formas de agitación y propaganda). A pesar de que nunca superaron los varios centenares, en algunas ciudades eran la principal oposición a los fascistas.

No obstante, había algunos anarcosindicalistas dentro del FAUD que no estaban de acuerdo con sus métodos de enfrentamiento directo. Conforme se enrarecía la atmósfera política, la milicia anarquista empezó a almacenar explosivos. En mayo de 1932, a raíz del chivatazo de un delator, la policía encontró el escondite. Las detenciones que se produjeron a raíz de este hallazgo, junto con el ascenso de Hitler al poder, sellaron el destino de las Schwarze Scharen.[78]

El alcance de la violencia no hizo sino aumentar con el paso de los años. Según sus propios registros, entre 1930 y 1932 murieron 143 nazis en los

enfrentamientos, mientras que los comunistas perdieron a 171 de sus miembros. A pesar de que los ataques contra estos últimos fueron más numerosos que los dirigidos a los socialistas, las muertes de estos también aumentaron mucho.[79]

El incremento de la violencia y de la inestabilidad política llevó a la organización paramilitar republicana-socialista, la Reichsbanner, a proponer en diciembre de 1931 la creación de un Frente de Hierro contra el Fascismo, con la participación del SPD y de varias organizaciones sindicales. Aparte de la necesidad de dar una respuesta más vigorosa al nazismo, la iniciativa era el reconocimiento *de facto* de que el paso en 1930 a un «Gobierno presidencial», que funcionaba por decreto y eliminaba el carácter democrático de la República, exigía una mayor atención a la política a pie de calle. El SPD también estaba ansioso por desviar el interés de su reticente apoyo al cuarto decreto de emergencia del canciller Brüning, con el que se habían reducido los salarios y recortado el gasto social. Aunque la prioridad del partido era reforzar la autoridad del Gobierno frente a Hitler, con este paso pretendía «proyectar, al mismo tiempo, una imagen nueva y más agresiva».[80]

Además, la creación del Frente de Hierro reflejaba la frustración de los miembros más jóvenes del partido frente a la naturaleza didáctica y poco ágil de la propaganda de este. Hitler, por el contrario, había llegado a dominar el aspecto psicológico de la comunicación. En vez de exponer «razones» con las que «rebatir las opiniones opuestas», buscaba «eliminar el pensamiento» y crear un «estado receptivo de devoción fanática», mediante una dinámica política de acción constante.[81] El socialista ruso emigrado Serguéi Chajotin se dio cuenta de esto y propuso al SPD adoptar este tipo de propaganda basada en la psicología. Dándose una vuelta por la ciudad, Chajotin vio que alguien había dibujado una línea sobre una esvástica para tachar el símbolo nazi. Así se le ocurrió la idea de convertir la línea en una flecha apuntada hacia abajo. Tras discutirla con compañeros suyos interesados en el tema, la convirtió en el emblema de las tres flechas (*Drei Pfeile*). Para él representaban «unidad, actividad y disciplina», o bien el SPD, los sindicatos y la Reichsbanner. También propuso que los

socialistas adoptasen el saludo con el puño levantado de los comunistas (que en realidad era lo que había llevado a Hitler a copiar el saludo romano de Mussolini en 1926).[82]

Aun así, los dirigentes socialistas seguían siendo muy reticentes a aceptar las novedades de Chajotin o la exigencia de sus bases de una mayor militancia. Desafortunadamente para el SPD, la oposición a los cambios se había vuelto la norma en su seno. Desde la fundación de la República, la dirección del partido había desarrollado un control cada vez mayor sobre este, hasta el punto de que «los líderes ostentaban sus cargos de manera indefinida y elegían personalmente a sus sucesores».[83] Esta cúpula, atrincherada en sus poltronas, se oponía a la idea de una campaña de pintadas para dibujar flechas sobre las esvásticas, porque era ilegal. «Vamos a hacer el ridículo con todas estas tonterías», dijeron, aunque posteriormente las tres flechas llegaron a ser uno de los principales símbolos del antifascismo. Después de las elecciones de 1932 al Parlamento regional de Prusia, en las que los nazis superaron al SPD como segundo partido más importante de Alemania, los socialistas lanzaron una campaña de propaganda bajo el paraguas del Frente de Hierro, con puños y flechas por doquier.

Como instrumento electoral, el Frente de Hierro tuvo bastante éxito. Como formación paramilitar, «solo existió de forma nominal». Aunque sus integrantes participaban en entrenamientos militares ocasionales, no se les preparaba como fuerza armada. Para muchos, se trataba de «otra idea a medias tintas». Desde luego, los miembros de esta agrupación tomaron parte en enfrentamientos callejeros muy intensos con los nazis, que dejaron un saldo de 99 muertos en los dos meses posteriores a la descriminalización de las SA. Pero una vez que Hitler se hizo con el poder, «se vio que el Frente de Hierro estaba hecho de hojalata».[84]

La popularidad del Frente de Hierro llevó al KPD a formar Acción Antifascista, como una red de secciones de fábrica, de grupos de barrio, de bloques de viviendas y de cualquier otra distribución geográfica. En las décadas de 1980 y 1990 muchos colectivos dentro del movimiento adoptaron el nombre de esta organización alemana, aunque ya el Comité de

Acción Antifascista tuvo una denominación muy parecida en Francia en la década de 1920. En la Alemania de 1930, las juntas ejecutivas de Acción Antifascista en el nivel local estaban compuestas por representantes del KPD, de la RFB, de las ligas de deportes asociadas al partido y de otras plataformas que los comunistas habían organizado anteriormente contra los nazis, como Autodefensa de Masas Roja (RMSS). El objetivo de Acción Antifascista era «proporcionar un marco en el que personas de todo tipo se pudiesen unir en una alianza poco estricta, para enfrentar la represión económica, social y legal, y, sobre todo, una base sobre la que socialdemócratas y comunistas pudiesen unirse y defenderse de los nazis».

[85]

Sin embargo, esta unidad se debía dar bajo el control de los comunistas, no de los socialistas. Se daba la bienvenida a los militantes de base del SPD que se quisiesen unir a Acción Antifascista, pero el KPD seguía dando instrucciones a sus miembros de que «saboteasen el Frente de Hierro cada vez que tuviesen ocasión».[86]

El 30 de enero de 1933, el presidente del Reich, Hindenburg, nombró canciller a Hitler. El lema de los socialistas en las elecciones de 1932, «¡Aplasta a Hitler, vota por Hindenburg!», dejaba claro que no había esperanza alguna de detener al nazismo solo mediante el voto.[87] Durante el periodo de entreguerras, los Gobiernos en Europa dieron bandazos hacia la derecha. A menudo, los conservadores tradicionales imponían soluciones autoritarias desde arriba a la agitación económica y política —tal y como ocurrió en Rumanía, Grecia, Bulgaria y en la España de Primo de Rivera— sin tener que recurrir al populismo fascista para hacerlo desde abajo.[88] Los socialistas alemanes esperaban que los Gobiernos presidenciales de comienzos de la década de 1930 hicieran lo mismo. Sin embargo, la derecha tradicional pensaba que, en última instancia, podría controlar a Hitler si lo incorporaba al ejecutivo.

Para el KPD, los Gobiernos autoritarios de principios de la década de 1930 ya eran fascistas. En su opinión, Hitler solo era el mismo perro con distinto collar y la incapacidad de cumplir las promesas de su partido llevaría pronto a su caída.[89] Pero unos pocos meses después, el Reichstag

aprobaba la Ley Habilitante, que otorgaba a Hitler una autoridad absoluta. Toda la oposición se vio obligada a pasar a la clandestinidad. Los socialistas organizaron a 3.000 militantes en las tropas de choque rojas, mientras que unos 36.000 comunistas, aproximadamente, participaron en la resistencia hasta 1935. No obstante, a finales de la década la Gestapo había aplastado la disidencia a todos los efectos.[90] En última instancia, las diversas facciones de la izquierda estaban demasiado ocupadas enfrentándose entre sí como para darse cuenta de que los nazis no eran solo una nueva forma de la contrarrevolución tradicional. Los líderes de los partidos socialista y comunista estaban muy amoldados a sus rutinas y no supieron adoptar rápidamente opciones tácticas innovadoras y de oposición frontal. Todo el continente europeo, y su población judía en particular, iba a pagar un precio muy alto por el fracaso a la hora de frenar a Hitler.

* * *

Así, para 1934 Italia y Alemania ya habían sucumbido ante el fascismo. Mientras tanto, en Inglaterra, los 50.000 camiseros negros de la Unión Británica de Fascistas (BUF) de Oswald Mosley subían de tono su antisemitismo con el apoyo del periódico *Daily Mail*. [91] Para muchos izquierdistas y judíos británicos, había llegado el momento de pararles los pies.

Ya habían surgido pequeños grupos fascistas en el Reino Unido en la década de 1920, tales como la Liga Imperial Fascista y los Fascistas Británicos. Pero fue Oswald Mosley, un antiguo miembro laborista del Parlamento, el que hizo de esta ideología algo significativo en Gran Bretaña. En 1931 fundó el Partido Nuevo, tras experimentar un giro a la derecha. La formación de Mosley no obtuvo buenos resultados en las urnas y apenas consiguió mantener una presencia pública, en medio de altercados continuos y ataques contra sus miembros. De hecho, durante un acto en Glasgow, la policía tuvo que rescatarle y llevárselo a un sitio seguro cuando le apedrearon y le atacaron con navajas de afeitar. Aunque el Partido

Laborista y el Congreso de Sindicatos (TUC) condenaron esta violencia, sus militantes de base tenían una nutrida representación entre los atacantes.[92]

La siguiente organización de Mosley, la Unión Británica de Fascistas, tuvo una recepción semejante. Cuando esta empezó a implantarse en el West End de Londres en 1933, los judíos del East End se propusieron impedirlo. El 30 de abril de ese año, apenas unos meses después del ascenso de Hitler al poder, un millar de ellos se lanzaron al grito de «¡Abajo los nazis! ¡Abajo los hitlerianos!» contra unos miembros de la BUF que estaban repartiendo propaganda. Seis militantes fueron detenidos, no sin antes haber «machacado muy seriamente» a los seguidores de Mosley.[93] Temerosos del avance del fascismo, los judíos británicos crearon una serie de organizaciones, tales como la Liga Sionista de la Juventud Judía y la Asociación de Defensa Unida Judía, dedicadas en exclusiva a defender a sus comunidades. Del mismo modo, en 1936, antiguos soldados judíos que habían luchado en la guerra fundaron el Movimiento de Excombatientes contra el Fascismo (EMAF), «para atacar a este en sus feudos». Posteriormente también crearon la Legión de los Camisas Azules y Blancas, que infundía tanto temor en los miembros de la BUF que estos la llamaban «la tropa de asalto del judaísmo». No obstante, había una barrera generacional que determinaba las opiniones ante la respuesta antifascista. Las personas de mayor edad en la comunidad tendían a criticar a quienes «copian la violencia nazi, la cual odiamos y detestamos». En su lugar, creían que el objetivo era «demostrar al mundo que los judíos» podían «ser tan buenos ciudadanos como cualquiera». En cambio, los más jóvenes solían responder: «Se le puede dar un uso mejor a los puños que coger el bolígrafo».[94]

Otros miembros de la comunidad se organizaron contra el fascismo en el seno del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), incluso aunque no estuviesen totalmente de acuerdo con sus ideas, porque se decía que eran «los únicos que intentaban plantarles cara a los fascistas».[95] Esto no era del todo cierto. Por ejemplo, el Partido Laborista Independiente, a pesar de que en un primer momento organizaba debates conjuntos con la BUF, acabó por tomar una postura más combativa. Y otros grupos de izquierda más

pequeños, como la Liga Socialista, estaban igualmente dispuestos al enfrentamiento.[96] También surgieron otras formas de resistencia menos organizadas entre los jóvenes judíos de clase obrera, que se dedicaban a la «guerra de pandillas». Hasta tal punto fue así que el *Evening Standard* escribió: «Los camisas negras del East End se enfrentan a un peligro muy real de violencia física. Hay algunas calles en Whitechapel [...] por las que no pueden pasar por la noche [...] sin llevarse una paliza».[97]

En todo caso, cuando se trataba de enfrentarse a Mosley y a su organización, se reunían militantes de muchos grupos distintos (y bastantes de ninguno en concreto) en gran número. En septiembre de 1934, 120.000 manifestantes arrollaron por completo un acto de la BUF en el londinense Hyde Park. La oposición antifascista a esta escala no se limitaba a las ciudades grandes. En el pequeño pueblo de Tonypany, fueron arrestadas 36 personas, de una multitud de 2.000 que acudió a impedir una reunión de la BUF, acusadas de provocar disturbios. Legalmente, la policía solo podía impedir la expresión de ideas de odio si esto causaba desórdenes públicos. Por lo tanto, cuando los militantes generaban altercados, los agentes tenían el pretexto legal para disolver el encuentro fascista. En total, de los 117 actos públicos que la BUF intentó realizar en 1936, la acción de sus oponentes interrumpió o impidió 57.[98]

El panorama del antifascismo internacional se vio radicalmente alterado en el verano de 1935, cuando la Internacional Comunista dio un vuelco de 180 grados y abandonó su análisis de la «tercera etapa» y la idea del «social-fascismo». Su nueva postura pedía que se adoptase la táctica del frente popular amplio, para incrementar la seguridad diplomática de la URSS en vista del ascenso del nazismo. Los izquierdistas no soviéticos, que pocos meses antes no eran más que fascistas disfrazados, fueron invitados de repente, con los brazos abiertos, a la hermandad antifascista. Los partidos liberales «burgueses», de los que se había dicho que solo facilitaban que la extrema derecha conquistase el planeta, pasaron a ser piezas clave del frente popular. Los disidentes trotskistas, muy críticos con la postura de la Komintern en la «tercera etapa», habían propuesto, en su lugar, una unión de todos los socialistas. Ahora Trotski atacaba a Stalin por

ir demasiado lejos en el sentido opuesto, con este «cambio oportunista y patrioter»», que amenazaba con «ahogar la lucha revolucionaria».[99] Sin embargo, a mediados de la década de 1930, Stalin estaba ansioso por abandonar esta «lucha revolucionaria», en favor de fortalecer la Unión Soviética.

En Gran Bretaña, el CPGB, que ya era pequeño de por sí, se había resentido mucho de la retórica agresiva de la «tercera etapa». Con la llegada de la estrategia de frente popular, pasó a defender con entusiasmo la democracia parlamentaria, a la que hasta hace poco había calificado de «opio contrarrevolucionario», y buscó un acercamiento con el Partido Laborista. Aunque este rechazó la invitación, el CPGB siguió cultivando una imagen de respetabilidad y dejó de participar en el activismo de oposición antifascista. En octubre de 1936, la BUF organizó un desfile a través del barrio judío del East End de Londres. Como respuesta, el Consejo del Pueblo Judío contra el Fascismo y el Antisemitismo (JPC), junto con sus aliados de la EMAF y del Consejo de Acción Judío, repartió una solicitud para prohibir el acto y reunió 77.000 firmas en dos días. Cuando el Gobierno se negó a impedirlo, con la excusa de la libertad de expresión, el JPC decidió movilizar a toda la comunidad para bloquear físicamente la ruta del desfile. El CPGB no quiso participar en este «enfrentamiento» y en su lugar convocó a sus miembros a una concentración en apoyo a la República española, a la misma hora, en Trafalgar Square. Incluso imprimió un folleto en el que se pedía «dignidad, orden y disciplina», en vez de una oposición activa.

Los afiliados de base, sobre todo los judíos, se subían por las paredes. Estaban decididos a «oponerse a Mosley con su presencia física, sin importar lo que dijese el Partido Comunista».[100] Tras recibir críticas de todos lados, los líderes del CPGB acordaron apoyar el bloqueo antifascista. [101]

El 4 de octubre de 1936, varios miles de seguidores de la BUF se reunieron para desfilarse por el East End londinense, una zona de población mayoritariamente judía. Sin embargo, como recuerda un antifascista de la comunidad local: «Decidimos que no íbamos a permitir, bajo ninguna

circunstancia, que ni los fascistas ni su propaganda, junto con sus insultos y sus ataques, viniesen a nuestro barrio, en el que vivía y trabajaba pacíficamente nuestra gente».[102]

Según la policía, 100.000 militantes inundaron las calles adyacentes para impedir el avance de los fascistas. Treinta minutos antes de la hora planeada para el inicio del desfile, los agentes cargaron con sus porras contra la multitud, para despejar el camino de la BUF. Cuando se retiraron los manifestantes, quedaron varias personas heridas en el suelo. Los demás empezaron a erigir barricadas. En Cable Street, los militantes volcaron un camión para bloquear la calle, mientras que otros cogían materiales de construcción de una obra cercana y los añadían a un montón de colchones y muebles. Un amplio espectro de antifascistas, desde «judíos ortodoxos con largas barbas», hasta «estibadores irlandeses, católicos y pendencieros», defendieron la barricada con los adoquines del suelo, levantados con picos de obra. Cuando los policías asaltaron el camión volcado, les respondieron con unas bombas diminutas, hechas con pequeñas cajas de pólvora. Los fascistas gritaban: «¡Judíos! ¡Judíos! ¡Nos vamos a librar de los judíos!» y los antifascistas les respondían con la frase en español: «¡No pasarán!».[103]

Mientras, seguían llegando asistentes al desfile. Algunos iban en coches con redes en las ventanillas en lugar de vidrios, para limitar los efectos destructivos de las piedras antifascistas. Finalmente, apareció Oswald Mosley, una hora tarde, en un coche abierto protegido por camisas negras en motos. Sus seguidores, entusiasmados, hacían el saludo romano, mientras los antifascistas les abucheaban y les llamaban «ratas». Fue llegando más y más policía, hasta un total de 6.000 agentes, pero cada vez les costaba más mantener el «orden». Piedras y otros proyectiles, como «botellas a medio llenar de limonada con gas», que explotaban cuando se sacudían y se lanzaban, volaban continuamente en dirección a la policía y a los miembros de la BUF reunidos. Cuando agentes montados a caballo cargaron contra los antifascistas, estos hicieron estallar una bolsa de pimienta frente a una de las monturas y tiraron canicas bajo sus patas. Desde las ventanas de las casas caían ladrillos y se vaciaban orinales. Una situación todavía más violenta se vivió cuando la multitud intentó liberar a

uno de los militantes, que había sido detenido.

Así, antes de que el desfile fascista pudiese llegar siquiera a empezar, la policía tuvo que cancelarlo. Los camisas negras, enfurecidos, gritaban: «¡Queremos libertad de expresión!». En total, fueron detenidos 80 manifestantes y 73 agentes resultaron heridos.

Al día siguiente, la BUF criticó al Gobierno, por haberse «rendido ante el terror rojo». Según un antifascista judío, buena parte de esta comunidad había acabado «harta y avergonzada de seguir con la cabeza gacha». Y así, en la que se ha convertido en la legendaria batalla de Cable Street, Mosley no pasó.[104]

* * *

Los ínclitos voluntarios extranjeros de Mussolini, conocidos como *Corpo Truppe Volontarie* (CTV), se habían quedado tirados en la cuneta. Literalmente. Tras atacar con gran éxito usando la táctica *schwerpunkt*, parecida a la posterior guerra relámpago de los nazis, habían conseguido atravesar las líneas republicanas al norte de Madrid. Pero el CTV, que estaba muy mecanizado, había avanzado más rápido que sus líneas de suministro y ahora estaba en medio de una tormenta de hielo y nieve. Muertos de frío, con uniformes tropicales, desmoralizados por no tener comida ni bebida caliente,[105] los soldados empezaron a prestar oídos a los mensajes que les llegaban a través de los altavoces del otro lado de las líneas enemigas:

¡Italianos, hijos de nuestra tierra! Os han traído aquí engañados, con propaganda falsa y mentirosa, o bien espoleados por el hambre y el paro. Sin quererlo, os habéis vuelto los verdugos del pueblo español [...]. Pasaos a nuestras filas. Las de los defensores del pueblo, de la civilización y del progreso. Os abrimos los brazos. Venid con nosotros, los voluntarios del Batallón Garibaldi.[106]

Tras años en el exilio, los antifascistas italianos del Batallón Garibaldi se enfrentaban, finalmente, a las legiones del Duce, en combate abierto a través de las llanuras y colinas de Castilla-La Mancha, en las afueras de

Guadalajara.

Era marzo de 1937 y la guerra civil española estaba en pleno apogeo. El Generalísimo Francisco Franco, que había llegado para dirigir el levantamiento militar de julio de 1936 contra la Segunda República española, estaba cada vez más ansioso por conquistar la capital del país y asegurar la legitimidad de su autoridad. Sin embargo, la defensa de Madrid demostró ser mucho más resistente de lo que él había pensado. «¡No pasarán!», gritó el pueblo. Para cambiar el curso de los acontecimientos, Franco recurrió a las tropas que Mussolini y Hitler habían enviado a España, en clara violación del acuerdo de neutralidad que Francia y el Reino Unido respetaban escrupulosamente.

Buscando la gloria en España, Mussolini había equipado un ejército de 35.000 hombres, con 250 tanques, 180 piezas de artillería y cuatro compañías motorizadas de ametralladoras. Se trataba del «ejército mejor armado y pertrechado que había entrado en batalla hasta el momento».[107]

Sin embargo, esta ventaja técnica se desvaneció cuando los vehículos quedaron atascados en el barro, en las afueras de Guadalajara, y el apoyo aéreo tuvo que quedarse en tierra, en aeródromos inundados. Del 12 al 17 de marzo, el CTV fue objeto de ataques intermitentes por parte de varias unidades, incluidas la XI Brigada Internacional (compuesta por el batallón francés Comuna de París y por los batallones alemanes Edgar André y Thäelman), la XII Brigada Internacional (compuesta por el batallón italiano Garibaldi y el franco-belga André Marty) y la milicia anarquista de Cipriano Mera, apoyadas por la fuerza aérea republicana.[108] El goteo de deserciones acabó por convertirse en un colapso total el 18 de marzo, cuando la República consiguió su primera victoria en la guerra. Ernest Hemingway, como corresponsal de guerra de *The New York Times*, dijo que era «imposible exagerar la importancia de esta batalla». Para el antifascismo internacional fue un soplo de aire fresco, después de década y media de derrotas continuas.[109]

La batalla de Guadalajara supuso un punto álgido de la unidad del antifascismo transnacional. No obstante, había graves conflictos ocultos bajo la superficie, que habían lastrado a la República española desde el

principio. Esta se proclamó en 1931, un año después del final de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930), muy influenciado por Mussolini.[110] Como la República de Weimar, la española dedicó su breve existencia a defenderse de las amenazas desde la izquierda y la derecha. Por la izquierda, mantuvo su enfrentamiento más persistente con la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que lanzó, sin éxito, los levantamientos de los «tres ochos»: el 18 de enero de 1932, el 8 de enero de 1933 y el 8 de diciembre de 1933.[111]

Al mismo tiempo, por la derecha, una parte del ejército dio un golpe fallido en agosto de 1932. En 1934, una revuelta de mineros socialistas en Asturias, que se alzaron contra un nuevo Gobierno de derechas al que consideraban fascista, fue brutalmente reprimida. A partir de ese año, el saludo con el puño cerrado del antifascismo empezó a extenderse en España.[112] Después del viraje de la Komintern hacia la estrategia del frente popular en 1935, el minúsculo Partido Comunista Español (PCE), que apenas contaba con 1.000 miembros cuando se proclamó la República, [113] entró en una coalición con socialistas y republicanos de izquierda de cara a las elecciones de 1936.

Fue la victoria del Frente Popular en estas lo que precipitó la organización del levantamiento militar de ese verano. Aparte del Ejército, Franco contaba con el apoyo de monárquicos, grandes industriales y terratenientes, la Iglesia y la Falange, un pequeño partido fascista formado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, el hijo del anterior dictador. El número de sus miembros, uniformados con camisa azul, creció ininterrumpidamente en el curso de la guerra civil, de 5.000 antes de que estallase el conflicto a dos millones, varios años después.[114] No obstante, Franco mismo no era fascista. Se trataba más bien de un tradicionalista católico autoritario y, como tal, no estaba ligado a la Falange. Eso no impidió que al acabar la contienda la convirtiera en el partido oficial de Estado en la dictadura, de tintes fascistas. Por el contrario, José Antonio Primo de Rivera se encontraba en territorio republicano cuando empezó la guerra y fue ejecutado por el Gobierno republicano varios meses después.

Mientras que las guarniciones que apoyaban a Franco lograron imponerse

con facilidad en algunas regiones, en Barcelona los trabajadores de la CNT, anarcosindicalista, de la UGT, socialista, y de otras organizaciones, tomaron las armas para aplastar el levantamiento militar y proclamaron la revolución social. A lo largo de las semanas y meses siguientes, los anarquistas y sus aliados socialistas colectivizaron la industria y la agricultura en buena parte de Aragón, Cataluña y Valencia. Solo en Barcelona este proceso incluyó unas 3.000 empresas.[115] George Orwell, que llegó a la ciudad en medio del entusiasmo revolucionario, describió la ocasión como «la primera vez que veía una ciudad en la cual la clase obrera estaba al mando».[116]

No obstante, el Partido Comunista estaba absolutamente en contra de la revolución que se estaba desarrollando en España. El fin del planteamiento de la «tercera etapa» y el viraje hacia la estrategia de «frente popular» suponían una renuncia a las ambiciones insurreccionales, en pro de fortalecer a la URSS en la escena internacional. A principios de la década de 1930 los soviéticos intentaron reforzar sus relaciones con las potencias occidentales, al mismo tiempo que la Komintern rebajaba el tono del discurso de sus partidos nacionales. Cuando Italia invadió Abisinia (Etiopía) en 1935, la URSS solo emitió una queja tibia y lanzó un boicot a los productos italianos de mucho menor calado que los que pusieron en marcha Francia o Gran Bretaña. Tras el final de la guerra en África, los soviéticos retiraron estas sanciones y retomaron unas relaciones económicas con el régimen fascista que se remontaban a un pacto comercial de 1924 con Mussolini. Del mismo modo, la URSS hizo cinco intentos en 1935 de mejorar sus relaciones con el nuevo Gobierno de Hitler, aunque los nazis no estaban interesados más que en intercambios comerciales.[117] Esto constituyó el preludio del pacto de no agresión de 1939.

En el caso español esta actitud significaba que, mientras que anarquistas y trotskistas consideraban que la guerra y la revolución eran inseparables, el PCE «se erigió en el defensor de la propiedad de los pequeñoburgueses». Según argumentaban, no era el momento adecuado para estas transformaciones, ya que la agitación social solo podía entorpecer el esfuerzo bélico.[118] Conforme aumentaban estas tensiones, la palabra «antifascismo» acabó por verse asociada a una alianza, dominada cada vez

más por los comunistas, de republicanos de clase media y elementos socialistas opuestos a las colectivizaciones. Por el contrario, José Peirats, de la CNT, defendía que «ser antifascista significa ser revolucionario».[119]

El prestigio que desarrolló el PCE se debía por completo al hecho de que la Unión Soviética tenía un papel muy importante en el conflicto. Sin embargo, cuando empezó la guerra en España, fueron la Komintern y la Internacional Comunista Obrera las que tuvieron que empujar a Stalin para que actuara.[120] Una vez que la URSS empezó a apoyar de forma activa a la República, la Komintern organizó las Brigadas Internacionales. A lo largo de la contienda, entre 32.000 y 35.000 antifascistas de 35 países participaron en ella, en batallones organizados en su mayor parte en función del origen nacional de sus integrantes. Entre estos estaban el polaco Batallón Dabrowski, el norteamericano Batallón Abraham Lincoln o el Batallón Dimitrov, del centro de Europa. Otros 5.000 militantes lucharon en las milicias de la CNT y del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), una organización comunista disidente.[121] George Orwell se unió a los combates en este último. Los soviéticos también vendieron equipo militar a la República y mandaron asesores. Así se forjó la imagen popular de Stalin como defensor de la República frente a Hitler y Mussolini.

No obstante, tras la caída de la URSS fue posible acceder a documentos de los Archivos Militares del Estado en Rusia que antes no estaban al alcance de los investigadores. Esto llevó a los historiadores Ronald Radosh, Mary Habeck y Grigory Sevostianov a cuestionar esta narrativa heroica en su libro *España traicionada*. Los nuevos documentos revelan que «Stalin estafó, a todos los efectos, a la República por valor de varios cientos de millones de dólares en la venta de armas [...] mediante un ejercicio secreto de ingeniería financiera». Es más, «buena parte del material suministrado estaba anticuado y era inservible». Según estos historiadores, dado que solo había otro país, México, que daba apoyo material a la República, Stalin pudo emplear la «ayuda como un auténtico chantaje». De este modo logró, en esencia, «hacerse cargo de la economía española, del Gobierno y del Ejército y de su funcionamiento».[122]

Mientras tanto, en la URSS se desarrollaba la «Gran Purga». A lo largo de

varios años, todo líder soviético que pudiese, de algún modo concebible, desafiar el poder de Stalin fue obligado a confesar que pertenecía a la «central terrorista trotskista-zinovievita» o a cualquier otra trama. Al mismo tiempo, «millones de personas eran arrestadas y cientos de miles asesinadas después de juicios a puerta cerrada o, directamente, sin juicio alguno».[123]

La purga se extendió incluso a España, donde la Unidad de Inteligencia Militar (GRU) soviética y su policía secreta (NKVD) llevaron a cabo asesinatos y secuestros de destacados revolucionarios opuestos a Stalin, a los cuales se encerraba en ocasiones en cárceles clandestinas.[124] Los síntomas más evidentes de este conflicto interno en la izquierda fueron los acontecimientos de las Jornadas de Mayo de 1937. Estos se iniciaron a raíz de la ocupación por la policía catalana, con apoyo comunista, del edificio de la Telefónica en Barcelona, hasta ese momento bajo control anarquista. Siguió cuatro días de enfrentamientos callejeros, ya que la CNT, anarcosindicalista, y el POUM, trotskista, intentaban defender lo conseguido en la revolución, frente a los ataques de la policía y de unidades de comunistas armados. En última instancia, los dirigentes de la CNT negociaron un cese de hostilidades para evitar que estallase otra guerra civil dentro de la guerra civil. Pero estos sucesos marcaron el fin de la unidad antifascista de toda la izquierda que había existido en los primeros meses después del alzamiento. Tras luchar del lado del POUM en las Jornadas de Mayo, Orwell se marchó de forma clandestina de España. No para evitar a los franquistas, sino para que no le atrapasen los comunistas, que habían declarado que él y sus compañeros de partido eran «trotsko-fascistas».[125]

Todo esto demuestra que el antifascismo español era un conjunto de retazos desiguales, una unión provisional llena de conflictos sectarios. En última instancia, la armonía del Frente Popular era ilusoria y se rompió a causa de las interpretaciones opuestas que había de la revolución y de la lucha contra el fascismo. Franco se aprovechó de esta falta de unidad, aunque es poco probable que nada hubiese podido evitar una victoria nacionalista, excepto un apoyo sin ambages por parte de Francia o de Gran Bretaña. Aun así, mientras Franco y sus aliados fascistas se mantuvieron en

el poder, hasta su muerte en 1975, la llama de la resistencia antifascista no se apagó en España.

* * *

La Segunda Guerra Mundial estalló después de la invasión nazi de Polonia, en septiembre de 1939 (aunque los combates en la zona del Pacífico empezaron antes). A lo largo del lustro siguiente, los nazis y sus aliados exterminaron aproximadamente a 200.000 gitanos, unas 200.000 personas «discapacitadas» y miles de homosexuales, izquierdistas y otros disidentes. Además, la «solución final» de Hitler supuso el asesinato de seis millones de judíos en las cámaras de gas, mediante pelotones de fusilamiento, por hambre y falta de cuidados médicos en destartalados campos de concentración y guetos, con palizas, obligándoles a trabajar hasta desfallecer o mediante suicidios por pura desesperación. Fueron exterminados aproximadamente dos de cada tres judíos en el continente, incluidos algunos de mis familiares.

Esto es, por lo tanto, lo que está en juego con este asunto. Cuando se habla de fascismo, la conversación no debe alejarse demasiado de las personas que recogían los cabellos, los dientes de oro o los zapatos de los exterminados. Cuando se habla de antifascismo no hay que olvidar que, para muchos, la supervivencia era la encarnación material de este movimiento.

Este libro tendría que ser mucho más largo para poder hacer justicia al antifascismo durante la Segunda Guerra Mundial. No obstante, y como mínimo, podemos conjurar momentáneamente los fantasmas de las células aisladas de la resistencia, de los grupos de partisanos, de las redes clandestinas, de los trabajadores que fabricaban armas defectuosas, de los estudiantes que escribían los panfletos de la Rosa Blanca, de las familias que escondieron judíos en sus áticos y bodegas, de los adolescentes de los Piratas del Edelweiss, que declararon una «guerra sin cuartel a las Juventudes Hitlerianas»,^[126] de los huelguistas holandeses de 1941...

Por último, encendamos una vela por todas las víctimas del Holocausto, incluidas las que cayeron en levantamientos y en acciones de resistencia armada en los campos de concentración y guetos de Bialystok, Varsovia, Cracovia, Bedzin, Czestochowa, Sosnowiec, Sobibor, Treblinka y Auschwitz.

- [22] Robert Soucy, *French fascism: the first wave, 1924-1933* [El fascismo francés: la primera oleada, 1924-1933], New Haven: Yale University Press, 1986, pp. 39-55.
- [23] Soucy, *French fascism: the first wave*, pp. 55 y 56. Extraído de *Le Figaro*, 24 de abril de 1925.
- [24] Soucy, *French fascism: the first wave*, pp. 55 y 56.
- [25] *Ibid.*, p. 56.
- [26] *L'Humanité*, 24 de abril de 1925.
- [27] Soucy, *French fascism: the first wave*, pp. 1-5; Martin P. Johnson, *The Dreyfus affair: honour and politics in the Belle Époque* [El caso Dreyfus: honor y política en la Belle Époque], Nueva York: St. Martin's Press, 1999, pp. 88-94.
- [28] Jean-Marc Izrine, *Les libertaires dans l'affaire Dreyfus* [Los libertarios en el caso Dreyfus], París: Alternative libertaire, 2012, pp. 72, 76 y 105.
- [29] Ernst Nolte, *Three faces of fascism: Action Française, Italian fascism, national socialism* [Tres caras del fascismo: Action Française, el Fascismo italiano y el nacionalsocialismo], Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1965, pp. 25 y 26.
- [30] Robert O. Paxton, «The five stages of fascism» [Las cinco etapas del fascismo], *Journal of Modern History* 70, n.º 1, 1998, p. 12.
- [31] *Ibid.*
- [32] Steven Hahn, *A nation under our feet: black political struggles in the rural South from slavery to the great migration* [Un país a nuestros pies: luchas políticas de las personas de raza negra en el sur rural, desde la esclavitud a la gran migración], Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2003, pp. 267-287.
- [33] Philip Dray, *At the hands of persons unknown: the lynching of black America* [A manos de personas desconocidas: el linchamiento de la América negra], Nueva York: Random House, 2002, pp. 59 y 70.
- [34] E. J. Hobsbawm, *The age of capital 1848-1875*, Nueva York: Mentor, 1975, pp. 15 y 16 [trad. cast.: *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona: Editorial Crítica, 2012].
- [35] Charles Asher Small (ed.), *Global antisemitism: a crisis of modernity* [Antisemitismo global: una crisis de la modernidad] Leiden: Martinus Nijhoff, 2013, p. 5; Geoff Eley, *From unification to nazism: reinterpreting the German past* [De la unificación al nazismo: una reinterpretación del pasado de Alemania], Boston: Allen & Unwin, 1986, pp. 232-249.
- [36] Alexander de Grand, *Italian fascism: its origins & developments* [El fascismo italiano: su origen y desarrollo], 2.ª edición, Lincoln: University of Nebraska Press, 1989, p. 13.
- [37] Vladímir Lenin, «*The tasks of the proletariat in the present revolution, april theses*» [La tarea del proletariado en la revolución actual, Tesis de abril], en Robert C. Tucker (ed.), *The Lenin anthology* [Antología de Lenin], Nueva York: W. W. Norton, 1975, p. 296.
- [38] Milorad M. Drachkovitch y Branko Lazitch, «*The Third International*» [La Tercera

- Internacional] en Milorad M. Drachkovitch (ed.), *The revolutionary internationals, 1864-1943* [Las internacionales revolucionarias, 1864-1943], Stanford: Stanford University Press, 1966, p. 165.
- [39] François Guinchard, *L'Association internationale des travailleurs avant la guerre civile d'Espagne (1922-1936): du syndicalisme révolutionnaire à l'anarchosindicalisme* [La Asociación Internacional de los Trabajadores antes de la guerra civil española (1922-1936): del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo], Editions du Temps Perdu, 2012, pp. 140 y 141; Gabriel Kuhn, *All power to the councils!: a documentary history of the German revolution of 1918-1919* [¡Todo el poder a los consejos! Una historia documental de la revolución alemana de 1918-1919], Oakland: PM Press, 2012.
- [40] Anthony L. Cardoza, *Agrarian elites and Italian fascism: the province of Bologna, 1901-1926* [Élites agrarias y fascismo italiano: la provincia de Bolonia, 1901-1926], Princeton: Princeton University Press, 1982, p. 348.
- [41] Uso las mayúsculas en la palabra «Fascista» solo cuando me refiero al movimiento de Mussolini.
- [42] Alexander de Grand, *Italian fascism: its origins & Development*, 2.^a edición, p. 28.
- [43] De Grand, *Italian fascism*, p. 22.
- [44] Soucy, *French fascism: the first wave*, p. 159.
- [45] De Grand, *Italian fascism*, pp. 30 y 31.
- [46] Stanislao G. Pugliese (ed.), *Fascism, anti-fascism, and the resistance in Italy 1919 to the present* [Fascismo, antifascismo y la resistencia en Italia: de 1919 al presente], Lanham: Rowman & Littlefield, 2004, pp. 55-59; Rivista Anarchica, *Red years, black years: anarchist resistance to fascism in Italy* [Años rojos, años negros: resistencia anarquista al fascismo], Londres: ASP, 1989, pp. 15-17.
- [47] Pugliese, *Fascism, anti-fascism*, pp. 55-59; Larry Ceplair, *Under the shadow of war: fascism, anti-fascism, and marxists, 1918-1939* [Bajo la sombra de la guerra: el fascismo, el antifascismo y los marxistas, 1918-1939], Nueva York: Columbia University Press, 1987, pp. 23-24; Donald Howard Bell, «Working-class culture and fascism in an Italian industrial town, 1918-22» [Cultura de la clase obrera y fascismo en una ciudad industrial italiana, 1918-1922], *Social History* 9, n.º 1, 1984, p. 21.
- [48] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 25.
- [49] Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist spectacle: the aesthetics of power in Mussolini's Italy* [El espectáculo del Fascismo: la estética del poder en la Italia de Mussolini], Berkeley: University of California Press, 1997, p. 2.
- [50] De Grand, *Italian fascism*, pp. 34-37.
- [51] Falasca-Zamponi, *Fascist spectacle*, p. 1.
- [52] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 26; Aldo Agosti, *Palmiro Togliatti: a biography* [Palmiro Togliatti: una biografía], Londres: I. B. Tauris, 2008, p. 23.
- [53] Ceplair, *Under the shadow of war*, pp. 26 y 27.
- [54] Martin Clark, *Mussolini*, Londres: Routledge, 2016, capítulo 4 [trad. cast.: *Mussolini*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2008].
- [55] De Grand, *Italian fascism*, p. 55.
- [56] Clark, *Mussolini*, capítulo 4.
- [57] Rivista Anarchica, *Red years, black years*, pp. 7 y 8.
- [58] Detlev Peukert, *The Weimar Republic: the crisis of classical modernity* [La República de Weimar: la crisis de la modernidad clásica], Nueva York: Hill & Wang, 1989, p. 276.

- [59] Eric Weitz, *Weimar Germany: promise and tragedy*, Princeton: Princeton University Press, 2009, p. 91 [trad. cast.: *La Alemania de Weimar*, Madrid: Turner, 2009].
- [60] Richard J. Evans, *The coming of the Third Reich*, Nueva York: Penguin, 2003, p. 73 [trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona: Ediciones Península, 2013].
- [61] Peter M. Merkl, *Political violence under the swastika: 581 early nazis* [Violencia política bajo la esvástica: los 581 primeros nazis], Princeton: Princeton University Press, 1975, p. 140; Benjamin Ziemann, *Contested commemorations: republican war veterans and Weimar political culture* [Commemoraciones disputadas: los excombatientes de guerra republicanos y la cultura política en Weimar], Cambridge: Cambridge University Press, 2013, p. 15.
- [62] Weitz, *Weimar Germany*, p. 98.
- [63] Sherwin Simmons, «“Hand to the friend, fist to the foe”: the struggle of signs in the Weimar Republic» [«La mano al amigo, el puño al enemigo»: la lucha de símbolos en la República de Weimar], *Journal of Design History* 13, n.º 4, 2000, pp. 324 y 325.
- [64] Weitz, *Weimar Germany*, p. 98.
- [65] Thomas Friedrich, *Hitler's Berlin: abused city* [El Berlín de Hitler: una ciudad maltratada], New Haven: Yale University Press, 2012, p. 101.
- [66] Friedrich, *Hitler's Berlin*, pp. 100 y 101; Daniel Siemens, *The making of a nazi hero: the murder and myth of Horst Wessel* [La fabricación de un héroe nazi: la muerte y el mito de Horst Wessel], Londres: I. B. Tauris, 2013, p. 67.
- [67] Eve Rosenhaft, *Beating the fascists? The German communists and political violence 1929-1933* [¿Derrotar a los fascistas? Los comunistas alemanes y la violencia política, 1929-1933], Londres: Cambridge University Press, 1983, p. 7.
- [68] Kevin McDermott y Jeremy Agnew, *The Komintern: a history of international communism from Lenin to Stalin* [La Komintern: una historia del comunismo internacional, de Lenin a Stalin], Nueva York: St. Martin's Press, 1997, p. 31.
- [69] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, p. 31.
- [70] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 49.
- [71] *Ibid.*, p. 52.
- [72] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, p. 34.
- [73] Joachim E. Fest, *The face of the Third Reich: portraits of the nazi leadership* [La cara del Tercer Reich: semblanzas de los líderes nazis], Nueva York: Da Capo, 1999, p. 32.
- [74] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, p. 64.
- [75] *Ibid.*, p. 74.
- [76] *Ibid.*, p. 127.
- [77] *Ibid.*, pp. 111-127.
- [78] Helge Döhring y Gabriel Kuhn, «Schwarze Scharen: anarchosyndicalist militias in Germany, 1929-1933» [*Schwarze Scharen*: milicias anarcosindicalistas en Alemania, 1929-1933], en Scott Crow (ed.), *Setting sights: histories and reflections on community armed self-defense* [Apuntando: historias y reflexiones sobre la autodefensa armada comunitaria], próxima publicación, PM Press.
- [79] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, pp. 6-8.
- [80] Donna Harsch, *German social democracy and the rise of nazism* [La socialdemocracia alemana y el ascenso del nazismo], Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993, p. 172.
- [81] Fest, *The face of the Third Reich*, pp. 34 y 35.
- [82] Harsch, *German social democracy*, pp. 177 y 178; Gottfried Korff y Larry Peterson, «From

- brotherly handshake to militant clenched fist: on political metaphors for the worker's hand» [Del apretón de manos fraterno al puño cerrado del militante: sobre metáforas políticas de la mano del obrero], *International Labor and Working-Class History* 42, 1992, p. 77.
- [83] Marcus Kreuzer, «Electoral institutions, political organization, and party development: French and German socialists and mass politics» [Instituciones electorales, organización política y desarrollo del partido: los socialistas franceses y alemanes y la política de masas], *Comparative Politics* 30, n.º 3, 1998, p. 283.
- [84] Harsch, *German social democracy*, pp. 174-202.
- [85] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, pp. 81, 96-98; Soucy, *French fascism: the first wave*, p. 52.
- [86] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 63.
- [87] Harsch, *German social democracy*, p. 179.
- [88] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 67.
- [89] Rosenhaft, *Beating the fascists?*, p. 81.
- [90] Frank McDonough, *Opposition and resistance in nazi Germany* [Oposición y resistencia en la Alemania nazi], Cambridge: Cambridge University Press, 2001, pp. 1-11.
- [91] Daniel Tilles, *British fascist antisemitism and Jewish responses, 1932-40* [Antisemitismo del fascismo británico y respuestas judías, 1932-1940], Londres: Bloomsbury, 2015, pp. 7 y 8.
- [92] Keith Hodgson, *Fighting fascism: the British left and the rise of fascism, 1919-36* [Enfrentarse al fascismo: la izquierda británica y el ascenso del fascismo, 1919-1936], Mánchester: Manchester University Press, 2010, p. 106.
- [93] Tilles, *British fascist antisemitism*, p. 102.
- [94] *Ibid.*, pp. 102-110.
- [95] *Ibid.*, pp. 104-128.
- [96] Hodgson, *Fighting fascism*, pp. 109 y 110, p. 143.
- [97] Tilles, *British fascist antisemitism*, p. 127.
- [98] Hodgson, *Fighting fascism*, pp. 136 y 137; Tilles, *British fascist antisemitism*, pp. 116 y 117; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, p. 29-35.
- [99] Ceplair, *Under the shadow of war*, pp. 91 y 92; Hodgson, *Fighting fascism*, pp. 13, 146.
- [100] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 174.
- [101] Tilles, *British fascist antisemitism*, pp. 147-149; Hodgson, *Fighting fascism*, p. 137; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, pp. 54-56.
- [102] Tilles, *British fascist antisemitism*, p. 95.
- [103] *Ibid.*, p. 149; *The Western Daily Press & Bristol Mirror*, 5 de octubre de 1936; *The Daily Independent*, 5 de octubre de 1936; Hann, *Physical resistance*, p. 83 y 84; Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 174.
- [104] Tilles, *British fascist antisemitism*, p. 149; *The Western Daily Press & Bristol Mirror*, 5 de octubre de 1936; *The Daily Independent*, 5 de octubre de 1936; Hann, *Physical resistance*, pp. 84-90.
- [105] Antony Beevor, *The battle for Spain: the Spanish Civil War 1936-1939*, Nueva York: Penguin, 2006, p. 216 [trad. cast.: *La guerra civil española*, Barcelona: Editorial Crítica, 2015]; Michael Seidman, *Republic of egos: a social history of the Spanish Civil War*, Madison: University of Wisconsin Press, 2002, pp. 86 y 87 [trad. cast.: *A ras de suelo*, Madrid: Alianza Editorial, 2003].
- [106] Jacques Delperrié de Bayac, *Les Brigades Internationales*, París: Fayard, 1968, pp. 255 y 256 [trad. cast.: *Las Brigadas Internacionales*, Asturias: Ediciones Júcar, 1982].
- [107] Jackson, *The Spanish Republic*, p. 349.

- [108] Delperrié de Bayac, *Les Brigades Internationales*, pp. 250-254.
- [109] *The New York Times*, 29 de marzo de 1937.
- [110] Shlomo Ben Ami, *Fascism from above: the dictatorship of Primo de Rivera in Spain 1923-1930*, Oxford: Clarendon, 1983 [trad. cast.: *El cirujano de hierro*, Barcelona: RBA Libros, 2012].
- [111] Stanley G. Payne, *The collapse of the Spanish Republic, 1933-1936*, New Haven: Yale University Press, 2006, p. 22 [trad. cast.: *El colapso de la República*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2006].
- [112] Hugo García, «Was there an antifascist culture in Spain during the 1930s?» [¿Hubo una cultura antifascista en España en la década de 1930?], en Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco (eds.), *Rethinking antifascism: history, memory and politics, 1922 to the present* [Repensar el antifascismo: historia, memoria y política, desde 1922 al presente], Nueva York: Berghahn, 2016, p. 101.
- [113] Jackson, *The Spanish Republic*, p. 111.
- [114] *Ibid.*, p. 418.
- [115] Chris Ealham, *Anarchism and the city: revolution and counter-revolution in Barcelona, 1898-1937*, Oakland: AK Press, 2010, p. 181 [trad. cast.: *La lucha por Barcelona*, Madrid: Alianza Editorial, 2005].
- [116] George Orwell, *Homage to Catalonia*, San Diego: Harcourt Brace & Company, 1980, p. 4 [trad. cast.: *Homenaje a Cataluña*, Barcelona: Debolsillo, 2013].
- [117] Ceplair, *Under the shadow of war*, pp. 105-121.
- [118] Jackson, *The Spanish Republic*, p. 361.
- [119] García, «Was there an antifascist culture?», en García *et al.*, *Rethinking antifascism*, pp. 97 y 98.
- [120] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 115.
- [121] Beevor, *The battle for Spain*, p. 16.
- [122] Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (eds.), *Spain betrayed: the Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven: Yale University Press, 2001, pp. xvii-xix [trad. cast.: *España traicionada*, Editorial Planeta, 2002].
- [123] Adam B. Ulam, *Stalin: the man and his era*, Nueva York: Viking Press, 1973, pp. 408 y 409 [trad. cast.: *Stalin, el hombre y su época* (2 vols.), Barcelona: Noguer Ediciones, 1975].
- [124] Radosh *et al.* (eds.), *Spain betrayed*, pp. xvii y xviii.
- [125] Orwell, *Homage to Catalonia*, p. 178.
- [126] McDonough, *Opposition and resistance*, pp. 15 y 16.

¡Nunca más!

El desarrollo del antifascismo moderno (1945-2003)

La imagen de la política británica Mavis Tate aparece, parpadeando, en la pantalla. «Yo, como parlamentaria, visité el campo de concentración de Buchenwald junto con otras nueve personas —empieza—. Hay quien cree que los informes acerca de lo que ocurrió allí son exagerados». La cámara se desplaza hacia un montón de cadáveres esqueléticos en la parte de atrás de un camión. «Ningún relato puede ser exagerado —aclara Tate—. Vimos y sabemos». Un hombre intenta sacar con una pala unos esqueletos calcinados de unos hornos industriales. «La realidad era indescriptiblemente peor que las fotografías». Después de despotricar contra la «bestialidad» alemana, Tate concluye con una lúgubre advertencia: «No dejemos que nadie diga que estas cosas no fueron reales». [127]

Cuando terminó la proyección en este pequeño cine del noroeste de Londres, en 1945, Morris Beckman y su primo, Harry Rose, salieron en fila al vestíbulo. Noticieros cinematográficos como este mostraban al mundo una pequeña parte del terror nazi, pero no fue hasta la década de 1970 que el Holocausto «empezó a percibirse, tanto por los académicos como por el público en general como un suceso histórico de la mayor importancia».[128] No obstante, para judíos como Beckman y Rose el horror no podía ser más

palpable. Sabían lo que los noticieros cinematográficos del final de la guerra no decían: que la mayoría de los despojos retorcidos que aparecían en la pantalla eran de miembros de familias judías, de hijas adorables, de padres encantadoramente excéntricos o de abuelas de armas tomar, que sonreían burlescamente cada vez que contaban cómo habían sobrevivido a los pogromos de su juventud. Beckman y Rose no necesitaban que Mavis Tate se lo dijera, lo sabían de sobra. Se ponían «enfermos al ver esos cadáveres, como esqueletos cubiertos con cuero».[129]

Ambos habían luchado en la guerra. Beckman, como operador de radio en la marina mercante y Rose en una unidad que operaba tras las líneas japonesas, en Birmania. Como excombatientes judíos, les era imposible no tomarse el nazismo como algo personal. Por ello, no pudieron quedarse más estupefactos ante lo que se encontraron cuando caminaban de vuelta a casa desde el cine: un expresidiario 18B (en Gran Bretaña, este código identificaba a los detenidos durante la guerra por simpatizar con los nazis) en una tribuna que gritaba: «¡No se han quemado bastantes judíos en Belsen!». «¡No puedo creerlo!», exclamó Rose. Todavía vestido con su uniforme y sus medallas, se quejó ante un policía que había cerca, pero este «solo se encogió de hombros y se alejó». «Bueno, ¡pues voy a zurrar a ese hijo de puta!», dijo Rose. Temeroso de un arresto, Beckman le retuvo. «¿Es que nadie va a hacer nada?», suplicó Rose, desesperada.[130]

Se pensó que la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial suponía el fin definitivo del fascismo en la historia. Pero, como acababan de descubrir Beckman y Rose, el asunto no era tan sencillo. Poco después de la destrucción física de los regímenes de Hitler, Mussolini y sus aliados, una oleada de amnesia histórica sobredimensionó la escala de la resistencia frente a estos. Al mismo tiempo, echó tierra sobre la naturaleza del colaboracionismo, verdaderamente muy extendido. La «desnazificación» que se empezó llevaba implícito el castigo a los colaboradores, así como el fomento de la democracia en Europa, ya fuese el modelo liberal y capitalista occidental o el «popular», en el bloque soviético. En todo caso, en las zonas ocupadas por los aliados en el oeste del continente solo se realizó un tímido proceso de juicios contra individuos determinados, en

base a unos cuestionarios. Además, se le dio carpetazo en 1946, cuando todavía había más de dos millones de casos abiertos.[131] Muchos antiguos nazis y fascistas siguieron en sus cargos, al alejarse la prioridad del bloque occidental de un breve «momento de unidad antifascista» hacia la hostilidad de la Guerra Fría, al llegar 1947.[132]

Antes de que se cerrase esta ventana, los partidos comunistas de Europa alcanzaron el punto álgido de su influencia. En buena parte, esto se debió a la legitimidad patriótica de nuevo cuño que les otorgaron su participación destacada en la resistencia y la victoria del Ejército Rojo. Siguiendo con la tendencia de abandonar la idea de revolución global, iniciada en la década de 1930, Stalin desmontó la Komintern en 1943. Al mismo tiempo, los partidos comunistas colaboraron con los aliados en la eliminación de los comités antifascistas que habían surgido en Francia, Italia y Alemania. En su lugar, propusieron programas relativamente moderados de modernización industrial, reforma social y democratización.[133] Por otro lado, la desnazificación fue mucho más completa en el este de Europa, aunque se hizo en base a un análisis del nazismo excesivamente centrado en la clase. Básicamente, esto permitió que los «inocentes» campesinos y obreros se librasen, mientras que se echó toda la culpa a las élites.[134]

Aunque Gran Bretaña no fue ocupada nunca, combatientes como Beckman y Rose volvieron a un país con escasez de comida y combustible, en la bancarrota, asolado por la austeridad y repleto de macabros recordatorios de los bombardeos aéreos de los nazis.[135] El esfuerzo bélico había forjado un amplio consenso antifascista en la sociedad británica. Sin embargo, cuando los camisas negras de la década de 1930 salieron de la cárcel o de sus escondites, culparon a los judíos de la desastrosa situación de posguerra. A lo largo de los años siguientes, los miembros y simpatizantes de los 14 grupos fascistas (o cercanos) que había en Londres, junto con otros similares de otras partes, organizaron campañas de carteles con lemas como: «¡Los judíos se tienen que ir!» o «¡Guerra a los judíos!». Golpearon a algunas personas en los barrios de esta comunidad, intentaron incendiar sinagogas e incluso lanzaron cócteles molotov contra una reunión sindical.[136] Puede ser que estos ataques no pasaran de ser «actividades

marginales»[137] en el conjunto de la situación política de Gran Bretaña, pero para los judíos que tenían miedo de salir de sus casas se trataba de un asunto muy serio.

Poco después de impedir que su primo golpease a un orador fascista, Morris Beckman y otros tres antiguos soldados judíos se toparon con una concentración de la Liga Británica de Hombres y Mujeres Excombatientes, próxima a la extrema derecha. Ese día, Jeffrey Hamm, que antes había pertenecido a la Unión Británica de Fascistas, estaba denunciando a los «extranjeros entre nosotros, que se aprovechan» mientras que «nuestros muchachos luchan lejos de casa». Esto colmó el vaso de los excombatientes judíos. Este grupo de cuatro personas, entre los que se encontraban un experto en yudo que había luchado con la Guardia de Gales, un antiguo piloto de la RAF, Beckman y otro veterano más, se dispersó entre los 60 asistentes a la concentración. El primero de ellos hizo como si fuese a comprar la publicación de la Liga, pero de repente golpeó las cabezas de dos de los organizadores, una contra otra. Los otros echaron abajo la tribuna y todo el mundo salió corriendo. Beckman explicó que «la pura malevolencia del orador» les había llevado a él y a sus compañeros a impedir físicamente, por primera vez, una concentración fascista de posguerra.[138]

No sería la última. Esta acción directa dio lugar a la formación, en marzo de 1946, del Grupo 43. Se trataba de una organización antifascista militante, compuesta principalmente, aunque no solo, por excombatientes judíos británicos. Se dedicaron a impedir actos de la extrema derecha mediante la acción directa y a intentar que se aprobasen leyes contra la provocación racista. Posteriormente, muchos militantes han rechazado esta vía legislativa, debido a sus planteamientos políticos, revolucionarios y antiestatistas. Pero el Grupo 43 era declaradamente inclusivo. Daba la bienvenida a «cualquiera que quisiera luchar contra el fascismo y el antisemitismo». Aunque tomó su nombre del número inicial de sus integrantes, en menos de un mes había pasado a tener 300 miembros. Estaba dividido en unidades tipo «comando», que actuaban contra las convocatorias fascistas, y en un servicio de «inteligencia», que reunía y

organizaba la información. Más tarde, hubo también un departamento de propaganda, un comité social y un equipo que editaba su publicación, *On Guard*.^[139]

Las unidades de comando del Grupo 43 usaban una serie de métodos para interrumpir las concentraciones de los fascistas. Por ejemplo, si uno de los militantes conseguía atravesar el cordón de seguridad del acto y echar abajo la tribuna del orador, la policía tenía la norma de no permitir que se montase de nuevo. Teniendo esto en cuenta, organizaron unidades de una docena de personas en formación de cuña que, a una hora acordada de antemano, empezaban a avanzar hacia la multitud desde lo lejos, para coger impulso. De este modo «conseguían atravesar filas de fascistas muy fuertes, que [les] superaban varias veces en número», hasta llegar a la tribuna. Si esta se encontraba demasiado bien defendida, los comandos se dispersaban entre los asistentes y empezaban discusiones y peleas por todas partes, hasta que los altercados obligaban a la policía a cancelar la reunión. Otro método era «saltarse el turno» y ocupar el lugar del encuentro mucho antes de que se empezase a montar la tribuna.

Para el verano de 1946, el Grupo 43 atacaba entre seis y diez actos fascistas por semana. Beckman estima que un tercio del total de estos fue interrumpido por su organización, otro tercio lo canceló la policía y el resto se celebraron sin problemas. Después de un tiempo, el Grupo 43 era tan popular que los vecinos se les unían a las acciones o incluso interrumpían por sí mismos los encuentros fascistas, con tácticas similares. Con la aparición de estos «judíos chungos de cojones del East End», como les llamaban los camisas negras, «la mentalidad de mantener la cabeza gacha y encerrarse pronto en casa desapareció por completo».^[140]

Oswald Mosley, que había estado en la cárcel como líder de la Unión Británica de Fascistas, regresó formalmente en 1947 para dirigir a sus seguidores. En vista de que sus actos al aire libre eran interrumpidos por el Grupo 43 y por otros antifascistas comunistas, trotskistas, anarquistas y sindicalistas, empezó a realizar estos encuentros en espacios cerrados. Cuando los militantes fueron incapaces de entrar en la primera reunión de este tipo, para impedirla, arrojaron ladrillos y piedras contra los fascistas

que vigilaban el edificio. Pero no lograron abrirse paso. No obstante, después de eso, el Grupo 43 consiguió falsificar entradas a los discursos de Mosley. Una vez dentro, sus integrantes empezaban acaloradas discusiones con las personas que tenían el mismo número de asiento, lo que conseguía interrumpir y, a menudo, cancelar el acto. De ese modo se pudieron impedir más de la mitad de las apariciones de Mosley en espacios cerrados. Cuando su nueva organización, el Movimiento por la Unión, recurrió a celebrar reuniones bajo nombres falsos, los infiltrados del Grupo 43 avisaban a los comandos, que las interrumpían una vez más.[141] Incluso uno de estos topos llegó a ser el guardaespaldas de mayor confianza de Mosley. En una ocasión, facilitó la entrada de una unidad de comandos a la mansión de este. Allí se hicieron con un montón de documentos que demostraban las estrechas relaciones que mantenía el líder fascista con varios parlamentarios.[142]

Estas acciones pasaron factura a los ultraderechistas británicos (que ya no se identificaban de forma pública con el término «fascista», dada su impopularidad). Como cuenta Morris Beckman: «Les considerábamos tan enemigos nuestros como a los que habíamos combatido durante la guerra [...]. Éramos muy disciplinados. Teníamos que serlo. Nuestra tarea era mandar al hospital a tantos de ellos como pudiésemos».[143]

Así lo atestiguan las heridas que sufrió Jeffrey Hamm, mano derecha de Mosley. En la «batalla de Brighton» le rompieron la mandíbula. Posteriormente, un ladrillo que lanzó alguien le dejó inconsciente mientras daba un discurso en Londres. Y unos comandos del Grupo 43, antiguos soldados de élite y miembros de los Royal Marines, le atacaron en su casa, a pesar de que tenía a un exparacaidista de las SS como guardaespaldas.[144]

Para 1949, la amenaza de la extrema derecha había disminuido. Incluso una serie de antiguos seguidores de Mosley se habían vuelto antifascistas declarados. En parte, esto se debía a que «la firme actitud de nuestros militantes les hizo ser tristemente conscientes de que cada vez que se dejasen ver iban a ser atacados sin contemplaciones». Para muchos de ellos, sencillamente, no valía la pena.[145] En 1950, el Grupo 43 se disolvió, con la convicción de que habían logrado su objetivo de erradicar esta vertiente

del fascismo, al menos por el momento.

Sin embargo, mientras Mosley y sus camisetas negras estaban de capa caída, se producía un desarrollo que iba a cambiar la faz de Europa para siempre y a sentar las bases para un resurgimiento del fascismo. Así, la inmigración que llegó a lo largo de las décadas siguientes desde las colonias europeas y desde otros países recientemente descolonizados en el sur global, para suplir la escasez de mano de obra tras la guerra, suponía un desafío muy serio a las nociones europeas de ciudadanía y nacionalidad.

Cuando los primeros grupos significativos de inmigrantes empezaron a llegar al Reino Unido desde el Caribe, los fascistas y otros supremacistas blancos iniciaron la campaña Keep Britain White! (¡Mantengamos Gran Bretaña blanca!), escribiendo las siglas KBW en las paredes de todo Londres. A finales de la década de 1950, pandillas de *teddy boys* sembraron el pánico entre las comunidades caribeñas. Ante la indiferencia o la complicidad de la policía, estas se vieron obligadas a organizar patrullas de autodefensa, que en ocasiones iban armadas con machetes y cócteles molotov. Al mismo tiempo, antiguos seguidores de Mosley formaron en 1954 la Liga de los Leales al Imperio. Su objetivo era hacer propaganda contra la descolonización en curso, representada por grupos domésticos como el Movimiento por la Libertad Colonial, creado ese mismo año.[146] De hecho, la oposición a estos procesos de independencia y a la inmigración fue la piedra angular del resurgir de la extrema derecha en la etapa de posguerra.

En 1959, Oswald Mosley regresó una vez más de su exilio político. En los años siguientes, su Movimiento por la Unión se fusionó con el recientemente formado Partido Nacional Británico (BNP). Este había surgido a partir de la reaccionaria Liga de los Leales al Imperio, para atacar al creciente movimiento contra el *apartheid*. Como respuesta a estos desarrollos y a la fundación, en 1962, del Movimiento Nacional socialista a partir del BNP, se creó el antifascista Movimiento de la Estrella Amarilla (YSM). Este surgió durante un acto de Mosley en Trafalgar Square, cuando manifestantes que se oponían a él repartieron estrellas amarillas entre los militantes para que se las pusieran, como ya se había hecho en Gran

Bretaña en las décadas de 1930 y 1940, en solidaridad con los judíos alemanes. El YSM se dividió pronto, a cuenta del tema de la violencia. Una parte de la facción pacifista lo abandonó para formar el Comité Antifascista de Londres. Mientras, los elementos más militantes contribuyeron a la creación del Comité 1962, más comúnmente conocido como Grupo 62, junto con antiguos integrantes del Grupo 43. Al igual que su predecesor de más de una década antes, el Grupo 62 actuaba contra los vendedores de publicaciones fascistas e interrumpía por la fuerza los actos de Mosley en recintos cerrados. En una ocasión, incluso se vistieron con camisetas negras para colarse en su cuartel general. Una vez dentro, se llevaron los archivos y destrozaron el sitio. Para 1963 el Movimiento por la Unión se vio forzado de nuevo a desaparecer de la vida pública, y aunque el Grupo 62 empezó a declinar, prosiguió su tarea a lo largo de la década siguiente.[147]

No obstante, la reacción negativa y racista en Europa frente al aumento de la inmigración no se limitó solo a los fascistas. En 1968, el político del Partido Conservador Enoch Powell pronunció su infame discurso de los «ríos de sangre», sobre este tema. Pocos días después de los disturbios que provocó en Estados Unidos el asesinato de Martin Luther King Jr., Powell advirtió a los británicos de raza blanca de que no debían aceptar una inmigración numerosa, para no permitir que «el negro tuviese la mano ganadora sobre el blanco».[148] Su arenga alimentó una oleada creciente de violencia contra los recién llegados, dirigida cada vez en mayor medida contra la floreciente comunidad del sur de Asia. Síntoma de ello fue la aparición del término *paki-bashing* («dar palizas a pakistaníes») a finales de la década de 1960.[149]

El principal beneficiario de esta marea racista fue el recientemente formado Frente Nacional (NF). En 1967, fascistas y supremacistas blancos del BNP, de la Sociedad para la Conservación Racial y de otros grupos crearon esta nueva organización. Intentaban con ello dar una imagen renovada a sus planteamientos ultraderechistas y lograr un público más amplio. A principios de la década de 1970, el NF lanzó la campaña «Detengamos la invasión asiática», que culminó en 1974 con la manifestación «Mandémosles de vuelta». Una organización llamada

Liberación (anteriormente, el Movimiento por la Libertad Colonial) convocó una contramanifestación, mientras que otro grupo de unas 1.500 personas, entre comunistas, socialistas y otros antifascistas, intentaron cerrar el paso al NF. Cuando la policía cargó contra ellos, uno de los militantes, Kevin Gately, murió aplastado por la multitud.[150]

La muerte de Gately «fue un revulsivo para el movimiento».[151] «Comités antifascistas» locales y regionales se movilizaron contra los actos de la ultraderecha, a pesar de lo cual el Frente Nacional sumó 3.000 nuevos miembros en 1976 y mejoró sus resultados en las encuestas.[152] A la vez que crecía el antifascismo, predominantemente blanco, las comunidades de otras razas se organizaban también contra el racismo. Por ejemplo, se creó el Movimiento Juvenil de Southall como respuesta al asesinato, en 1976, del adolescente Gurdip Singh Chaggar. Inspirada en el Movimiento por el Poder Negro, esta organización revolucionaria de autodefensa llevó a la creación del Movimiento Juvenil Asiático, con secciones locales por toda Inglaterra.[153] Otros grupos similares de esa época incluyen la Liga de la Juventud Negra Unida, el Grupo de Mujeres Negras de Brixton y Negros contra el Acoso Estatal.[154]

Esta oposición creciente logró una importante victoria en 1977 en el barrio londinense de Lewisham, que era muy multirracial. Ese año, una alianza de grupos feministas, de gais y lesbianas, de anarquistas y de socialistas, junto con los vecinos de la zona, impidió que 6.000 miembros del Frente Nacional llevaran a cabo una manifestación en el barrio «contra la inseguridad». La policía intentó despejar el camino para que se pudiese celebrar el acto fascista, pero un grupo de «afrocaribeños del sur de Londres» impidió que este avanzara. Al mismo tiempo, unos izquierdistas cargaron contra los organizadores para quitarles la pancarta del NF, en medio de «gritos feministas de guerra» y una lluvia constante de ladrillos desde una obra cercana. Cuando el NF se dio a la fuga, la policía atacó a los antifascistas con sus porras y arrestó a doscientos. Según uno de los principales organizadores, «Lewisham fue nuestra Cable Street (en referencia a la famosa batalla antifascista de 1936) [...]. Habíamos parado al NF y acabado por completo con su capacidad de organizar

manifestaciones en barrios negros».[155] Estos acontecimientos llevaron al Partido Socialista de los Trabajadores (SWP) a crear, más tarde ese mismo año, la Liga Antinazi (ANL). A lo largo de los cuatro años siguientes, la ANL llegó a ser un movimiento antifascista de masas, con cientos de miles de integrantes, que recurría a métodos electorales y de acción directa para eliminar la amenaza del Frente Nacional.

Es interesante tener en cuenta que todo esto sucedía en plena explosión de la música punk, a lo largo y ancho de Gran Bretaña. Este género evolucionó muy rápidamente, hasta dar lugar a una miríada de estilos y subgéneros. Por lo que respecta a este libro, el más importante de ellos fue el *oi!* y la escena *skinhead* en la que se basaba. Aunque hoy en día la mayoría de la gente asocia a los cabezas rapadas con el racismo, irónicamente este movimiento surgió cuando jóvenes obreros *mods* del Reino Unido entraron en contacto con la música y la cultura afrocaribeñas, a finales de la década de 1960. Originariamente, los *skinheads* británicos surgieron a partir del personaje del *rude boy* jamaicano, el fuera de la ley de clase obrera, popular y elegante, celebrado en el primer *ska* y *rocksteady*. En un principio, cuando apareció en Londres, en torno a 1969, se trataba de un espacio multirracial de intercambio cultural.[156] Entre mediados y finales de la década de 1970, *skinheads* de varias razas se fueron acercando a la música *oi!*, un subgénero del punk caracterizado por no tener la ostentación artística de grupos como los Sex Pistols. Es un estilo directo y «sin adornos», con canciones que suenan como himnos, masculinas y de clase obrera, un rock de bar representado por bandas como Angelic Upstarts, Sham 69 y Cock Sparrer. [157] No obstante, con el paso del tiempo, la escena punk británica, y el *oi!* en concreto, fue testigo del inesperado crecimiento de una presencia de cabezas rapadas violentos, blancos y racistas, alimentada por la recesión económica de mediados de la década y por un incremento del reclutamiento del Frente Nacional.

Además, en esos años hubo una oleada general de xenofobia antinmigratoria en la industria de la música, palpable en la frase de Rod Stewart de que «Enoch es nuestro hombre» o en la petición de Eric Clapton de «evitar que Gran Bretaña se convierta en una colonia negra». Para

combatir este desarrollo y a los cabezas rapadas nazis, a menudo llamados *boneheads*, el Partido Socialista de los Trabajadores y sus aliados crearon Rock contra el Racismo (RAR).[158] Desde finales de 1976 hasta 1981, bandas de punk de la talla de The Clash, X-Ray Spec y Stiff Little Fingers compartieron escenario con músicos de *reggae*, como Aswad y Steel Pulse. Crearon así un foro pionero, en el que los jóvenes de raza blanca podían escuchar música jamaicana por primera vez. A menudo, los conciertos más pequeños de RAR se convirtieron en campos de batalla, en los que punks y *skinheads* antirracistas peleaban para echar a los cabezas rapadas del Frente Nacional. Pero sus festivales más importantes lograron convencer a toda una generación de que «NF= *No Fun*» [NF = No mola]. Por su parte, los rapados racistas intentaron responder con su propio «Rock contra el Comunismo», pero sin éxito.[159]

La escena de los *boneheads* se extendió fuera de Gran Bretaña en muy poco tiempo. Para 1978, ya habían formado grupos en el barrio de Les Halles, en París. A principios de la década de 1980 atacaban los conciertos de punk y empezaron con *la chasse aux beurs* («la caza del árabe»), que dio como resultado el asesinato de 23 personas en 1983.[160] Esta violencia racista se vio alimentada por el crecimiento del Frente Nacional (FN) de Jean-Marie Le Pen, que logró su primer triunfo electoral en las elecciones municipales de ese mismo año. El Frente Nacional surgió en 1972 a partir de Orden Nuevo, el principal grupo fascista en el país tras la guerra. Pretendía ser una organización paraguas con la que conseguir un barniz de respetabilidad, a imitación del Movimiento Social Italiano (MSI), otro partido fascista de la época. Incluso copiaron el emblema de este, una llama tricolor.[161]

Décadas antes, la ultraderecha había encontrado terreno abonado en la Francia de entreguerras. Mientras que el Partido Nazi de Hitler tenía 850.000 miembros cuando llegó al poder en 1933, frente a una población de 60 millones de personas, la organización francesa Cruz de Fuego contaba con casi un millón de inscritos en 1937, frente a una población de 40 millones. Y eso que no era más que uno de los cuatro grupos principales existentes en el país dentro de esta corriente.[162] En la década de 1920, las

organizaciones fascistas más importantes a nivel estatal se unieron para formar el primer Frente Nacional, un claro precedente del partido de 1972. [163] Aunque la ultraderecha quedó desacreditada después de la guerra, se mantuvo viva «como las ascuas bajo las cenizas».[164]

Le Pen fue elegido líder del Frente Nacional porque era un «moderado». Nunca fue miembro de Orden Nuevo y, por lo tanto, podía proyectar una imagen más convencional para el partido. No obstante, había pasado sus años de formación política en la década de 1950 al servicio del movimiento pequeñoburgués de Pierre Poujade contra los impuestos, a pesar de su corta duración. Posteriormente, se unió a los esfuerzos para mantener el control francés sobre Argelia, a principios de la década de 1960. Cuando este país conquistó su independencia en 1962, Le Pen pasó de concentrarse en proteger la «Argelia francesa» a impedir una «Francia argelina». Después de expulsar del Frente Nacional a los antiguos fascistas, a finales de la década de 1970, forjó la identidad del partido en torno a la idea de «racismo etnocultural». Tomó este concepto de la *nouvelle droite* (nueva derecha), la cual se oponía a la inmigración en aras de una «identidad nacional francesa».[165]

Durante los veinte años que transcurrieron entre la independencia de Argelia y el ascenso del FN, a principios de la década de 1980, el antifascismo dejó de ser una fuerza movilizadora para los progresistas franceses.[166] Jean-Louis Rançon, un miembro situacionista del Consejo de las Ocupaciones de la Sorbona en Mayo de 1968, explica que el legado de la guerra civil española era una pesada carga para la izquierda autoritaria, en lo que se refiere a esta cuestión. La actitud de la corriente libertaria respecto a colaborar con los estalinistas se resumía en la frase: «¡Nunca más con ellos!».[167] Sin embargo, con el ascenso del FN y la aparición de los cabezas rapadas fascistas a principios de los años ochenta, una nueva generación se vio obligada a enfrentarse a los retos del antifascismo.

Inspirados por el ejemplo del Partido Pantera Negra en Estados Unidos, los jóvenes de raza negra de los suburbios marginales de París crearon en 1982 grupos de punks antifascistas para defenderse. Eran colectivos como Dragones Negros, con una sección exclusivamente para mujeres, llamada

Miss Dragonas Negras, y una banda de *rockabilly*, los Panteras Negras.[168] La Marcha por la Igualdad y contra el Racismo de 1983 intentó aplicar los métodos del Movimiento por los Derechos Civiles estadounidense al antirracismo francés, y dio lugar a la formación de SOS Racismo un año más tarde. Creada en los márgenes del Partido Socialista y planteada como un movimiento de masas tipo ONG, SOS se oponía al FN, pero también servía para distraer la atención de los planteamientos, cada vez más neoliberales y contrarios a la inmigración, del Gobierno socialista.[169]

En 1985, un grupo multirracial de punks franceses revolucionarios creó los Guerreros Rojos. Uno de sus integrantes explica: «Llegamos al punto en el que nos dijimos: “Es momento de acabar con el dominio [de los cabezas rapadas]. Es momento de que formemos una pandilla”. Una pandilla revolucionaria que no se achante, con el antifascismo radical como doctrina, para infundir miedo en el otro bando».[170] Los Guerreros Rojos, todos ellos expertos en artes marciales, patrullaban sus barrios en busca de cabezas rapadas. Cuando encontraban a sus oponentes, se bajaban de los coches vestidos con cazadoras *bomber* dadas la vuelta (para marcar la diferencia con las *bomber* normales que llevaban los racistas) y «caían a plomo sobre esos tíos». Más tarde en esa misma década, la banda multirracial de música The Ducky Boys se refirió a estos luchadores antifascistas como «cazadores de cabezas rapadas».

Los miembros de los Guerreros Rojos, en su mayoría anarquistas y situacionistas (una corriente marxista antiautoritaria de vanguardia), entraron en contacto con el colectivo antifascista y libertario SCALP (Section Carrément Anti-Le Pen; en castellano, Sección Firmemente Anti Le Pen), formado en Toulouse en 1984. La estética de SCALP recuperaba la imagen rebelde de Gerónimo y de la resistencia de los pueblos nativos norteamericanos, como cuando sus integrantes coreaban «¡Le Pen, eres un fascista! ¡Te vamos a arrancar el cuero cabelludo (*scalp*, en francés)!», mientras lanzaban cócteles molotov contra los policías antidisturbios que protegían un acto del FN, en junio de 1984. En 1986, estudiantes anarquistas crearon RÉFLEX y su publicación *RÉFLEXes*, que sigue informando sobre las actividades de la extrema derecha hasta la fecha. En la

década de 1990, el grupo clandestino de lucha armada Francotiradores y Partisanos (FTP) adoptó el nombre de una unidad de la Resistencia durante la guerra e hizo saltar por los aires locales del FN y casas particulares de algunos de sus líderes.[171] Los esfuerzos por lograr una coordinación nacional de los «antifascistas revolucionarios» dieron lugar a la creación de la Réseau No Pasaran (Red No Pasarán) en 1992, en clara alusión a la defensa de Madrid durante la guerra civil española.[172] No obstante, aunque no cabe duda de que los militantes franceses de ideología anarquista de las décadas de 1980 y 1990 se inspiraron en el legado de la Revolución española, también estuvieron influidos por las novedosas estrategias e ideas políticas «autónomas», que salieron de Italia, Alemania Occidental, los Países Bajos y otras partes, en las décadas de 1970 y 1980.

El origen de los planteamientos de los anticapitalistas «autónomos», o autonomía, se puede remontar a la Italia posterior a la guerra. Marxistas disidentes, frustrados ante la moderación de los partidos comunista y socialista, empezaron a defender un enfoque renovado en la clase obrera. En su opinión, los partidos que decían representarla la habían dejado de lado en sus demandas políticas. Influidos por autores como Cornelius Castoriadis, Raya Dunayevskaya y C. L. R. James fueron dando forma a una versión de la teoría revolucionaria «construida desde abajo, en praxis y análisis social».[173] En lugar de enormes partidos estalinistas, «la organización autónoma de la clase obrera» era, según Mario Tronti, «la base material de la revolución».[174]

A principios de la década de 1970, el desarrollo de esta corriente dio lugar a la creación de una serie de grupos, tales como Autonomía Obrera, formada en 1973. La autonomía constituyó el trasfondo ideológico de una oleada más amplia de resistencia, que incluyó un movimiento de consejos obreros y otras luchas (a menudo lideradas por mujeres), tales como huelgas de alquileres, okupaciones, organización de comunidades locales y la práctica generalizada de la *autoriduzione* (autorreducción). Según esta, quienes no llegaban a fin de mes reducían los precios de los productos de consumo de forma unilateral hasta niveles que se podían permitir. Una facción militante y contracultural se puso por nombre Indios Metropolitanos

y adoptó la estética de los pueblos nativos norteamericanos, igual que hizo SCALP varios años después. A finales de la década, la idiosincrasia del movimiento autónomo recibió un fuerte impulso desde las nuevas corrientes del feminismo radical. Esto se hizo evidente en la primera manifestación para «recuperar la noche», en Roma en 1976, en la que decenas de miles de mujeres se vistieron de brujas y gritaron: «¡No más madres, no más hijas, vamos a destruir la familia!».[175]

La autonomía italiana se difundió a Alemania Occidental a finales de la década de 1970, donde se combinó con los emergentes movimientos feminista, alternativo, antinuclear y okupa para dar lugar a un nutrido entorno de casas okupadas y centros sociales.[176] Los *autonomen*, como eran conocidos estos militantes de todos los géneros, rechazaban las «rancias» tradiciones de la izquierda. En su lugar, intentaron «llevar a la práctica formas de vida alternativas en el aquí y el ahora». «Pelemos por nosotras mismas —explicaba en 1982 una publicación del movimiento—, no participamos en movilizaciones en representación de nadie. No luchamos por la ideología, ni por el proletariado, ni por “el pueblo”, sino por una vida autodeterminada».[177]

No obstante, en la práctica sí que intervinieron en movilizaciones populares. Por ejemplo, en Baviera ocuparon en numerosas ocasiones las obras de construcción de una planta nuclear, como parte de una enorme campaña que logró sus objetivos gracias a la participación de decenas de miles de personas.[178] Sin embargo y fundamentalmente, la actividad política de los autónomos alemanes se centró en desarrollar formas prefigurativas de autogestión no jerárquica, que luego habrían de forjar el mundo que se pretendía crear a través de la acción directa sin intermediarios. Esta forma de actuación se plasmó de varias formas, pero una de las más espectaculares fue la táctica del bloque negro. En ella, los participantes en el bloque se vestían de negro, se tapaban la cara con pasamontañas o máscaras de otro tipo y se cubrían la cabeza con cascos de motocicleta. La idea era formar una masa anónima y uniforme de revolucionarios, preparados para realizar acciones militantes. En ocasiones utilizaban palos de banderas, barras, proyectiles o cócteles molotov como

armas. Aunque los autónomos italianos y otros grupos, como los temibles *zengakuren* japoneses, ya habían utilizado tácticas callejeras similares, a lo largo de las décadas siguientes el característico estilo de los bloques negros alemanes se difundió entre los movimientos autónomos y anarquistas del mundo. Esta táctica tuvo un papel destacado cuando los militantes en Alemania se vieron obligados a defenderse a sí mismos y a otros ante el resurgir nazi de mediados y finales de la década de 1980.

Para ponerse en contexto: después de la guerra, el Estado de Alemania Occidental se creó como una institución expresamente antifascista. Por lo menos en apariencia, reinaba el consenso entre todos los partidos en lo referente a los horrores del nazismo. Sin embargo, conforme una nueva generación ganó conciencia política en la década de 1960, muchos jóvenes revolucionarios se sintieron horrorizados ante lo limitado del proceso de desnazificación y el fracaso de la generación de sus padres a la hora de saldar cuentas por completo con el legado del régimen anterior.

Más tarde en esa misma década, el temor a que los fascistas se estuvieran haciendo con el gobierno de Alemania Occidental se vio agravado por el asesinato, a manos de la policía, del joven militante Benno Ohnesorg durante una gran manifestación contra la visita del sha de Persia en 1967. Más tarde esa misma noche, Gudrun Ensslin, una de las futuras fundadoras de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), declaró en una reunión: «Este Estado fascista tiene la intención de matarnos a todos [...]. La violencia solo se puede responder con violencia. Esta es la generación de Auschwitz y no hay manera de hacerles entrar en razón».[179] El hecho de que no se llevase a juicio al policía que disparó sobre Ohnesorg y la aprobación de las Leyes de Emergencia de 1968 no hicieron sino confirmar estos temores.[180] Hay quien ha dicho, no obstante, que la «invocación incesante» del espectro del fascismo por parte de la izquierda acabó por diluir su valor retórico.[181]

El antifascismo no volvió a aparecer de forma significativa en Alemania Occidental hasta la década de 1980. Por ejemplo, en 1985 el militante Günter Sare fue asesinado por un cañón de agua de la policía durante una manifestación en Frankfurt contra el Partido Nacionaldemócrata (NPD), de extrema derecha. Esta muerte dio lugar a disturbios en varias ciudades. Al

año siguiente, un grupo llamado Antifascistas Revolucionarios-Fuego y Llamas («Fuego y llamas» era un lema habitual de los autónomos alemanes) atacó con cócteles molotov un granero en el que se iba a celebrar la fiesta de cumpleaños de Adolf Hitler.[182]

Este periodo fue testigo también del nacimiento de una importante publicación, *Antifaschistisches Infoblatt*, que apareció por primera vez en la primavera de 1987 en Berlín. A día de hoy sigue dando información de forma periódica, un poco al estilo de *RÉFLEXes* en Francia, *Searchlight* en el Reino Unido o *Kafka* en los Países Bajos. Los primeros números se publicaron en alemán y en turco, para incluir a esta importante comunidad de Berlín. Se incluyó el emblema de la organización comunista de principios de la década de 1930, Acción Antifascista. No obstante, si el diseño original mostraba dos banderas rojas, que representaban al comunismo y al socialismo (aunque en esa época el KPD seguía siendo hostil al SPD), el que aparecía en *Infoblatt* llevaba una enseña roja enfrente de la negra del anarquismo y de la autonomía. Además, a finales de los años ochenta las banderas iban de izquierda a derecha, como en la década de 1930, pero a principios de los años noventa se les dio la vuelta para que fuesen de derecha a izquierda. Así han quedado en todos los emblemas antifascistas desde entonces. Algunas veces se muestran dos banderas negras.

Tras la caída del Muro de Berlín, en 1989, se produjo un estallido de violencia nazi en Alemania, Checoslovaquia y a lo largo de Europa del Este. Con el colapso del bloque soviético, los fascistas de la región intentaron aprovechar el sentimiento anticomunista. En Alemania, los cabezas rapadas explotaron la euforia nacionalista que se generó de cara a la reunificación. Junto con sus aliados de la extrema derecha declararon la guerra a inmigrantes, extranjeros, izquierdistas, homosexuales y otros. En 1991 atacaron un albergue de refugiados en Hoyerswerda, causando heridas a 32 de ellos. Al año siguiente, miles de personas aplaudieron cuando matones racistas arrojaron piedras y cócteles molotov contra un centro para inmigrantes en Rostock. Entre 1990 y 1994, los nazis asesinaron al menos a 80 personas. Solo en 1993 se investigaron 23.000 delitos cometidos por

ultraderechistas. Los integrantes de raza negra del equipo nacional estadounidense de *luge*, una modalidad de descenso olímpico en trineo, fueron atacados por rapados nazis. Y ese mismo año se lanzaron cócteles molotov contra una exposición sobre la persecución a los judíos.

Esta violencia racista contó con un importante apoyo social. Al mismo tiempo, el partido neofascista Los Republicanos consiguió casi un millón de votos en 1990. El canciller cristianodemócrata, Helmut Kohl, hizo poco para rebajar la tensión cuando dijo que «Alemania no es país para la inmigración». Todo el sistema de justicia criminal facilitó el terror racista, ya que los cabezas rapadas recibían poco más que reprimendas. Por ejemplo, los miembros de un grupo que asesinó a un inmigrante africano fueron sentenciados a entre dos y cuatro años de prisión. De hecho, Amnistía Internacional publicó un informe en el que acusaba a la policía alemana de cometer ellos mismos graves abusos contra los inmigrantes.[183]

Los autónomos resultaron ser la principal fuerza de oposición militante a esta violencia. A menudo combatieron contra los ultraderechistas y contra la policía codo a codo con jóvenes turcos. Así, el pujante movimiento antifascista que organizaron impidió una concentración nazi frente al Reichstag y una serie de celebraciones del centésimo cumpleaños de Hitler, el 20 de abril de 1989. En 1990, un bloque de 2.500 militantes, detrás de pancartas en las que se podía leer: «Nunca más, Alemania» y «¡Calla, Alemania, ya basta!», se enfrentaron a 1.000 nazis que conmemoraban el aniversario del suicidio de Rudolf Hess. Aproximadamente una semana después de la caída del Muro de Berlín, la antifascista Cornelia (Conny) Wessmann fue asesinada durante una manifestación en Gotinga, cuando la policía antidisturbios la persiguió hasta que la atropelló un coche. Como respuesta, sus compañeros de 30 ciudades desataron una oleada coordinada de acciones contra la propiedad, dirigidas a centros comerciales, bancos y oficinas del Gobierno, que en su opinión no eran más que extensiones del sistema capitalista responsable de su muerte.[184]

Poco antes de la caída del Muro, a mediados de la década de 1980, estalló el problema soterrado que tenía la República Democrática Alemana con los neonazis. Irónicamente, la idiosincrasia antifascista del Estado llevó a que

sus dirigentes se negasen a considerar los ataques de los cabezas rapadas contra extranjeros y punks como algo más que «vandalismo» carente de motivación política. Reconocer que había un problema con los nazis hubiese ido en detrimento de la legitimidad del Estado. Por lo tanto, el peso de la autodefensa y de la resistencia recayó sobre el movimiento punk, muy marginalizado. En 1988, militantes de Halle formaron un «comando de aniquilación de cabezas rapadas», compuesto por miembros armados y entrenados en artes marciales. A principios del año siguiente, punks de Berlín Este y otros disidentes consiguieron un ejemplar de *Antifaschistisches Infoblatt*. Esto les animó a crear Antifascismo Autónomo de Berlín (Este).[185]

En la RDA y en todo el bloque soviético, la música occidental estaba clasificada como propaganda. Por ejemplo, según la URSS, The Clash promovían oficialmente la «violencia», Canned Heat la «homosexualidad», Dona Summer el «erotismo» y Black Sabbath la «violencia y el oscurantismo religioso».[186] Por lo tanto, la perspectiva de que unos punks militantes pudiesen poner en entredicho las credenciales antifascistas del Partido Socialista Unificado (SED), en el Gobierno en Alemania Oriental, dio pie a su acoso policial, vigilancia y represión. A pesar de ello, unos pocos meses antes de la caída del Muro de Berlín (el cual se justificó inicialmente como una «barrera defensiva antifascista» cuando se construyó, en 1961), un grupo de unos 30 militantes se colaron en un acto del SED y desplegaron una pancarta en la que se leía: «¡Peligro! ¡Neonazis en la RDA!» y «¡Hay que cortar este peligro de raíz!».[187]

Tras la caída del Muro se pudo establecer una coordinación más amplia del movimiento en Alemania. Surgieron una serie de grupos a partir de esta oleada de organización, incluido Antifascismo Autónomo (M) o AA(M), formado en Gotinga a principios de 1990 (la M es la inicial de *Mittwoch*, «miércoles» en alemán, ya que este era el día en el que se reunía el colectivo). A diferencia de la mayoría de las agrupaciones antifascistas, que estaban más aisladas, AA(M) se caracterizó por buscar alianzas con la izquierda, dar entrevistas a los medios de comunicación y por organizar un proyecto de agitación y propaganda al que llamaron Arte y Lucha.

Los esfuerzos por conseguir una coordinación más amplia llevaron a una docena de grupos, incluido AA(M), a formar en 1992 una red horizontal denominada Acción Antifascista/Organización Nacional o AA/BO, que duró hasta su disolución en 2001.[188] Al mismo tiempo, los inmigrantes se organizaron en Antifa Gençlik (*Gençlik* significa «juventud» en turco) de 1988 a 1994. Por su parte, las mujeres militantes empezaron a crear grupos antifascistas feministas, denominados «fantifa», en respuesta al machismo prevalente entre sus homólogos varones y a los comportamientos patriarcales de estos. Ya hubo un intento de crear una organización de este tipo en 1985, pero no fue hasta finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 cuando empezaron a surgir los primeros colectivos del antifascismo feminista. Veinticinco de ellos tomaron parte en más de una docena de encuentros nacionales en los años noventa. Manifestaciones de mujeres, bloques de mujeres en los actos más grandes y congresos de mujeres pasaron a ser elementos habituales en el movimiento.[189]

Durante el mismo periodo, los antifascistas autónomos buscaron también establecer conexiones internacionales. Uno de los grupos más importantes a los que se dirigieron fue el británico Acción Antifascista (AFA). Este se formó en 1985 a partir de una alianza de grupos, entre los que se incluían el Grupo de Judíos Socialistas, organizaciones antirracistas locales, colectivos anarquistas, como Class War y el Movimiento Acción Directa (DAM), el equipo editorial de la publicación *Searchlight* y Acción Roja.[190] Esta última fue creada por los «brigadistas» de la Liga Antinazi (básicamente, sus tropas de choque) cuando fueron expulsados sin contemplaciones del Partido Socialista de los Trabajadores en 1981, al disolverse la ANL.[191] A lo largo de los años siguientes, Acción Roja, cuyo grito de batalla era: «¡Somos los ROJOS!», siguió enfrentándose a los cabezas rapadas fascistas en conciertos de punk y en las calles. Tras la formación de AFA, Acción Roja cobró un papel destacado en la organización de actos contra el sello discográfico nazi Blood and Honour (B&H). Este había sido creado en 1987 por Ian Stuart, el cantante de la banda racista más notoria de la época, Skrewdriver. B&H desarrolló una red de distribución internacional para vender discos y artículos de promoción de bandas nazis, como Brutal

Attack y No Remorse, en cuyas camisetas se podían leer frases como: «¡Algún día el mundo se dará cuenta de que Adolf Hitler tenía razón!».[192]

Las leyes que protegían la libertad de expresión en Gran Bretaña y el prestigio internacional del punk racista del país atrajeron a Londres a cabezas rapadas de toda Europa. Para responder, AFA hizo presión sobre comercios y *pubs* locales que aceptaban hacer negocios con nazis, o que vendían sus productos, mediante peticiones y piquetes. Cuando eso no funcionaba, se empleaban métodos más persuasivos. En una ocasión, dos encapuchados demolieron la fachada de una tienda de B&H con martillos pilones y destruyeron con ácido los artículos nazis de promoción.[193]

Tal y como explicó el mismo Stuart: «Tenemos que anunciar nuestros conciertos por el boca a boca. Si ellos (AFA) se enteran, va a haber una masacre». Por eso, en vez de hacer público el lugar de los encuentros nazis, los organizadores tenían que informar en secreto de un punto de reunión. Una vez allí, se les decía a los asistentes la dirección del local donde se celebraba el concierto. En mayo de 1989, 100 militantes de AFA se presentaron en el lugar secreto, en Hyde Park, una hora antes de que llegaran los nazis y se ocultaron a esperar. Empezaron a aparecer pequeños grupos de cabezas rapadas «de todos los rincones de Europa», pero sobre todo de Alemania. «Se les persiguió sin descanso».

Una situación parecida se produjo en la legendaria «batalla de Waterloo» de 1992, cuando AFA atacó a los *boneheads* que iban a un concierto de Skrewdriver. A Stuart mismo, que una vez había escrito una canción titulada «Paki muerto en la alcantarilla», no le iba mucho mejor. A menudo, los antifascistas le rompían botellas en la cabeza cuando pasaba por la calle. Le dieron martillazos en los dedos y convencieron a los comercios locales de prohibirle la entrada. Finalmente, llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que desaparecer del mapa.[194]

Cuando AA(M) se puso en contacto con el movimiento británico a mediados de la década de 1990, surgieron discrepancias en torno a sus diferentes maneras de entender el antifascismo. A pesar de compartir unas ideas socialistas revolucionarias, los militantes alemanes se quedaron consternados ante lo que entendían que era un reduccionismo de clase por

parte de los miembros de AFA, que habían ido a Gotinga para participar con ellos en una gran manifestación. Tal y como lo recuerda uno de los fundadores de AA(M): «Habíamos tenido una discusión sobre las relaciones entre fascismo y patriarcado [...]. [El delegado de AFA, varón] intentó zanjar la cuestión diciendo: “Ese asunto tiene la misma importancia que si alguien come carne o es vegetariano”». Por otro lado, los delegados de AFA desdeñaron la influencia de la cultura anarcopunk en el movimiento en Alemania: prefirieron ir en la manifestación con ropa «normal», lo que se llamaba «aspecto informal», en vez de unirse a AA(M) en un gran bloque negro.

Ambas organizaciones siguieron con la discusión a lo largo de los años siguientes. Lo más grave en este tiempo fue que AFA se quedó desconcertada ante el argumento de AA(M), cuyos miembros eran predominantemente de clase media, de que la clase obrera es irrelevante, en su mayor parte, para la lucha antifascista. Por el contrario, las ideas de este grupo alemán estaban fuertemente influidas por el antimperialismo y el feminismo.[195]

Tras varios intentos de lograr una coordinación transnacional más formal, incluida la creación de una Red de Información Antifascista Europea, de corta duración, se celebró en octubre de 1997, en Londres, la primera conferencia internacional del antifascismo militante. Acudieron delegados de 22 organizaciones de Francia, Alemania, Noruega, Suecia, Países Bajos, Irlanda, Dinamarca, España, Estados Unidos y Canadá. La delegación británica, compuesta casi exclusivamente de hombres, dijo que pensaban que la estrategia del movimiento debía desarrollarse «desde un punto de vista de *clase* y no de raza». Por eso defendían que la propaganda debía dirigirse principalmente a la clase obrera blanca, que era la base potencial de apoyo popular del fascismo, y no a sus excluidas víctimas. Este comentario desató protestas en el encuentro. Al acabar la conferencia, solo nueve de los 22 grupos que habían acudido se adhirieron a la nueva Red Internacional del Antifascismo Militante. Entre estos se encontraban AFA de Hannover y ROTKAPCHEN, ambas de Alemania, la Plataforma Antifascista de Zaragoza, el Foro Antifascista de Toronto y Acción

Antirracista de Mineápolis. AA(M) no se unió a la nueva coordinadora y criticó duramente a AFA por, supuestamente, centrarse demasiado en el enfrentamiento físico. Poco tiempo después, AFA colapsó casi por completo. Sus secciones locales bajaron de 25, en 1999, a menos de cinco, un año más tarde. Esto precipitó el final de esta internacional.[196]

Luis, un anarquista argentino, llegó a Gotinga en 2003 con muchas ganas de unirse a la legendaria AA(M). Pero esto resultó ser más complicado de lo que esperaba. En ese momento, el antifascismo local estaba atrapado en el debate sobre el planteamiento sionista *antideutsche*. Esta propuesta surgió durante la reunificación y creció en intensidad a finales de los años noventa. Sus partidarios defendían que, dado el legado histórico del Holocausto, los militantes alemanes estaban obligados a prestar un apoyo casi incondicional a Israel. La actitud proestadounidense de los *antideutschen* se hizo más firme tras el 11 de Septiembre y apoyaron la invasión de Irak en 2003. Los abuelos de Luis eran judíos alemanes que escaparon de los nazis en la década de 1930, pero él sostenía unas sólidas opiniones antisionistas. Por lo tanto, se incorporó a la facción «antimperialista» de AA(M), crítica con el sionismo. Sin embargo, el enfrentamiento dentro del colectivo había subido de tono hasta el punto de que ninguno de los dos sectores permitía la entrada de nadie que simpatizase con el otro bando. Así, los *antideutschen* impidieron la incorporación de Luis. Este conflicto llevó a la escisión de AA(M) en 2004. Luis se unió al nuevo grupo creado por la rama «antimperialista», Izquierda Antifascista Internacional, que todavía existe.[197]

Sea como sea, la creciente capacidad de exportar el modelo del antifascismo militante era tal vez mucho más importante que la longevidad de cualquier organización concreta. A finales de los años ochenta, el movimiento se extendió por Europa a muchos países, incluidos Austria, Suiza y Suecia. Por ejemplo, en Oslo (Noruega) los punks de la casa autónoma Blitz crearon un grupo de afinidad, Acción Antifascista, para defenderse de los colectivos de cabezas rapadas nazis. Estos, con organizaciones tales como los Boot Boys, Viking o Anti-Antifa, realizaron una serie de atentados con bomba en esa época. En 1992, jóvenes

inmigrantes y militantes se organizaron juntos para impedir un desfile nazi en la ciudad de Gjøvik. Aunque los partidos de izquierda pidieron a los habitantes que se quedasen en sus casas ese día, la alianza antirracista consiguió una importante presencia en las calles. Esto atemorizó a los convocantes del acto, que lo suspendieron. En 1994, el grupo de afinidad Acción Antifascista se convirtió en una red formal, del mismo nombre, con secciones en varias ciudades. Adoptó el emblema de las banderas, que ya era común en el movimiento. Como sus homólogos continentales, los militantes noruegos eran sobre todo anarquistas y autónomos, aunque con algunos elementos marxistas más ortodoxos, y estaban ligados a corrientes punks y contraculturales.[198]

En 1995, los antifascistas noruegos se enteraron de que se había inaugurado un «hogar nazi» en la ciudad de Sandaker. Los intentos de convencer al dueño de la propiedad de que echase a sus nuevos inquilinos fracasaron. Así que entre 400 y 500 militantes se dirigieron al edificio. La entrada principal estaba custodiada por la policía y los nazis lanzaron bengalas, rodamientos con tirachinas, botellas de gasolina e incluso un cóctel molotov, contra los manifestantes. Estos respondieron arrojando piedras, pero no pudieron atravesar el cordón policial. No obstante, después de un rato así, las sospechas de los agentes sobre el «hogar nazi» llegaron al punto de que entraron a registrarlo y detuvieron a 78 personas en su interior por tenencia ilícita de armas. Esto acabó por convencer al propietario, que rescindió el contrato de alquiler. Al año siguiente, el movimiento noruego, que para entonces había colaborado con éxito con sindicatos y algunos partidos de izquierda, empezó a notar un descenso muy acentuado en la actividad de los nazis. A finales de la década, la legitimidad de las organizaciones antifascistas había influido lo suficiente en la opinión pública como para superar la tendencia inicial de equipararlos con los fascistas, como si fuesen «extremismos» comparables. Tras el asesinato, en 2001, de un antirracista negro de quince años a manos de tres nazis, las enormes manifestaciones y el rechazo público desterraron, básicamente, el fascismo explícito de Noruega hasta el día de hoy.[199]

En los Países Bajos el movimiento surgió a partir de los grupos de

autodefensa de los autónomos holandeses, conocidos como *krakers*. Estos se enfrentaban a los fascistas y ultras del fútbol que los propietarios contrataban para atacar a quienes okupasen sus edificios. Solo en Ámsterdam se okuparon más de 10.000 casas y apartamentos entre 1968 y 1981. Los activistas contaron con mucho apoyo popular, debido a la escasez de viviendas a precios razonables. Sin embargo, a inicios de la década de 1980, nuevas leyes y medidas policiales más contundentes amenazaban al movimiento de okupación. En 1985, se procedió al desalojo ilegal de una mujer y su hijo de una casa okupada. Cuando los autónomos entraron de nuevo en la vivienda y la pusieron otra vez a su disposición, la policía disparó a un militante y luego propinó una brutal paliza a los 32 *krakers* arrestados. A la mañana siguiente, uno de ellos, Hans Kok, yacía muerto en su celda. Como respuesta, sus compañeros atacaron comisarías y dependencias del Gobierno y calcinaron coches patrulla en tres noches de disturbios. Mientras tanto, otra facción del movimiento, conocida como RaRa (Grupo de Acción Antirracista), llevó a cabo una exitosa campaña de ataques incendiarios contra los supermercados Makro, para que la empresa retirase sus inversiones de la Suráfrica del *apartheid*. [200]

En los años ochenta, los *krakers* se enfrentaron a los actos convocados por el neofascista Partido de Centro. Pero con la aparición del grupo neonazi CP86 se doblaron todas las apuestas. Este y otras formaciones nazis violentas surgieron a imitación de los ingleses Combat 18, sucursal de Blood and Honour. Por su parte, influidos por la creación de la coordinadora alemana AA/BO, los antifascistas holandeses establecieron una red nacional de AFA en 1992. Sus secciones más importantes estaban en Ámsterdam, Utrecht, Nimega, Leiden, Groninga y La Haya. El militante de AFA Job Polak escribió de esta: «Puede en verdad enorgullecerse de haber sido uno de los principales factores para que la extrema derecha “organizada” no creciese en los años noventa y estuviese siempre bajo presión [...]. (Esto) contribuyó a que la paranoia y los conflictos internos entre los grupos fascistas se saliesen aún más de control». [201]

En Italia, el modelo de grupo militante antifascista como tal, con sus banderas y particularidades organizativas, no apareció hasta mediados de la

década de 1990. Sin embargo, esta lucha se puede remontar a mucho antes. Aunque la Constitución de 1948 prohibía que se volviesen a formar partidos Fascistas, el Movimiento Social Italiano surgió de las cenizas del régimen de Mussolini en 1946. Para 1953 ya era el partido más significativo de la ultraderecha europea, con el 5,9 % del voto. Su progresivo desplazamiento hacia el centro le ayudó en las elecciones, pero también tuvo el efecto de alejar a su ala más radical. En los años siguientes se produjeron una serie de escisiones, como la salida de Orden Nuevo (ON) del MSI en 1956. A su vez, en la década de 1960 se separó de Orden Nuevo la todavía más extremista Vanguardia Nacional. A comienzos de 1969, estos y otros grupos similares, como los Núcleos Armados Revolucionarios, iniciaron una «estrategia de tensión» insurreccional con apoyo de la CIA. Su objetivo era desestabilizar la sociedad italiana y fomentar el deseo de una renovación fascista que garantizase el orden. El 12 de diciembre de 1969, tres bombas hirieron a 18 personas en Roma. Otra explosión en la Piazza Fontana de Milán asesinó a 17 personas e hirió a ochenta y ocho. La autoría fascista de los atentados era obvia, pero la policía detuvo a dos anarquistas. Uno de ellos era Giuseppe Pinelli, que murió cuando los agentes lo tiraron por una ventana de la comisaría. Otras ocho personas fueron asesinadas y 100 heridas cuando una bomba estalló durante una manifestación antifascista en Brescia en 1974. El punto culminante de esta etapa de terror ultraderechista se alcanzó con el atentado de 1980 contra la estación de tren de Bolonia, donde 80 personas fueron asesinadas.[202]

Esta violencia y un análisis marxista más amplio sobre el fascismo, como algo vinculado de forma integral al sistema capitalista, llevaron a la izquierda revolucionaria italiana a unir las luchas contra ambos. Por ejemplo, las Brigadas Rojas eran una organización comunista armada muy activa, más conocida por el secuestro y muerte del antiguo primer ministro Aldo Moro en 1978. Sus integrantes entendían que los ataques que realizaron contra directivos de las principales empresas del país eran acciones antifascistas, en un sentido amplio, tanto como su atentado de 1974 contra dos miembros del MSI.[203] Aparte de la actividad armada clandestina, los revolucionarios italianos estaban más que dispuestos a

participar en actividades militantes callejeras. A menudo, los miembros de grupos como Autonomía Obrera y Lucha Continua participaban en las manifestaciones antifascistas. Entonces se podían reunir de 3.000 a 4.000 integrantes del movimiento con caretas de esquí o pasamontañas, provistos de palos, barras de hierro, cócteles molotov y, en ocasiones, pistolas. El propósito declarado de estas convocatorias era la oposición al fascismo. Pero ya que el Estado y todo el sistema capitalista estaban implicados en la violencia de este último, se consideraban objetivos legítimos de disturbios y destrozos generalizados. Para finales de la década de 1970, el popular lema «en el 68, barras de hierro, en el 77, la P38 (una pistola)», reflejaba la escalada en las tácticas de los autónomos. Durante estos «años de plomo» se libró una guerra de baja intensidad «a tres bandas», entre la izquierda revolucionaria, el Estado y los grupos armados de ultraderecha. Aunque la violencia de la primera durante esta etapa ha recibido a menudo más atención, en realidad los fascistas fueron responsables de la mayor parte de asesinatos políticos entre 1969 y 1980.[204]

En la década de 1980, la violencia fascista descendió en Italia, mientras que la represión y una epidemia de adicciones a la heroína causaron estragos en la izquierda revolucionaria. A pesar de ello, a finales de los años ochenta y principios de los noventa, la escena de los cabezas rapadas racistas llegó a Italia. En Milán, el grupo más agresivo en esta época era Acción Skinhead, integrado por ultras violentos del Inter. En 1990, atacaron y prendieron fuego a un centro social okupado libertario, el Laboratorio Anarchico. En respuesta, anarquistas y autónomos destrozaron el bar local de los cabezas rapadas y «mandaron a muchos nazis al hospital». Poco después, las autoridades prohibieron Acción Skinhead.[205] La defensa militante frente a estos ataques se organizó a partir de los colectivos y asambleas que funcionaban en los centros sociales okupados. No hubo un movimiento antifascista propiamente dicho durante esta etapa, aparte de los grupos del SHARP (Skinheads contra los Prejuicios Raciales).

La amenaza de los cabezas rapadas descendió a mediados de la década de 1990, pero el fantasma del fascismo gubernamental se intensificó por culpa de Silvio Berlusconi. Este invitó al MSI, que poco después cambió su

nombre a Alianza Nacional, a entrar en un ejecutivo de coalición en 1994. Fue «la primera vez en Europa, después de la guerra, que un partido de extrema derecha, todavía impregnado de nostalgia fascista, formaba parte de un Gobierno».[206] Berlusconi también incluyó a la populista y xenófoba Liga Norte. En un principio, en su fundación en 1989, esta había defendido los intereses de la parte norte del país. Pero posteriormente se transformó en un partido más amplio, con aspiraciones nacionales. Con esta coalición, el primer ministro italiano dio legitimidad al MSI. Ahora se pasó a considerar, con benevolencia, que este era «posfascista». De esta forma, rehabilitó el legado de Mussolini. La simpatía de Berlusconi hacia el fascismo quedó en evidencia años después, cuando dijo: «Mussolini no mató a nadie. Mussolini mandaba a la gente de vacaciones, al exilio interno».[207]

Cuando el MSI entró en el Gobierno, su ala más radical se escindió y formó Llama Tricolor. A lo largo de los años siguientes, surgieron otros partidos y organizaciones a la derecha de los «posfascistas», tales como Fuerza Nueva o CasaPound. Los integrantes de esta última empezaron enseguida a aterrorizar a inmigrantes, *queers* e izquierdistas. A finales de los años noventa comenzó a crecer un movimiento específicamente antifascista. En 1999, militantes autónomos de Milán salieron a la calle en gran número para oponerse al primer acto público de Fuerza Nueva en la ciudad. Iban a participar en este representantes de grupos fascistas de todas partes del continente europeo. El autónomo italiano y antiguo hinchista del AC Milan, Niccolò Garufi, recuerda cómo él y sus compañeros avanzaron hacia el cordón policial que protegía el acto desde dos lados diferentes. Iban a lo largo de una calle muy estrecha, lanzando cócteles molotov. Los antidisturbios se vieron obligados a retroceder. Entonces un numeroso grupo de cabezas rapadas del Frente Veneto atacó a los militantes, pero fueron severamente derrotados. Garufi atribuye a esta acción directa antifascista el mérito de que Fuerza Nueva no pudiese crecer en Milán. Tuvieron que hacer su acto de presentación «en una fortaleza» desde la que sus líderes no pudieron llegar a la gente. Para Garufi y sus compañeros: «Este es el único argumento que entienden».[208] Sin embargo, esta resistencia no pudo detener por completo el avance del fascismo.

Garufi fue testigo de ello en primera persona. Un grupo de compañeros suyos fue atacado a navajazos el 16 de marzo de 2003 en Milán por dos hermanos fascistas y su padre. Llevaban un perro llamado Rommel, en homenaje al general alemán. El mejor amigo de Garufi sufrió heridas graves. Otro militante fue apuñalado 27 veces, pero sobrevivió. Davide *Dax* Cesare, antifascista, punk, trabajador del metal, luchador de *muay thai*, esposo y padre, integrante del centro social okupado ORSO (Oficina de la Resistencia Social), fue asesinado. Garufi señala que fue el mismo día en que Rachel Corrie murió aplastada por una excavadora israelí. Cuando Garufi y sus amigos llegaron al hospital, les golpeó la policía.[209]

De niño, Garufi y su padre, comunista, participaban siempre en el recorrido que hacían los partisanos locales el 25 de abril, el Día de la Liberación de Italia, para conmemorar el fin de la guerra. Cada año, el grupo deposita coronas de flores en las placas que recuerdan a la Resistencia. Tras el asesinato de Dax, la organización oficial de los partisanos, ANPI (Asociación Nacional de Partisanos de Italia), aprobó la solicitud de sus compañeros y le incluyó entre sus mártires. Ahora, antifascistas de todas las generaciones dejan flores en el lugar de su asesinato cada 25 de abril. Como dice el grafiti, «¡Dax vive!».[210]



Mural en recuerdo de Dax, antifascista asesinado en Milán, por WolksWriterz.

* * *

La escena de los cabezas rapadas racistas, de Skrewdriver y del Frente Nacional cruzó el Atlántico a finales de la década de 1980 y encontró suelo abonado en Estados Unidos y Canadá. No obstante, adondequiera que llegase esta nueva contracultura fascista, el creciente modelo del antifascismo militante le seguía, pisándole los talones.

Se puede situar el surgimiento de este último movimiento en una pizzería de Mineápolis. Un grupo multirracial de *skinheads* antirracistas, los Baldies, se reunieron allí en las vacaciones de Navidad de 1987. A principios de ese año, un colectivo local, que llevaba símbolos nazis y se hacían llamar los Caballeros Blancos, empezó a sembrar el terror entre los afroamericanos de la zona y a amenazar a los izquierdistas. Los Baldies decidieron defenderse. Un *skinhead* de raza negra del grupo, Mike, tiró un ladrillo contra una ventana de la casa del líder de los Caballeros Blancos. Fue detenido y se le impuso una multa de 200 dólares.[211]

Decididos a pensar mejor su estrategia, los Baldies quedaron a cenar *pizza* y planear los pasos siguientes. Leyendo publicaciones anarquistas británicas, como *Class War* y *Black Flag*, Kieran, de 16 años, se había enterado de la reciente creación de Acción Antifascista. Los relatos de los enfrentamientos físicos con los miembros del Frente Nacional llamaron mucho la atención de estos jóvenes *skinheads*. Sin embargo, en el contexto político de Estados Unidos, «fascismo» sonaba «como un término dogmático de la izquierda». Por eso los Baldies decidieron que su nueva organización se iba a llamar Acción Antirracista (ARA).[212] En su primera publicación, ARA describía así sus actividades:

1. Educación: folletos, pegatinas, carteles, cartas y fanzines.
2. Acción directa: pintadas, palancas, ladrillos.
3. Enfrentamientos: lo que decidas.[213]

A lo largo de los meses siguientes, ARA de Mineápolis presionó a las

tiendas de discos para que dejaran de vender música racista. Organizaron una manifestación junto con un grupo de estudiantes de raza negra y una organización progresista mayoritariamente blanca. Tacharon pintadas nazis. Se manifestaron contra la brutalidad policial. Y se enfrentaron a los Caballeros Blancos dondequiera que se los encontraban. Como explicó Kieran a la revista punk *Maximumrocknroll* en 1989: «Uno de los motivos por los que los Baldies hemos ganado tantas veces no es porque vayamos de machitos ni porque estemos todos muy mazados, sino porque hemos conseguido muchos apoyos y eso es lo verdaderamente importante».[214]

Cuando los Baldies empezaron a enfrentarse a los cabezas rapadas nazis, solo conocían el modelo de la AFA británica. No obstante, cuando se extendió su organización, entraron en contacto con una serie de grupos antirracistas locales que llevaban años activos. Entre estos estaba el Centro para la Renovación Democrática. En 1979 en Greensboro (Carolina del Norte) se convocó una concentración contra el Ku Klux Klan. Miembros de esta formación racista y otros nazis abrieron fuego sobre los manifestantes. Cinco integrantes del Partido Comunista de los Trabajadores fueron asesinados y otros diez resultaron heridos. En el momento de los disparos la policía brillaba por su ausencia. El tiroteo quedó grabado y vino a conocerse como la «Masacre de Greensboro».[215] Sin embargo, los autores de los asesinatos fueron absueltos. La indignación ante esta sentencia condujo a la creación del Centro para la Renovación Democrática, inicialmente llamado Red contra el Klan. ARA también aprendió mucho de los exintegrantes de la Organización Sojourner Truth y de la Liga Octubre, ambas «neocomunistas», así como del Comité contra el Klan John Brown (JBAKC).[216] Este se formó en 1978 con antiguos miembros de los Weather Underground, de la Organización Comunista 19 de Mayo (así llamada por ser la fecha del cumpleaños de Malcolm X y de Ho Chi Minh) y de otros grupos. Ese año, presos de los Panteras Negras informaron de que el secretario del sindicato de carceleros del estado de Nueva York era del Klan. Esto llevó a la formación del Comité. El JBAKC se pensó como una organización antirracista y antimperialista, en la que revolucionarios blancos pudiesen colaborar con los de otras razas. Una cita de Malcolm X

encabezaba su primera publicación, *Death to the Klan!*: «Necesitamos aliados que luchen y no que nos digan que no seamos violentos. Si un hombre blanco quiere ser un aliado, no hay más que preguntarle qué piensa de John Brown. ¿Sabéis lo que hizo John Brown? Empezó una guerra».

Tal y como sugiere la elección de esta cita, el JBAKC promovía la oposición física al Klan. En 1983 ayudaron a organizar una contramanifestación de 1.200 personas que se enfrentaron al KKK en medio de una lluvia de piedras. A finales de la década de 1980, el grupo contaba con unos 300 miembros, organizados en 13 ciudades de todo el país. Para entonces, el nombre de su publicación había cambiado a *No KKK—No Fascist USA!*, una frase que tomaron prestada de la banda de punk MDC. Convertida ahora en *No Trump—No KKK—No Fascist USA!* ha llegado a ser el lema más popular contra Trump. El JBAKC dejó de existir en los años noventa.[217]

El Comité contra el Klan John Brown se desarrolló a partir de una serie de tradiciones más amplias de resistencia militante frente al terror de los supremacistas blancos. Los mejores ejemplos en este sentido fueron el Partido Pantera Negra, el Ejército de Liberación Negro y el nacionalismo negro en general, los Boinas Marrones, Young Lords, Jóvenes Patriotas y otros grupos similares. El enfoque político de estas organizaciones respondía mucho más al antimperialismo que a una tradición específicamente antifascista. A pesar de ello, los Panteras Negras llamaban a menudo «cerdos fascistas» a los policías. Con ello, ponían de relieve la hipocresía que había tras la imagen de opositores a los nazis que tenía Estados Unidos de sí mismo, a pesar de que la policía aterrorizaba a la comunidad negra de forma cotidiana. De hecho, hay un elemento de continuidad entre el puño levantado del antifascismo y el de los Panteras Negras. Desde luego, la autodefensa militante contra la violencia de los supremacistas blancos se puede remontar muy atrás, a Malcolm X, a los Diáconos por la Defensa y la Justicia, a los escritos de Robert F. Williams y a otras personas y colectivos, hasta cientos de años antes. Es correcto atribuir a ARA el origen en Estados Unidos de los posicionamientos del antifascismo militante, al estilo europeo. Pero es vital situar esta iniciativa

en el marco de una tradición mucho más larga y profunda de lucha contra una amplia variedad de integrantes del Klan, con capucha o sin ella.

Tal y como recuerda Kieran, de los Baldies de Mineápolis, los miembros del JBAKC y del Centro para la Renovación Democrática, que eran mayores que ellos, se mostraron entusiasmados con este repentino aumento de los esfuerzos organizativos de los antirracistas. Pero también hicieron algunas críticas «constructivas». Unos señalaron el excesivo machismo que percibían. Otros instaron a los jóvenes *skinheads* a prestar más atención a la participación en la comunidad.

Estos aspectos mejoraron al crecer ARA. Pero muchos grupos antifascistas militantes se han enfrentado a problemas similares, de una forma u otra. En un primer momento, la organización creció cuando los Baldies se fueron de gira con la banda local Blind Approach. Se reunieron con colectivos de mentalidad parecida, como SHOC (Skinheads de Chicago) o Brew City Skins de Milwaukee. La visita de Roddy Moreno, cantante de la banda británica de *oi!* The Oppressed, a Nueva York a finales de la década de 1980 hizo mucho por impulsar la escena de los *skinheads* antirracistas. Durante este viaje descubrió el SHARP, que llevó de vuelta a Gran Bretaña. El primer grupo de este tipo se formó en Nueva York en 1987. A lo largo de los años siguientes, SHARP y otros grupos similares, como RASH (Skinheads Rojos y Anarquistas), se extendieron por la escena punk. Estas conexiones informales aumentaron cuando *Maximumrocknroll* publicó un reportaje sobre ARA. Inmediatamente, se vieron inundados por cartas llegadas de todas partes del país.[218]

Uno de los primeros colectivos de punks antirracistas se desarrolló en Atlanta. Allí se había vuelto habitual ver en los conciertos a «gente con tatuajes de esvásticas literalmente gritando: «¡Sieg heil!» y haciendo el saludo romano». Como recuerda Iggy, un antifascista de la ciudad, «algunos estábamos hartos» y «empezamos a intentar crear una escena que no encontrasen acogedora». Al principio, Iggy y sus amigos se limitaban a ponerse en la entrada de las salas de conciertos y repartir panfletos en los que se leía: «Los nazis no son bienvenidos aquí». Con el paso del tiempo, algunos revolucionarios más mayores, de la década de 1960, les enseñaron

a organizarse con la comunidad. Pasaron a ser el «grupo oficioso de juventudes» de la Red de Barrios local, que tenía una campaña contra el Klan. Iggy y otros punks se esforzaron mucho en limpiar todos los grafitis nazis que había en la zona de Five Points. También se peleaban con cualquier miembro del Frente Americano o de los Old Glory Skins que pasase por allí. Después de un tiempo, los grupos de cabezas rapadas empezaron a llevar a sus nuevos miembros al barrio de Five Points. Vestidos con camisetas de Hammerskin, tenían que demostrar su valor enfrentándose a los antifascistas. No obstante, entre 1993 y 1994 los esfuerzos de estos habían erradicado, en buena medida, cualquier presencia nazi habitual en la escena punk de Atlanta. Iggy recuerda una de las últimas veces en las que alguien llegó a un concierto con una camiseta de No Remorse (una banda del sello Blood and Honour). Los militantes de ARA no tuvieron que hacer nada. Un «*skinhead* negro le dio cuatro puñetazos, lo dejó KO y le arrastró por los pies al exterior, completamente inconsciente». «Guau —pensó Iggy—, lo hemos logrado del todo. A estos tíos ya no se les acepta».[219]

Mientras ARA se extendía de este modo por Estados Unidos, los *skinheads* antirracistas de Canadá se enfrentaron a la violencia de las Naciones Arias en Edmonton y crearon la Liga Antifascista en 1990. Los fascistas atacaron a un periodista y a varios militantes que estaban pegando carteles, así que el grupo convocó una manifestación frente a la casa de los cabezas rapadas. Cuando salieron los *boneheads*, con escopetas modificadas de forma ilegal, la policía los arrestó. Surgieron otras organizaciones similares, como Unidos contra el Racismo, de Winnipeg, y Acción Antirracista de Toronto, creada en 1992.

A lo largo de los años siguientes, estos colectivos se enfrentaron al neonazi Heritage Front y organizaron campañas de solidaridad con las Naciones Originarias. En 1994, se creó la Red Antifascista del Medio Oeste. Un año después, pasó a ser la Red de Acción Antirracista. Llegados a este punto, ARA se había expandido mucho más allá de sus orígenes en la escena punk. Agrupaba a un conjunto amplio y diverso de varios miles de activistas, organizados en más de 200 localidades repartidas por Estados

Unidos, Canadá y América del Sur. Desde el punto de vista de sus planteamientos políticos, ARA era principalmente anarquista y antiautoritaria. Así lo atestigua el influyente papel de la Federación Anarquista Revolucionaria Amor y Rabia en la organización. También había trotskistas, maoístas y otros miembros de la izquierda.

Al ampliarse y diversificarse el conjunto de los integrantes de ARA, también lo hicieron sus actividades. Sus secciones locales defendieron clínicas de interrupción del embarazo frente a los ataques de fundamentalistas cristianos (el apoyo a la «libertad reproductiva» era uno de los cuatro puntos de consenso de ARA). Organizaron patrullas para vigilar la actuación de la policía. Se manifestaron en contra de la brutalidad policial, hicieron campañas de solidaridad con Palestina y apoyaron a Mumia Abu Jamal, un pantera negra encarcelado.[220]

No obstante, ARA no dejó nunca de «perseguirles, dondequiera que estén». Durante la década de 1990 se enfrentó a los principales actos del Klan en el Medio Oeste. También se opuso a otros grupos, como la Iglesia Mundial del Creador y la Alianza Nacional. A principios de la década de 2000, estas dos organizaciones luchaban entre sí por hacerse con el liderazgo del movimiento racista. En enero de 2002, la Iglesia Mundial del Creador, supremacista blanca, lanzó su órdago. Su jefe, Matt Hale, organizó un encuentro en un barrio mayoritariamente negro y latino de York (Pensilvania). Allí, nueve hombres blancos, incluido el antiguo alcalde de la ciudad, acababan de ser acusados del asesinato de la hija de un predicador de raza negra durante los disturbios raciales de 1969. Los testigos relataron cómo el alcalde le dio un rifle a uno de los otros con las siguientes instrucciones: «Mata a tantos negros como puedas».[221] La Iglesia lanzó la convocatoria en solidaridad con los enjuiciados. Por otro lado, en 1999 uno de sus fieles asesinó a dos personas e hirió a otras nueve en una serie de tiroteos desde su coche. Los ataques iban dirigidos contra judíos y personas de raza distinta a la blanca.[222] Delegados de ARA se desplazaron a York antes del acto para reunirse con militantes por los derechos de los inmigrantes y ayudar a generar apoyo local a la contramanifestación.[223]

Mientras Hale se dirigía a unas 70 personas en la biblioteca de la ciudad,

una fila de antidisturbios separaba a los contramanifestantes antifascistas de una multitud de simpatizantes de la Iglesia. Entre estos se encontraban los Hammerskins de Baltimore, con banderas nazis. Como cuenta Howie, un joven anarquista de Nueva Jersey, los antirracistas tiraban bolas de nieve a los cabezas rapadas. En un momento dado, la policía quiso desplazar su línea. Al hacerlo, dejaron un hueco abierto. Los militantes se precipitaron por él y hubo un altercado. Luis, el anarquista argentino que se uniría al movimiento antifascista de Alemania unos años después, se había desplazado a York con sus compañeros de la sección de NEFAC (Federación de Anarco-Comunistas del Noreste) de Boston. Cuenta cómo consiguieron «establecer una alianza táctica espontánea con los jóvenes del barrio que no eran de raza blanca». Estos llevaron a los manifestantes por un callejón que permitía rodear a la policía y llegar hasta donde estaban los fascistas. Los militantes aparecieron en el momento en que los nazis se marchaban. Así, antirracistas encapuchados rompieron las luces y las ventanas de sus coches. Mientras, la policía se esforzaba en contener las «batallas campales en plena calle». Un nazi embistió con su camioneta contra un grupo de antifascistas y arrastró a uno de ellos sobre el capó a lo largo de casi siete metros. Veinticinco personas fueron detenidas, entre ellas el conductor de la camioneta. Según Murray, de ARA de Baltimore, «la comunidad local y ARA se unieron para echar a los racistas de la ciudad con cajas destempladas».

Para disimular su derrota, los fascistas organizaron varias concentraciones más en York, de menor tamaño. Para ellos es importante «aparentar que son fuertes y poderosos», explica Howie. «No podían mirarse en el espejo de la misma manera después de que una chica vegana de 50 kilos de peso les hubiera dado de patadas en el culo». Después de esta manifestación, Howie y sus amigos fundaron Acción Antirracista de Nueva Jersey, con sede en la ciudad de Nueva Brunswick.[224]

En agosto de 2002 llegó el turno de la Alianza Nacional, también supremacista blanca, de intentar hacerse con el liderazgo del movimiento ultraderechista. Para ello, planearon la mayor reunión de racistas desde la Segunda Guerra Mundial en Washington D. C. Los nazis desfilaron con

pancartas en las que se podían leer lemas como: «La diversidad es un genocidio para la raza blanca». A su vez, miembros de ARA, NEFAC y del Bloque Árabe Antinazi «acosaron a los manifestantes desde el principio hasta el final».[225] Más temprano ese mismo día, ARA y sus aliados urdieron un audaz plan para impedir que un número apreciable de supremacistas blancos pudiera llegar siquiera a la manifestación. Se enteraron de que un grupo de unos 200 de ellos tenían previsto juntarse en Baltimore Travel Plaza e ir hasta el distrito federal en autobuses que habían fletado. Según explica Howie, un antifascista, los militantes pensaron un plan para hacer «todo lo posible por parar estos transportes».

Los antirracistas se reunieron en un punto de encuentro y se repartieron en dos grupos. Su idea era avanzar sobre el Baltimore Travel Plaza, adonde estaba previsto que llegasen los autobuses. Los militantes que iban con Howie «no tenían muy claro» cuál era el plan, ni estaban seguros de dónde se encontraban los otros. Algunos siguieron adelante mientras él se quedaba atrás, con uno de los coches. Tal y como lo describe, 28 antifascistas se dirigieron hacia la plaza en medio de una lluvia torrencial, solo para descubrir que los autobuses ya estaban destrozados.[226] Según una fuente bien informada:

Aproximadamente una hora antes del inicio previsto de la manifestación, un autobús lleno de neonazis llegó desde Detroit al Travel Plaza. Hay varias versiones de lo que sucedió después: una pequeña multitud, vestida toda de negro, cargó contra los neonazis. Solo se habían bajado unos pocos y fueron atacados. El autobús fue el que salió peor parado: se rompieron las ventanas, se pincharon las ruedas y se roció gas de autodefensa en el interior. Los asaltantes salieron de allí tan rápido como habían llegado, dejando una pancarta en la que se podía leer: «¡Aplasta el odio!».[227]

Para cuando el otro grupo de militantes se quiso dar cuenta de que los autobuses ya habían sido atacados, les cayeron encima «todos los policías de la ciudad». Los agentes fueron a registrar los coches, pero Howie se escondió debajo de uno. Gracias a la intensa lluvia que caía, consiguió escapar a la detención. Sus compañeros arrestados, conocidos como los «28 antirracistas de Baltimore», fueron acusados en un primer momento del ataque a los autobuses. Finalmente, todos fueron puestos en libertad, ya que

habían llegado mucho después de que se produjesen los hechos.[228]

Algunos antirracistas de Estados Unidos lo han dado todo por su militancia, a lo largo de este tiempo. En 1998, una cabeza rapada fascista atrajo a Daniel Shersty y a Lin Spit Newborn, dos *skinheads* de ARA (uno de raza negra y otro de raza blanca), al desierto de Las Vegas. Allí les esperaba el resto del grupo, que les disparó y asesinó a sangre fría.[229] «Dan —dijo su padre— murió como un soldado que creía en su causa, el antirracismo».[230]

* * *

No es sorprendente que la primera expresión después de la guerra de la esencia estratégica del antifascismo militante moderno surgiera en Gran Bretaña. Los ultraderechistas aprovecharon en ese país las leyes poco estrictas sobre la libertad de expresión para intentar resucitar su propuesta. A pesar de las idas y venidas, a lo largo de los años el antifascismo británico mantuvo el repertorio estratégico básico que planteó el Grupo 43. Para la década de 1970, el movimiento era mucho más ideológico y estaba cada vez más ligado a la subcultura del punk. Desarrollos similares se produjeron en otras partes del continente y más allá, conforme las transformaciones demográficas, económicas y políticas abrían espacios a la extrema derecha. Se puede decir que el antifascismo militante moderno o, como lo llama el historiador Gilles Vergnon, el «neoantifascismo» surgió a raíz de las estrategias de protesta y enfrentamiento de las primeras décadas tras la guerra. Se nutrió de los planteamientos políticos de los autónomos y de los desplazamientos subculturales de las décadas de 1970 y 1980. Adoptó el antirracismo en un sentido amplio (con influencia del antimperialismo), diferente de la tendencia inicial del movimiento en Europa a limitar su análisis en este sentido al antisemitismo.[231] En el inicio del siglo Xxi, el antifascismo ha llegado a ser una fórmula potente y exportable para enfrentarse a los fascistas. No obstante, al entrar en el nuevo milenio, los militantes de una serie de países deben reevaluar sus

estrategias, a medida que nuevos partidos de extrema derecha ganan prominencia, al alejarse de posturas declaradamente fascistas y de sus simpatizantes explícitamente *boneheads*.

- [127] Beckman cuenta que vio un noticiero cinematográfico sobre Belsen. El que describo aquí trata de Buchenwald y Belsen, así que puede ser, o no, el mismo que vieron: <https://www.youtube.com/watch?v=-tGwjwK9pIM>.
- [128] Omer Bartov, *The Holocaust: origins, implementation, aftermath* [El Holocausto: origen, puesta en práctica, consecuencias], Londres: Routledge, 2000, p. 1.
- [129] Hann, *Physical resistance*, p. 158
- [130] Hann, *Physical resistance*, p. 159; Morris Beckman, *The 43 Group: battling with Mosley's blackshirts* [El Grupo 43: la lucha contra los camisetas negras de Mosley], Stroud: The History Press, 2013, p. 34
- [131] Mark Mazower, *Dark continent: Europe's twentieth century*, Nueva York: Vintage, 2000, p. 239 [trad. cast.: *La Europa negra*, Valencia: Barlin Libros, 2017].
- [132] Geoff Eley, «Legacies of antifascism: constructing democracy in postwar Europe» [El legado del antifascismo: construir la democracia en la Europa de posguerra], *New German Critique* 67, 1996, p. 75.
- [133] Eley, «Legacies of antifascism», pp. 80, 94.
- [134] Mary Fulbrook, *Anatomy of a dictatorship: inside the GDR 1949-1989* [Anatomía de una dictadura: dentro de la RDA, 1949-1989], Nueva York: Oxford University Press, 1995, p. 24.
- [135] David Cesarani, «Foreword to Second Edition» [Prefacio a la segunda edición], en Beckman, *The 43 Group*, p. 13.
- [136] Beckman, *The 43 Group*, pp. 26, 60-61 y 159.
- [137] Richard Griffiths, «Anti-fascism and the post-war british establishment» [El antifascismo y la clase dirigente de la Gran Bretaña de posguerra], en Nigel Copsey (ed.), *Varieties of anti-fascism: Britain in the inter-war period* [Formas de antifascismo: Gran Bretaña en el periodo de entreguerras], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010, p. 247.
- [138] Beckman, *The 43 Group*, pp. 35 y 36.
- [139] *Ibid.*, pp. 38-54.
- [140] *Ibid.*, pp. 34, 44-45 y 52.
- [141] *Ibid.*, pp. 94-98.
- [142] *Ibid.*, pp. 192-193.
- [143] Hann, *Physical resistance*, pp. 161 y 162.
- [144] Beckman, *The 43 Group*, pp. 127, 152 y 166.
- [145] *Ibid.*, p. 71. Otro motivo de su declive fue la salida británica de Palestina y la creación del Estado de Israel en 1948. Los fascistas ya no podían acusar a los judíos de las acciones de las guerrillas sionistas en Palestina. Estas habían atacado a las unidades del Ejército británico allí en numerosas ocasiones, en su esfuerzo para crear un Estado sionista. Aunque muchos miembros del Grupo 43 eran sionistas, su postura oficial era que «Palestina es Palestina y Hackney es Hackney. Una situación no tiene nada que ver con la otra».
- [146] Hann, *Physical resistance*, pp. 197-206.

- [147] *Ibid.*, pp. 218-228; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, pp. 104-110.
- [148] Clare Hanson, *Eugenics, literature and culture in post-war Britain* [Eugenesia, literatura y cultura en la Gran Bretaña de posguerra], Nueva York: Routledge, 2013, pp. 106 y 107.
- [149] Christopher T. Husbands, «Racial attacks: the persistence of racial vigilantism in British cities» [Ataques racistas: la perdurabilidad de las patrullas vecinales racistas en las ciudades británicas] en Tony Kushner y Kenneth Lunn (eds.), *Traditions of intolerance: historical perspectives on fascism and race discourse in Britain* [Tradiciones de intolerancia: perspectivas históricas sobre fascismo y discurso racial en Gran Bretaña], Mánchester: Manchester University Press, 1989, pp. 100 y 101.
- [150] Hann, *Physical resistance*, pp. 231-244.
- [151] *Ibid.*, p. 244.
- [152] *Ibid.*, p. 251.
- [153] Nathalie Thomlinson, *Race, ethnicity and the women's movement in England, 1968-1993* [Raza, etnicidad y el movimiento de las mujeres en Inglaterra, 1968-1993], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016, p.78; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, pp. 124 y 125.
- [154] Renton, *When we touched the sky*, p. 27.
- [155] *Ibid.*, pp. 57-72; Hann, *Physical resistance*, pp. 263 y 264; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, pp. 126-129.
- [156] Stephen A. King, *Reggae, rastafari, and the rhetoric of social control* [Reggae, rastafaris y la retórica del control social], Jackson: University Press of Mississippi, 2002, pp. 36-38; Mark S. Hamm, «From the Klan to skinheads: a critical history of American hate groups» [Del KKK a los cabezas rapadas: una historia crítica de los grupos de odio en Estados Unidos], en Brian Levin (ed.), *Hate crimes volume 1: understanding and defining hate crime* [Crímenes de odio, volumen 1: entender y definir el crimen de odio], Westport: Praeger, 2009, p. 100; Dick Hebdige, *Subculture: the meaning of style*, Nueva York: Routledge, 1988, pp. 54-56 [trad. cast.: *Subcultura*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2013].
- [157] Nathan Wiseman-Trowse, *Performing class in British popular music* [La representación de la clase en la música popular británica], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008, pp. 136-140.
- [158] Renton, *When we touched the sky*, pp. 32 y 41.
- [159] *Ibid.*, pp. 33-46, 128 y 158-159.
- [160] *Antifa: Chasseurs de Skins* [Antifa: cazadores de skins], dirigido por Marc-Aurèle Vecchione, 2008, París: Resistance; Aude Konan, «Black Dragons: the black punk gang who fought racism & skinheads in 1980s France» [Dragones Negros: la pandilla de punks negros que se enfrentó al racismo y a los cabezas rapadas en la Francia de la década de 1980], *okayafrika*, 10 de agosto de 2016, en <http://www.okayafrika.com/featured/black-punkblack-dragons-france/>.
- [161] Jonathan Marcus, *The National Front and French politics: the resistible rise of Jean-Marie Le Pen* [El Frente Nacional y la política francesa: el resistible ascenso de Jean-Marie Le Pen], Nueva York: New York University Press, 1995, pp. 19 y 52.
- [162] Robert Soucy, *French fascism: the second wave, 1933-1939* [El fascismo francés: la segunda oleada, 1933-1939], New Haven: Yale University Press, 1995, p. 36.
- [163] Soucy, *French fascism: the first wave*, p. 53.
- [164] Marcus, *The National Front*, p. 13.
- [165] *Ibid.*, pp. 12-25.
- [166] Vergnon, *L'antifascisme en France*, p. 163.
- [167] Entrevista con Jean-Louis Rançon, febrero de 2017.

- [168] Filo Loco, «Sideburns in the suburbs: the rockabilly gangs of 1980s Paris» [Patillas en los suburbios: los grupos de *rockabilly* de la década de 1980 en París], *Vice*, 11 de febrero de 2015, en <https://www.vice.com/da/article/gq84aw/gilles-elie-cohen-del-vikings-photography-paris-876>.
- [169] Sylviane Dahan y Lluís Rabell, «SOS Racisme; Los límites de una resistencia cultural», en David Karvala *et al.* (eds.), *No Pasarán... aunque lleven trajes: la lucha contra la extrema derecha hoy*, Barcelona: La Tempestad, 2010, pp. 129-133; Vergnon, *L'antifascisme en France*, p. 195.
- [170] *Antifa: Chasseurs de Skins*.
- [171] *Ibid.*; *Anti-fascist resistance in France* [Resistencia antifascista en Francia], Toronto: Arm the Spirit, 2000; Réseau No Pasaran, *Scalp*.
- [172] David Porter, *Eyes to the South: French anarchists & Algeria* [Mirar al sur: los anarquistas franceses y Argelia], Oakland: AK Press, 2011, p. 312.
- [173] Steve Wright, *Storming heaven: class composition and struggle in Italian autonomist marxism* [Asaltar los cielos: estructura y lucha de clase en el marxismo autónomo italiano], Londres: Pluto, 2002, p. 23.
- [174] *Ibid.*, p. 29.
- [175] George Katsiaficas, *The subversion of politics: European autonomous social movements and the decolonization of everyday life* [La subversión de la política: movimientos sociales autónomos en Europa y la descolonización de la vida cotidiana], Atlantic Highlands: Humanities Press, 1997, pp. 23-30 y 39.
- [176] *Ibid.*, p. 66.
- [177] Gerónimo, *Fire and flames: a history of the German autonomist movement* [Fuego y llamas: una historia del movimiento autónomo alemán], Oakland: PM Press, 2012, p. 103.
- [178] Katsiaficas, *The subversion of politics*, pp. 111 y 112.
- [179] Jeremy Varon, *Bring the war home: the Weather Underground, the Red Army Faction, and revolutionary violence in the sixties and seventies* [Llevar la guerra a casa: los *Weather Underground*, la RAF y la violencia revolucionaria en los años sesenta y setenta], Berkeley: University of California Press, 2004, p. 39.
- [180] Martin Klimke, *The other alliance: student protest in West Germany and the United States in the global sixties* [La otra alianza: protestas estudiantiles en Alemania Occidental y Estados Unidos en los globales sesenta], Princeton: Princeton University Press, 2011, p. 170.
- [181] Ben Mercer, «Specters of fascism: the rhetoric of historical analogy in 1968» [Espectros del fascismo: la retórica de la analogía histórica en 1968] en *Journal of Modern History* 88, n.º 1, 2016, pp. 96-129.
- [182] Nigel Copsey, «Crossing borders: Anti-fascist Action (UK) and transnational anti-fascist militancy in the 1990s» [Cruce de fronteras: Acción Antifascista (RU) y la militancia antifascista transnacional en la década de 1990] en *Contemporary European History* 25, n.º 4, 2016, p. 712; Gerónimo, *Fire and flames*, p. 13; Katsiaficas, *The subversion of politics*, p. 209.
- [183] Katsiaficas, *The subversion of politics*, pp. 161-170; Charles Hawley y Daryl Lindsey, «Racism and xenophobia still prevalent in Germany» [El racismo y la xenofobia siguen siendo prevalentes en Alemania], *Der Spiegel*, 24 de agosto de 2012, en <http://www.spiegel.de/international/germany/xenophobia-still-prevalent-in-germany-20-years-afterneo-nazi-attacks-a-851972.html>; Eric Brothers, «Issues surrounding the development of the

- neo-nazi scene in East Berlin» [Aspectos referidos al desarrollo de la escena neonazi en el este de Berlín], *European Judaism: A Journal for the New Europe* 33, n.º 2, 2000, p. 46; «German “skinheads” attack U.S. lugers» [Cabezas rapadas alemanes atacan al equipo estadounidense de luge], *The Washington Post*, 31 de octubre de 1993, en <http://www.washingtonpost.com/wp-srv/sports/longterm/olympics1998/history/1994/articles/94-attack.htm>.
- [184] Katsiaticas, *The subversion of politics*, pp. 172-174.
- [185] Peter Ulrich Weiss, «Civil society from the underground: the alternative antifa network in the GDR» [La sociedad civil desde la clandestinidad: red de antifascistas alternativos en la RDA], *Journal of Urban History* 41, n.º 4, 2015, pp. 647-664.
- [186] Alexei Yurchak, *Everything was forever, until it was no more: the last Soviet generation* [Todo era eterno, hasta que dejó de serlo: la última generación soviética], Princeton: Princeton University Press, 2006, pp. 214 y 215.
- [187] Weiss, «Civil society from the underground»; Alan Nothnagle, «From Buchenwald to Bismarck: historical myth-building in the German Democratic Republic, 1945–1989» [De Buchenwald a Bismarck: la construcción de mitos históricos en la República Democrática Alemana, 1945-1989], *Central European History* 26, n.º 1, 1993, p. 100.
- [188] Katsiaticas, *The subversion of politics*, pp. 172-174; Copsey, «Crossing borders», pp. 111-114; *Love & Rage* 7, n.º 2, p. 14. Cortesía de Arm the Spirit (ATS).
- [189] Herausgeber innenkollektiv, *Fantifa: feministische perspektiven antifaschistischer politiken* [Fantifa: perspectivas feministas en la política antifascista], Münster: Edition Assemblage, 2013; «Antifa heißt (auch) Feminismus!» [¡El antifascismo significa (también) feminismo!], *Antifaschistisches Infoblatt*, 2 de febrero de 2013, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/antifa-hei%C3%9Ft-auch-feminismus>.
- [190] Birchall, *Beating the fascists*, p. 107; Hann, *Physical resistance*, pp. 326 y 327.
- [191] Hann, *Physical resistance*, p. 315.
- [192] Robert Forbes y Eddie Stampton, *The white nationalist skinhead movement: UK & USA, 1979-1993* [El movimiento de los cabezas rapadas nacionalistas blancos: RU y EE. UU., 1979-1993], Port Townsend: Feral House, 2015, pp. 253-256.
- [193] Birchall, *Beating the fascists*, p. 159; Hann, *Physical resistance*, p. 335.
- [194] Birchall, *Beating the fascists*, pp. 157-166; Mark S. Hamm, *American skinheads: The criminology and control of hate crime* [Cabezas rapadas de Estados Unidos: la criminología y el control de los delitos de odio], Westport: Praeger, 1993, p. 36; Hann, *Physical resistance*, pp. 351 y 352.
- [195] Copsey, «Crossing borders», pp. 715-720.
- [196] *Ibid.*, pp. 720-724; Luma Nichol, «London antifascist conference sabotaged by sectarian politics of its organizers» [La conferencia antifascista de Londres arruinada por las actitudes sectarias de sus organizadores], *Freedom Socialist*, enero de 1998, en <http://www.socialism.com/drupal-6.8/?q=node/1312>.
- [197] Entrevista con Luis, abril de 2017; Simon Erlanger, «At issue: “the anti-germans”-the pro-Israel German left» [A debate: los antialemanes, la izquierda alemana proisraelí], *Jewish Political Studies Review* 21, n.º 1/2, 2009, pp. 95-106.
- [198] La información sobre Noruega se ha tomado de Adrien Alexander Wilkins: «Vold og motvold-antifascistisk voldbruk i Norge 1990-2001»; «20 Jahre organisierte Antifa in Norwegen» [20 años de organización antifascista en Noruega], *Antifaschistisches Infoblatt*, enero de 2014, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/20-jahreorganisierteantifa-norwegen>.

- [199] *Ibid.*
- [200] Katsiaficas, *The subversion of politics*, pp. 115-119.
- [201] Job Polak, «A history of Dutch fascism and the militant anti-fascist response» [Una historia del fascismo holandés y de la respuesta antifascista militante], *libcom*, en <https://libcom.org/history/history-dutch-fascismmilitant-anti-fascist-response>.
- [202] Stanley G. Payne, *A history of fascism, 1914-1945*, Nueva York: Routledge, 1995, pp. 504-507 [trad. cast.: *Historia del fascismo*, Barcelona: Editorial Planeta, 1995]; Robert C. Meade, *Red Brigades: the story of Italian terrorism* [Brigadas Rojas: la historia del terrorismo italiano], Basingstoke: Macmillan, 1990, pp. 34-56; Lia Luchetti y Anna Lisa Tota, «An “unaccomplished memory”: the period of the ‘strategy of tension’ in Italy (1969-1993) and the Piazza Fontana bombing in Milan» [Una «memoria inconclusa»: el periodo de la «estrategia de tensión» en Italia (1969-1993) y el atentado de la Piazza Fontana en Milán] en Anna Lisa Tota y Trever Hagen (eds.), *Routledge international handbook of memory studies* [El manual internacional de Routledge sobre estudios de la memoria], Londres: Routledge, 2016, p. 386; Peter Dale Scott, *The road to 9/11: wealth, empire, and the future of America* [El camino hasta el 11 de Septiembre: riqueza, imperio y el futuro de Estados Unidos] Berkeley: University of California Press, 2007, p. 182. Gracias a Ahmed Daoud por compartir información extraída de su tesis: «A conquistare la rossa primavera? Politiche della memoria, uso pubblico della Resistenza italiana e pratiche dell’antifascismo durante la “Seconda Repubblica” (1993-2009)» [¿Conquistar la roja primavera? Políticas de la memoria, uso público de la resistencia italiana y prácticas del antifascismo durante la Segunda República (1993-2009)].
- [203] Meade, *Red Brigades*, pp. 42 y 43; Barry Rubin y Judith Colp Rubin, *Chronologies of modern terrorism* [Cronologías del terrorismo moderno], Armonk: M. E. Sharpe, 2008, p. 43.
- [204] Meade, *Red Brigades*, pp. 35, 84-86.
- [205] Entrevista con Niccolò Garufi, marzo de 2017.
- [206] Piero Ignazi, «Fascists and post-fascists» [Fascistas y posfascistas], en Erik Jones y Gianfranco Pasquino (eds.), *The Oxford handbook of Italian politics* [El manual de Oxford de la política italiana], Oxford: Oxford University Press, 2015, p. 220.
- [207] Filippo Focardi, «Antifascism and the resistance: public debate and politics of memory in Italy from the 1990s to the present» [Antifascismo y resistencia: debate público y política de la memoria en Italia, desde la década de 1990 hasta la actualidad] en García *et al.* (eds.), *Rethinking antifascism*, p. 263.
- [208] Entrevista con Niccolò Garufi.
- [209] *Ibid.*
- [210] *Ibid.*
- [211] *ARA Minneapolis Newsletter* n.º 1, 1988 (Cortesía de ATS); entrevista con Kieran, abril de 2014.
- [212] Entrevista con Kieran, abril de 2014.
- [213] *ARA Minneapolis Newsletter* n.º 1, 1988 (Cortesía de ATS).
- [214] «Kieran Knutson of Anti-Racist Action, interview in Maximumrocknroll» [Kieran Knutson de Acción Antirracista, entrevista en *Maximumrocknroll*], en Stephen Duncombe y Maxwell Tremblay, *White riot: punk rock and the politics of race* [Revuelta blanca: punk rock y política racial], Londres: Verso, 2011, pp. 147-149.
- [215] Horace Randall Williams y Ben Beard, *This day in civil rights history* [El día de hoy, en la historia de los derechos civiles], Montgomery: NewSouth Books, 2009, p. 333; entrevista con

Kieran, marzo de 2017.

- [216] Entrevista con Kieran, marzo de 2017.
- [217] Harvey Klehr, *Far left of center: the American radical left today* [Lejos del centro, a la izquierda: la izquierda radical en Estados Unidos, hoy], New Brunswick: Transaction Publishers, 1991, pp. 110-112; Zoe Trodd, «A theatrical manager: John Brown and the radical politics of the American makeover mythos» [Un productor de teatro: John Brown y las ideas radicales del mito de cambio de imagen en Estados Unidos], en Dana Heller (ed.), *The great American makeover: television, history, nation* [El gran cambio de imagen de Estados Unidos: televisión, historia, nación], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006, p. 27; *Death to the Klan!*, otoño de 1983, p. 16 (cortesía de ATS); presentación del Comité contra el Klan John Brown en la conferencia ROAR de San Francisco, marzo de 2017.
- [218] Entrevista con Kieran, marzo de 2017; «Kieran Knutson of Anti-Racist Action», en Duncombe y Tremblay, *White riot*, pp. 147 y 148; Timothy Brown, «From England with hate: skinheads and “nazi rock” in Great Britain and Germany» [Desde Inglaterra con odio: cabezas rapadas y «rock nazi» en Gran Bretaña y Alemania], en Timothy Brown y Lorena Anton (eds.), *Between the avant-garde and the everyday: subversive politics in Europe from 1957 to the present* [Entre la vanguardia y lo cotidiano: políticas subversivas en Europa, desde 1957 hasta el presente], Nueva York: Berghahn, 2011, pp. 127 y 128; Kevin Young y Judith H. Sumner, «Beyond white pride: identity, meaning and contradiction in the Canadian skinhead subculture» [Más allá del orgullo blanco: identidad, significado y contradicciones en la subcultura de los cabezas rapadas de Canadá], *The Canadian Review of Sociology and Anthropology* 34, n.º 7, mayo de 1997, pp. 175-206; Todd Ferguson, «“Taking it back, making it strong!”: the boundary establishment and maintenance practices of a Montréal anti-racist skinhead gang» [«¡Recuperarlo, hacerlo más fuerte!»: el establecimiento de límites y las prácticas de mantenimiento en un grupo de *skinheads* antirracistas de Montreal], trabajo de fin de máster, McGill University, 2002.
- [219] Entrevista con Iggy, marzo de 2017.
- [220] *Anti-Racist Action Bulletin*, octubre de 2001, p. 3; *Antifa forum, antifascism in Canada* [Foro antifascista: antifascismo en Canadá], Toronto Antifa Forum, 1996; entrevistas con Kristin, Walter Tull, Kieran, Gato, Howie.
- [221] Daniel J. Wakin, «York, Pa., mayor is arrested in 1969 racial killing» [El alcalde de York, Pensilvania, detenido por un asesinato racista de 1969], *The New York Times*, 18 de mayo de 2001; Dennis B. Roddy, «York street fighting between neo-nazis, anti-racists leads to 25 arrests» [25 detenidos en los enfrentamientos callejeros en York, entre neonazis y antirracistas], *Pittsburgh Post-Gazette*, 13 de enero de 2002.
- [222] «Midwest shooting spree ends with apparent suicide of suspect» [La oleada de tiroteos del Medio Oeste termina con el aparente suicidio del sospechoso], CNN, 5 de julio de 1999, en <http://www.cnn.com/US/9907/05/illinois.shootings.02/>.
- [223] Entrevista con Murray, abril de 2017.
- [224] Roddy, «York street fighting» [Peleas callejeras en York]; «Billy Roper» Southern Poverty Law Center en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/individual/billy-roper>; entrevistas con Howie, Luis, Murray, abril de 2017.
- [225] Leonard Zeskind, *Blood and politics: the history of the white nationalist movement from the margins to the mainstream* [Sangre y política: la historia del movimiento nacionalista blanco, desde los márgenes hasta la normalidad], Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009, p. 533;

Flint, «Fascists, anti-fascists and the State» [Fascistas, antifascistas y el Estado], Barricada, 2002, en <http://nefac.net/node/73>.

[226] Entrevista con Howie, marzo de 2017.

[227] Flint, «Fascists, anti-fascists».

[228] Entrevista con Howie; Flint, «Fascists, anti-fascists».

[229] Bethany Barnes, «Plea deal reveals new details in 1998 slayings of anti-racism activists» [Un pacto con la fiscalía saca a la luz nuevos detalles del asesinato en 1998 de unos activistas antirracistas], *Las Vegas Sun*, 23 de mayo de 2014, en <https://lasvegassun.com/news/2014/may/23/plea-deal-reveals-new-details-1998-slayings-anti-r/>.

[230] Lynda Edwards, «Death in the desert» [Muerte en el desierto], *Orlando Weekly*, 17 de junio de 1999, en <http://www.orlandoweekly.com/orlando/death-in-the-desert/Content?oid=2263332>.

[231] Vergnon, *L'antifascisme en France*, p. 185.

El ascenso de los «nazis de corbata» y el antifascismo actual

«**M**uerto de miedo» y sin saber lo que le esperaba, Dominic subió a un tren nocturno con destino a Heidenau (Alemania), donde los neonazis estaban atacando a los desplazados sirios que acababan de llegar. La xenofobia había aumentado mucho en el país desde el inicio de las manifestaciones contra los refugiados, en 2013. En octubre del año siguiente, unos racistas intentaron quemar un campamento de demandantes de asilo cerca de Rostock, lo que trajo a la memoria la infame cacería de inmigrantes de veinte años atrás. Para julio de 2015, la situación se había agravado todavía más. Los antifascistas se movilizaron para defender un albergue de refugiados en Dresde, frente a los ataques de los neonazis y de los ultras de fútbol.

Un mes más tarde, el conflicto llegó a su punto álgido en el conservador este del país. La tarde del 20 de agosto de 2015 hubo un intento de prender fuego al centro de acogida de desplazados. Al día siguiente, un millar de miembros del neonazi Partido Nacionaldemócrata (NPD) y residentes locales opuestos a la inmigración bloquearon los autobuses que llevaban a 250 refugiados a Heidenau, en las afueras de Dresde. Por la noche, los xenófobos causaron disturbios. Dominic era uno de los varios cientos de antifascistas que respondieron a una convocatoria del movimiento para defender a los migrantes. La situación se había convertido muy rápidamente

en un asunto de vida o muerte.[232]

Al llegar, Dominic y sus compañeros se dirigieron al albergue de refugiados. Pudo ver «lo aliviados que estaban de que yo y mis 200 amigos blancos de clase media, con nuestras cazadoras negras, estuviésemos esperando frente a su casa para defenderles». Los neonazis les atacaron con cohetes, piedras y botellas. Los desplazados respondieron codo a codo con los antifascistas alemanes. Impidieron que los asaltantes llegasen hasta el edificio. «Me dijeron —recuerda Dominic— que venían de una zona en guerra, en la que sus vidas corrían peligro todos los días y ahora estaban amenazados de nuevo». Dominic se sintió «avergonzado» de su país, pero defender a los refugiados, mayoritariamente sirios, le hizo sentir «que estaba haciendo lo correcto» y quiere hacerlo «hasta el final».[233]

El estallido de la guerra civil en Siria en 2011 fue el detonante de la mayor llegada de demandantes de asilo vivida en Europa desde los desplazamientos en masa tras la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los 4,9 millones de emigrados sirios huyeron de los enfrentamientos a los países limítrofes, con 2,5 millones de ellos en Turquía y un millón en el Líbano, por ejemplo. Otros 1,3 millones de refugiados de Siria, Afganistán, Irak y otras partes, llegaron hasta Europa. En 2016 lo hicieron 350.000 más. No todos ellos fueron tan afortunados. Al menos 4.812 personas murieron intentando cruzar el Mediterráneo, solo en 2016.[234]

La histeria nacionalista en torno a los refugiados se vio exacerbada por las turbulencias económicas desatadas por la crisis financiera de 2008 y por el temor, ampliamente extendido, que han generado en los últimos años los sangrientos atentados perpetrados por autodenominados «islamistas radicales». Entre estos ataques se incluyen el tiroteo en la redacción de *Charlie Hebdo* y el ataque a la sala de conciertos Bataclan, ambos en París en 2015; las bombas que estallaron en el metro y en el aeropuerto de Bruselas, en marzo de 2016; el atropello de peatones con un camión en Niza (Francia) en julio de ese mismo año; y, más recientemente, el asesinato de 22 personas en mayo de 2017 en una explosión frente a un concierto en Mánchester (Inglaterra).

Los partidos de extrema derecha recurrieron a una interpretación étnica y

lingüística de la ciudadanía para justificar la exclusión social de los inmigrantes, incluso de segundas y terceras generaciones de diferentes minorías. Lanzaron advertencias de un supuesto aumento de la criminalidad, sobre todo de crímenes de tipo sexual. También de una mayor presión sobre los servicios sociales y más competencia por los puestos de trabajo. Sobre todo, advirtieron contra la pérdida de la identidad nacional, racial, cultural y religiosa. Según decía el lema del Frente Nacional francés en la década de 1970: «Un millón de parados es un millón de inmigrantes que sobran».[235] Las estadísticas demuestran que la llegada de refugiados no ha producido un aumento significativo de la pobreza o el crimen, pero «la percepción es la realidad», según argumenta Georg Pazderski, del partido de extrema derecha Alternativa para Alemania (AfD). «En este momento —continúa—, nuestros ciudadanos no se sienten bien, están inseguros».[236]

En este ambiente de tensión, un número significativo de partidos de extrema derecha ha logrado salir de su relativa insignificancia y poner en cuestión el orden europeo. Para conseguirlo, han desechado sus orígenes o asociaciones declaradamente fascistas y cultivan una imagen más convencional. Al pasar del racismo biológico a la diferencia cultural, a la seguridad y a la escasez, han sabido explotar y fomentar los miedos de la población frente a la inmigración. También se aprovechan del descontento causado por las medidas de austeridad aplicadas por partidos socialistas y de izquierda, en ocasiones a regañadientes, otras impulsadas a iniciativa propia. Sus soluciones «euroescépticas» implican un rechazo a la «globalización» que encarna la Unión Europea y una vuelta a la soberanía tradicional y al chovinismo de la nación Estado.

Estos planteamientos se han podido ver sin tapujos por toda Europa. En 2016 en Gran Bretaña, el referéndum del *brexit* estuvo en buena parte alimentado por el ultraderechista Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP). El Frente Nacional francés, virulento opositor a la inmigración, obtuvo el 27 % de los votos a nivel nacional en las elecciones de diciembre de 2016. Marine Le Pen, que tomó las riendas del partido en 2011 de manos de su padre, Jean-Marie, consiguió el 33,9 % de apoyos en

su fracasado intento de ser elegida presidenta de la República, en 2017. Norbert Hofer, del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) recibió el 49,7 % de los votos en las elecciones presidenciales de 2016 con su lema «Austria primero». Perdió por poco frente al candidato del Partido Verde. En los Países Bajos, el Partido por la Libertad (PVV) holandés, personificado por el rabiosamente antimusulmán Geert Wilders, parecía destinado a ganar las elecciones generales de 2017, tras una década de crecimiento. Al final solo consiguió 20 escaños, muchos menos que los 33 del candidato de centroderecha a la presidencia. En las elecciones húngaras de 2014 los ultraderechistas de Jobbik recibieron el 20 % del voto. Pasaron a ser el tercer partido en importancia en Hungría. Dos años más tarde, propusieron leyes contra las «desviaciones sexuales», que contemplaban sentencias de hasta ocho años en prisión. En Grecia en 2012, Amanecer Dorado, al que el comisionado para los derechos humanos del Consejo Europeo se había referido como «grupo neonazi y violento», se convirtió en la tercera fuerza política del país. Consiguió 18 escaños en el Parlamento. En Finlandia, el partido de extrema derecha Los Finlandeses pasó a ser el segundo en importancia dentro de la coalición gobernante. Otros partidos ultraderechistas crecieron de forma similar en Escandinavia. El Partido Popular Danés ganó el 21 % de los votos en 2015, lo que le convirtió en la segunda fuerza política en Dinamarca. Los Demócratas de Suecia pasaron a ser los terceros en ese país.[237]

En Alemania es la recientemente formada AfD la que defiende el euroescepticismo contrario a la inmigración. Fue fundada en 2013 por periodistas y economistas neoliberales para oponerse al rescate griego aprobado por la canciller Angela Merkel. Cuando esta abrió las puertas del país a más de un millón de demandantes de asilo en 2015, la organización se desplazó más a la derecha. Ese mismo año, hubo en Alemania más de 1.000 ataques contra albergues de refugiados. Esto era un reflejo del descontento de una parte de la población con la política inmigratoria del Gobierno. Este sentimiento de rechazo a los extranjeros aumentó todavía más en la Nochevieja de 2016. Entonces 80 mujeres denunciaron haber sido agredidas sexualmente por un millar de hombres «de aspecto árabe o

norteafricano», según la policía.

La AfD aprovechó gustosamente el creciente frenesí antinmigratorio. Declaró que «el islam no tiene cabida en Alemania», un planteamiento con el que está de acuerdo el 60 % de los habitantes del país, según las encuestas. El partido alcanzó su mejor resultado a nivel nacional a finales de 2016, con el 16 % de los votos, pero su influencia se extiende mucho más allá de su electorado. La AfD desempeñó un papel importante a la hora de presionar a Merkel para que se disculpase por su política de apertura hacia los refugiados. También para negociar un acuerdo con Turquía con el que disminuir el número de sirios que llegan a Europa. El propio partido de Merkel busca agresivamente atraer al creciente electorado de la AfD. Para ello, ha propuesto la prohibición del burka en público y una nueva Ley de Integración, que controlaría dónde pueden vivir los demandantes de asilo y les obligaría a aprender la lengua, la cultura y la historia alemanas.[238]

Desde luego, esta historia se halla en la base de la cuestión migratoria. Durante generaciones, el nacionalismo alemán estuvo contaminado por su asociación con el régimen nazi. Este legado condiciona el argumento universalista de Merkel, según el cual el pasado destructivo del país le obliga a recibir a los refugiados. Para el líder de AfD, Björn Höcke, años de «vergüenza» nacional han dejado a los alemanes con «la mentalidad de una comunidad totalmente derrotada». Por el contrario, él defiende que hay que insistir en que «ningún otro pueblo ha dado tanto a la humanidad como Alemania».[239] El proyecto de recuperar la «grandeza» nacional germana empezó su retorcido ascenso en la década de 1990, tras la reunificación. Puede que su manifestación pública más evidente fuera la conmemoración anual del bombardeo aliado de Dresde, en el que murieron 25.000 personas en 1945. Estos actos se iniciaron en 1999 y ganaron empuje con el nuevo milenio. En ellos, neonazis de toda Europa se reunían en esta ciudad cada mes de febrero para lamentar lo que el NPD llamó el «Holocausto de las bombas».

El número de participantes en este acto fue aumentando cada año hasta llegar a los varios millares. Pero también lo hizo el de sus oponentes antifascistas. En 2004, estos hicieron una contramanifestación en Dresde

con una pancarta en la que se podía leer: «Lágrimas nazis a porrillo — Contra todas las formas de revisionismo histórico».[240]

Fue en esta época cuando Dominic formó un colectivo antifascista, de entre siete y diez jóvenes punks, en la pequeña ciudad de 15.000 habitantes en la que vivía, en el oeste de Alemania. Como para «muchos otros jóvenes», esta militancia fue «el primer paso en un proceso de politización». El pequeño grupo de Dominic se dedicó a investigar a los cabezas rapadas de la localidad y a distribuir panfletos con su identidad, «para complicarles la vida». Todos los segundos fines de semana del mes, unos 100 nazis se manifestaban en su región. Este acto contaba con la oposición no solo de miles de autónomos, sino también de los alcaldes de la zona y de los partidos mayoritarios. Estos eran los que convocaban las contramanifestaciones. Dominic recuerda «lo fácil que era desacreditar a estos nazis irredentos». Los antifascistas podían contar con que «el conjunto de la sociedad estaba con nosotros a un nivel discursivo y, a veces, incluso físico». Eran «tiempos mejores comparados con los de ahora», dice con melancolía.[241]

El punto álgido de esta «etapa clásica» del antifascismo, como la llama Dominic, se alcanzó en 2010. Finalmente, los militantes pudieron impedir el desfile anual en Dresde, la convocatoria nazi más importante de Europa. Ese año, la alianza antifascista ¡No Pasarán! y la coalición Dresde sin Nazis reunieron a 12.000 personas. Formaron bloqueos enormes (incluida una cadena humana en el centro de la ciudad) y levantaron barricadas ardiendo. Hicieron así que el desplazamiento de los nazis al lugar del acto fuera totalmente imposible y obligaron a la policía a cancelarlo. Algunos comentaristas conservadores dijeron que este tipo de enfrentamientos era contraproducente: «Cuanto más fuerte se expresa la indignación contra los neonazis, más se les anima a continuar con sus provocaciones. Les facilita un escenario perfecto». Pero una vez que los militantes lograron impedir finalmente el desfile, tras una década intentándolo, la participación de nazis en la conmemoración de Dresde cayó en picado. De unos 6.000 ese año pasaron a 500 en 2011.[242] El «escenario» no era tan «perfecto», después de todo.

Mientras los antifascistas alemanes «celebraban que habían logrado parales»,^[243] como dice Dominic, el panorama de la extrema derecha se transformó a ojos vista a partir de 2013. Además del desarrollo de AfD, en 2014 en Dresde se creó Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente, más conocida como PEGIDA por sus siglas en alemán. Este nuevo grupo organiza «paseos vespertinos» todos los lunes. En ellos se gritan consignas como: «¡Alí, vete a tu país!» y se ven pancartas contra «Fátima Merkel». En poco tiempo, estos «paseos» llegaron a reunir a 15.000 personas.^[244]

En muchos aspectos, PEGIDA plantea a los antifascistas una serie de problemas mucho más serios que las rutinarias convocatorias nazis de la década anterior. El primero es logístico. Es más sencillo movilizarse contra una manifestación anual que frente a «paseos» semanales. Lo que es peor, el este de Alemania se inclina más hacia la derecha. La mayor parte de la oposición a los desfiles nazis no venía de los residentes locales, sino que se «exportaba a Dresde», como decía Dominic.

Además, en una zona en la que «la gente normal tolera al movimiento nazi mucho más» que en el oeste, PEGIDA ha conseguido dar a la islamofobia una apariencia respetable y convencional. Por ejemplo, ha recuperado el lema de las manifestaciones por la democracia de 1989, «Nosotros somos el pueblo», para reclamar el espíritu de estas.^[245] Pero también usa otros. En referencia a las denuncias de acoso sexual en Colonia, uno de los líderes de PEGIDA suele llevar una camiseta en la que se puede leer: «*Rapefugees not welcome!*».^[246] Esta organización pone el foco exclusivamente en las ramas más autoritarias del islam, opuestas a la democracia, a la homosexualidad o al feminismo y pasa por alto que la mayoría de las religiones tienen tendencias equiparables. Esto ha hecho que muchos izquierdistas y centristas europeos se hayan visto atraídos por organizaciones de extrema derecha, como AfD y PEGIDA.

Algunos observadores se han referido a PEGIDA como «nazis de corbata», para poner de relieve el fascismo que se oculta bajo su apariencia de respetabilidad. A menudo, su imagen convencional sirve para ocultar las actividades de grupos neonazis. Es el caso de los miembros violentos de

Ultras contra Salafistas (HoGeSa), de la Liga de Defensa Alemana (así llamada en referencia a la Liga de Defensa Inglesa) o de pandillas de moteros de extrema derecha.[247] Tras la formación de esta organización en Dresde surgieron muchas otras parecidas por todo el país, con las siglas GIDA en su nombre. Por ejemplo, KAGIDA en Kassel y BAGIDA en Baviera. De todas las derivaciones de «GIDA» existentes, a la que mejor le ha ido es a la de Leipzig, LEGIDA, que sacó a la calle a varios miles de manifestantes. No obstante, intentos similares en el oeste del país no tuvieron tanto éxito. Parece que la capacidad de movilización de PEGIDA llegó a su máximo en enero de 2015. El modelo se ha extendido a varios países europeos, como Dinamarca, Noruega, Suecia, Países Bajos y el Reino Unido.[248]

Según cuenta Dominic, el ascenso de AfD y de PEGIDA «causó una crisis en el antifascismo tradicional, porque ya no se oponía a una pequeña minoría de radicales, sino a una gran parte de la sociedad que se expresa de forma racista [...]. Las tácticas “militantes” no sirven para enfrentarse a manifestaciones de 15.000 personas en Dresde o a un partido que obtiene el 20 % del voto».

Parece ser que los retos de adaptar sus estrategias para hacer frente a un oponente más popular y convencional han llevado a los movimientos antifascista y antirracista, que antes se encontraban bastante distanciados, a unirse para actuar juntos en defensa de los refugiados. Por ejemplo, en vista de la respuesta xenófoba, activistas alemanes, inmigrantes recién llegados y refugiados han empezado a colaborar para conseguir viviendas y condiciones decentes de habitabilidad. No obstante, la policía ha impedido la mayoría de los intentos de okupar casas para alojar a los demandantes de asilo.

El auge de la política populista de extrema derecha se ha alimentado también del rechazo al «régimen de género» y a sus límites al patriarcado tradicional. Este aspecto del resurgir de la ultraderecha ha espoleado el desarrollo de grupos de antifascismo feminista, tales como el *queerfeministische* Fantifa Frankfurt, que siguen en la estela de la década de 1990. En mayo de 2016 se celebró un congreso de esta corriente en

Hamburgo, «abierto a todos los géneros». En su declaración de objetivos se podía leer: «Dado que el antifascismo actual es excluyente y resulta poco atractivo para las mujeres, debe darse un replanteamiento de este vigoroso movimiento».[249]

A pesar de una serie de intentos para adaptar el antifascismo a la amenaza del populismo de extrema derecha, Dominic se lamenta de que el movimiento «todavía no ha encontrado una respuesta». En última instancia, él propone una estrategia doble. Esta implica «una parte política, que incorpore una gran cantidad de temas, junto con un ala militante, que se enfrente a problemas concretos sobre el terreno [...]. Ambos deben estar estructuralmente separados, pero no tienen por qué ser mutuamente excluyentes».[250]

Una dinámica similar se ha dado en Dinamarca a lo largo de las últimas dos décadas. Si los antifascistas alemanes se movilizaban cada año en contra del desfile de Dresde, sus homólogos daneses lo hacían para oponerse a la manifestación anual que conmemoraba el suicidio de Rudolf Hess en 1987. Cinco años después de su muerte, 2.000 nazis desfilaron en su honor en Alemania. A partir de 1995 la represión del Estado hizo que esto fuese más difícil y el acto se trasladó a Roskilde, en Dinamarca. En este país se enfrentaron al movimiento antifascista. Este surgió por primera vez como respuesta ante un atentado neonazi en 1992. Un joven antirracista, Henrik Christensen, fue asesinado con una carta bomba enviada al local de los Socialistas Internacionales. El crimen indignó a la izquierda danesa y llevó a varios grupos a crear la Red Antirracista. Por otra parte, Acción Antifascista se desarrolló a partir del movimiento de okupaciones autónomas de Copenhague. En este destacó la Brigada de Okupación (BZ), que fue muy importante en la década de 1980.[251]

A finales de los años noventa, una gran coalición de sindicatos, partidos de izquierda y antifascistas militantes bloqueaba la ruta anunciada del desfile por Rudolf Hess, conforme este partía del cuartel general de los nazis, en una pequeña población en las afueras de Roskilde. No había muchos cabezas rapadas autóctonos en esa época, pero grupos suecos y alemanes, vinculados con los ingleses Combat 18 y Blood and Honour,

actuaban a menudo desde Dinamarca. Ole, un antifascista danés, explica que los militantes desarrollaron una estrategia doble para impedir la conmemoración. En primer lugar, partidos y sindicatos convocaban a 1.000 personas desde primera hora de la mañana para montar un enorme campamento en medio de la carretera, con escenarios para oradores y conciertos. Después, pequeños grupos de antifascistas bloqueaban las estaciones de tren. Así los nazis no podían salir de la ciudad e irse a celebrar su conmemoración a otra parte. Un año, estos se limitaron a dar la vuelta a la esquina de su cuartel general. Se sacaron la foto con sus pancartas para subirla a las redes sociales y volvieron a meterse en su local.

Para impedir incluso ese éxito mínimo y que no pudiesen hacerse fotos, al año siguiente los militantes daneses llegaron a primera hora de la mañana frente al cuartel general de los nazis. Estaban coordinados con los antifascistas alemanes. Estos tomaron posiciones junto al puerto de salida de los ferris, para avisar si había refuerzos que fuesen a cruzar el Báltico desde Alemania. Ole se ríe al recordar cómo la frustración de verse encerrados en su propio cuartel general llevó a los nazis a discutir y pelearse entre ellos, lo que acabó por dar lugar a una escisión.[252] Al conseguir impedir el desfile en honor de Hess, los antifascistas dividieron la ultraderecha danesa. Sacaron a la mayoría de los *boneheads* de las calles y les forzaron a recluirse en Internet por los años venideros.[253] No obstante, la coalición entre la izquierda convencional y el antifascismo militante también se resintió. Los socialdemócratas renegaron de este movimiento en público, en un intento de acercarse a los moderados.[254]

A lo largo de la última década algunos grupos fascistas intentaron conseguir cierta presencia pública en Dinamarca. Es posible que el método más eficaz para impedirlo haya sido sacar a la luz sus actividades y las identidades de sus integrantes. En inglés esto se llama *doxxing* (o *doxing*). Consiste en difundir la información privada de alguien para intimidarle o influir en la opinión pública. También para avergonzarle, conseguir que le despidan u obtener cualquier otro resultado negativo para la persona. Investigar y destapar las identidades de los fascistas ha sido un método habitual del movimiento posterior a la guerra desde hace mucho tiempo.

Pero su ámbito se extendió con la llegada de Internet y las redes sociales. Hoy en día ocupa un papel central en el arsenal de fascistas y antifascistas por igual.

Rasmus Preston es un militante y director de cine danés con bastante experiencia de primera mano en ambos lados de la trinchera informativa. En 2012, rompió con la ortodoxia del movimiento e hizo pública su participación en Proyecto Antifascista, de Copenhague. Echando la vista atrás, admite que la «decisión fue más grave de lo que pensaba en ese momento». El resultado fue el tipo de acoso que hace que la mayor parte de los militantes oculte su identidad. En los meses siguientes, los nazis hicieron públicos sus datos. Le dieron varias palizas. Le llegaban amenazas de muerte de forma habitual. Aun así: «No lo lamento —explica—. Es importante no tener miedo y dejar claro que la cara visible del antifascismo no es un encapuchado, sino una causa política con personas de carne y hueso que tienen sentimientos y que son humanas en todos los sentidos». Por otro lado, Preston es uno de los integrantes más activos del grupo de investigación antifascista Redox. En 2006 se estrenaron torpedeando al Frente Danés. Sacaron a la luz unas fotos de las esvásticas que tiene tatuadas su líder y consiguieron que sus integrantes fuesen despedidos de sus puestos de trabajo. Preston explica que «hacer pública la información privada es una herramienta muy importante para sembrar la discordia en el seno de los movimientos de extrema derecha». Da lugar a una «preocupación mental» constante.[255]

No obstante, Preston explica que ni la revelación de información ni las estrategias tradicionales del movimiento han sido suficientes para detener la nueva oleada de grupos populistas de extrema derecha en Dinamarca. La pequeña sucursal de PEGIDA en el país, rebautizada como Por la Libertad, organiza manifestaciones contra la inmigración. En ocasiones, las tácticas militantes han conseguido impedir que los convocantes siguieran adelante con sus planes. En diciembre de 2016, en un intento de bloquear una marcha de Por la Libertad, los antifascistas de Copenhague erigieron barricadas en llamas. Como fondo tenían una pancarta en inglés en la que se podía leer: «*Make racists afraid again!*» [¡Que los racistas vuelvan a tener

miedo!], un claro homenaje al movimiento de oposición a Trump, que usa este mismo lema.[256]

Es el crecimiento de otro grupo, el Partido Popular Danés (DPP), el que supone una amenaza más seria para los antifascistas. Fundado en 1995, el DPP creció de forma constante en la década de 2000. En 2014 ganó las elecciones al Parlamento Europeo y al año siguiente obtuvo el 21 % de votos. Así se convirtió en el segundo partido en importancia de Dinamarca. Buena parte de su éxito se debe a que ha incorporado estratégicamente posiciones contrarias a la inmigración, a los musulmanes y a la UE, con la tradicional defensa danesa del Estado de bienestar. Según Preston: «Esto le ha permitido forzar los límites de lo que es un mensaje admisible y del tipo de políticas que se pueden proponer».

Más recientemente, el DPP ha rebajado su oposición a la UE y a la inmigración para apoyar el Gobierno en minoría de Lars Lokke Rasmussen. Al hacerlo ha dejado un espacio político abierto a su derecha. Este ha sido ocupado por Nueva Derecha, fundada en 2015. Este partido de reciente formación ha unido la xenofobia populista con una propuesta económica neoliberal. También ha criticado al DPP por no ser lo bastante duro con la inmigración. Sobre todo después de que Dinamarca recibiera más de 20.000 solicitudes de asilo en 2015. La intención de voto de Nueva Derecha en las encuestas no pasa de estar entre el 2,6 % y el 4,5 %. Pero la mayoría de sus votantes proceden del DPP, lo que ha devuelto a esta formación a su ultraderechismo inicial. En febrero de 2017 el DPP dijo que los inmigrantes musulmanes deberían celebrar la Navidad e ir a misa, «si quieren ser daneses». Su afirmación de que «los inmigrantes y sus descendientes» no pueden ser daneses, aunque hayan nacido en el país o sean ya ciudadanos, fue aprobada en el Parlamento por un estrecho margen.

En resumen, la marea de xenofobia ha llegado a ser tan alta en Dinamarca que incluso los socialdemócratas se han escorado a la derecha. Así, han dicho que el Gobierno debería pagar a los inmigrantes para que se «fuesen a su país».[257]

Preston, el veterano antifascista, explica este reto y su opinión de cuál puede ser el camino que seguir:

En el pasado, frente a grupos violentos de nazis recalcitrantes, la estrategia antifascista era evidente. Había que asegurarse de que no pudiesen desfilarse, bloquearles, prepararse para enfrentarse a ellos, físicamente si era necesario, impedir que se pudiesen organizar. Ahora es más difícil. Con los movimientos populistas es complicado justificar siempre estrategias militantes, ya que la opinión pública está cambiando. En estos casos, la violencia que defienden los ultraderechistas no es obvia ni evidente (está escondida en sus propuestas y afecta sobre todo a las personas que no son de raza blanca, personas que están fuera de la «comunidad/tribu nacional» y que están ocultas para nosotros). Este es el punto en el que la estrategia antifascista clásica encuentra su límite. Debemos construir movimientos populares socialistas libertarios, que puedan proponer soluciones a los mismos temas que la extrema derecha está cuestionando.[258]

Mientras tanto, en Suecia, el equivalente a los desfiles de Dresde y Roskilde era el acto anual en Salem en memoria de Daniel Wreström. Este neonazi sueco murió, supuestamente, durante una pelea con un joven inmigrante en 2000. A partir del año siguiente, correligionarios suyos de toda Suecia y de Europa (incluso algunos estadounidenses) se reunían en la pequeña ciudad de Salem, en las afueras de Estocolmo. Desfilaban en silencio con antorchas en homenaje a Wreström y para promover la supremacía blanca.

En la década anterior Suecia se había ganado la reputación de albergar uno de los movimientos neonazis más violentos del continente, a pesar de su pequeño tamaño. Se reunía sobre todo en torno a la escena del rock racista. Desde 1989 hasta 1991, sus integrantes realizaron más de un centenar de ataques contra campos de refugiados. En los dos años siguientes, John Ausonius, conocido como el «hombre del láser», se embarcó en una campaña de tiroteos contra personas que no eran de raza blanca. Antes de su captura hirió a diez de ellas y asesinó a otra. En 1995, los neonazis asesinaron a dos muchachos y a un jugador homosexual de *hockey* sobre hielo. Atracaron una serie de bancos y atentaron con bombas contra un local sindical y contra el coche de un periodista. La violencia llegó a su punto álgido en 1999 con los asesinatos del sindicalista Björn Söderberg y de dos agentes de policía.[259]

Todos estos ataques neonazis provocaron una dura respuesta de condena en la sociedad. Las manifestaciones convocadas contra el terror racista reunieron a miles de personas. Los principales periódicos publicaron los nombres y las fotografías de los líderes nazis en el país. Con ello se

suprimió la ultraderecha a todos los efectos. En este contexto, la muerte de Wreström en 2000 fue una oportunidad para el Frente Nacionalsocialista, el Movimiento Sueco de Resistencia (SMR) y otros, de volver a presentarse como agredidos, en vez de ser vistos como agresores. Para 2003, el desfile de Salem reunía ya a 2.000 neonazis y simpatizantes. Pasó así a ser el acto de este tipo más grande de la historia de Escandinavia.

Pero no estuvieron libres de oposición. Los neonazis se enfrentaron en Salem al movimiento antifascista sueco y a sus aliados, domésticos e internacionales. Acción Antifascista (AFA) de Suecia se formó en 1993, después de varios años de organización y creación de redes entre militantes, principalmente anarquistas y autónomos. Mantuvo contacto con sus homólogas de Alemania, el Reino Unido y Dinamarca. Según Dolores C., una veterana antifascista del sindicato anarcosindicalista SAC (Organización Central de Trabajadores de Suecia), a finales de la década de 1990 la rama sueca de AFA contaba con muchas mujeres como participantes destacadas. La red en su conjunto puso mucho énfasis en el feminismo.[260]

A lo largo de la década siguiente, Dolores y sus compañeros invirtieron una cantidad de tiempo y esfuerzo «inimaginable» en organizar la respuesta al desfile de Salem. En 2002 y 2003 los antifascistas intentaron impedir el acto bloqueando físicamente la estación de tren, para que los nazis no pudiesen salir de ella. La policía les atacó violentamente y les obligó a retirarse. Pero consiguieron retrasar el inicio del desfile. La intervención policial obligó a los militantes a «ensayar» nuevas estrategias. En 2004 varios grupos de antifascistas se vistieron «normalmente» y se mezclaron con los viajeros durante la hora punta en la estación de tren de Estocolmo. Luego bloquearon los accesos a los trenes con destino a Salem, de modo que estos no podían parar de forma segura en la estación. Al mismo tiempo, otro grupo de militantes, enmascarados y encapuchados, bloquearon los accesos al andén con una gran pancarta. La acción obligó a los nazis a cambiar de trayecto. Al año siguiente, emplearon la misma estrategia, pero en muchas estaciones. El número de asistentes al acto de Salem descendió. Por otro lado, sindicalistas antifascistas que trabajaban como conductores

de los trenes o taquilleros de las estaciones presentaron una «queja por motivos de seguridad» ante sus jefes. En ella decían que no podían trabajar ese día porque transportar neonazis era un riesgo para la salud. Otras tácticas incluyeron subirse al mismo tren que los nazis y tirar del freno de seguridad. O acercarse a la mujer que iba a dar el discurso en el desfile al día siguiente, sin que lo notara, y cortarle su larga melena rubia.

Como dice Dolores, los militantes antifascistas suecos «se dieron cuenta de que lo mejor es tener varias tácticas diferentes». En 2006 la policía a caballo cargó contra un bloque muy numeroso de manifestantes. Decidieron que agruparse en un contingente grande solo hacía que fuese más fácil controlarlos. Por eso, al año siguiente, los antifascistas se dispersaron en grupos más pequeños para obligar a la policía a dividirse y ganar así tiempo suficiente para causar destrozos y obligar a cancelar el desfile. Algunos encendieron hogueras. Otros tiraron cohetes. Los terceros formaron un coro militante. El caos y los enfrentamientos que provocaban los antifascistas todos los años hicieron que la asistencia al desfile nazi disminuyera gradualmente. Se suspendió después de 2011. Se puede atribuir a estos militantes el éxito a la hora de impedir que la ultraderecha consiguiera un apoyo más amplio, al ahuyentar a todos los participantes, excepto a los más comprometidos.[261]

Puede que se hubiese conseguido impedir el desfile de Salem, pero los neonazis seguían representando una grave amenaza. El 15 de diciembre de 2013, unos 30 miembros del SMR atacaron una manifestación antirracista en un barrio de Estocolmo. Aunque la policía reconoció luego que habían recibido aviso del ataque por adelantado, solo mandaron a seis agentes al acto. Así, mientras los neonazis avanzaban, encapuchados, los policías se fueron a por sus cascos. Dejaron a su suerte a los participantes en la concentración, personas de edad avanzada y familias. Los pocos militantes antifascistas que había se adelantaron para defenderlos. Uno de ellos, Joel Bjurströmer Almgren, se dio cuenta de que muchos de los miembros del SMR estaban armados con cuchillos. Sabía que este grupo era responsable de varios apuñalamientos el año anterior, uno de ellos fatal. Decidió que no iba a permitir que sucediese lo mismo con sus compañeros ni con los

«manifestantes desprotegidos». «Saqué mi navaja y me lancé al caos». Convencido de que «no había alternativa» para defender a la gente, apuñaló a uno de los nazis. Está cumpliendo cinco años y medio de condena por «intento de homicidio, riña tumultuaria y posesión ilegal de un arma».[262]

Meses después, miembros del neonazi Partido de los Suecos atacaron a cuatro feministas que volvían a sus casas, después de participar en la manifestación del Día Internacional de la Mujer Trabajadora, en Malmö. El ataque les causó heridas de tanta consideración que los cuatro tuvieron que ser hospitalizados. Showan, un sueco de ascendencia iraní de 25 años y fundador de la rama sueca de Hinchas de Fútbol contra la Homofobia, fue puesto en un coma inducido. Afortunadamente, se recuperó.[263]

En torno a esa fecha, el colectivo semiclandestino Frente Revolucionario saltó a la luz pública por echar abajo con hachas las puertas de las casas de conocidos nazis. Les daban una paliza y colgaban los vídeos en Internet. En Dinamarca fascistas y antifascistas parecen respetar por igual la regla no escrita que prohíbe ir a las casas de los contrarios. Pero en Suecia no existen estos límites. Según dice Dolores C., algunas personas en el movimiento tenían reparos con la decisión de subir los vídeos a Internet o de conceder una entrevista a *Vice News*. Otros no se sentían cómodos con el hecho de que muchos integrantes del colectivo procediesen del mundo de los ultras de fútbol. Les parecía que esto llevaba a «un movimiento que no tenía interés (más que en los enfrentamientos físicos)». Según el análisis de Dolores: «Hay que actuar contra los nazis, pero esta no puede ser tu única ocupación [...] ser antifascista es una necesidad, pero no es nuestra identidad».

Sea como sea, en los últimos años el movimiento antifascista sueco se ha visto sometido a una intensa represión por parte del Gobierno. El Frente Revolucionario ha dejado de existir y la sección de AFA en el país parece estar relativamente inactiva.[264]

Al mismo tiempo que se desplegaban todas estas dinámicas, Suecia experimentaba su propio ascenso de las ideas populistas de la extrema derecha «respetable». En este caso, en su encarnación en el partido

Demócratas de Suecia (SD). Fundado en 1988, SD era una organización explícitamente neonazi. En 1996 decidieron seguir los pasos del Frente Nacional francés y rebajar su virulento racismo. Incluso cambiaron su emblema. De un brazo sujetando una antorcha, con una estética fascista, pasaron a una «frágil florecilla blanca», como la han descrito algunos historiadores. Subidos a la creciente ola de la xenofobia europea, entraron en el Parlamento en 2010 con el 5,7 % de los votos. En 2014, su programa euroescéptico y contrario a la inmigración les aseguró el 13 % de apoyos. Pasaron a ser el tercer partido en importancia en la cámara sueca. Una encuesta realizada a principios de 2017 ha puesto en evidencia que son el partido más popular de Suecia. Esto se debe en parte al malestar por la llegada de 150.000 inmigrantes al país el año anterior.[265]

Los comentarios del preso antifascista Joel Bjurströmer Almgren, aunque no menciona a los Demócratas de Suecia concretamente, apuntan a la necesidad de renovar el movimiento en el país. No se arrepiente de sus actos y declara que volvería a hacer lo mismo de ser necesario otra vez. Pero dice:

Creo que el antifascismo en Suecia se encuentra en un callejón sin salida. Creo que debemos desarrollar métodos nuevos. Nos quedamos atascados en algún momento entre 2005 y 2010. Vimos que la violencia podía ser eficaz y nos encerramos en esa rutina [...]. [Los fascistas] pasaron a otros ámbitos, pero nosotros seguimos empeñados en hacer lo mismo. Las tácticas violentas no funcionan en todos los casos. La fuerza sigue siendo una opción, pero solo debería usarse cuando sea necesaria. Teníamos que reestructurarnos e inventar nuevas maneras de enfrentarnos a ellos. Pero no lo hicimos, así que ahora da la impresión de que nos estamos quedando atrás. Nos llevan la delantera y nosotros vamos a la zaga.[266]

El ascenso meteórico del líder populista Geert Wilders, contrario a los musulmanes, plantea retos muy similares en los Países Bajos. Su popularidad se debe a su oposición sin tapujos al islam, envuelta en una retórica feminista y a favor del colectivo LGTBQ. Esta convive con sus propuestas de acabar con todas las mezquitas en Holanda y prohibir el Corán. En 2010 ya se había distanciado de su anterior neoliberalismo, para desarrollar un «chovinismo del Estado de bienestar». Según este, las prestaciones se otorgarían en base al dominio del idioma holandés y se

retirarían por completo en el caso de mujeres que vistan burka.

No obstante, lo que realmente hizo de Wilders un caso especial, desde el punto de vista de la estrategia antifascista, fue su rechazo inicial a verse asociado con la derecha semifascista europea. Además está el hecho, completamente ajeno a la ortodoxia política tradicional, de que Wilders es el único miembro oficial de su propia formación, el Partido por la Libertad. Esta estrategia le ha permitido evitar los escándalos que podrían haber surgido entre su militancia. Es más, durante años el PVV se ha negado a realizar el tipo de manifestaciones o actos de presencia popular en la calle que son un rasgo típico de la extrema derecha. El antifascista holandés Job Polak explica: «Nosotros, como movimiento, todavía no hemos descubierto» la mejor manera de enfrentarnos a este tipo de propuestas. Al carecer de presencia en las calles «es muy difícil» hacerle frente.

En los últimos años, el PVV se ha embarcado gradualmente en una forma de política populista más pública, al convocar manifestaciones contra la austeridad. Además, Wilders declaró en 2008 a *The Guardian*: «Mis aliados no son Le Pen ni Haider». Pero ahora hace guiños al cada vez más popular Frente Nacional francés de Le Pen, así como al FPÖ austriaco.[267] Aunque perdió las elecciones generales de 2017, es de esperar que el PVV siga sacando provecho de cualquier crisis que pueda hacer que la xenofobia y la islamofobia se disparen en Holanda.

El nuevo aliado de Wilders, el Frente Nacional francés, es el partido de extrema derecha más importante en Europa Occidental. Se podría decir que ha indicado el camino a los demás para el actual ascenso de la derecha, junto con el FPÖ de Austria. Marine Le Pen tomó las riendas del partido de manos de su padre, Jean-Marie, en 2011. Enseguida intentó profundizar el proceso de *dédiabolisation* (descontaminación) del partido. Se distanció de las anteriores asociaciones del FN con el fascismo y el antisemitismo y, en su lugar, se centró en el islam. En 2015 tuvo un enfrentamiento público con su padre, cuando él ensalzó el régimen colaboracionista de Vichy, durante la Segunda Guerra Mundial, y se refirió a los campos de concentración nazis como un mero «detalle histórico». A pesar de ello, Marine Le Pen consiguió normalizar el FN en buena medida. El partido puede presumir de

haber conseguido 11 alcaldías y más de 1.500 concejales apenas cinco años después de que ella tomara el mando. En 2015 obtuvo el 27 % de los votos a nivel nacional.

Mientras tanto, la islamofobia nacionalista del partido y su postura euroescéptica de oposición a la «antidemocrática» UE han desplazado el centro de gravedad de la política francesa. Al mismo tiempo, se ha disparado el temor popular ante el terrorismo. El anterior presidente, Nicolas Sarkozy, intentó volver a lanzar una candidatura en las elecciones de 2017. Para poder competir con el FN, superó en ciertos aspectos la postura contraria a la inmigración de Le Pen.[268]

Camille, de SCALP de Besançon, solo accedió a la entrevista si se hacía a través de un chat encriptado. Para ella, el ascenso del FN está alimentado en parte por una serie de atentados mortales y otras dinámicas. Este fenómeno llevó a un «gran cambio» en el antifascismo francés entre aproximadamente 2010 y 2014. Culturalmente, el desarrollo de una escena de hip-hop antifascista, impulsado por bandas como Sang Mêle y Première Ligne, diversificó las filas del movimiento. También expandió sus horizontes culturales más allá de sus orígenes en el punk. Algunos colectivos de mayor antigüedad desaparecieron, como SCALP de Toulouse, Dijon y Besançon y la red No Pasarán, mientras que se crearon otros nuevos, como Acción Antifascista de París Suburbios en 2010.[269]

Uno de estos nuevos grupos antifascistas es Pavé Brûlant (Asfalto Ardiente), creado en 2015 en Burdeos. Desde su formación, Pavé Brûlant ha conseguido impedir múltiples intentos del nacionalista Bloque Identitario de organizar actos contra carnicerías halal. Pretenden así disfrazar su islamofobia de preocupación por los derechos de los animales. En varias entrevistas, los militantes del grupo cuentan cómo el ascenso del Frente Nacional ha servido para dar carta de naturaleza al racismo informal y para marginar la postura antirracista. Muchos comentaristas han llamado a esta dinámica la «lepenización de la mentalidad» y ha acabado por ser una seña característica de una nueva extrema derecha banal.

Este desplazamiento político fue un elemento importante en la decisión del colectivo SCALP de París-Reflex de disolverse en enero de 2014,

después de 25 años de militancia. Los integrantes del grupo explican «el gran giro estratégico del FN, y una de las principales dificultades del antifascismo hoy en día: la estrategia ya no pasa por que los miembros (del partido) ocupen la calle, sino por hacer que sus portavoces ocupen las pantallas de televisión».[270] En vista de estos retos, SCALP-Reflex hacía la siguiente valoración:

El antifascismo de calle (manifestaciones, concentraciones, etc.) se halla hoy en día en un *impasse*. O bien se enfrenta a grupos de extrema derecha que son políticamente insignificantes, pero físicamente peligrosos, o bien intenta oponerse a organizaciones que son políticamente significativas y entonces se encuentra no solo frente a partidos que están ausentes de las calles, sino que han llegado al punto de estar muy bien integrados en el juego político, apoyados por las fuerzas de la ley y percibidos como legítimos por la población [...]. Uno de los efectos de la *lepenización* de la mentalidad es hacer que la acción antifascista se vuelva ilegítima a los ojos del poder y de la población.[271]

Para Camille, la única forma de responder al ascenso de los partidos de extrema derecha convencionales es «transformar el antifascismo en un movimiento específico y amplio de solidaridad, que pueda desarrollar el concepto y la práctica de la autodefensa contra la policía, el Estado y los racistas [...]. El Frente Nacional se alimenta del miedo. Nuestro alimento es la solidaridad».[272]

* * *

30 de septiembre de 2012. Otra tensa tarde de incertidumbre para los inmigrantes en Atenas. En las últimas semanas, grupos de matones del ascendente partido fascista Amanecer Dorado habían tomado como costumbre demoler los puestos de los vendedores extranjeros en el mercado y darles una paliza, ya de paso. Unos días antes, entre 80 y 100 miembros de Amanecer Dorado, ataviados con sus habituales camisetas negras y pantalones de camuflaje, atacaron un centro de la comunidad tanzana y destrozaron las tiendas de la vecindad. Mientras, la policía miraba sin hacer nada. Más o menos a la misma hora, un vendedor de Ghana, llamado Issa Ahmed Agboluaje, era apuñalado y su amigo, apaleado. También fueron

miembros de Amanecer Dorado los que dieron una paliza a un inmigrante egipcio, de nombre Abu Zeid Mubarak Abu Zeid, con bates de béisbol y barras de hierro. Le rompieron la mandíbula y la nariz. A menudo, la policía hacía la vista gorda o incluso participaba en la violencia contra los inmigrantes. Estos tenían pocos aliados.[273]

No obstante, entre sus apoyos había una asamblea de grupos anarquistas de Atenas. Hacía poco que habían empezado a organizar patrullas antifascistas en moto por los barrios de los inmigrantes. Cuando pasaban por la calle, estos les aplaudían entusiasmados. Yiorgos, un joven director de cine y uno de los organizadores de esta táctica, explica: «Intentamos usarlas de forma militante, para actuar contra los fascistas y como manifestación, para combinar ambos aspectos». Desde este punto de vista, las patrullas, muy visibles, eran «importantes, psicológicamente», para el movimiento antifascista.

Esa tensa tarde, a finales de septiembre de 2012, una patrulla de 80 motos con unos 150 antifascistas cruzó un barrio de inmigrantes a alta velocidad. Llevaban sólidos palos de banderas, rematados con insignias anarquistas, rojas y negras, y gritaban: «¡Aplasta el fascismo!». Se encontraron con un grupo de miembros de Amanecer Dorado. Empezó un enfrentamiento que acabó con muchos fascistas en el hospital. No obstante, nada más terminar, varios escuadrones de la Fuerza Delta, el cuerpo de élite de la policía de Atenas, arrinconaron a los militantes en un callejón estrecho. Aunque la mayoría de ellos lograron escapar, 15 fueron detenidos. Los inmigrantes del barrio y los anarquistas gritaron lemas antifascistas mientras se los llevaban. «Fue un momento muy emotivo», recuerda Yiorgos.[274]

Ninguno de los fascistas fue detenido.

Los 15 arrestados fueron torturados durante cinco días en la Dirección General de Policía de Ática. Otros 25, detenidos en una manifestación de solidaridad con los primeros al día siguiente, recibieron el mismo tratamiento. Durante este tiempo, los antifascistas recibieron fuertes palizas. Se les mantuvo desnudos. Se les escupió. Se dirigían punteros láser a sus ojos, para impedirles dormir. Fueron «usados como ceniceros». Y no se les dio nada de beber, hasta el punto de que «algunos estaban tan sedientos que

bebieron el agua del inodoro».

La tortura de los antifascistas salió pronto a la luz. *The Guardian* publicó la información y se formó un pequeño escándalo que afectó al Gobierno griego.[275] A raíz de ello, se convocó ante el Parlamento una manifestación de unos 2.000 antifascistas. Otras similares se celebraron en Kavala, Creta y en otros lugares de Grecia. Sin embargo, Yiorgos se lamenta de que el Gobierno consiguió acabar con las patrullas en Atenas, a todos los efectos..., y con la asamblea que las organizaba. Se siguieron celebrando manifestaciones en moto, pero ya no formaban parte de una estrategia continuada de resistencia frente a Amanecer Dorado.[276]

Las características de este partido hacen que todo esto sea todavía más significativo. A diferencia del PVV holandés o del Frente Nacional francés de los últimos años, Amanecer Dorado es un partido fascista tradicional al pie de la letra. Como tal, tiene la intención de controlar las calles. Alimenta una ira populista violenta contra los «inmigrantes ilegales, los anarquistas y todos aquellos que han destruido Atenas varias veces», en palabras de Ilias Panagiotaros, un parlamentario del grupo. Un mes después del arresto de los 15 antifascistas, Panagiotaros mismo dirigió un ataque contra los espectadores de una obra de teatro en la aparecía el personaje de un Jesucristo gay.

El origen de Amanecer Dorado puede remontarse a la fundación de la publicación *Chrysi Avgi* en 1983, por Nikos Michaloliakos. Este ha sido el líder del partido desde el momento de su creación oficial, en 1985. Aunque Amanecer Dorado prefiere etiquetarse como «nacionalista», sus orígenes fascistas son evidentes: en los flirteos iniciales de Michaloliakos con el nacionalsocialismo; en sus relaciones en prisión con los antiguos líderes de la dictadura militar; en el pequeño detalle de que su emblema sea una greca, dibujada de modo que recuerda a una esvástica, y en que sus integrantes a menudo hacen el saludo romano y organizan desfiles con antorchas, en la mejor tradición nazi.

Durante décadas, Amanecer Dorado fue poco más que una formación política marginal. Todavía en 2009 consiguió solo el 0,29 % de los votos. [277] Pero en 2010 estalló la crisis de la deuda griega. Para evitar la

bancarrota, el Gobierno aceptó un enorme plan de rescate que exigía la aplicación de duras medidas de austeridad e importantes subidas de impuestos. Con esta serie de rescates y recortes se consiguió evitar el colapso total de la economía del país. Pero no el de las condiciones de vida cotidianas de muchos de sus habitantes. La recesión llegó al 25 % en cinco años, un índice parecido al de Estados Unidos durante la Gran Depresión de 1929. Las cifras de desempleo eran increíbles: el 25 % del total de la población activa en 2015 y más del 50 % para los jóvenes en 2016. Por ejemplo, el presupuesto de sanidad para salud mental se redujo el 20 % entre 2010 y 2011 y hasta el 55 % al año siguiente.

No resulta sorprendente que la tasa de suicidios aumentase el 35 % durante esta etapa. Como decía el Movimiento 15M en España: «No son suicidios, son asesinatos».[278]

El ascenso de Amanecer Dorado empezó cuando se generalizó la crisis. Obtuvieron su primer representante en el Ayuntamiento de Atenas en 2010. Entraron en el Parlamento por primera vez en 2012, con 18 escaños y el 7 % de los votos. A nivel de calle, organizaron «grupos de ciudadanos» para acosar a los inmigrantes, fuesen parte de los supuestos 350.000 sin papeles o no. Estas patrullas urbanas llegaron a envalentonarse tanto que empezaron a atacar a gente al azar, solo porque pensaban que eran «extranjeros» y a plena luz del día. «Los perseguían por las calles, los sacaban a rastras de los autobuses, les daban palizas y les apuñalaban». Una semana después de entrar en el Parlamento, un grupo de unos 50 integrantes de Amanecer Dorado, armados con palos y escudos, llegaron en moto a la plaza principal del barrio ateniense de Nikaia. El dueño pakistaní de una peluquería contó que los nazis le dijeron: «Tú eres el motivo de los problemas de Grecia. Tienes siete días para cerrar la tienda o te la quemamos, y a ti también».

La inseguridad de los inmigrantes se vio incrementada por el hecho de que un porcentaje muy alto de la policía eran votantes de Amanecer Dorado. De hecho, hay vídeos que demuestran que la cooperación entre ambas organizaciones es bastante habitual. Mientras, un Gobierno tras otro, incluido el de los socialistas de Syriza, aceptaron las medidas de austeridad

impuestas por la «troika» financiera. Daban así la impresión de haber cedido la soberanía griega a la UE y al FMI. En este escenario, las propuestas ultranacionalistas y contrarias a la inmigración de Amanecer Dorado empezaron a ganar empuje. Para 2015 ya eran el partido más popular entre los jóvenes de 18 a 24 años.[279]

Este partido fascista tiene la presencia callejera más agresiva de toda Europa. Al empezar a crecer, se dio de bruces con el que se puede considerar el movimiento autónomo y anarquista más formidable del continente. El antifascismo militante griego se remonta a la resistencia contra la ocupación de fascistas italianos y nazis alemanes durante la guerra. Después, se prolongó frente a la dictadura militar de 1967-1974. A diferencia de la mayoría de los países del resto de Europa, una buena parte del movimiento no ha adoptado el modelo que reúne a toda la izquierda revolucionaria en las mismas organizaciones. En vez de eso, el antifascismo militante ha pasado a ser un aspecto más de un anarquismo muy amplio, involucrado en una extensa variedad de luchas sociales. Surgió en su forma actual en el país a partir de 1980. Recibió influencias de los autónomos italianos y alemanes, del pensamiento situacionista francés, de la música punk y del legado de resistencia a la dictadura militar.

Para buena parte del público, fue el levantamiento de 2008 el que atrajo la atención internacional sobre el movimiento. En diciembre de ese año, la policía asesinó a Alexis Grigoropoulos, un anarquista de 15 años de edad. Este hecho fue el detonante de un mes de estallido insurreccional sin precedentes en Grecia. Anarquistas, estudiantes, ultras de fútbol, inmigrantes romaníes y otros sectores de la sociedad que se sentían frustrados salieron a la calle. Atacaron tiendas de lujo. Asediaron comisarías y dependencias del Gobierno. Destrozaron e incendiaron bancos. Expropiaron comida de los supermercados y okuparon escuelas, universidades y estudios de radio y televisión. Ni siquiera el enorme árbol de Navidad que se pone todos los años en la céntrica plaza Syntagma de Atenas pudo escapar a las llamas. Muchos trabajadores hicieron huelgas salvajes y surgieron asambleas de estudiantes, trabajadores y en los barrios de todo el país. La policía apenas podía controlar la situación. Reclutó de

modo informal a matones fascistas para que les ayudaran. Sin duda, un anuncio premonitorio de lo que se avecinaba. Cuando se despejó el humo de los incendios, los daños ascendían a unos 200 millones de euros. Se había politizado toda una generación de jóvenes griegos.[280]



Mural en homenaje al rapero antifascista asesinado, Pavlos Fyssas (Killah P), en Atenas. (Fotografía del autor).

A pesar de lo activo y dinámico de la política revolucionaria en Grecia, el ascenso de Amanecer Dorado pilló a muchos por sorpresa. Cuando visité el país en 2012, meses después de que los fascistas hubiesen entrado en el Parlamento, casi todas las conversaciones que mantuve con los anarquistas locales incluían comentarios del tipo de: «No teníamos ni idea de que esto iba a pasar. Antes no eran más que un chiste».[281]

Las cosas se pusieron aún más serias el 18 de septiembre de 2013. Ese día, el rapero antifascista Pavlos Fyssas (Killah P) fue asesinado por un miembro de Amanecer Dorado. Lo apuñaló después de ver un partido de fútbol en un café de Atenas. Este acto causó una oleada de indignación por todo el país. Los antifascistas, al grito de: «Matemos fascistas en todos los barrios», se enfrentaron con la policía. A la vez, los funcionarios públicos convocaron una huelga general como protesta. Los militantes actuaron sobre todo contra las tiendas de compraventa de oro. Se decía que muchas de ellas eran propiedad de miembros de Amanecer Dorado, vinculados al crimen organizado.[282]

La mayor parte de los anarquistas y otros antifascistas autónomos respondieron al asesinato de Fyssas con ataques a la propiedad privada y enfrentamientos con la policía. Pero una rama más pequeña y clandestina del movimiento tomó un derrotero diferente. El 1 de noviembre de 2013, dos personas saltaron de una moto con sus caras cubiertas por los visores de los cascos. Corrieron hacia la sede de Amanecer Dorado en el barrio ateniense de Neo Iraklio. Vacieron los cargadores de sus armas sobre tres miembros del partido nazi. Dos de ellos murieron en el acto y el otro tuvo que ser hospitalizado. Una célula anarquista, denominada Fuerzas Militantes Revolucionarias Populares, reivindicó el ataque. A lo largo de los meses siguientes, Amanecer Dorado dijo que se habían realizado diez ataques con bomba contra sus locales.[283]

Los antifascistas parecen estar de acuerdo en que esta campaña y, sobre todo, las muertes sembraron el pánico entre los fascistas. Al mismo tiempo, la oposición en las calles limitó de forma progresiva su capacidad de hacer campaña en público.[284]

Amanecer Dorado sufrió todavía un contratiempo mucho más serio. Unos 70 líderes y parlamentarios del partido, incluido su fundador, Nikos Michaloliakos, fueron detenidos. Se les acusó de organizar los violentos ataques de sus seguidores, en ocasiones mortales, contra inmigrantes e izquierdistas. Entre las acusaciones se incluyó el asesinato de Fyssas.[285] El juicio posterior supuso un freno en el crecimiento de Amanecer Dorado. Al igual que el hecho de que el interés mediático inicial se fue atenuando. Poco

después, el partido descubrió que su capacidad de extenderse más allá de sus bases había quedado muy comprometida.

Al descender el número de manifestaciones fascistas, también lo hizo el de actos antifascistas. En vez de estos, los grupos militantes han realizado más acciones a pequeña escala. Como la de abril de 2017, en la que una docena de integrantes de la Brigada Pavlos Fyssas destruyó la fachada de una sede de Amanecer Dorado con martillos pilones a plena luz del día.[286]

A pesar de todo ello, Amanecer Dorado alcanzó el tercer puesto en las elecciones de 2015 y sigue siendo la tercera fuerza política en el país a principios de 2017.[287]

Desde que empezaron a llegar los refugiados, la mayor parte de los esfuerzos organizativos de los militantes se han dirigido a darles apoyo y solidaridad. Una de las formas más significativas en que se ha manifestado esto es la campaña para okupar edificios abandonados y alojar en ellos a los recién llegados. La primera okupación de este tipo en Atenas se hizo en 2015 en Notara 26. Esta se encuentra en Exarcheia, un barrio anarquista en el que la policía entra rara vez. Tanto Notara como otras okupaciones similares en la zona, incluido un hotel abandonado en City Plaza, se organizan mediante asambleas horizontales. En ellas participan militantes griegos y los propios refugiados. Un palestino de Siria, llamado Rami, explica: «Aquí, en las okupaciones, hay una comunidad. Se siente como un entorno familiar. En Notara nos sentimos como en una gran familia, como en nuestro hogar».

Este hogar se vio en peligro en agosto de 2016, cuando los fascistas atacaron el edificio con gases lacrimógenos e intentaron prenderle fuego. Afortunadamente, nadie resultó herido.[288] Mientras tanto, la represión policial sobre las okupaciones ha alcanzado niveles sin precedentes comparada con el año anterior, a pesar de que los socialistas de Syriza están en el Gobierno. La policía desalojó cinco de ellas entre finales de 2016 y principios de 2017 y arrestó a muchos anarquistas y refugiados.[289]

«Si te muestras solidario con los refugiados, eres un antifascista», dice Malamas Sotiriou, un anarquista y practicante de *kick-boxing* del Movimiento Antiautoritario (AK). Además, participa en el centro social

Micrópolis, en Salónica, al norte de Grecia. La primera vez que visité Micrópolis en 2012 me impresionó la enorme cantidad de actividades que acoge. Aparte de un restaurante y un bar gestionados de forma cooperativa, tienen talleres de cerámica y artesanía. Hay un colectivo de ebanistería, un gimnasio de artes marciales, una tienda gratis y muchas cosas más. A lo largo de los últimos años, Micrópolis ha dado la bienvenida a muchos refugiados. No solo al centro social en sí, sino también de la amplia red de «economía solidaria» que alberga. Por ejemplo, unos desplazados que eran panaderos en Siria se encargan ahora de una tahona en el centro social. Elaboran dulces que venden a través de las redes solidarias establecidas a lo largo de los años. Del mismo modo, unos barberos sirios han abierto una peluquería en Micrópolis. Y la mitad del equipo de *kick-boxing* del centro social son refugiados.[290]

Tal vez alguno de ellos llegue a participar en el torneo anual de artes marciales que Sotiriou y sus compañeros pusieron en marcha en 2014. Lo hicieron como respuesta a otra competición, cuyos organizadores invitaron a parlamentarios de Amanecer Dorado para que dieran las medallas a los vencedores. El campeonato alternativo de Sotiriou en Salónica atrae a militantes de toda Europa, que participan con entusiasmo para apoyar el mensaje de que «las artes marciales no son un deporte de fascistas».[291]

Desde entonces, se han organizado torneos similares en Moscú, Madrid, Praga y Santiago de Chile. A menudo, los participantes entrenan en gimnasios del movimiento, como el Gimnasio Popular de Boxeo Antifascista de Turín, el Club de Boxeo Antifascista y Solidario de Marsella o el Club de Boxeo del CSO La Traba, en Madrid.[292] En el momento de escribir estas líneas, acaba de abrir sus puertas un gimnasio «antifascista, antirracista y antisexista» en Chicago (Illinois) al que se ha llamado Haymaker.

* * *

La noche del 1 de febrero de 2017, los estudiantes indocumentados de la

Universidad de California en Berkeley tenían miedo de salir a la calle. No por los insistentes rumores propagados en el norte de California, de que los agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas patrullaban el campus para detener a los universitarios que no tuviesen sus papeles «en regla».[293] La violencia contra los inmigrantes que les atemorizaba esa noche no tenía su origen en el Gobierno. Se debía al antiguo colaborador de *Breitbart News*, Milo Yiannopoulos, al que los republicanos de Berkeley habían invitado para dar una conferencia en el campus.

Yiannopoulos salió de un relativo anonimato gracias a su defensa del *gamergate*. Este consistía en el acoso *online* a programadores de juegos, feministas o de raza distinta a la blanca. Incluía también a críticos y actores que se habían pronunciado contra el machismo y el supremacismo blanco predominantes en el «mundo de los frikis de la informática».[294] Poco después, Twitter canceló la cuenta de Yiannopoulos. Desde ella lideraba el incesante acoso *online*, racista y misógino, contra la actriz de raza negra Leslie Jones. Esta se había atrevido a «profanar» *Cazafantasmas*, supuestamente una película clásica para varones frikis blancos.

Para principios de 2017, probablemente Yiannopoulos ya era la mayor estrella de lo que se conoce como «derecha alternativa». Para ello, utilizó su identidad de inmigrante homosexual como mitigante de su racismo. De su misoginia («El feminismo es una filosofía ruin, vengativa, rencorosa y asquerosa que odia a los hombres»). De su islamofobia («Los musulmanes violan a todo el mundo»). De su transfobia («No pido perdón por proteger a mujeres y menores de hombres que están confusos acerca de su identidad sexual») y de su defensa de la cultura de la violación (uno de sus titulares en *Breitbart* decía: «El motivo por el que se debe mantener a las víctimas de violación en el anonimato se llama “remordimientos de puta”»).[295]

Suficiente como para que cualquier estudiante razonable estuviese preocupado por su intervención en el campus. Además, los organizadores del acto en Berkeley anunciaron que Yiannopoulos planeaba «hacer públicos los nombres de universitarios indocumentados». Lo mismo había hecho ya con los estudiantes transgénero en la Universidad de Wisconsin en Milwaukee. Entonces Juan Prieto y otros sin papeles tuvieron la impresión

de que «la seguridad de nuestra comunidad estaba en juego».[296]

Como cuenta Prieto, en los días anteriores al acto los activistas se reunieron con el rector. Escribieron páginas de opinión. Hicieron circular una petición que reunió muchas firmas de estudiantes y docentes. Animaron a los alumnos a llamar al rectorado para quejarse..., pero todo fue en vano. «La universidad dejó muy claro que ningún método pacífico iba a evitar que interviniera —explica Prieto—. Había que impedir el acto por cualquier medio necesario».

La noche de la presentación de Yiannopoulos se celebraron varias manifestaciones en contra del acto. Poco antes de la hora de inicio anunciada, unos antifascistas vestidos de negro se unieron a la más grande de ellas. Retiraron las vallas de la policía, tiraron cohetes, rompieron ventanas e hicieron pintadas. Los daños estimados alcanzaron un valor de unos 100.000 dólares. Lo que no se había logrado tras semanas de diplomacia, debates y diálogo público, se consiguió en unos quince minutos. La policía anunció enseguida que se cancelaba el acto, por problemas de seguridad.

Los medios de comunicación, como CNN, se refirieron a los militantes como «agitadores venidos de fuera», sin tener prueba alguna. Varios de ellos eran, de hecho, alumnos de Berkeley. Desde luego, algunos de los manifestantes en contra de Yiannopoulos no aprobaban los métodos de los antifascistas. Pero tras la cancelación del acto hubo un estallido espontáneo de alegría triunfal y bailes. Lo que evidencia que muchos estudiantes sí aprobaban el resultado de esos métodos. Los medios de comunicación, en general, pasaron por alto este hecho. En última instancia, señala Prieto, «puede que se salvaran las vidas de algunos universitarios esa noche».[297]

Este tipo de altercados, o el temor a que se produjeran, ya habían conseguido que se cancelaran intervenciones de Yiannopoulos en la Universidad de Nueva York, en la Estatal de Iowa y en la Universidad de California en Davis. En esta última, Bárbara, una estudiante transgénero, tenía tanto miedo que abandonó el campus durante todo el día. Pero fue el espectáculo creativo o destructivo de la protesta en Berkeley el que despertó un súbito interés mediático por el notorio «movimiento antifascista».[298]

A lo largo del mes siguiente, se publicaron artículos sobre el tema en *Wired*, *BBC News*, *Salon*, *Newsweek* y *Al Jazeera*. Un titular del *International Business Times* se preguntaba: «¿Qué es el antifascismo?». En el programa de NPR, *All things considered*, el editor Dennis Johnson criticó el contrato que había firmado Yiannopoulos con Simon & Schuster para escribir un libro por 250.000 dólares. Después de oírme hablar sobre antifascismo en la misma emisora, Dennis me pidió que escribiese este libro. También *Vice*, *20/20* y *Rolling Stone* se pusieron en contacto conmigo. Querían integrar a uno de sus periodistas en un grupo del movimiento. Les dije que eso era imposible.[299]

Sin embargo, esta última oleada de antifascismo no surgió de la noche a la mañana. Ciertamente, el movimiento que se desarrolló a partir de ARA experimentó una relativa calma desde mediados de la década de 2000 hasta aproximadamente el inicio de la campaña electoral de Trump. Pero no llegó a desaparecer del todo. Los militantes con los que he hablado están en general de acuerdo en que, al empezar la década de 2000, ARA fue «víctima de su propio éxito». El descenso de la actividad de los fascistas llevó al correspondiente declive del antifascismo.[300] Entre otros factores, este proceso se vio acelerado por dos circunstancias. Una, la entrada en la cárcel en 2003 de Matt Hale, el líder de la Iglesia Mundial del Creador, por planear el asesinato de un juez federal. El otro, la muerte en 2002 de William Pierce. Pierce fue el «neonazi más importante de Estados Unidos» durante tres décadas. Autor de la obra de fantasía en torno a una guerra racial *Los diarios de Turner*, lideró la Alianza Nacional.[301]

Tal y como lo expresa Howie, un antifascista de Nueva Jersey, «en cierto momento, el grupo fascista más grande era el Movimiento Nacionalsocialista, con apenas 80 tíos haciendo recreaciones históricas». [302] Cuando las cosas se pusieron serias en las protestas contra las guerras de Irak y Afganistán, la atención de los militantes se desplazó a lo que consideraban un asunto más urgente.

ARA y otras organizaciones similares persistieron en su actividad. Incluso surgieron nuevos grupos en esta etapa, como ARA de Texas Central. Pero

los antifascistas a los que entrevisté recuerdan lo difícil que era justificar su tarea, minuciosa y desagradecida, ante sus compañeros. Por ejemplo, a mediados de la década, Jack formaba parte de la segunda etapa de Antifascistas del Noreste, en Boston. Pasaba «horas y horas solo en un cuarto leyendo *Stormfront* y foros provinciales de nazis, intentando no dar tregua a ciertas personas por Internet». Al mismo tiempo, tenía «debates con otros revolucionarios que no hacían tareas antifascistas, que le decían: “Esos tíos son unos gilipollas. Deberíamos centrarnos en las prisiones y en el racismo institucional”». Es cierto que los antifascistas también trabajan en esos campos, pero desde el punto de vista de Jack seguía recayendo en ellos «el evitar que ese fascismo político revolucionario lograra un camino de acceso al poder estatal».[303]

Antifa de Rose City (RCA), de Portland (Oregón), es ahora el grupo de este tipo en activo con mayor antigüedad de Estados Unidos. Se han enfrentado a los mismos retos. RCA se creó en 2007, a raíz de un impulso organizativo para oponerse al festival de cabezas rapadas neonazis Hammerfest. Desde el principio estuvo muy influido por el gran número de europeos que participan en él. Esto es evidente en el hecho de que fuese el primer grupo en Estados Unidos en denominarse «antifascista». Como explica un miembro anónimo de RCA, organizaron campañas de propaganda en la localidad contra los miembros del neonazi Volksfront. Intentaron impedir conciertos de bandas racistas de música, como Death in June. Pero siempre se consideraron ligados al movimiento en Europa. No obstante, cuando organizaron actos en solidaridad con los militantes rusos, otros izquierdistas les dijeron: «¿A quién le importa eso? Está muy lejos». En una reflexión sobre el súbito crecimiento del antifascismo una década después, este integrante de RCA cuenta cómo los esfuerzos organizativos del grupo se vieron durante años como «un pasatiempo raro, algo que la mayoría de los izquierdistas pensaba que era una tontería y una pérdida de tiempo». Dice que en ocasiones era posible generar entusiasmo en torno a la oposición a una «agrupación de renombre», como el KKK. Pero cuando intentaron hacer lo mismo contra el Foro para el Renacimiento Americano, lo único que consiguieron fue un «gran bostezo».[304]

Según cifras del Southern Poverty Law Center (SPLC), el número de «grupos de odio» en Estados Unidos ha aumentado de forma gradual desde 1999. En buena medida, están alimentados por el creciente sentimiento de oposición a la inmigración. La elección en 2008 de Barack Obama, el primer presidente de raza negra, disparó este incremento. El fenómeno es evidente en los «grupos de patriotas» opuestos al Gobierno. Pasaron de 149 en 2008 a 1.360 en 2012.[305] Estos grupos se encontraron con una población de raza blanca cada vez más receptiva. Se ve alienada por la decadencia de los valores llamados tradicionales y la crisis económica postindustrial la ha puesto en apuros. Después de las elecciones de 2008, empezaron a «montar un programa para que alguien como Trump pudiese salir elegido, ocho años después».[306]

No obstante, después de alcanzar un máximo en 2011, el número de «grupos de odio» descendió de forma gradual a lo largo de 2014. Ese mismo año alcanzaron su nivel más bajo desde 2004. Esto no se debía a que las ideas de ultraderecha estuviesen perdiendo importancia, sino a que cada vez más neonazis se concentraron en Internet y en las redes sociales. Prosperaron en Reddit y en 4chan.

Este desplazamiento al mundo virtual es una parte inseparable de la nueva «derecha alternativa». Este término fue acuñado en 2008 por Richard Spencer, un «racista profesional con pantalones de pinzas» que dirige el Instituto de Política Nacional, un grupo supremacista blanco. La derecha alternativa ha acabado por convertirse en un enorme paraguas para un amplio conjunto de reaccionarios. Desde «realistas raciales» hasta «arqueofuturistas», pasando por el contrasentido del «anarcocapitalismo». Se define a sí misma por contraposición a los «cobservadores» de la clase dirigente. Con este juego de palabras racista quieren dar a entender que los conservadores tradicionales se parecen a patéticos hombrecillos blancos que observan impotentes cómo sus esposas se acuestan con hombres negros. [307] Desde luego, este término es nuevo. Pero retoma una imagen racista que fue una de las piedras angulares del supremacismo blanco y de la oposición al abolicionismo que estallaron después de la guerra de secesión estadounidense. Según Shane Burley, experto en el tema:

La derecha alternativa se define por su nacionalismo racial, por defender la desigualdad de pueblos y razas, la necesidad de los papeles de género tradicionales y de la jerarquía, por estar en contra, en general, de la democracia y por su antisemitismo. Cuando se la compara con los neonazis, gritones y cargados de pancartas de esvásticas, la diferencia es que la derecha alternativa tiene partidarios que saben usar la tecnología, recurren a ingeniosos memes y se dirigen a un público de clase media alta con estudios universitarios.[308]

El núcleo duro de la derecha alternativa ni siquiera se molesta en ocultar su fascismo. El blog *The Right Stuff* tiene un *podcast* muy popular titulado *The Daily Shoah*. Esto es un juego de palabras entre «*Shoah*», el término hebreo para referirse al Holocausto, y *The Daily Show*, un conocido programa cómico de izquierdas en televisión. El sitio web que dice ser «la página de la derecha alternativa más visitada del mundo» se llama *The Daily Stormer*. Una clara referencia a la web neonazi *Stormfront* y a las tropas de asalto SA de los nazis.

Por el contrario, una parte importante de sus integrantes ha probado a usar mensajes más ambiguos. Intentan darles la apariencia de formatos más intelectuales, científicos y «respetables». Daryle Lamont Jenkins es uno de los fundadores del Proyecto del Pueblo. Se ha dedicado a vigilar a la extrema derecha de cerca desde 2000. Dice que las ideas fascistas empezaron a disimularse a partir del ascenso del grupo de milicia armada Minutemen, contrario a la inmigración, en 2005. Su crecimiento dio «a los nazis una oportunidad para destacar. De repente se vieron formando parte de algo que era generalizado», explica Jenkins.[309]

Este cambio de estrategia en la forma de presentarse ha llegado a ser característico de una parte importante de la derecha alternativa. A diferencia de los nazis de la década de 1930, muchos ideólogos intentan ahora sortear la oposición social al discurso de la superioridad de la raza blanca. Para ello, incorporan elementos de la *nouvelle droite* francesa. Prefieren hablar de diferencias biológicas «inherentes» a las diferentes razas. Estos condicionantes impondrían la necesidad de mantenerlas homogéneas, para que puedan prosperar. En caso de no respetar este imperativo «natural», dicen, el resultado sería un «genocidio blanco», a manos de una población de otras razas que no hace sino crecer y cuyo número se prevé que supere al de habitantes caucásicos en Estados Unidos a mediados del presente siglo.

Frente al concepto izquierdista de «privilegio blanco», cada vez más difundido, argumentan que las personas de esta raza ya no son conquistadores, sino «víctimas».

Hasta cierto punto, han intentado lograr este objetivo apoyándose en dos connotaciones del término «alternativo».

La primera es la asociación que tiene esta palabra con la noción de elección. Esta rama de las ideas de la extrema derecha se ha presentado como una nueva «alternativa» para jóvenes conservadores (especialmente estudiantes). Según Milo Yiannopoulos, se sentían frustrados y «cansados de que les dijeran cómo vivir, cómo hablar, qué tipo de lenguaje podían usar, qué libros podían leer, cómo expresarse, qué opiniones se les permitía tener».[310] En la era Trump, lo «alternativo» está más allá de toda valoración normativa. Las afirmaciones ya no son correctas o incorrectas. Son «hechos alternativos», como ha dicho la consejera del presidente, Kellyanne Conway. Los discursos de Yiannopoulos ya no son invitaciones mal disimuladas al ejercicio de la violencia. Son solo «puntos de vista alternativos».[311] De este modo, el lenguaje de esta nueva ultraderecha busca reapropiarse de la retórica progresista de la diversidad. Pretende reinventar a la «raza blanca» como un grupo de interés más, en lugar del mito histórico de dominación que es. El nacionalismo blanco sería otra opinión «provocativa» que alguien puede elegir, sin más.

La segunda connotación es la de cultura «alternativa». Como se pregunta Yiannopoulos: «¿Qué puedes hacer si quieres ir contra la sociedad de lo correcto? ¿Cabrear a tus padres? Para lograr eso, en los años setenta hubieses tenido que escuchar a los Sex Pistols, en los años ochenta, a Madonna. Ahora se consigue votando a Trump y eso mola». «Esas gorras de MAGA (*Make America Great Again*) son de lo más punk», añade.[312] Muchos en la derecha alternativa son más explícitos y constantes acerca de su fascismo. Para ellos, Yiannopoulos, *Breitbart* y otros medios y personalidades más convencionales, forman parte de lo que llaman la «áltlite».[313] No obstante, buena parte de la atractiva convencionalidad de Yiannopoulos desapareció de la noche a la mañana cuando salieron a la luz sus comentarios a favor de la pedofilia. La derecha alternativa presenta el

feminismo, la liberación gay y el antirracismo como aspectos de una hegemonía contranatural e idiotizante de lo políticamente correcto. Con ello, ha otorgado a muchas personas blancas racistas, especialmente hombres, una formulación «rebelde» con la que dar rienda suelta a lo que venían pensando todo este tiempo. Los fascistas y los supremacistas blancos han aprovechado este filón de reclutas. Se han infiltrado en subculturas mayoritariamente blancas, tales como la escena de los cabezas rapadas, el punk en un sentido más amplio, el metal, el neofolk, el siniestro, los videojuegos y las comunidades de tema fantástico (como quedó claro con el *gamergate*). También en la cultura hípster (a los hípsteres nazis se les llama «nípsteres»). E incluso en la escena de *furries* y *bronies* (hombres a los que les gusta disfrazarse de animales peludos o que son fans de *Mi pequeño pony*).[314] Esta tendencia demuestra la importancia del antifascismo en contextos subculturales.

El etiquetado convencional propio de las ideas de extrema derecha se abrió camino y llegó a influir en Donald Trump durante su candidatura a la presidencia. Aunque se proclamó a sí mismo como «la persona menos racista que hay», Trump se negó a distanciarse del antiguo líder del Klan, David Duke. Dijo que los inmigrantes mexicanos sin papeles eran «violadores». Afirmó que un juez de ascendencia latina no podía realizar su trabajo de forma adecuada. Calificó a algunos de sus simpatizantes, que habían atacado a un indigente de origen latinoamericano, como «entusiastas». Envío por Twitter un *meme* antisemita contra Clinton, así como otro de supremacistas blancos con estadísticas falsas sobre criminalidad entre la población de raza negra. Incluso puso a Steve Bannon, el antiguo director ejecutivo de *Breitbart News*, admirador del ideólogo fascista Julius Evola, al frente de su campaña electoral. Posteriormente le nombró encargado de estrategia de la Casa Blanca. Hasta llegó a incluirlo en el Consejo de Seguridad Nacional durante un corto periodo de tiempo. No cabe duda de que Trump no necesitaba a la derecha alternativa para ser racista. Años atrás, ya el Departamento de Justicia le había demandado en dos ocasiones por negarse a alquilar sus apartamentos a personas de raza negra. Pidió la pena de muerte para los Cinco de Central Park, unos jóvenes

que no eran de raza blanca, que fueron injustamente condenados y posteriormente exculpados. Para rematar, encabeza el movimiento de los *birthers*, que defienden que Obama no nació en Estados Unidos.[315]

La derecha alternativa no ha creado a Trump. Pero es evidente que él ha considerado que el potencial político de esta es lo suficientemente alto como para hacerse eco de sus principales propuestas y para deshacerse en halagos hacia sus figuras más destacadas. Es el caso de Alex Jones, el virtuoso de las teorías de la conspiración, a quien elogió cuando fue invitado a su programa de radio, *Infowars*.

Tanto Trump como la extrema derecha han sabido aprovechar la ansiedad generalizada entre los conservadores blancos ante el rápido declive de los valores «tradicionales» de Estados Unidos. Una preocupación que gira en torno al hecho de que están perdiendo la «batalla» demográfica (en el plazo de una generación ya no van a ser la mayoría de la población); de que están perdiendo la guerra cultural, con la legalización del matrimonio homosexual; de que se acepta cada vez más la noción de «privilegio blanco»; de que la lucha de las personas de raza negra está en alza; de que ya no se tolera la «cultura de la violación», o de que la identidad y los derechos de las personas transgénero ganan legitimidad continuamente. Es más, el elitismo liberal y el neoliberalismo han consolidado sentimientos reaccionarios entre muchas personas blancas de clase obrera.

No obstante, no se puede pasar por alto el hecho de que la proporción del electorado de raza blanca que apoyó a Trump es casi idéntica a la que votó por Mitt Romney, cuatro años antes. Es decir, no hay que exagerar la idea de que su victoria se debe en exclusiva a una reacción de respuesta de estos votantes. En buena medida, no fue Trump el que ganó, sino Clinton la que perdió.

Sea como sea, la campaña de Trump otorgó a la derecha alternativa una tribuna desde la que movilizar la ira blanca contra el feminismo, contra la campaña Black Lives Matter, contra los musulmanes y los inmigrantes latinoamericanos. Su victoria envalentonó a los supremacistas blancos, explícitos e implícitos. Dio nuevas energías a los racistas, más allá de los resultados en las urnas.

También las principales figuras de la ultraderecha europea celebraron su victoria. Marine Le Pen anunció que «hoy es Estados Unidos, mañana será Francia». El líder de la AfD alemana dijo que «este triunfo cambia Estados Unidos, Europa y el mundo». Geert Wilders se regocijaba. El candidato a presidente de la extrema derecha austriaca, Norbert Hofer, lo celebró y el líder del UKIP, Nigel Farage, viajó a Nueva York a reunirse con Trump.[316] Después del *brexit*, la extrema derecha europea intentó presentar esta victoria como otro paso más en un movimiento de mayor calado para recuperar la «civilización occidental». Este objetivo político fundamental puede estar oculto bajo la superficie en la campaña de Trump. Pero hace tiempo que la derecha alternativa lo planteó de forma explícita. No cabe duda de que el ascenso de esta corriente hasta la Casa Blanca pilló por sorpresa a la mayor parte de la izquierda. Pero no fue así en absoluto en el caso de los pequeños grupos antifascistas, en primera línea del combate contra la extrema derecha antes de la campaña electoral. Esta lucha empezó ya tras la elección de Obama. Entonces se produjo un goteo de nuevos grupos de militantes, incluido Antifa de Nueva York, creado en 2010. Estas organizaciones se denominaron ya antifascistas y no «antirracistas». Esto parece deberse a que conocen mejor el movimiento en Europa, a través de las redes sociales.

Aun así, la red de Acción Antirracista se mantuvo a través de grupos como el Movimiento Antirracista Hoosier (HARM), en Indiana, en referencia al nombre de *hoosiers* que reciben los originarios de este estado. El 19 de mayo de 2012, un grupo de 18 antirracistas encapuchados, entre integrantes de HARM y otros, llevaron a cabo una audaz acción. Pretendían sofocar los intentos organizativos de los fascistas en la región. Presuntamente, irrumpieron en un restaurante de Chicago para interrumpir físicamente un encuentro de la Asociación por la Herencia Europea de Illinois. Participaban supremacistas blancos del Movimiento Nacionalsocialista, del Consejo de Ciudadanos Conservadores y de otros similares. A raíz de este hecho, cinco antirracistas fueron arrestados y acusados de un «delito de actuación tumultuaria». Alex Stuck, John Tucker y los hermanos Jason, Cody y Dylan Sutherlin fueron sentenciados a entre

42 meses y seis años de prisión. Todos ellos habían salido ya en libertad en septiembre de 2014. Nunca se detuvo a los otros 13 antirracistas. La policía arrestó también a dos de los nazis. Uno, por tenencia ilegal de armas semiautomáticas y el otro, por una orden de busca y captura por posesión de pornografía infantil.[317]

En septiembre de 2014 se celebró en Chicago la primera conferencia anual de la nueva Red Antorcha, que recibió el legado de ARA. La Red afirma que en este momento cuenta con 12 grupos locales, incluidos Antifa de Filadelfia, Acción Antirracista de la Zona Sur de Chicago, Antifa de Rose City y Antifascistas de Atlanta.

Como es el caso de muchos otros colectivos antifascistas actuales, el grupo de Atlanta se creó en 2016 como respuesta al incremento de la actividad del Movimiento Nacionalsocialista, de la Liga Sureña y de la Red Juvenil Tradicionalista. Iggy, uno de sus integrantes, que también participo en ARA en las décadas de 1980 y 1990, comenta que hoy en día los nazis «no son tan evidentes» como cuando él empezó. Ahora, Antifascistas de Atlanta lleva a cabo campañas de propaganda pública contra las pegatinas y carteles de los supremacistas blancos de Identidad Europa. Estos «intentan ocultar su identidad para ser lo más anónimos posible». Según Iggy, en cierta forma sus campañas están teniendo demasiado éxito. Tapan la propaganda fascista «tan rápido que nadie sabe que hay un problema con este tema». Para solucionar esto, han impreso unas pegatinas en las que se puede leer: «Aquí había propaganda racista».[318]

Al mismo tiempo que aumentaron los esfuerzos organizativos y de investigación del movimiento, los enfrentamientos públicos hicieron otro tanto. El 27 de febrero de 2016, el KKK convocó una manifestación en Anaheim. Miembros del Klan apuñalaron a tres antirracistas durante las peleas multitudinarias que se produjeron.[319] En junio corrieron la misma suerte otros siete antifascistas, en los altercados que hubo por una manifestación en Sacramento. Dos de ellos quedaron en estado crítico. Los autores fueron miembros del Partido Tradicionalista de los Trabajadores, un grupo supremacista blanco, y de los Golden State Skinheads.[320] Antifa de Sacramento se formó ese mismo año.

Estos enfrentamientos se dieron en un contexto más amplio de radicalización de las protestas contra Trump. Cada vez más, los manifestantes se colaban en los actos públicos del candidato para interrumpirlo. El 11 de marzo de 2016 Trump tenía planeado dar un discurso en la Universidad de Illinois en Chicago. Había tantos manifestantes infiltrados que los organizadores cancelaron el acto, cuando las peleas y los gritos entre ambos bandos alcanzaron niveles intolerables.

Después de la victoria de Trump, el interés en el antifascismo y el entusiasmo por el movimiento crecieron mucho. También a raíz de la oleada de violencia racista que esta desató. Oponerse a la opresión institucional siguió siendo de vital importancia. Pero muchos militantes concluyeron que la auténtica resistencia al presidente necesitaba también desarrollar herramientas para enfrentarse a la violencia fascista en las calles. A consecuencia de ello, se formaron muchos grupos nuevos.

Uno de ellos es Antifa de Nebraska. Aunque es pequeña, esta organización multirracial logró una victoria importante a los pocos meses de su formación. Hizo pública la información privada de Cooper Ward, uno de los presentadores del *podcast The Daily Shoah*. Ward estaba viviendo en Omaha. Antifa de Nebraska imprimió miles de volantes con su nombre, su foto e información acerca de sus ideas nazis. Los repartieron por toda la ciudad. Esto le obligó a abandonar la universidad. Dio de baja sus redes sociales y desapareció del mapa. A su vez, esta acción causó un importante enfrentamiento interno en Vanguardia Americana, el grupo político al que pertenecía Ward. Le acusaron de ser un soplón.[321]

La Coalición Antifascista del Este de Boston y Chelsea (CEBAC) se creó un día después de la elección de Trump. Está compuesta por un abigarrado conjunto de activistas, con experiencia en luchas por la justicia reproductiva y por los derechos de los inmigrantes y de los homosexuales.[322]

Otro es Aplasta el Racismo D. C. Uno de sus promotores, Chepe, un veterano militante, explica que el colectivo está compuesto en su mayor parte por personas de raza negra o de ascendencia latinoamericana. «Es un grupo de afinidad en sentido amplio». Trabaja para crear una red local de organizaciones similares. Su objetivo es «hacer que Washington D. C. y el

área circundante sean demasiado inseguros para una presencia fascista y neonazi declarada». Para extender su área de actuación, Aplasta el Racismo decidió ser más abierto que la mayoría de los grupos del movimiento. Por ejemplo, en abril de 2017 convocó una presentación pública a la que llamó «antifascismo sin caretas». En ella explicó el «ABC del anarquismo», la «historia de las luchas contra el fascismo lideradas por personas de raza negra» y otros temas parecidos.

No obstante, es probable que el grupo sea más conocido por su proyecto más visible. La noche antes de la toma de posesión de Trump convocaron una concentración frente al acto de celebración de la derecha alternativa, el «deplorabaile». Arrojaron huevos contra los fascistas, que iban vestidos de esmoquin. Prendieron fuego a varias gorras de «MAGA». A la mañana siguiente, un bloque negro «anticapitalista y antifascista» —es decir, un conjunto anónimo de militantes encapuchados y vestidos de negro— partió de Logan Circle. Iban a impedir que «las cosas se desarrollasen con normalidad» durante la jura del cargo y acceso a la Casa Blanca de un hombre al que los progresistas calificaban de fascista al pie de la letra. Algunos de los integrantes del bloque negro, aunque desde luego no todos, causaron destrozos en franquicias de multinacionales. Se buscaba echar por tierra la «pretensión de legitimidad» de Trump. Lo más destacado fue la rotura en un abrir y cerrar de ojos de los escaparates de Starbucks y del Bank of America. Acciones parecidas obligaron a McDonald's a cerrar. Cajeros y otras propiedades similares de grandes empresas fueron cubiertos de pintadas o destruidos por completo. Se estima que los daños ascendieron a los 100.000 dólares. Puede que el momento más representativo del día fuese cuando se prendió fuego a una limusina.

En total, 214 personas fueron detenidas y acusadas de un delito de altercados, de incitación a los altercados y de preparación para producir altercados. Estas acusaciones pueden acarrear sentencias de hasta 75 años para cada uno de los arrestados. No hace falta decir que estas peticiones superan con creces cualquier sentencia anterior por delitos parecidos. Natasha Lennard es una periodista con un papel destacado a la hora de explicar las estrategias antifascistas y del bloque negro. Señala que la

policía ni siquiera pretende que la mayoría de los detenidos haya roto realmente algo. En vez de eso, casi todos están acusados de haber «animado o intimidado voluntariamente a otros a participar en los disturbios».[323] Las detenciones masivas y las acusaciones desproporcionadas son un intento evidente de impedir cualquier manifestación que pueda suponer alguna alteración de la normalidad. Van en consonancia con la legislación recientemente propuesta en 18 estados para criminalizar formas de protesta, como cortar carreteras, taparse la cara y otras. Se están debatiendo leyes en Tennessee, Carolina del Norte y Dakota del Norte que autorizarían a los conductores de vehículos a atropellar a cualquier manifestante que esté en la calzada.[324]

Tal vez el incidente público más significativo para el antifascismo reciente en Estados Unidos sea el que ocurrió más tarde, el mismo día de la toma de posesión. Richard Spencer, un supremacista blanco, daba una entrevista en la calle para explicar el significado de Pepe la Rana, la mascota de la derecha alternativa. En ese momento, a plena luz del día, un antifascista vestido de negro le dio un puñetazo en la cara. De hecho, alguien le volvió a pegar después, al poco tiempo. El vídeo del suceso se hizo viral y dio vueltas por todo Internet. Se hicieron versiones y *memes* con todo tipo de música pop de fondo, desde Whitney Houston a Justin Bieber. Quedaron recogidas en Twitter con el *hashtag* @PunchedToMusic. La sección «Actualidad del fin de semana», del programa *Saturday Night Live*, se estuvo riendo de él. Incluso un titular de *The New York Times* se preguntaba: «¿Está bien pegar a un nazi?».[325] Un icono de la derecha alternativa, que intentaba ocultar sus ideas nazis bajo un manto de «respetable» intelectualidad, se vio ridiculizado en los *memes* más populares. Otro motivo de *LOLS!* para el insaciable apetito virtual de los *millennials*. Rock contra el Racismo difundió el lema «NF= No Fun» en la década de 1970. Ahora, ver el puñetazo a Spencer al ritmo de DMX convirtió a la derecha alternativa en el «derechazo alternativo» para muchos jóvenes. Aunque solo fuese temporalmente.

Lo que tal vez sea más importante, este suceso representó una aportación significativa a la legitimación del antifascismo. Más concretamente, a la

idea del enfrentamiento físico contra fascistas y supremacistas blancos.

Mientras tanto, a Spencer, como cara visible del fascismo estadounidense, no se le daba tregua. El 8 de abril se concentró con sus simpatizantes para protestar por los ataques con misiles que había ordenado Trump contra Siria. Aplasta el Racismo D. C. y otros antifascistas se enfrentaron con ellos. Spencer fue «bombardeado con purpurina» (le cubrieron con purpurina de forma inesperada) y le persiguieron por la calle cuando huía.

Algunos comentaristas liberales se quejaron por esta falta de «civismo». Presuntamente, darle un puñetazo a un nazi supone un ataque a la «libertad de expresión». Sin embargo, no mencionaron el hecho de que un miembro de la derecha alternativa había disparado sobre un antifascista, llamado Hex, durante una protesta frente a un acto de Milo Yiannopoulos en la Universidad de Washington, el mismo día de la toma de posesión de Trump. Hex pasó tres semanas en la UCI. Perdió la vesícula y parte del hígado, aunque sobrevivió.

Hay que decir que Hex es miembro del Comité de Defensa General (GDC) del sindicato Industrial Workers of the World (IWW). También llamados *wobblies*, son una de las organizaciones sindicales más antiguas y conocidas de Estados Unidos. Recientemente se han convertido en un pujante foro para el antifascismo. IWW es una formación sindicalista revolucionaria. Empezó a organizar los GDC en 1917, en apoyo a sus integrantes encarcelados durante el «temor rojo» de la Primera Guerra Mundial.[326] Desde 2011 los *wobblies* de Twin Cities pensaron que los comités podían tener un papel más activo. No era necesario «esperar a que viniese una amenaza para empezar a organizarse y enfrentarse a ella». Entre sus primeras acciones se cuentan la interrupción de una conferencia de David Irving, el negacionista del Holocausto, y una contramanifestación frente a un acto de homenaje a la bandera confederada.

Cuando la policía de Mineápolis asesinó a Philando Castile y a Jamar Clark, el movimiento Black Lives Matter convocó 18 días de ocupación de los alrededores de la comisaría cuarta. El GDC fue uno de los muchos grupos que se hicieron cargo de la seguridad durante la protesta. Estas acciones y otras parecidas han contribuido a diversificar la afiliación de la

rama local de IWW. En abril de 2017, el GDC de Twin Cities contaba con 139 integrantes.[327]

Internamente, el GDC funciona con un modelo de grupos de trabajo. Es decir, se compone de una serie de equipos que se dedican a los diferentes aspectos de las tareas organizativas. Uno de ellos es un «grupo de trabajo antifascista» cerrado. Se dedica a investigar y a proponer acciones al conjunto del comité. Erik D. es uno de los fundadores del GDC de Twin Cities. Explica que al principio algunos de los militantes más tradicionales les criticaban por ser «imprudentes» o «progresistas». Deja claro que para él, tanto el movimiento basado en colectivos pequeños como el popular son «absolutamente necesarios». En su opinión, el objetivo es «pasar de un antifascismo *ninja* a un antifascismo popular de masas». Kieran, otro militante del GDC de Twin Cities, es uno de los fundadores de Acción Antirracista. Al igual que Erik, cree que no van a ganar «esta guerra solo con una operación técnica de un escuadrón de élite antifascista».

«Para mí —explica— cada vez tiene más importancia la necesidad de esforzarse en integrar el antifascismo en un concepto más amplio de autodefensa obrera [...] de modo que la cuestión no se limite a una pandilla de extremistas que se enfrenta a otra». A pesar de estas opiniones, Kieran mantiene que el modelo de ARA y el del GDC «no son excluyentes entre sí [...], el enfrentamiento físico todavía está a la orden del día».[328]

El éxito del GDC de Twin Cities hizo que este modelo de movimiento «militante y popular» se extendiese por el país tras las elecciones.[329] Por ejemplo, un GDC recién formado contribuyó a impedir un acto «neoconfederado». También a la convocatoria de una gran manifestación contra el KKK en Carolina del Norte. «No todas las personas que se consideran antifascistas van a poder encapucharse y salir a romper cosas —explica Joe, del GDC de Carolina del Norte—. Tiene que haber tareas que puedan hacer las personas mayores o los discapacitados, que no van a poder hacer trabajo de calle».[330]

También se creó un GDC en Baltimore, inmediatamente después de la elección de Trump. Casi a continuación, el grupo presionó con éxito a la asociación local de veteranos para que cancelase un concierto de rock

racista. «No tiene sentido pensar que el 97 % de la actividad antifascista, que no implica un enfrentamiento violento, tiene que ser llevado a cabo por las mismas personas que están dispuestas a ese enfrentamiento violento», insiste Murray, exintegrante de ARA y militante actual del GDC.[331]

Animados por el ejemplo del comité de Twin Cities y por el legado de los Panteras Negras, miembros del sindicato Trabajadores Unidos de la Electricidad, Radio y Maquinaria de Estados Unidos en Burlington (Vermont) crearon a finales de 2015 la Guardia de Defensa Obrera. Esta se plantea como una herramienta popular y antifascista militante de autodefensa de la clase obrera. Responde a las amenazas del Ku Klux Klan contra los sindicalistas de esa ciudad.[332]

Otra organización nueva del antifascismo popular es Redneck Revolt (RnR). Con este nombre, el grupo pretende reivindicar la asociación histórica que hay entre el término *redneck* y los pañuelos rojos que llevaban los mineros rebeldes de la batalla de la Montaña de Blair. Librada en 1921, en Virginia Occidental, fue el levantamiento sindical armado más importante en la historia de Estados Unidos. Con ello quieren «provocar un movimiento entre los obreros de raza blanca» contra el supremacismo. RnR retoma el legado de los Jóvenes Patriotas de las décadas de 1960 y 1970. Sus orígenes se remontan a la creación del Club de Tiro John Brown. Este fue fundado por miembros del Colectivo Apoyo Mutuo de Kansas, en Lawrence (Kansas), en torno a 2005 o 2006. En 2009, uno de los integrantes del club se mudó a Colorado. Allí contribuyó a la creación de un nuevo colectivo similar al anterior y ya con el nombre de Redneck Revolt. Pero no duró mucho. Conforme la campaña electoral de Trump ganaba empuje, uno de los fundadores del grupo, Tyler, me dijo que resultaba «muy irritante que un multimillonario como Trump venga a decir que habla en nombre de las personas de clase obrera y raza blanca». Esto llevó a que volvieran a formar RnR a principios de junio de 2016. Ahora es una organización nacional que cuenta, en abril de 2017, con 26 secciones locales.

Dice Tyler que los militantes de RnR han tenido mucho éxito a la hora de acceder a «espacios donde los nacionalistas blancos reclutan a la gente, para

disuadirles». Por ejemplo, en las ferias de armas. «Por lo general, las personas que van a las ferias de armas odian al Gobierno más que nosotros, así que son sitios estupendos para empezar a conseguir nuevos integrantes», dice. RnR ha logrado desarrollar una afiliación que incluye a numerosos veteranos del Ejército y antiguos republicanos. Incluso personas que habían formado parte de las milicias de extrema derecha «del tres por ciento». Según cuenta Tyler, alguno de ellos le dijo que RnR era lo que él «creía al principio que eran las milicias del tres por ciento».

En vista del modo en que «la izquierda ha cedido las armas a la derecha», explica Tyler, el objetivo de RnR es «dar legitimidad a la defensa de la comunidad y al uso de armas entre la izquierda». Los fines de RnR son básicamente los mismos que los de los colectivos antifascistas. Pero, añade, los integrantes del grupo llevan los pañuelos al cuello, no los usan para taparse la cara. Pretenden ser «tan claros como sea posible, acerca de quiénes somos y de lo que hacemos». A pesar de que se dirigen sobre todo a personas blancas, el 30 % de sus integrantes son de otras razas.

Otros clubes de tiro o grupos de autodefensa comunitaria de izquierda incluyen a los Guardias Rojos Maoístas de Austin (Texas); el Club de Tiro Huey P. Newton, que cuenta con ocho secciones locales en diferentes partes del país; y el club de tiro LGTBQ Trigger Warning (TW) de Rochester, en el estado de Nueva York. Oscar, de TW, explica que el colectivo surgió inmediatamente después de la elección de Trump, como respuesta al aumento de la homofobia y el racismo en la localidad. Más allá de desarrollar «las habilidades necesarias para defender nuestra comunidad», los militantes de TW se esfuerzan en darle «una dimensión integral al antifascismo». Esto incluye la educación política acerca de las causas subyacentes del fascismo. En última instancia, pretenden «demostrar que la idea de que las personas homosexuales son débiles y están desvalidas es falsa».[333]

Con armas o sin ellas, los antifascistas están en las calles. Se han enfrentado a un buen número de desfiles del movimiento MAGA. Estos sirven como tribunas públicas a la derecha alternativa en sus esfuerzos organizativos. Por ejemplo, el 25 de marzo de 2017, una sección local de

RnR, el Club de Tiro John Brown de Phoenix, convocó una contramanifestación con rifles ante una concentración del movimiento MAGA. Se les unieron un grupo armado de Boinas Marrones de Arizona y miembros de Acción Antifascista de Phoenix. El 26 de marzo, Antifa de Filadelfia y sus aliados intentaron impedir un desfile a favor de Trump. Inesperadamente, cientos de adolescentes montados en bicicleta vinieron a ayudarles. Pedaleaban a toda velocidad por la calle y cortaron el tráfico. La policía dio por terminada la concentración de apoyo a Trump por razones de «seguridad».[334]

No obstante, los enfrentamientos más serios se produjeron en Berkeley (California). A raíz de lo ocurrido con Milo Yiannopoulos la universidad se convirtió en un territorio muy disputado. El 4 de marzo de 2017 había convocadas concentraciones en apoyo a Trump por todo el país. En Berkeley se produjeron peleas entre manifestantes de la derecha alternativa y los antifascistas. Parece que estos últimos salieron mejor parados del enfrentamiento. Los medios de comunicación publicaron las fotografías de muchos ultraderechistas ensangrentados.[335] Para intentar recuperarse de esta derrota, los nacionalistas blancos convocaron un acto en el mismo sitio para el 15 de abril siguiente. Incluyeron la participación de una serie de conocidos conferenciantes de la derecha alternativa, como Lauren Southern, una «versión canadiense de Milo Yiannopoulos». Acudieron integrantes de varias milicias de extrema derecha de todo el país, como los Oath Keepers y las del tres por ciento. También pandillas de moteros fascistas, que llegaron buscando bronca. Acción Antirracista del Norte de California calificó esta ocasión como «la concentración racista de la derecha alternativa más grande de 2017».[336]

Una malla naranja mantuvo apartados a los dos bandos en un primer momento. Cuando ambos grupos salieron del parque, la policía pareció desaparecer. Empezaron varias horas de peleas multitudinarias en la calle. El Bloque Pastel es un colectivo de primeros auxilios antifascistas creado a raíz de las protestas contra Yiannopoulos. Uno de sus integrantes explica que en esta ocasión los fascistas habían venido mucho mejor preparados, a pesar de que el número de navajas que vio en la multitud era el doble que el

4 de marzo.[337] Como era de esperar, en los medios de comunicación mayoritarios la noticia del día se limitó al enfrentamiento entre los bandos a favor y en contra de Trump. Pasaron por alto los saludos romanos, los símbolos antisemitas y la presencia de *Proud Boys*, misóginos y violentos.

* * *

La cultura y las formas de organización del antifascismo en Estados Unidos han empezado a difundirse entre los clubes de aficionados de los equipos de fútbol profesionales. Un ejemplo es Acción Antifascista Cosmopolitan. Es un grupo militante integrado en buena medida por inmigrantes de América del Sur y de Centroamérica. Mantienen la homofobia y la transfobia fuera de su grada durante los partidos de los Cosmos de Nueva York. Organizaron una campaña para sacar a la luz la presencia de un grupo de hinchas de ultraderecha entre los seguidores del NYCF (Club de Fútbol de la Ciudad de Nueva York). Estos ultras estaban liderados por cabezas rapadas fascistas de Polonia. Además, han ayudado a convocar manifestaciones en contra de Trump. Colectivos parecidos existen entre los hinchas de los Red Bulls de Nueva York, así como de equipos de Portland, Seattle y Montreal.[338]

Mientras tanto, en Europa, alguno de los enfrentamientos antifascistas más violentos se han dado en el contexto del fútbol. Es cierto que cada equipo ha tenido sus implicaciones políticas, religiosas y étnicas desde principios del siglo Xx. Pero la relación de este deporte con los planteamientos del antifascismo moderno se puede remontar a finales de la década de 1970. En esa época, el Frente Nacional estaba en auge en Gran Bretaña. Sus miembros intentaban conseguir nuevos afiliados durante los partidos. La Liga Antinazi y luego Acción Antifascista tuvieron papeles destacados en la oposición a la venta de publicaciones fascistas en los encuentros. También crearon grupos de hinchas antifascistas. Así surgió Rojos contra los Nazis, integrado por seguidores del Manchester United (se da el caso de que los miembros de Acción Roja eran en su inmensa mayoría hinchas de este equipo).[339]

A finales de la década de 1980, AFA de Leeds organizó una campaña contra la venta de periódicos fascistas durante los partidos del Leeds United. Publicaron un informe sobre los ultras, titulado «Terror en las gradas», que consiguió atraer la atención pública a la amenaza de la extrema derecha. Como recuerda Paul Bowman, uno de los fundadores de AFA de Leeds, estos esfuerzos llevaron a la publicación del primer fanzine antirracista de Gran Bretaña, titulado *Marchamos juntos*. También a la formación del primer grupo de hinchas antirracistas de Gran Bretaña, Hinchas del Leeds Unidos contra el Racismo y el Fascismo. A principios de la década de 1990, se había expulsado al fascismo organizado del fútbol en el Reino Unido. A todos los efectos, el antirracismo pasó a ser la actitud habitual en el deporte.[340]

Durante el mismo periodo, militantes, okupas y autónomos de Hamburgo convirtieron oficiosamente al FC St. Pauli en el que tal vez sea el equipo de fútbol antifascista más icónico del mundo. El estadio se halla en medio del barrio chino de la ciudad, cerca de las constantes batallas para defender las casas okupadas de la Hafenstrasse. El St. Pauli está impregnado de la rebeldía y la contracultura del barrio. Además, cuenta con el conocido emblema de la calavera y las tibias cruzadas, aunque no sea oficial. En 1993 los seguidores del St. Pauli fundaron la Asociación de Hinchas de Fútbol Antifascistas. Continuaron posteriormente su actividad con otras iniciativas, como los Clubes de Hinchas de Fútbol Homosexuales. A lo largo de los años, establecieron lazos con otros militantes de las gradas del Celtic, el Athletic de Bilbao y otros clubes, como parte de una cultura de hinchas antifascistas más extendida.[341]

En Salónica, en Grecia, los seguidores anarquistas del equipo de fútbol PAOK formaron el grupo Puerta Cuatro. Los del Iraklis crearon Puerta Autónoma Diez como club antifascista. También el pequeño equipo profesional de Atenas, Panionios, ha adoptado posiciones militantes. Han invitado a niños refugiados a sus partidos y han declarado: «Panionios significa refugiados». El club de sus seguidores antifascistas se llama Panteras. Por el lado contrario, es sabido que los ultras del Olympiakos son simpatizantes de Amanecer Dorado. Más allá del fútbol profesional, la Liga

Antifascista de Atenas se estableció en 2012 con nueve equipos. Ha crecido cada año desde entonces.[342]

En febrero de 2017 los hinchas del Rayo Vallecano de Madrid, los Bukaneros, consiguieron presionar a su equipo para que devolviera a un jugador fascista de Ucrania al que habían fichado hacía poco. El Torneo de Fútbol Antifascista de Torún, en Polonia; el Mundial Antirracista, en Glasgow; el Mundial de los Pueblos menos Desarrollados, en Ciudad del Cabo; la Copa de Fútbol Libertaria de Estocolmo; el Torneo de Fútbol Antifascista de Lünen, en Alemania, y el festival Patadas al Racismo de Udine, en Italia, son ejemplos de competiciones militantes actuales y pasadas de todo el mundo.[343]

Pero no todos los hinchas antifascistas de fútbol tienen un foro en el que expresar su activismo en el deporte. Durante años, el militante autónomo Niccolò participó en el grupo «neutro» de seguidores de la AC Milan, Fuerza Leones. El club lo cerró en 2005. Aunque resulte extraño, Niccolò y los otros antifascistas se reunían allí con los que luego serían los integrantes del hogar fascista CasaPound. Durante los últimos diez años, los ultras de extrema derecha han tomado casi por completo el fútbol italiano. En Milán, el grupo de ultras fascistas más grande es Acción Lealtad, que se ha unido a la red de Naciones Hammerskin. Según dice Niccolò, la Mafia recurre a menudo a los ultras fascistas y a los militantes de CasaPound como mercenarios. Por su parte, los hinchas de fútbol antifascistas tienden a unirse a clubes neutros.[344]

La inmensa mayoría de ultras del fútbol son apolíticos. Jelle es un antiguo modelo de moda en Milán y ultra del Ajax de Ámsterdam desde principios de la década de 2000. Me contó que su grupo atacaba a cualquiera que «tuviese aspecto de nazi». Solo por llevar ropa con marcas como Fred Perry o Lonsdale, «aunque la mitad de las veces no tenía nada que ver». Hasta cierto punto, profesaban un «antifascismo apolítico». A veces eso los llevaba a unir fuerzas con los militantes. «Si te parece que la idea de que venga un antifascista a darte una paliza da miedo —dice con ironía—, imagina que lo hagan unos ultras de fútbol, que son unos auténticos mafiosos». Sin embargo, «casi con la misma facilidad podíamos atacar a los

militantes», si no había ningún nazi a mano. Jelle explica que en general no hay vínculos fuertes entre el fútbol y la política en Holanda. Sin embargo, en los últimos años algunos grupos de ultras han establecido lazos con la extrema derecha. También han «atacado centros de inmigrantes» en Utrecht y otras partes.[345]

Vladimir organizó un torneo de fútbol antifascista en 2015 en Moscú, con equipos de Rusia y Bielorrusia. Dice también que la mayor parte de los hinchas de fútbol rusos son apolíticos. Sin embargo, señala que los líderes de los grupos de ultras «difunden su ideología política». Esto hace que las lealtades vayan para un lado u otro. Petr, un hincha de Ekaterimburgo, se lamentaba en 2015 de que «los estadios de fútbol se han vuelto bastiones de los nazis [...] igual que ha pasado en Bulgaria, Hungría, Polonia y Rumanía». Se dice que estos obtuvieron el control de la escena ultra a mediados de la década de 1990. Los únicos grupos de hinchas declaradamente antifascistas se encuentran en equipos del Cáucaso, como Spartak Nalchik. Esto se debe al odio a los nazis rusos que surgió a raíz de las guerras de Chechenia. Incluso fundar clubes «neutros» puede ser peligroso, como descubrió el hincha antifascista del Dinamo de Moscú Ilya Dzhaparidze. Fue asesinado por nazis tras fundar un colectivo apolítico.[346]

Como en otros países del bloque soviético, la violencia neonazi se disparó en Rusia en la década de 1990. A finales de esta, se formaron grupos del SHARP y del RASH en Moscú. Estos sentaron las bases para que el pequeño pero tenaz movimiento antifascista llegara a la década siguiente. En San Petersburgo se publicaba la revista *Motivo Antifascista*. El antifascismo surgió allí a mediados de la década de 2000. En el transcurso de estos diez años, los militantes rusos se han enfrentado a los que tal vez sean los neonazis más violentos del continente. Por lo menos nueve antifascistas fueron asesinados por los neonazis entre 2005 y 2009: Timur Kacharava, Alexander R'uhin, Alexey Krylov, Stanislav Markelov, Anastasia Baburova, Ivan Khutorskoy, Ilya Borodaenko y Fedor Filatov. Además, han colocado bombas en las casas de los antifascistas. Más recientemente, en febrero de 2017, un punk antifascista llamado Igor fue asesinado a la salida de un concierto. Les dijo a unos neonazis que dejaran

de levantar el brazo.[347] La lucha del movimiento en Rusia es más difícil todavía dada la actitud autoritaria del Kremlin y los extensos vínculos entre las autoridades y varios grupos de extrema derecha.

* * *

Aunque queda fuera del ámbito geográfico de esta obra, sería una grave injusticia escribir un libro sobre antifascismo internacional en 2017 sin mencionar al menos el núcleo antifascista que subyace a la revolución popular más importante de nuestro tiempo: la de Rojava, en el norte de Siria.

Las semillas ideológicas de este proceso se encuentran en la obra de Abdullah Öcalan, el dirigente del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK). Desarrolló sus planteamientos tras leer al teórico anarquista Murray Bookchin, al historiador Benedict Anderson y a otros, durante la sentencia a cadena perpetua que cumple en una cárcel turca. Con el paso de los años, la idea de Bookchin del municipalismo libertario y el análisis de Anderson de la nación como una «comunidad imaginada» le influyeron para alejar al PKK de sus orígenes como partido marxista-leninista de vanguardia, que luchaba por la liberación nacional de los kurdos, hacia un rechazo del nacionalismo y de la jerarquía del Estado y hasta adoptar los principios de horizontalidad que denominó como «confederalismo democrático».[348]

Cuando en 2012 el presidente sirio Asad retiró sus fuerzas del norte del país, en medio de la guerra civil en curso, la tarea de combatir al Dáesh en la región que los kurdos llaman Rojava recayó sobre las Unidades de Protección Kurdas (YPG) y las Unidades Femeninas de Protección (YPJ), asociadas a las anteriores. Estas fuerzas habían sido creadas varios años antes por la rama siria del PKK, el Partido de la Unión Democrática (PYD). A finales de 2014, el Dáesh controlaba la mayor parte de la región y estaba asediando el enclave kurdo de Kobane. No obstante, el 27 de enero de 2015, esta milicia socialista y feminista, que prescinde de la jerarquía de mando y que elige a sus comandantes de forma democrática, sorprendió al

mundo derrotando al Dáesh en Kobane, a pesar de sus escasos recursos.

Como explicó el escritor kurdo Dilar Dirik, el símbolo de esta victoria es la joven revolucionaria Arîn Mîrkan, que se hizo saltar por los aires cerca de una colina estratégica para rescatar a sus compañeros combatientes y conquistar la posición de manos del Dáesh. Aparte de estos últimos, la revolución también ha sufrido ataques del Ejército sirio, del Ejército Sirio Libre y del Estado turco. En 2015 se establecieron las Fuerzas Democráticas de Siria, una milicia armada secular y con representación de todas las religiones de la zona, de las que las YPJ y las YPG son la parte más importante, pero que también incluyen a árabes, siríacos, turcomanos y otros.[349] Una de las intervenciones más importantes de las YPJ y YPG en la región, fue el dramático rescate de decenas de miles de yazidíes que se habían refugiado en el monte Sinjar para escapar del genocidio del Dáesh contra esta ancestral minoría religiosa.[350]

Con el desarrollo de la revolución, el Movimiento por una Sociedad Democrática (TEV-Dem), integrado por el PYD y por otras fuerzas, empezó a gestionar la reciente autonomía de los cantones de Rojava. Este territorio tiene un tamaño aproximadamente similar al de Connecticut, con una población de 4,6 millones, y se rige según los principios horizontales y feministas propuestos por Öcalan. Comunas locales de 300 personas se federan en distritos más grandes, organizados en «consejos populares». El proceso de toma de decisiones va de abajo arriba, y se exige que todos los organismos incluyan en su composición al menos el 40 % de mujeres.[351] La batalla contra el Dáesh y la situación del pueblo kurdo empezaron a atraer voluntarios extranjeros a partir de 2014. El «primer equipo internacional» de francotiradores se formó durante la defensa de Kobane e incluyó a luchadores de Italia, España, el Reino Unido y Estados Unidos. Aunque muchos de los primeros voluntarios occidentales eran cristianos evangélicos, como los Hijos de la Libertad Internacional, a partir de ahí había cada vez más izquierdistas, según un internacionalista anarquista en Rojava al que conseguí entrevistar. En su opinión, la mayor parte de los turcos son marxistas-leninistas o maoístas, pero en el caso de los europeos se dividen por igual entre marxistas y anarquistas. No obstante,

independientemente de las opiniones políticas, está convencido de que todos consideran fascistas al Dáesh y al presidente turco Erdogan y creen que la defensa de la revolución en Rojava es una lucha antifascista.

Siguiendo el ejemplo del legado de las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española, en junio de 2015 se creó en Rojava el Batallón Internacional de la Libertad (IFB). En él participan organizaciones comunistas turcas, tales como el MLKP y el TKP-ML/TIKKO, y secciones nacionales, como la brigada de anarquistas franceses Henri Krasucki, la organización anarco-comunista griega Sindicato Revolucionario por la Solidaridad Internacionalista y la Brigada Bob Crow de combatientes británicos e irlandeses.[352] En diciembre de 2016, el Tabor Antifascista Internacional (*tabor* quiere decir «batallón» en kurdo) se incorporó al IFB. Su emblema es un fénix alzando el vuelo, enmarcado en el triángulo de las Brigadas Internacionales y sus integrantes aparecen a menudo en fotografías con la bandera antifascista.

Según todas las estimaciones, el número de voluntarios extranjeros no es muy alto, pero algunos han hecho el mayor sacrificio posible por ser consecuentes con su antifascismo. A febrero de 2017, más de 20 habían muerto en el conflicto, junto a muchísimos más kurdos, yazidíes y miembros de otros grupos étnicos de la región, caídos en la lucha contra fascistas de todo tipo. En palabras del Tabor Antifascista Internacional: «Hemos tomado nuestro emblema de los revolucionarios que pelearon en España, en 1936, por un mundo sin fronteras, sin sombras y sin miedo. La historia no les derrotó. Sus sueños no murieron. Estos han vuelto a nacer en nosotros, en cada compañero que lucha, ahora, en Rojava. Como el fénix que siempre renace de sus cenizas, el fuego de la revolución seguirá ardiendo para siempre».[353]

[232] Entrevista con Dominic; «Migration and the far right: an interview with German antifascists on Heidenau» [Inmigración y extrema derecha: una entrevista con antifascistas alemanes sobre Heidenau], *Viewpoint Magazine*, 28 de agosto de 2015, en <https://www.viewpointmag.com/2015/08/28/migration-and-the-far-right-an-interview-with-german-antifascists-on-heidenau/>; «Die brandstifter aus der nachbarschaft» [Los pirómanos del barrio], *Antifaschistisches Infoblatt*, 10 de junio de 2016, en

<https://www.antifainfoblatt.de/artikel/die-brandstifteraus-der-nachbarschaft>; «Ein wenig mehr als Feuerwehr» [Un poco más que los bomberos], *Antifaschistisches Infoblatt*, 20 de octubre de 2015, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/ein-wenig-mehr-als-feuerwehr>; «German police disperse far-right protesters blocking access to refugee center in Saxony» [La policía alemana dispersa a los manifestantes de extrema derecha que bloqueaban el acceso a un centro de refugiados en Sajonia], *DW*, 22 de agosto de 2015, en <http://www.dw.com/en/german-police-dispersefar-right-protesters-blocking-access-to-refugee-center-in-saxony/a-18665359>.

[233] Entrevista con Dominic.

[234] «Why don't Syrian refugees stay in Turkey?» [¿Por qué no se quedan en Turquía los refugiados sirios?], *BBC News*, 15 de julio de 2016, en <http://www.bbc.com/news/magazine-36808038>; Phillip Connor, «Number of refugees to Europe surges to record 1.3 million in 2015» [El número de refugiados en Europa alcanza un récord con 1,3 millones en 2015], *Pew Research Center*, 2 de agosto de 2016, en <http://www.pewglobal.org/2016/08/02/number-of-refugees-to-europe-surges-to-record-1-3-million-in-2015/>; «2016: refugee arrivals fall as deaths hit record» [2016: descienden las llegadas de refugiados al mismo tiempo que el número de muertes alcanza un récord], *Al Jazeera*, 18 de diciembre de 2016, en <http://www.aljazeera.com/news/2016/12/refugees-mediterranean-161218084101126.html>.

[235] Marcus, *The National Front*, p. 21.

[236] Simon Shuster, «European politics are swinging to the right» [La política en Europa se desplaza a la derecha], *Time*, 22 de septiembre de 2016, en <http://time.com/4504010/europe-politicsswing-right/>.

[237] «Europe's rising far right: a guide to the most prominent parties» [La ultraderecha europea en ascenso: una guía a los partidos más destacados], *The New York Times*, 4 de diciembre de 2016, en https://www.nytimes.com/interactive/2016/world/europe/europe-far-right-political-parties-listy.html?_r=0; Anoosh Chakelian, «Rise of the nationalists: a guide to Europe's far-right parties» [El ascenso de los nacionalistas: una guía a los partidos de extrema derecha de Europa], *New Statesman*, 8 de marzo de 2017, en <http://www.newstatesman.com/world/europe/2017/03/rise-nationalists-guideeurope-s-far-right-parties>; Peter Foster *et al.*, «Dutch election result» [Resultado de las elecciones holandesas], *The Telegraph*, 16 de marzo de 2017, en <http://www.telegraph.co.uk/news/2017/03/15/dutch-election-results-4geert-wilders-andmark-rutte-viepower/>; Rory Mulholland *et al.*, «Emmanuel Macron says France facing “immense task” to rebuild unity as he defeats Marine Le Pen» [Emmanuel Macron dice que Francia se enfrenta a la «enorme tarea» de reconstruir la unidad, tras su victoria sobre Marine Le Pen], *The Telegraph*, 8 de mayo de 2017, en <http://www.telegraph.co.uk/news/2017/05/07/french-election-live-marine-le-pen-emmanuelmacronpresidency/>.

[238] Konstantin Richter, «Germany's far-right AfD is here to stay» [La ultraderechista AfD alemana ha venido para quedarse], *Politico*, 24 de abril de 2016, en <http://www.politico.eu/article/germanys-farright-afd-is-here-to-stay/>; «Germany shocked by Cologne New Year gang assaults on women» [Alemania, en shock por el acoso de pandillas a mujeres en la Nochevieja de Colonia], *BBC News*, 5 de enero de 2016, en <http://www.bbc.com/news/world-europe-35231046>; Matt Broomfield, «Majority of Germans think Islam does not “belong” in their country» [La mayoría de alemanes piensan que el islam no «tiene cabida» en su país], *Independent*, 13 de mayo de 2016, en

- <https://www.independent.co.uk/news/world/europe/refugee-crisis-germany-islam-does-not-belong-in-country-a7027361.html>; Thomas Meaney, «The new star of Germany's far right» [La nueva estrella de la ultraderecha de Alemania], *The New Yorker*, 3 de octubre de 2016, en <http://www.newyorker.com/magazine/2016/10/03/the-new-star-of-germanys-far-right>.
- [239] Meaney, «The new star»; Amanda Taub, «Germany's taboos, once a bulwark against the far right, may now be enabling it» [Los tabús de Alemania, anteriormente un muro de contención contra la extrema derecha, pueden estar propiciándola ahora], *The New York Times*, 17 de febrero de 2017, en <https://www.nytimes.com/2017/02/17/world/europe/germany-far-right-politics-afd.html>.
- [240] Carly Berwick, «Dresden» [Dresde], *Slate*, 16 de febrero de 2006, en http://www.slate.com/articles/news_and_politics/dispatches/2006/02/dresden.html; «Chronology» [Cronología], *Abolish Commemoration*, en <http://www.abolishcommemoration.org/chronology.html>.
- [241] Entrevista con Dominic.
- [242] *Ibid.*; «Chronology», *Abolish Commemoration*; «Counter-marches don't impress the nazis a bit» [Las contramanifestaciones no desaniman a los nazis ni un ápice], *Spiegel Online*, 16 de febrero de 2009, en <http://www.spiegel.de/international/germany/the-world-fromberlin-counter-marches-don-t-impress-the-nazis-a-bit-a-607856-amp.html>.
- [243] Entrevista con Dominic.
- [244] Meaney, «The new star»; Josh Lowe, «Anti-Islam organization PEGIDA is exporting hate across Europe» [La organización PEGIDA, contraria a los musulmanes, exporta el odio por toda Europa], *Newsweek*, 15 de febrero de 2016, en <http://www.newsweek.com/anti-islam-organization-pegida-exportinghate-across-europe-426805>.
- [245] Kate Connolly, «Estimated 15,000 people join “pinstriped nazis” on march in Dresden» [Se estima que unas 15.000 personas se han unido a los «nazis de corbata» en una manifestación en Dresde], *The Guardian*, 15 de diciembre de 2014, en <https://www.theguardian.com/world/2014/dec/15/dresden-police-pegidagermany-far-right>.
- [246] «Feministische Intervention von rechts?» [¿Una intervención feminista de la derecha?], *Antifaschistisches Infoblatt*, 25 de abril de 2016, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/feministischeintervention-von-rechts>. [N. del T.: «Rapefugees» es un juego de palabras entre *rape* (violación) y *refugees* (refugiados), que implica que todos los refugiados son unos violadores].
- [247] «Pegida vertraulich» [PEGIDA confidencial], *Antifaschistisches Infoblatt*, 7 de diciembre de 2016, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/pegida-vertraulich-0>; «HoGeSa ist teil einer längeren entwicklung» [HoGeSa es parte de un desarrollo más amplio], *Antifaschistisches Infoblatt*, 7 de diciembre de 2015, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/hogesa-ist-teileiner-l%C3%A4ngeren-entwicklung>; Markus Ragusch y Michael Weiss, «Die Hooligans gegen salafisten sind mehr als nur ausdruck eines antiislamischen rassismus» [Ultras contra salafistas son algo más que una expresión de racismo islamóforo], *Antifaschistisches Infoblatt*, 24 de diciembre de 2014, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/die-hooligans-gegensalafisten-sind-mehr-als-nur-ausdruck-eines-antiislamischen-rassismus>.
- [248] Ragusch y Weiss, «Die Hooligans»; «Pegida vertraulich»; «PEGIDA Review» [Informe PEGIDA], *Antifaschistisches Infoblatt*, 21 de abril de 2015, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/pegida-review>.
- [249] Entrevista con Dominic; Fantifa Frankfurt, en <https://fantifafrankfurt.wordpress.com/eine-seite/>;

Congreso del Feminismo Antifascista, en <https://fantifakongress.noblogs.org/>, traducción [al inglés] de Christina Chiknas.

[250] Entrevista con Dominic.

[251] «Rudolf Heß “Gedenkmarsch” mußte ausfallen» [Se tuvo que cancelar el «desfile conmemorativo» de Rudolf Hess], *Antifaschistisches Infoblatt*, 11 de noviembre de 1997, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/rudolf-he%C3%9F%C2%BBgedenkmarsch%C2%ABmu%C3%9Fte-ausfallen>; René Karpantschhof y Flemming Mikkelsen, «Youth, space, and autonomy in Copenhagen: the squatters’ and autonomous movement, 1963-2012» [Juventud, espacio y autonomía en Copenhague: el movimiento autónomo y okupa, 1963-2012], en Bart van der Steen *et al.* (eds.), *The city is ours: squatting and autonomous movements in Europe from the 1970s to the present* [La ciudad es nuestra: movimientos autónomos y de okupación en Europa, desde la década de 1970 hasta nuestros días], Oakland: PM Press, 2014, p. 192; Katsiaficas, *The subversion of politics*, pp. 123-127.

[252] Entrevista con Ole, marzo de 2017.

[253] «Die dänische neonaziszene» [La escena de los neonazis daneses], *Antifaschistisches Infoblatt*, 27 de diciembre de 2005, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/die-d%C3%A4nische-neonaziszene>.

[254] Entrevista con Ole.

[255] Entrevista con Rasmus Preston, marzo de 2017; <https://redox.dk/>.

[256] «For Friheds forsøg på at bygge en folkebevægelse slog fejl» [Han fracasado los intentos de Por la Libertad de construir un movimiento popular], *REDOX*, 7 de agosto de 2015, en <https://redox.dk/nyheder/friheds-fors%C3%B8gp%C3%A5-bygge-en-folkebev%C3%A6gelse-slog-fejl>; «Clashes erupt as PEGIDA, pro-immigration supporters hold rival rallies in Denmark» [Se producen enfrentamientos al celebrar PEGIDA y defensores de la inmigración manifestaciones enfrentadas en Dinamarca], RT, 3 de diciembre de 2016, en <https://www.rt.com/news/369122-denmarkpegida-antifa-demos/>.

[257] Entrevista con Preston; Vas Panagiotopoulos, «Denmark’s new anti-Islam, anti-immigration, anti-tax party» [El nuevo partido danés contrario al islam, a la inmigración y a los impuestos], *Politico*, 6 de febrero de 2017, en <http://www.politico.eu/article/meet-denmarks-new-anti-islamanti-immigration-anti-tax-party-nye-borgerlige-new-right-pernillevermund/>; Lizzie Dearden, «Danish opposition party demands immigrants celebrate Christmas “if they want to be danish”» [Un partido de la oposición en Dinamarca exige que los inmigrantes celebren la Navidad «si quieren ser daneses»] *Independent*, 17 de febrero de 2017, en <https://www.independent.co.uk/news/world/europe/denmark-peoples-party-immigration-refugees-christmas-christianity-easter-church-danish-a7585221.html>.

[258] Entrevista con Rasmus Preston.

[259] *Nästa Station Rönninge* [Siguierte parada, Rönninge], dirigida por Rasmus Preston y Andreas Rasmussen, 2015, Produktionskollektivet Opbrud; Fabian Virchow, «Creating a European (no-nazi) movement by joint political action?» [¿Crear un movimiento europeo (que no sea nazi) mediante la acción política conjunta?], en Andrea Mammone *et al.* (eds.), *Varieties of right-wing extremism in Europe* [Tipos de extremismo de ultraderecha en Europa], Nueva York: Routledge, 2013, pp. 202 y 203; Dennis Sven Nordin, *A Swedish dilemma: a liberal European nation’s struggle with racism and xenophobia, 1990-2000* [Un dilema sueco: la lucha de una nación liberal europea con el racismo y la xenofobia, 1990-2000], Lanham: University Press of

- America, 2005, pp. 197 y 198; Elisabeth Elgán e Irene Scrobbie, *Historical dictionary of Sweden* [Diccionario histórico de Suecia], 3.^a edición, Lanham: Rowman & Littlefield, 2015, pp. 196, 263 y 264; Carl-Gustaf Scott, *African footballers in Sweden: race, immigration and integration in the age of globalization* [Futbolistas africanos en Suecia: raza, inmigración e integración en la era de la globalización], Nueva York: Palgrave Macmillan, 2015.
- [260] *Nästa station Rönninge*; Virchow, «Creating a European (no-nazi) movement?», *Varieties of right-wing extremism*, en <https://antifa.se/historik/>; entrevista con Dolores C., abril de 2017; Jämtne, «Antirasismens Många ansikten» p. 288.
- [261] *Nästa station Rönninge*; entrevista con Dolores C.
- [262] *Antifascisterna* [Antifascistas], dirigida por Patrik Öberg y Emil Ramos; «Interview with an antifascist prisoner in Sweden» [Entrevista con un preso antifascista sueco], *Kersplebedeb*, 12 de diciembre de 2014, en <http://kersplebedeb.com/posts/interview-with-an-antifascist-prisoner-in-sweden/>; *Svenska motståndsrörelsen* [Resistencia sueca], *Redox*, en <https://redox.dk/baggrund/organisationer/svenska-motst%C3%A5ndsr%C3%B6relsen>.
- [263] Andreas Rasmussen, *Ingen jävla Hjärte* [Ningún maldito héroe], Malmö: Kira Förlag, 2016; «Info on the nazi attacks on feminists» [Información sobre el ataque nazi contra feministas], *Project Antifa*, 13 de marzo de 2014, en <http://projektantifa.dk/nyheder/article/info-on-the-nazi-attackson>; Gabriel Kuhn, «Kämpa Showan!» [¡Resiste, Showan!] *PM Blog*, diciembre de 2016, en <http://www.pmpress.org/content/article.php/20161212062122214>.
- [264] Entrevistas con Dolores C., Ole y Rasmus Preston; «The rise of Sweden’s far-left militants» [El ascenso de los militantes suecos de extrema izquierda], *Vice News*, 27 de mayo de 2014, en <https://www.youtube.com/watch?v=U1MYMVfyHi0>.
- [265] Elgán y Scrobbie, *Historical Dictionary of Sweden*, pp. 263 y 264; Jon Sharman, «Anti-immigrant party takes first place in Sweden, poll shows» [Una encuesta descubre que un partido contrario a la inmigración toma la delantera en Suecia], *Independent*, 25 de marzo de 2017, en <https://www.independent.co.uk/news/world/europe/anti-immigrant-sweden-democrasyougov-poll-first-most-popular-refugee-a7649506.html>; Richard Orange, «First we take Hässleholm» [Primero conquistamos Hässleholm], *Politico*, 10 de febrero de 2017, en <http://www.politico.eu/article/sverigedemokraterna-first-we-takehassleholm-swedish-far-right-rises-ulf-erlandsson-anna-kinbergbatra-stefan-lofven/>; Chakelian, «Rise of the nationalists».
- [266] *Antifascisterna*.
- [267] Alex de Jong, «Pro-gay and anti-Islam: rise of the Dutch far-right» [A favor de los gays y contraria al islam: el ascenso de la extrema derecha holandesa], *ROAR*, 8 de febrero de 2015, en <https://roarmag.org/essays/wilders-fortuynnationalism-netherlands/>; Ian Traynor, «“I don’t hate Muslims. I hate Islam”, says Holland’s rising political star» [La estrella política en ascenso en Holanda declara: “Yo no odio a los musulmanes, odio el islam”], *The Guardian*, 16 de febrero de 2008, en <https://www.theguardian.com/world/2008/feb/17/netherlands.islam>; entrevista con Job Polak, marzo de 2017; Polak, «A history of Dutch fascism» [Una historia del fascismo en Holanda].
- [268] Angélique Chrisafis, «Far-right Front National: from protest vote to “first party in France?”» [El ultraderechista Frente Nacional: ¿de voto de protesta a «primer partido de Francia?»], *The Guardian*, 19 de marzo de 2015, en <https://www.theguardian.com/world/2015/mar/19/front-national-secretwelcome-provincial-france-elections>; James McAuley, «As France’s far-right National Front rises, memory of its past fades» [Con el ascenso del Frente Nacional en Francia

desaparece el recuerdo de su pasado], *The Washington Post*, 26 de enero de 2017, en https://www.washingtonpost.com/world/as-frances-far-right-national-front-rises-memory-of-its-pastfades/2017/01/26/dfeb0d42-e1ac-11e6-a419-eefe8eff0835_story.html?utm_term=.6b8f319ac196; Adam Nossiter, «France's far-right sees an opportunity in "brexit"» [La extrema derecha de Francia ve el *brexit* como una oportunidad], *The New York Times*, 28 de junio de 2016, en <https://www.nytimes.com/2016/06/29/world/europe/france-national-frontbrexit.html>; «Dédiabolisation» [Desintoxicación], *The Economist*, 11 de agosto de 2012, en <http://www.economist.com/node/21560280>; Annie Benveniste y Étienne Pingaud, «Far-right movements in France: the principal role of Front National and the rise of islamophobia» [Movimientos de extrema derecha en Francia: el papel protagonista del Frente Nacional y el ascenso de la islamofobia], en Gabriella Lazaridis *et al.* (eds.), *The rise of the far right in Europe: populist shifts and «othering»* [El ascenso de la extrema derecha en Europa: desplazamientos populares e identificación de los otros], Londres: Palgrave Macmillan, 2016, p. 63.

[269] Entrevista con Camille, abril de 2017.

[270] Entrevista con Pavé Brûlant, febrero de 2017; «Tout ce que vous avez toujours voulu savoir sur le SCALP-Reflex (sans jamais oser le demander)» [Todo lo que siempre ha querido saber acerca de SCALP-Reflex (pero que nunca se atrevió a preguntar)], *SCALP-REFLEX*, 18 de enero de 2014, en <http://scalp-reflex.over-blog.com/>.

[271] <http://scalp-reflex.over-blog.com/>; entrevista con Camille.

[272] Entrevista con Camille.

[273] «Οι «κάτοικοι» του Αγ. Παντελεήμονα» [Los «habitantes» de S. Pantaleón] *Indymedia Atenas*, 4 de octubre de 2012, en <https://athens.indymedia.org/post/1426623/>; Joanna Kakissis, «Far-right Greek party rides wave of economic anger» [Partido de extrema derecha griego aprovecha la ola de descontento económico] *NPR*, 13 de noviembre de 2012, en <http://www.npr.org/2012/11/13/164407096/farright-greek-party-rides-wave-of-economic-anger>; «Minority groups react to Amerikis Square attacks» [Minorías reaccionan ante los ataques de la plaza Amerikis], *ekathimerini*, 26 de septiembre de 2012, en <http://www.ekathimerini.com/144930/article/ekathimerini/news/minority-groups-react-to-amerikis-square-attacks>; «Officer took part in market attack» [Agente de policía participó en el ataque del mercado], *ekathimerini*, 11 de septiembre de 2012, en <http://www.ekathimerini.com/144553/article/ekathimerini/news/officer-took-part-inmarket-attack>; Alex Spillius, «Rise of neo-nazi Golden Dawn party leads to spate of immigrant attacks in Greece» [El ascenso del partido nazi Amanecer Dorado da lugar a una oleada de ataques a inmigrantes en Grecia], *The Telegraph*, 13 de junio de 2012, en <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/greece/9330223/Rise-of-neo-Nazi-Golden-Dawn-party-leads-to-spate-ofimmigrant-attacksin-Greece.html>; Maria Margaronis, «Greek anti-fascist protesters «tortured by police» after Golden Dawn clash» [Manifestantes antifascistas griegos «torturados por la policía» después de un enfrentamiento con Amanecer Dorado], *The Guardian*, 9 de octubre de 2012, en <https://www.theguardian.com/world/2012/oct/09/greek-antifascistprotesters-torture-police>.

[274] Margaronis, «Greek anti-fascist protesters»; «AntifAlice in Monsterland» [Antifalicia en el país de las monstruosidades], en <http://eagainst.com/articles/antifalice-in-monsterland/>; entrevista con Yiorgos y Eliana Kanaveli, marzo de 2017.

[275] *Ibid.*

- [276] Entrevista con Yiorgos y Eliana Kanaveli.
- [277] Kakissis, «Far-right Greek party»; Yesenia Barragan, *Selling our death masks: cash-for-gold in the age of austerity* [Vender nuestras máscaras mortuorias: «Se compra oro» en la época de la austeridad], Winchester: Zero, 2014, p.58; Karolina Tagaris, «Far-right Golden Dawn exploits darker side of Greece's discontent» [Los ultraderechistas de Amanecer Dorado se aprovechan del lado más oscuro del descontento en Grecia], *Reuters*, 11 de septiembre de 2015, en <http://uk.reuters.com/article/uk-eurozone-greece-goldendawn-idUKKCN0RB1HE20150911>.
- [278] Lucy Rodgers y Nassos Stylianou, «How bad are things for the people of Greece?» [¿Cuán mal les van las cosas a los griegos?], *BBC News*, 16 de julio de 2015, en <http://www.bbc.com/news/world-europe-33507802>; «Explaining Greece's Debt Crisis» [Explicación de la crisis de la deuda griega], *The New York Times*, 17 de junio de 2016, en <https://www.nytimes.com/interactive/2016/business/international/greece-debt-crisis-euro.html>.
- [279] Kakissis, «Far-right Greek party»; «Hate on the streets» [Odio en las calles], *Human Rights Watch*, 10 de julio de 2012, en <https://www.hrw.org/report/2012/07/10/hatestreets/xenophobic-violence-greece>; Tagaris, «Far-right Golden Dawn»; Liz Alderman, «Greek far right hangs a target on immigrants» [Los inmigrantes en la diana de la extrema derecha griega], *The New York Times*, 10 de julio de 2012, en <http://www.nytimes.com/2012/07/11/world/europe/as-golden-dawn-rises-in-greece-antiimmigrant-violence-follows.html>; «Did one in two Greek policemen really vote for Golden Dawn?» [¿De verdad han votado la mitad de los policías en Grecia a Amanecer Dorado?], en <http://news.radiobubble.gr/2012/06/did-one-in-two-greek-policemen-really.html>.
- [280] ORMA Antifa es uno de los grupos explícitamente antifascistas que hay en Atenas, en <https://ormantifa.wordpress.com/>; A. G. Schwarz *et al.* (eds.), *We are an image from the future: the Greek revolt of December 2008* [Somos una imagen del futuro: la revuelta griega de diciembre de 2008], Oakland: AK Press, 2010.
- [281] Barragan, *Selling our Death Masks*, p. 57.
- [282] Joseph Charlton, «Greek anti-fascist rapper murdered by “neo-nazi” Golden Dawn supporter» [Rapero antifascista griego asesinado por un simpatizante neonazi de Amanecer Dorado], *Independent*, 18 de septiembre de 2013, en <https://www.independent.co.uk/news/world/europe/greek-anti-fascist-rapper-murdered-by-neo-nazi-golden-dawn-supporter-8824664.html>; «Anarchists, riot police clash outside Athens as nation strikes» [Anarquistas y policía antidisturbios se enfrentan en las afueras de Atenas, mientras el país va a la huelga], RT, 18 de septiembre de 2013, en <https://www.rt.com/news/greecestrike-public-sector-013/>; entrevista con Yiorgos.
- [283] Helena Smith, «Golden Dawn shooting survivor could hold clues to identities of killers» [El superviviente del tiroteo contra Amanecer Dorado podría tener la clave para identificar a los autores], *The Guardian*, 3 de noviembre de 2013, en <https://www.theguardian.com/world/2013/nov/03/golden-dawn-shootingsurvivor-witnessed-killings>; Dorian Lynskey, «Did a rapper's murder bring down Greece's neo-nazi party?» [¿Puede el asesinato de un rapero ser la causa del fin del partido neonazi de Grecia?], *Buzzfeed*, 23 de enero de 2014, en https://www.buzzfeed.com/dorianlynskey/how-the-murder-ofrapper-pavlos-f-yssas-turned-greece-upside?utm_term=.gb9JwY7o3#.gb9JwY7o3; «Moment of deadly attack on Golden Dawn office» [El momento del ataque mortal contra la sede de Amanecer Dorado], *Euronews*, 6 de noviembre de 2013, en <https://www.youtube.com/watch?v=Wz1dVljkHJ0>; «Love and rockets» [Amor y cohetes], temporada 1, episodio 4, *Vice on HBO*,

- en <https://www.youtube.com/watch?v=eEk5-MAKIHE&t=1528s>.
- [284] Entrevista con Malamas Sotiriou, marzo de 2017; «Die antifa hat es mit viel Mühe geschafft, auf den Straßen dominant zu sein» [El antifascismo ha conseguido con mucho esfuerzo dominar las calles], *Antifaschistisches Infoblatt*, 11 de septiembre de 2014, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/%E2%80%9Edie-antifa-hat-es-mitviel-m%C3%BChe-geschafft-auf-den-stra%C3%9Fen-dominant-zu-sein%E2%80%9C>.
- [285] Nick Squires *et al.*, «What is the Golden Dawn trial about?» [¿De qué va el juicio contra Amanecer Dorado?], *The Telegraph*, 20 de abril de 2015, en <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/greece/11548387/What-is-the-Golden-Dawn-trial-about.html>.
- [286] «Pavlos Fyssas Brigade claims Golden Dawn HQ attack» [La Brigada Pavlos Fyssas reivindica el ataque contra el cuartel general de Amanecer Dorado], *The National Herald*, 7 de abril de 2017, en <https://www.thenationalherald.com/157437/pavlos-fyssas-brigade-claims-golden-dawn-hq-attack/>; entrevistas con Malamas Sotiriou, Eliana Kanaveli y Yiorgos.
- [287] Chakelian, «Rise of the nationalists»; Anthee Carassava, «How the rise of Donald Trump has re-energised Greece’s neo-nazis» [El ascenso de Donald Trump da nuevas energías a los neonazis griegos], *Independent*, 31 de enero de 2017, en <https://www.independent.co.uk/news/world/europe/donald-trump-muslim-ban-greece-neo-nazi-golden-dawn-athens-march-protest-a7555706.html>.
- [288] Patrick Strickland, «Greek punk bands raise money for refugee squats» [Grupos de punk griegos recaudan fondos para casas okupadas por refugiados], Al Jazeera, 7 de febrero de 2017, en <http://www.aljazeera.com/indepth/features/2017/01/greek-punk-bands-raise-money-refugee-squats-170119132728335.html>; «Athens, Greece: refugee housing squat Notara 26 targeted in arson attack» [Atenas, Grecia: la casa okupada para alojar refugiados, Notara 26, es objeto de un ataque incendiario], *Insurrection News*, 24 de agosto de 2016, en <https://insurrectionnewsworldwide.com/2016/08/24/athensgreece-refugee-housing-squat-notara-26-targeted-in-arson-attack/>; entrevista con Eliana Kanaveli y Yiorgos.
- [289] Entrevista con Malamas Sotiriou; «Athens, Greece: police evict 2 squats, 7 anarchists and over 100 refugees detained» [Atenas, Grecia: la policía desaloja dos okupas, arrestados siete anarquistas y más de 100 refugiados], *Insurrection News*, 13 de marzo de 2017, en <https://insurrectionnewsworldwide.com/2017/03/13/athens-greecepolice-evict-2-squats-and-detain-over-100-refugees/>.
- [290] Entrevista con Malamas Sotiriou.
- [291] *Ibid.*
- [292] Cyril Castelliti, «Au club de boxe antifa et solidaire de Marseille» [En el Club de Boxeo Antifascista y Solidario de Marsella], *Vice Sports*, 14 de noviembre de 2015, en <https://sports.vice.com/fr/article/auclub-de-boxe-antifa-et-solidaire-de-marseille>; «Antifa fight club: an overview of Italy’s antifascist gyms & boxing clubs» [El club de la lucha antifascista: una panorámica de los gimnasios y clubes de boxeo antifascistas de Italia], *Insurrection News*, 1 de noviembre de 2015, en <https://insurrectionnewsworldwide.com/2015/11/01/antif>
- [293] Mark Noack, «Rumors of immigration raids reach “boiling point”» [Los rumores de redadas contra inmigrantes alcanzan «un nivel febril»], *Palo Alto Online*, 18 de febrero de 2017, en <https://paloaltoonline.com/news/2017/02/18/rumors-ofimmigration-raids-reach-boiling-point>.
- [294] Entrevista con Christopher Key, marzo de 2017.
- [295] «Yiannopoulos on college speaking tour» [Yiannopoulos se embarca en un *tour* de conferencias

en la universidad], CNN, 2 de febrero de 2017, en <http://www.cnn.com/2017/02/01/us/milo-yiannopoulos-berkeley/>; Keegan Hanks, «How Stephen Bannon made Milo dangerous» [Cómo Stephen Bannon volvió peligroso a Milo], *SPLC*, 23 de febrero de 2017, en <https://www.splcenter.org/hatewatch/2017/02/23/how-stephen-bannon-made-milo-dangerous>; Noah Michelson, «Here's a fact-check on Milo Yiannopoulos' incendiary claims about trans people» [Una lista de verificación de las incendiarias declaraciones de Milo Yiannopoulos sobre las personas transexuales], *The Huffington Post*, 18 de febrero de 2017, en http://www.huffingtonpost.com/entry/milo-yiannopoulos-transgender-people-truth_us_58a84dcae4b07602ad551487.

[296] Maya Oppenheim, «UC Berkeley protests: Milo Yiannopoulos planned to “publicly name undocumented students” in cancelled talk» [Protestas en UC Berkeley: Milo Yiannopoulos planeaba «hacer públicos los nombres de estudiantes indocumentados» en la conferencia cancelada], *Independent*, 3 de febrero de 2017, en <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/uc-berkeley-protests-miloyiannopoulospublicly-name-undocumented-students-cancelled-talk-illegals7561321.html>; Julia Carrie Wong, «UC Berkeley cancels “alt-right” speaker Milo Yiannopoulos as thousands protest» [UC Berkeley cancela la intervención del orador de la «derecha alternativa» Milo Yiannopoulos ante las protestas de miles de estudiantes], *The Guardian*, 2 de febrero de 2017, en <https://www.theguardian.com/world/2017/feb/01/milo-yiannopoulos-uc-berkeley-event-cancelled>; entrevista con Juan Prieto en *Against the Grain*, 14 de febrero de 2017.

[297] Wong, «UC Berkeley cancels “alt-right”»; entrevista con Prieto.

[298] «Yiannopoulos on college speaking tour», CNN.

[299] Max Kutner, «Inside the black bloc protest strategy that shut down Berkeley» [La estrategia del bloque negro que cerró Berkeley, desde dentro], *Newsweek*, 14 de febrero de 2017, en <http://www.newsweek.com/2017/02/24/berkeley-protest-milo-yiannopoulos-black-bloc-556264.html>; Jason Le Miere, «What is antifa? Anti-fascist group behind violent Berkeley protest against Milo Yiannopoulos» [¿Qué es el antifascismo? El grupo antifascista tras los violentos altercados en Berkeley contra Milo Yiannopoulos], *International Business Times*, 2 de febrero de 2017, en <http://www.ibtimes.com/what-antifa-anti-fascist-group-behind-violent-berkeleyprotest-against-milo2485217>; Will Yates, «America's extremist battle: antifa v alt-right» [La batalla de los extremismos en Estados Unidos: el antifascismo contra la derecha alternativa], *BBC News*, 20 de febrero de 2017, en <http://www.bbc.com/news/blogs-trending-39004753>; Emma Grey Ellis, «Neo-nazis face a new foe online and irl: the far-left antifa» [Los neonazis se enfrentan a un nuevo enemigo, en las redes y en la vida real: los antifascistas de extrema izquierda], *Wired*, 4 de febrero de 2017, en <https://www.wired.com/2017/02/neo-nazis-face-newfoe-online-irl-far-left-antifa/>; Patrick Strickland, «US anti-fascists: “We can make racists afraid again”» [Los antifascistas de Estados Unidos: «Podemos hacer que los racistas tengan miedo otra vez»], *Al Jazeera*, 21 de febrero de 2017, en <http://www.aljazeera.com/indepth/features/2017/02/anti-fascistsracists-afraid-170221100950730.html>; Matthew Sheffield, «Anti-fascist radicals: liberals don't realize the serious danger of the alt-right» [Antifascistas radicales dicen que los liberales no se dan cuenta de lo serio que es el peligro de la derecha alternativa], *Salon*, 10 de marzo de 2017, en <https://www.salon.com/2017/03/10/anti-fascistradicals-liberals-dont-realize-the-serious-danger-of-the-alt-right/>; Lynn Neary, «Free speech advocates, publishers wrestle with questions of

- censorship» [Defensores de la libertad de expresión y editores a vueltas con el tema de la censura], NPR, 12 de enero de 2017, en <http://www.npr.org/2017/01/12/509497010/free-speech-advocates-publishers-wrestle-with-questions-of-censorship>; «For antifa, not all speech should be free» [Según los antifascistas, no todas las ideas deberían poder expresarse libremente], WNYC, 10 de febrero de 2017, en <https://www.wnyc.org/story/antifaspeech-free/>.
- [300] Entrevista con Murray.
- [301] «William Pierce», *SPLC*, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/individual/william-pierce>; «Matt Hale», *SPLC*, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/individual/matt-hale>.
- [302] Entrevista con Howie.
- [303] Entrevista con Jack, marzo de 2017.
- [304] Entrevista con RCA, abril de 2017.
- [305] «Hate map» [Mapa del odio], *SPLC*, en <https://www.splcenter.org/hate-map>; Mark Potok, «The year in hate and extremism», *SPLC*, 15 de febrero de 2017, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-report/2017/year-hate-and-extremism>.
- [306] Entrevista con RCA.
- [307] «Alternative right» [La derecha alternativa], *SPLC*, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/ideology/alternative-right>; «Richard Bertrand Spencer», *SPLC*, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/individual/richard-bertrand-spencer-0>; Shane Burley, «Defining the alt right and the new American fascism» [Definición de la derecha alternativa y del nuevo fascismo estadounidense], *Counterpunch*, 28 de septiembre de 2016, en <http://www.counterpunch.org/2016/09/28/defining-the-alt-right-and-the-new-american-fascism/>.
- [308] Burley, «Defining the alt right»; Alexander Reid Ross, *Against the fascist creep* [Contra el sigiloso avance fascista], Oakland: AK Press, 2017, pp. 296-305.
- [309] Entrevista con Daryle Lamont Jenkins, abril de 2017.
- [310] «Yiannopoulos on college speaking tour», CNN.
- [311] «Milo speaks out to Tucker» [Milo se sincera con Tucker], *Fox News Insider*, 1 de febrero de 2017, en <http://insider.foxnews.com/2017/02/01/campus-chaosprotestsforscancellation-milo-yiannopoulos-event-uc-berkeley>.
- [312] «Yiannopoulos on college speaking tour», CNN.
- [313] Burley, «Defining the alt right».
- [314] Entrevista con Christopher Key; Ross, *Against the fascist creep*, p. 296.
- [315] Lydia O'Connor, «Here are 13 examples of Donald Trump being racist» [A continuación, 13 ejemplos del racismo de Donald Trump], *Huffington Post*, 29 de febrero de 2016, en http://www.huffingtonpost.com/entry/donald-trump-racistexamples_us_56d47177e4b03260bf777e83.
- [316] Krishnadev Calamur, «What Europe's far right sees in Trump's win» [Lo que ve la extrema derecha europea en la victoria de Trump], *The Atlantic*, 10 de noviembre de 2016, en <https://www.theatlantic.com/international/archive/2016/11/trump-farright-europe/507314/>.
- [317] Don Terry, «A better way» [Un modo mejor], *SPLC*, 16 de mayo de 2013, en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-report/2013/better-way>; «Post-release fund for Jason Sutherlin» [Colecta tras la liberación de Jason Sutherlin], 11 de agosto de 2014, en <https://tinleyparkfive.wordpress.com/>; Antifa de Indiana se creó a principios de 2015; entrevista con Antifa de Indiana, mayo de 2017.
- [318] https://torchantifa.org/?page_id=42; entrevista con Iggy.

- [319] James Queally, «Ku Klux Klan rally in Anaheim erupts in violence» [El acto del Ku Klux Klan en Anaheim acaba en violentos enfrentamientos], *Los Angeles Times*, 29 de febrero de 2016, en <http://www.latimes.com/local/lanow/la-me-ln-klan-rally-in-anaheim-erupts-in-violence-oneman-stabbed-20160227-story.html>.
- [320] Mike McPhate, «10 injured during white nationalist protest in Sacramento» [Diez heridos en Sacramento durante una protesta de nacionalistas blancos], *The New York Times*, 26 de junio de 2016, en <https://www.nytimes.com/2016/06/27/us/7-injured-during-white-nationalist-protestin-sacramento.html>.
- [321] Entrevista con Brett; <https://itsgoingdown.org/university-nebraskaomaha-studentcooper-ward-deputy-director-american-vanguard/>.
- [322] Spencer Sunshine, «The changing face of anti-fascism» [El cambiante aspecto del antifascismo], *truthout*, 18 de enero de 2017, en <http://www.truth-out.org/news/item/39128-thechanging-face-of-anti-fascism>.
- [323] Entrevista con Chepe, abril de 2017; <https://itsgoingdown.org/fierce-anticapitalist-anti-fascist-bloc-inauguration/>; Natasha Lennard, «How the government is turning protesters into felons» [Cómo está convirtiendo el Gobierno a manifestantes en criminales], *Esquire*, 12 de abril de 2017, en <http://www.esquire.com/news-politics/a54391/how-the-government-is-turning-protesters-into-felons/?src=socialflowTW>; <http://m.democracynow.org/headlines/2017/5/2/48754>.
- [324] Christopher Ingraham, «Republican lawmakers introduce bills to curb protesting in at least 18 states» [Legisladores republicanos presentan leyes para impedir las protestas en al menos 18 estados], *The Washington Post*, 24 de febrero de 2017: https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2017/02/24/republican-lawmakersintroduce-bills-to-curb-protesting-inat-least-17-states/?utm_term=.750c71800982; «Tennessee bill would make drivers immune from civil liability if they hit protesters in street» [La ley propuesta en Tennessee exime a los conductores de responsabilidad civil si atropellan a manifestantes en la calzada], en <http://kdvr.com/2017/02/13/tennessee-bill-would-make-driversimmune-from-civil-liability-if-they-hit-protesters-blocking-street/>; Nina Agrawal, «In North Dakota, it could become legal to hit a protester with your car» [En Dakota del Norte podría ser legal atropellar a un manifestante con el coche], *Los Angeles Times*, 3 de febrero de 2017, en <http://www.latimes.com/nation/la-na-bills-protest-criminal-20170201-story.html>; Steven Nelson, «N.C. House votes to protect drivers who hit protesters» [El Parlamento de Carolina del Norte vota que los conductores que atropellen a manifestantes estén protegidos frente a demandas], *U.S. News & World Report*, 28 de abril de 2017, en <https://www.usnews.com/news/articles/2017-04-28/north-carolina-house-votes-toprotect-drivers-who-hit-protesters>.
- [325] Liam Stack, «Attack on alt-right leader has internet asking: is it O.K. to punch a nazi?» [El ataque a un líder de la derecha alternativa hace que Internet se pregunte: «¿Está bien pegar a un nazi?»], *The New York Times*, 21 de enero de 2017, en <https://www.nytimes.com/2017/01/21/us/politics/richard-spencerpunched-attack.html>.
- [326] Laura Weinrib, *The taming of free speech* [La domesticación de la libertad de expresión], Cambridge: Harvard University Press, 2016, p. 94; Joyce L. Kornbluh, *Rebel voices: an IWW anthology* [Voces rebeldes: antología de IWW] Oakland: PM Press, 2011, p. 427.
- [327] Entrevista con Erik D., marzo de 2017; «Building working-class defense organizations: an

- interview with the Twin Cities GDC» [Construir organizaciones de defensa de la clase obrera: una entrevista con el GDC de Twin Cities], 4 de diciembre de 2016, en <http://m1aa.org/?p=1316>; «Community self-defense: organizing through the diversity of the working class» [Autodefensa de la comunidad: organizarse a través de la diversidad de la clase obrera], 15 de diciembre de 2016, en <https://twincitiesgdc.org/2016/12/15/communityself-defense-organizing-the-diversity-of-theworking-class/>.
- [328] Entrevista con Erik D. y Kieran en *Against the Grain*, 14 de febrero de 2017.
- [329] Entrevista con Kieran.
- [330] Entrevista con Joe, marzo de 2017.
- [331] Entrevista con Murray.
- [332] Entrevista con Eazy, mayo de 2017; <https://itsgoingdown.org/a-year-of-organizingthe-workers-defense-guard-in-vermont/>.
- [333] Entrevistas con Tyler y Oscar, marzo y abril de 2017; <https://www.redneckrevolt.org/>; <https://hueypnewtongunclub.org/home>.
- [334] Bob Fernandez *et al.*, «Pro-Trump Philly march cut short by police for safety» [La policía interrumpe una manifestación a favor de Trump en Filadelfia por motivos de seguridad], *Philly.com*, 26 de marzo de 2017, en <http://www.philly.com/philly/blogs/real-time/Pro-Trump-MAGA-March-Philly-Jersey-March-25-2017.html>.
- [335] Amy B. Wang, «Pro-Trump rally in Berkeley turns violent as protesters clash with the president's supporters» [Una manifestación en apoyo a Trump en Berkeley acaba en altercados cuando unos manifestantes se enfrentan con los simpatizantes del presidente], *The Washington Post*, 5 de marzo de 2017, en https://www.washingtonpost.com/news/post-nation/wp/2017/03/05/pro-trump-rally-in-berkeley-turns-violent-as-protesters-clash-with-the-presidents-supporters/?utm_term=.e2764d743abd.
- [336] «How the biggest racist alt-right rally of 2017 is happening...in Berkeley» [Cómo está transcurriendo la concentración racista de la derecha alternativa más grande de 2017... en Berkeley], *It's Going Down*, 4 de abril de 2017, en <https://itsgoingdown.org/biggest-racist-alt-right-rally-2017-happening-berkeley/>.
- [337] Entrevista con miembro del Bloque Pastel, abril de 2017.
- [338] Entrevista con Ian, marzo de 2017.
- [339] Hann, *Physical Resistance*, pp. 311, 314; Gabriel Kuhn, *Soccer vs. the state: tackling football and radical politics* [Fútbol contra el Estado: a vueltas con el fútbol y con las ideas políticas radicales], Oakland: PM Press, 2011, pp. 143-147.
- [340] Entrevista con Paul Bowman, abril de 2017; «Marching Altogether: interview with a member of Leeds Fans United Against Racism and Fascism» [Marchamos juntos: entrevista con un miembro de Hinchas del Leeds United contra el Racismo y el Fascismo], *libcom*, en <https://libcom.org/library/marching-altogetherinterviewmember-leeds-fans-united-against-racism-fascism>.
- [341] Gabriel Kuhn, *Soccer vs. the state*, pp. 135-139
- [342] Entrevista con Malamas Sotiriou; «Interview with a member of the fan club Gate 4» [Entrevista con un miembro del club de hinchas Puerta Cuatro], *Left Side Terraces*, en <https://leftsideterraces.blogspot.com/2014/04/interview-with-member-of-fan-club-gate.html>; «Interview with a member of Antifa League Athens» [Entrevista con un miembro de la Liga Antifascista de Atenas], en <https://avtonom.org/en/news/interview-member-antifa-league-athens>.

- [343] «Spanish team refuse Ukrainian footballer loan after fans protest “neo-nazi links”» [Equipo español rechaza la cesión de un futbolista de Ucrania después de que los hinchas se quejaron por sus «vínculos neonazis»], RT, 2 de febrero de 2017, en <https://www.rt.com/sport/376120-roman-zozulya-dropped-from-rayo-vallecano/>; Kuhn, *Soccer vs. the state*, p. 220.
- [344] Entrevista con Niccolò Garufi.
- [345] Entrevista con Jelle, marzo de 2017.
- [346] «Interview with antifa ultra Petr from Ekaterinburg» [Entrevista con el hincha ruso Petr, de Ekaterimburgo], *Russian Football News*, 5 de octubre de 2015, en <http://russianfootballnews.com/interviewwith-antifa-ultra-petr-from-ekaterinburg/>; «Antifa in Russian football» [El antifascismo en el fútbol ruso], 12 de octubre de 2015, en <http://futbolgrad.com/antifa-in-russianfootball-ultras-organize-tournamentfor-tolerance/>.
- [347] Actitud Antifascista, en <https://nycantifa.wordpress.com/2010/11/08/russiaantifascist-attitude/>; «Russia: antifa punk killed by neonazis at The Exploited gig» [Rusia: punk antifascista asesinado por neonazis en el concierto de The Exploited], 22 de febrero de 2017, en <https://mpalothia2.wordpress.com/2017/02/22/russia-antifapunk-killed-by-neonazis-at-the-exploitedgig/>.
- [348] Gracias a Murray por la información sobre Rojava; Wes Enzinna, «A dream of secular utopia in ISIS’ backyard» [El sueño de una utopía secular en el patio trasero del Dáesh], *The New York Times*, 24 de noviembre de 2015, en <https://www.nytimes.com/2015/11/29/magazine/a-dream-of-utopiain-hell.html>.
- [349] Dilar Dirik, «Radical democracy: the first line against fascism» [Democracia radical: la primera línea de combate contra el fascismo], *ROAR*, n.º 5, 2017; Dilar Dirik, «Why Kobanî did not fall» [Por qué no cayó Kobane], *Kurdish Question*, 27 de enero de 2015, en <http://www.kurdishquestion.com/oldarticle.php?aid=why-kobani-did-not-fall>; Seth Harp, «The anarchists vs. the Islamic State» [Los anarquistas contra el Dáesh], *Rolling Stone*, 14 de enero de 2017, en <http://www.rollingstone.com/politics/features/american-anarchistsyypg-kurdish-militia-syria-isis-islamic-statew466069>.
- [350] Correspondencia con Murray.
- [351] Meredith Tax, «The revolution in Rojava» [La revolución en Rojava], *Dissent*, 22 de abril de 2015, en https://www.dissentmagazine.org/online_articles/the-revolution-in-rojava; Enzinna, «A dream of secular utopia».
- [352] Alex MacDonald, «Bob Crow Brigade “30 miles” from IS-stronghold of Raqqa in Syria» [La Brigada Bob Crow está a «45 kilómetros» de Raqqa, el bastión del Dáesh en Siria], *Middle East Eye*, 16 de agosto de 2016, en <http://www.middleeasteye.net/news/bob-crow-brigade-30-miles-stronghold-raqqasyria-2141320914>; «Foreign volunteers for the Syrian kurdish forces» [Voluntarios extranjeros con las fuerzas kurdas de Siria], *The Carter Center*, 27 de febrero de 2017, en https://www.cartercenter.org/resources/pdfs/peace/conflict_resolution/syria-conflict/foreignvolunteers-for-syrian-kurdish-forces-2017.02.23.pdf.
- [353] «Rojava: new international batallion formed-Antifascist International Tabur» [Rojava: creado nuevo batallón internacional-Tabor Antifascista Internacional], *Insurrection News*, 21 de diciembre de 2016, en <https://insurrectionnewsworldwide.com/2016/12/21/rojava-newinternational-battalion-formed-antifascist-internationalist-tabur/>.

Cinco lecciones históricas para antifascistas

En este capítulo se analizan brevemente cinco lecciones que muchos antifascistas sacan, o creo que deberían sacar, de la historia. Cada una de ellas empieza con una descripción de algún fenómeno dado, antes de pasar a realizar una interpretación antifascista del hecho en cuestión. Como todos los acontecimientos pasados, estos también están sujetos a múltiples interpretaciones. Estas no son las únicas lecciones que se pueden extraer, pero aportan claridad a algunas de las interpretaciones históricamente informadas del antifascismo.

1. Las insurrecciones fascistas no han triunfado nunca. Siempre han accedido al poder por medios legales.

Partamos de algunos hechos importantes: la marcha de Mussolini sobre Roma no fue más que un espectáculo, para legitimar la invitación a formar Gobierno que ya había recibido. El Putsch de Múnich de Hitler en 1923 fue un absoluto fracaso. Cuando finalmente accedió al poder, lo hizo porque el presidente Hindenburg le nombró canciller. Del mismo modo, el Parlamento aprobó la Ley Habilitante, que le otorgó el poder absoluto.

Para el antifascismo militante, estos hechos históricos arrojan dudas sobre el método liberal para enfrentar el fascismo. Básicamente, este es poco más que un acto de fe: en la capacidad del debate razonado para neutralizar las

ideas fascistas; en la policía, para neutralizar la violencia fascista; y en las instituciones del gobierno parlamentario, para neutralizar los intentos fascistas de hacerse con el poder. No hay duda de que, en ocasiones, este método funcionó. Pero tampoco se puede negar que en muchos otros casos no lo hizo.

El fascismo y el nazismo surgieron con un atractivo emotivo e irracional, basado en promesas masculinas de un vigor nacional renovado. Aportar argumentos políticos es siempre importante para apelar a la potencial base popular del fascismo. Pero este enfoque pierde eficacia cuando se enfrenta a ideologías que rechazan las condiciones del debate racional. La racionalidad no ha conseguido nunca detener a los fascistas ni a los nazis. No cabe duda de que la razón siempre es necesaria. Pero lamentablemente no es suficiente, desde un punto de vista antifascista.

Tampoco es ninguna sorpresa que la historia demuestre que los Gobiernos parlamentarios no siempre fueron una barrera ante el fascismo. Al contrario, en muchas ocasiones sirvieron más bien de carta de invitación. Cuando las élites políticas y económicas del periodo de entreguerras se sintieron lo suficientemente amenazadas por la posibilidad de una revolución, se volvieron hacia personajes como Mussolini y Hitler para aplastar sin contemplaciones a los disidentes y defender su propiedad privada. Sería un error reducir el fascismo por completo a una maniobra de último recurso de un sistema capitalista en peligro. Pero ese elemento de la ecuación jugó un papel importante, a veces decisivo, en su desarrollo. Cuando los líderes autoritarios del periodo de entreguerras no se sentían tan amenazados, a menudo aplicaron ellos mismos desde el Gobierno políticas similares a las de los fascistas. Para la mayoría de los revolucionarios, esto quiere decir que el antifascismo debe ser también, necesariamente, anticapitalista. Mientras el capitalismo alimente la lucha de clases, dicen, el fascismo estará siempre oculto al fondo de la sala. Será la solución autoritaria al descontento social.

Por lo que respecta a que la policía neutralice la violencia fascista, es cierto que en ocasiones han detenido y reprimido a los fascistas. Pero la

evidencia histórica demuestra que, junto con el ejército, se cuentan entre los actores sociales más ansiosos por «restaurar el orden». Una serie de estudios han demostrado el alto porcentaje de policías que votaron por Amanecer Dorado y por el Frente Nacional, en sus respectivos países, a lo largo de los últimos años.[354] En Estados Unidos, es evidente que muchos agentes dieron la bienvenida a Trump. Es un presidente que les apoya. Les permite continuar sin impedimentos con el acoso y los asesinatos en las comunidades que no son de raza blanca. Se ha sabido hace poco que el FBI venía investigando desde hacía décadas los preocupantemente altos niveles de infiltración de supremacistas blancos en las fuerzas del orden.[355] Algo que es probable que no sorprenda a nadie. Independientemente de la composición de los cuerpos policiales en Estados Unidos, lo cierto es que se desarrollaron a partir de las patrullas sureñas para perseguir esclavos y de la represión en el norte contra el movimiento sindical. Eso da algunas pistas sobre el papel que han jugado estos organismos en el sistema de «justicia» criminal, supremacista blanco en sí mismo.

A pesar de todo lo dicho y del hecho de que las insurrecciones de los fascistas hayan fracasado siempre, no se debe bajar la guardia ante el uso de estas tácticas por su parte. Hay muchos casos que testimonian el peligro material que supone su violencia insurreccional. La «estrategia de tensión» en Italia. El desarrollo de la idea del lobo solitario en una «resistencia sin líderes», propuesta por el líder (sic) del Klan Louis Beam, en Estados Unidos. O la lucha armada fascista que se vivió en ambos lados del conflicto del Euromaidán en Ucrania.[356] En todo caso, históricamente, el fascismo no accedió a los salones del poder derribando la puerta, sino convenciendo al portero de que la abriera para él.

2. Unos más que otros, muchos dirigentes y teóricos antifascistas del periodo de entreguerras asumieron que el fascismo no era más que una variante de las posiciones contrarrevolucionarias tradicionales.

No se lo tomaron suficientemente en serio hasta que fue demasiado tarde.

Desde que ha existido la revolución, ha habido contrarrevolución. Todo asalto a la Bastilla ha tenido su Termidor. Tras la Comuna de París, cientos

de comuneros subieron al cadalso. Miles más fueron encarcelados o tuvieron que partir al exilio. Después de la fallida Revolución rusa de 1905, más de 5.000 prisioneros políticos fueron ejecutados y se mandó a la cárcel a 38.000 personas. En este mismo periodo, se vivieron 690 pogromos antisemitas, en los que se asesinó a más de 3.000 judíos.[357] Los revolucionarios europeos y las minorías étnicas han vivido en carne propia la violencia de la reacción tradicional.

No obstante, el fascismo era algo nuevo. Sus innovaciones ideológicas, tecnológicas y burocráticas dieron forma a un mecanismo con el que llevar a la metrópoli las guerras de exterminio que el imperialismo y el genocidio europeos habían exportado por todo el mundo.

Por ello, no es sorprendente que al principio muchos analistas de izquierda interpretaran el fascismo dentro de los parámetros de las fuerzas contrarrevolucionarias existentes. Según la Federación de Trabajadores Socialistas, los Fascistas italianos eran, «en el sentido más literal, una Guardia Blanca». Con ello se referían a los contrarrevolucionarios de la Revolución rusa. El Partido Comunista de Gran Bretaña les llamaba «los *Black and Tan* italianos», en referencia a las unidades contrarrevolucionarias británicas de la guerra de Independencia de Irlanda. En la década de 1920, algunos marxistas emplearon el análisis del comunista húngaro Géorg Lúkacs del «terror blanco». En consonancia, defendían que los *squadristi* de Mussolini no eran más que una avanzadilla de la clase dirigente, sin ideología propia.[358]

Por otra parte, una serie de analistas pusieron de relieve las características exclusivas del fascismo. Reconocieron la novedad de sus guiños nacionalistas al socialismo, su elitismo populista. Observaron que ciertos sectores anteriormente enfrentados, como los terratenientes tradicionales y los capitalistas burgueses, podían formar un movimiento contrarrevolucionario unido.[359] El enfoque marxista en la dinámica de clase que subyace al fascismo sacó a la luz partes de esta nueva y sorprendente doctrina, que los observadores de centro no llegaron a detectar. Sin embargo, esto también tendía a confinar el peligro potencial de esta ideología en los límites de su supuesto papel como guardaespaldas de

la clase dirigente. De ese modo, los marxistas y muchos otros no consiguieron prever que el ámbito de su violencia se iba a extender mucho más allá de lo estrictamente «necesario» para salvaguardar la empresa capitalista. Es cierto que los fascistas del periodo de entreguerras se desarrollaron a partir de una base de clase media, con el apoyo de las clases dirigentes. Pero a menudo, aunque no siempre, al crecer conseguían atraer a elementos obreros. Este es un hecho que los marxistas tardaron mucho tiempo en asimilar del todo.

Independientemente del contenido de sus análisis, muchos políticos de la izquierda no se comportaron como si realmente estuviese en juego la supervivencia de sus movimientos. Los socialistas italianos firmaron el Pacto de Pacificación con Mussolini en 1921. Para ellos, igual que para los comunistas, la llegada del fascismo al poder no representaba nada más grave que el enésimo giro a la derecha en la perpetua oscilación pendular de la política parlamentaria burguesa. En este aspecto, no fueron diferentes del todo de la mayor parte de los socialdemócratas españoles. Estos colaboraron con el Gobierno militar de Primo de Rivera, a pesar de sus tintes fascistas, en la década de 1920. En Alemania, los comunistas pensaban que el fascismo había llegado ya cuando los «Gobiernos presidenciales» de principios de la década de 1930 empezaron a legislar por decreto. Sin embargo, ni los supuestamente fascistas «Gobiernos presidenciales» ni la llegada a la cancillería de Adolf Hitler convencieron a los líderes del partido de que se enfrentaban a una amenaza existencial. Para la cúpula del KPD, el nazismo no requería una oposición por todos los medios posibles, sino paciencia. Su lema era: «Primero Hitler, luego nosotros». A principios del siglo pasado, los izquierdistas tenían motivos para pensar que las etapas de represión más intensa iban y venían. El fascismo cambió las reglas del juego.

La primera vez que se reconoció de manera sustantiva el peligro del fascismo fue en el «Levantamiento de Febrero» de 1934. En él, los socialistas austriacos se defendieron de los asaltos de las fuerzas del autoritario canciller Dollfuss contra sus centros de reunión (a su vez, estos ataques estaban espoleados por Mussolini). El levantamiento fue

brutalmente reprimido. Dejó 200 muertos, 300 heridos y resultó en la prohibición del partido.[360] No obstante, su valentía animó a los mineros socialistas en España. Estos se sublevaron más tarde ese mismo año en Asturias. Su lema era: «Mejor Viena que Berlín». Hacía referencia a la llegada de Hitler al poder, a la que nadie se opuso por la fuerza. Cuando estalló la guerra civil en España, el antifascismo se entendía ya como una lucha desesperada para evitar el exterminio.

Teóricos y políticos marxistas tendían a interpretar el fascismo basándose demasiado en el paradigma de la contrarrevolución tradicional. Esto limitó la capacidad de la izquierda en su conjunto para reaccionar ante esta nueva amenaza. La forma de la resistencia debe adaptarse siempre a aquello contra lo que se resiste. Por eso, es tarea de los antifascistas reevaluar de forma continua sus arsenales teóricos, estratégicos y tácticos, en base a los cambios en la ideología y la práctica de sus adversarios de extrema derecha. Matthew N. Lyons ha puesto esta lección en práctica. Critica a los autores que dicen que a la «derecha alternativa» no se le debería llamar otra cosa más que neonazis. Para Lyons no cabe duda de que muchos en la derecha alternativa lo son. Pero defiende que esta actitud «representa la idea equivocada de que los supremacistas blancos son todos iguales [...], de que no necesitamos conocer a nuestros oponentes».[361] A los antifascistas de entreguerras les costó muy caro interpretar a su enemigo en virtud de un paradigma desfasado. En cierto momento, la evolución de la extrema derecha va a implicar que habrá que abandonar el marco del «fascismo» por completo, conforme nos alejemos más y más del siglo Xx.

Es crucial que los militantes desarrollen una comprensión clara y precisa del fascismo. Para poder entender la naturaleza flexible y sólida de las propuestas políticas del antifascismo, debemos reconocer la relación que hay entre dos de sus muchos aspectos: el analítico y el moral.

El aspecto analítico consiste en poner en juego definiciones e interpretaciones históricamente informadas del fascismo. Se busca dar forma a una estrategia de oposición a este adaptada a los retos concretos que plantea el enfrentarse a grupos y movimientos con esa ideología. Por ejemplo, ciertos métodos válidos para enfrentarse a colectivos neonazis

pueden no ser aplicables a otras organizaciones de extrema derecha. Deben entenderse bien las diferencias que hay en la ultraderecha para tenerlas en cuenta en la toma de decisiones estratégicas y tácticas.

El aspecto moral se desarrolló durante el periodo de entreguerras a partir de la potencia retórica asociada al término «fascista», cuando se califica así a alguien o a algo. Entra en juego cuando la óptica militante se aplica a fenómenos que pueden no ser fascistas, hablando de forma estricta, pero que presentan ciertos rasgos que sí lo son.

Por ejemplo, ¿se equivocaban los Panteras Negras al llamar «cerdos fascistas» a los policías que asesinaban a personas de raza negra con impunidad? Puede ser que los agentes no tuviesen opiniones de este tipo, personalmente. Además, el Gobierno de Estados Unidos no era literalmente fascista. En una manifestación del movimiento en Madrid pude ver una bandera del arcoíris con el lema «La homofobia es fascismo». ¿Acaso el hecho de que haya muchos homófobos que no son de ultraderecha invalida esta afirmación? Las guerrillas que se enfrentaron a Pinochet en Chile o el maquis contra Franco en España ¿estaban equivocados al decir que su lucha era «antifascista»? Según muchos historiadores, estos regímenes no eran fascistas, en un sentido estricto...

Es importante analizar cada uno de estos casos y muchos más para poder desarrollar un análisis bien afinado. Sin embargo, el aspecto moral del antifascismo permite comprender cómo el término «fascismo» ha llegado a constituir una categoría normativa. Quienes se enfrentan a un conjunto de formas de opresión lo utilizan de este modo. Ponen así de relieve la ferocidad de sus oponentes políticos y los elementos de continuidad que tienen con el fascismo en sí. La España de Franco puede haber sido un régimen militar católico y tradicionalista, más que fascista como tal. Pero estas distinciones no tenían mucha importancia para las personas perseguidas por la Guardia Civil.

Las dificultades a la hora de definir el fascismo hacen que la línea divisoria entre estos dos aspectos se difumine. Es más, el aspecto analítico contiene una crítica moral. Al igual que el aspecto normativo implica un análisis, aunque sea impreciso, de las relaciones que hay entre una cierta

forma de opresión y el fascismo. Es verdad que a partir de cierto punto el uso de este calificativo pierde su eficacia, cuando se repite en exceso. Pero una parte integrante fundamental del antifascismo es la necesidad de enfrentarse tanto a propuestas explícitamente fascistas como a otras similares, en solidaridad con todos los que las sufren y luchan contra ellas. Las cuestiones terminológicas deben afectar a nuestra estrategias y tácticas, no a nuestra solidaridad.

3. Por motivos ideológicos y organizativos, a menudo las cúpulas socialista y comunista tardaron más que sus bases en evaluar de forma correcta la amenaza que representaba el fascismo. Y más todavía en apoyar una respuesta antifascista militante.

Muchos socialistas y comunistas consideraron en un principio que el fascismo era una forma más de las actitudes contrarrevolucionarias clásicas. Se centraron mucho más en enfrentarse entre sí que en oponerse a sus enemigos fascistas. Ambas facciones marxistas argumentaban que si lograban unir al proletariado bajo su liderazgo, los obstáculos que opusiese la extrema derecha no tendrían importancia.

Algunos militantes socialistas de base siguieron en los Arditi del Popolo para luchar contra los camisas negras en Italia, a principios de la década de 1920. Pero los líderes del partido ordenaron abandonarlos, para proseguir una senda electoral y legalista. Cuando esta se vio definitivamente bloqueada, fueron incapaces de cambiar de rumbo.

Lo mismo ocurrió en otras partes en esa época. Los socialdemócratas alemanes se mantuvieron estrictamente dentro de la legalidad a lo largo de las décadas de 1920 y 1930. a pesar del creciente descontento entre los miembros del partido. Sus militantes de base participaban en la milicia Reichsbanner, después en el Frente de Hierro, y proponían medidas más agresivas. Pero el letárgico aparato del partido no estaba preparado para plantearse estrategias alternativas. Del mismo modo, a las bases del socialismo austriaco les costó mucho llevar a los líderes de su partido a posiciones de autodefensa militante frente al asalto de la extrema derecha, en las décadas de 1920 y 1930. En Gran Bretaña, los militantes del Partido Laborista y del Congreso de Sindicatos se enfrentaban físicamente a los

fascistas en las calles. Sus líderes les advertían de que no lo hicieran. La cúpula del laborismo condenó incluso la participación de algunos de sus afiliados en la batalla de Cable Street, en la que varios colectivos se opusieron a los camisas negras de Oswald Mosley que querían desfilan por un sector judío del East End de Londres. También se negaron a apoyar a los muchos miembros del partido que se unieron a las Brigadas Internacionales en España.[362] Como ha dicho el historiador Larry Ceplair, los socialdemócratas «habían jugado al juego parlamentario demasiado tiempo y sus líderes se habían vuelto ideológica y psicológicamente incapaces de organizar, ordenar o aprobar la resistencia armada o una revolución preventiva».[363]

Muchos socialistas a nivel individual no estaban tan preocupados por la ideología legalista del partido ni por su estrategia de planes maestros electorales. Percibieron mucho mejor la cambiante situación que se daba sobre el terreno y estuvieron mucho más dispuestos a plantar cara al fascismo.

A principios de la década de 1920, la Internacional Comunista creía que la tarea más inmediata de los revolucionarios era dejar clara la distinción que había entre el marxismo-leninismo y la socialdemocracia y el enfrentamiento entre ambos. De ese modo, serían ellos quienes liderasen la oleada insurreccional que parecía que iba a engullir el continente. Este objetivo volvió a plantearse con el inicio de la «tercera etapa» de la Komintern, a partir de 1928. El modelo de organización leninista de «centralismo democrático» dictaba una cadena de mando muy disciplinada. Descendía desde la Komintern en Moscú, a través de los partidos nacionales, hasta las secciones locales y los cuadros militantes en los barrios. Esto permitía al movimiento comunista internacional actuar de forma concertada a lo largo de vastas zonas geográficas. Pero también implicaba a menudo que las rencillas internas entre la élite del partido en Moscú tenían una mayor influencia sobre las decisiones políticas que la situación sobre el terreno.

El calificativo de «socialfascistas» es un ejemplo de ello. Muchos líderes nacionales lo adoptaron a regañadientes y lo abandonaron gustosamente

cuando la Komintern pasó a la postura del Frente Popular, en 1935. Generalmente, entre los militantes de los partidos no había ni de lejos tanta animosidad como la que existía entre sus líderes. De hecho, las primeras iniciativas de unidad entre socialistas y comunistas en Francia y Austria, por poner dos casos, se desarrollaron desde la base.[364] Estos ejemplos ilustran algunos de los inconvenientes de las formas jerárquicas de organización.

4. El fascismo le roba a la izquierda la ideología, la estrategia, la imagen y la cultura.

El fascismo y el nazismo se desarrollaron a partir del deseo de librar al nacionalismo, al militarismo y a la masculinidad de la «decadente» burguesía capitalista que estaba al frente de los Gobiernos italiano y alemán. También para arrebatarse la política popular y colectivista de las manos de la «degenerada» izquierda socialista. Incluso antes de que Hitler tomase las riendas del Partido Alemán de los Trabajadores, este ya usaba una buena cantidad de rojo en sus banderas y en sus carteles y sus miembros se trataban de «camarada».[365] Esto dio lugar a paradojas semánticas, contrarias a la ideología y a la lógica, tales como «nacionalsindicalismo» o «nacionalsocialismo». Invariablemente, conforme estos partidos ganaban influencia y empezaban a hacer guiños a la élite económica, purgaban a los fascistas y a los nazis de «izquierda». Pero el hecho de haberse reapropiado de la retórica del populismo obrero fue un elemento muy importante para que pudieran llegar hasta ese punto.

Por ejemplo, los nazis crearon sus propias bolsas de trabajo. Esto les permitía conseguir empleos a los parados, gracias a sus buenas relaciones con los empresarios. En cierta manera, se trataba de una versión de la noción de colaboración entre clases que entiende que el sindicato sirve como puerta de entrada al empleo en una industria concreta. A su vez, no cabe duda de que las tabernas de las tropas de asalto surgieron a partir de una tradición socialista similar, que se remontaba al siglo Xix.

Los nazis también daban comida y alojamiento gratuitos a sus simpatizantes durante la Gran Depresión. Esto suponía una enorme

diferencia con respecto a los conservadores tradicionales, que desdeñaban a los pobres y a los desempleados. Como mucho, podían hacer alguna aportación a organizaciones caritativas apolíticas o religiosas.

Esta forma de auxilio político y social de la extrema derecha ha sido adoptada más recientemente por Amanecer Dorado en Grecia, CasaPound en Italia, el Hogar Social de Madrid y Acción Nacional Británica. Todos ellos realizan repartos de comida gratuita a griegos, italianos y españoles étnicos o «solo a blancos». Los integrantes de CasaPound imitan a los okupas autónomos y entran en edificios abandonados. Hogar Social Madrid no solo hace okupaciones similares, sino que en ocasiones se ha movilizó para evitar el desalojo de españoles de origen. Un vergonzoso intento de aprovechar el prestigio del dinámico movimiento de izquierdas contra los desahucios.

De un modo más genérico, los fascistas de después de la guerra no dejaron de recurrir a la izquierda revolucionaria para extraer propuestas estratégicas. Los de la «Tercera Vía» pretendían aplicar las teorías de Mao, acerca de las revoluciones en el tercer mundo, a su objetivo de una «liberación europea». Esta implicaba la expulsión forzosa de todos los «no europeos» del continente. En la década de 1980, una fracción de Tercera Vía en Francia propuso emplear una «estrategia “trotskista”» para infiltrarse en el Frente Nacional y controlarlo desde dentro. Los fascistas en Ucrania han querido reapropiarse del legado del anarquista ucraniano Néstor Majnó. Y las Bases Autónomas, en España, ensalzaban al anarquista Buenaventura Durruti.[366]

Incluso fascistas de toda Europa empezaron a copiar la táctica del bloque negro de los autónomos alemanes. Lo han hecho desde finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 y, sobre todo, desde finales de la de 2000. Estos «nacionalistas autónomos» visten de negro y han llegado a utilizar el emblema antifascista de las banderas, pero con lemas nacionalsocialistas. A veces llevan pañuelos palestinos y hacen todo lo posible por emular el atractivo de la izquierda revolucionaria. Para ello adoptan el anticapitalismo, el antimilitarismo y la oposición al sionismo en países como Alemania, Grecia, la República Checa, Polonia, Ucrania,

Inglaterra, Rumanía, Suecia, Bulgaria y los Países Bajos. No obstante, en Europa Occidental esta tendencia empezó a decaer en torno a 2013. Una nueva modalidad de este tema es el «nacionalanarquismo». Los «nacionalanarquistas» insultan el concepto anarquista de autonomía al basarse en él para defender «enclaves étnicos», separados y homogéneos, incluida una patria solo para blancos.[367]

Se podrían citar muchos más ejemplos, pero estos son suficientes para demostrar que el antifascismo no se trata solo de dar un paso adelante para oponerse al fascismo. Hay que estar alerta frente al *sigiloso avance fascista*, como sugiere el título del estupendo trabajo de Alexander Reid Ross. También demuestran la importancia de la ideología de izquierdas. Conceptos como «autonomía», «liberación nacional», o incluso «socialismo», y tácticas como los repartos de comida, las okupaciones o el bloque negro pueden ser recuperados ante nuestras propias narices si no queda bien clara la forma en que se combinan entre sí.

5. No hacen falta tantos fascistas para que haya fascismo

En 1919, los *fasci* de Mussolini no tenían más que 100 integrantes. Cuando le nombraron primer ministro, en 1922, solo un 7 % o un 8 % de la población de Italia se había unido a su partido, el PNF. De hecho, solo tenía 35 escaños, de los más de 500 que había en el Parlamento. Cuando Hitler fue a la primera reunión del Partido Obrero Alemán, este solo contaba con 54 miembros. Y en el momento en que le nombraron canciller, en 1933, solo el 1,3 % de la población alemana estaba afiliado al NSDAP.[368] Por toda Europa, en el periodo de entreguerras, los partidos fascistas de masas surgieron a partir de lo que habían sido núcleos inicialmente muy pequeños. Más recientemente, antes de la crisis financiera de 2008 y de la llegada de los refugiados, muchos partidos fascistas o cercanos a esta ideología eran minúsculos. Sus posteriores éxitos electorales demuestran que la extrema derecha tiene el potencial de crecer muy rápidamente cuando las circunstancias le son favorables.

Es indudable que estas organizaciones crecieron y sus regímenes se

consolidaron en el poder cuando obtuvieron el apoyo de las élites conservadoras. Y de empresarios asustados, de dueños de pequeños negocios preocupados, de nacionalistas en paro y otros. Después de la guerra se popularizaron unas narrativas triunfales de la resistencia. Vienen a decir que nadie, aparte de los ideólogos fascistas más comprometidos, apoyaba a Mussolini o a Hitler. Pero lo cierto es que los regímenes de ambos consiguieron un amplio apoyo popular. Ese discurso nubla nuestra comprensión de lo que significaba ser un fascista o un nazi en la década de 1930. En ese sentido, hicieron falta muchos fascistas para que hubiese fascismo. Lo que quiero decir aquí es que, antes de lograr ese apoyo popular, no eran más que pequeños grupos de fanáticos.

Es importante señalar que, mientras Mussolini reunía a su variopinto grupo de unos cientos de excombatientes amargados y escasos socialistas nacionalistas, o Hitler intentaba hacerse con el liderazgo del minúsculo Partido Obrero Alemán, Italia y Alemania parecían estar al borde de la revolución social. No había motivo alguno por el que la izquierda tuviese siquiera que pestañear ante ambos acontecimientos. Esos grupos minúsculos no podían parecer más irrelevantes.

Teniendo en cuenta lo que sabían en ese momento anarquistas, comunistas y socialistas, ninguno tenía motivos para dedicar tiempo o atención al fascismo en sus inicios. Sin embargo, es imposible dejar de preguntarse lo que podría haber ocurrido si lo hubiesen hecho. No podemos saberlo, desde luego. Gastar demasiado tiempo en ello pasa por alto otros factores sociales más amplios que abonaron el terreno para la irrupción del fascismo. En todo caso, el futuro no está escrito. A menudo el fascismo ha surgido a partir de grupos pequeños y marginales. Por eso los antifascistas llegan a la conclusión de que toda presencia fascista o supremacista blanca debe tratarse como si fuesen los 100 *fasci* de Mussolini o los 54 miembros iniciales del Partido Obrero Alemán de los Trabajadores, el primer peldaño de Hitler en su ascenso al poder.

La trágica ironía del antifascismo moderno es que, cuanto más éxito tiene, más se pone en duda su necesidad. Sus mayores triunfos quedan siempre en un limbo hipotético: ¿cuántos movimientos genocidas han cortado de raíz

los antifascistas a lo largo de los últimos 70 años de lucha, antes de que su violencia pudiese hacer metástasis en el resto de la sociedad? Nunca lo sabremos. Y eso es algo verdaderamente bueno.

- [354] «Did one in two Greek policemen really vote for Golden Dawn?»; «Les gendarmes et l'élection présidentielle» [Los gendarmes y las elecciones presidenciales], *Ifop*, en <http://lessor.org/wpcontent/uploads/2017/04/Rapport-sondage-pre%CC%81sidentielle.pdf>.
- [355] Alice Speri, «The FBI has quietly investigated white supremacist infiltration of law enforcement» [El FBI viene investigando de forma discreta la infiltración de supremacistas blancos en las fuerzas del orden], *The Intercept*, 31 de enero de 2017, en <https://theintercept.com/2017/01/31/the-fbi-has-quietly-investigated-whitesupremacist-infiltration-of-law-enforcement/>.
- [356] Ross, *Against the fascist creep*, p. 115.
- [357] Orlando Figes, *A people's tragedy: the Russian Revolution: 1891-1924*, Nueva York: Penguin, 1996, pp. 197, 201 [trad. cast.: *La Revolución rusa (1891-1924)*, Barcelona: Edhasa, 2001].
- [358] Hodgson, *Fighting fascism*, pp. 51, 55.
- [359] *Ibid.*, pp. 27, 36.
- [360] Paula Sutter Fichtner, *Historical dictionary of Austria* [Diccionario histórico de Austria], 2.^a edición, Lanham: MD Scarecrow, 2009, pp. 96 y 97.
- [361] Matthew N. Lyons, «Calling them “alt-right” helps us fight them» [Llamarles «derecha alternativa» nos ayuda a enfrentarnos a ellos], *threewayfight*, 22 de noviembre de 2016, en <https://threewayfight.blogspot.com/2016/11/calling-them-alt-right-helps-us-fight.html>.
- [362] Hodgson, *Fighting fascism*, pp. 105-106, 138, 140, 160-161.
- [363] Ceplair, *Under the shadow of war*, p. 6.
- [364] *Ibid.*, p. 86.
- [365] Payne, *A history of fascism*, p. 151.
- [366] *Ibid.*, p. 163; Ross, *Against the fascist creep*, pp. 89-90, 140-141, 170-172.
- [367] «Les autonomes nationalistes en Allemagne» [Los nacionalistas autónomos en Alemania], *Reflexes*, 12 de noviembre de 2009, en <http://reflexes.samizdat.net/les-autonomes-nationalistes-enallemagne-mefiez-vous-des-imitations/>; Maik Fielitz, «Militanter neonazismus in Griechenland» [Neonazismo militante en Grecia], *Antifaschistisches Infoblatt*, 13 de marzo de 2016, en <https://www.antifainfoblatt.de/artikel/militanter-neonazismusgriechenland>; Ross, *Against the fascist creep*, pp. 217-229, 284.
- [368] Payne, *A history of fascism*, pp. 151, 287; Soucy, *French fascism: the first wave*, p. 24.

«¡Se acabó la izquierda tolerante!»: «sin tribunas» y la libertad de expresión

La tradición «sagrada» de la libertad de expresión estaba siendo atacada. El campus de la Universidad de California en Berkeley fue el lugar de nacimiento del Movimiento por la Libertad de Expresión en la década de 1960. Paradójicamente, medio siglo después surgía allí un «Movimiento contra la Libertad de Expresión». Los atribulados Republicanos de Berkeley estaban bajo asedio. Unos «putos niñatos», según los describió Bill Maher, habían impedido que Milo Yiannopoulos, primero, y Ann Coulter luego, pudiesen expresar sus «puntos de vista». Estaban llevando a cabo «una versión progre de la quema de libros». Una horrible alianza de «barriobajeros encapuchados, venidos de fuera del campus», «estudiantes engreídos» y rectores asustadizos, según la descripción de varios comentaristas, habían convertido las universidades en «los campos de entrenamiento y propaganda de la próxima generación de camisas pardas». En otra referencia evidente a los nazis, un comentarista de CNN avisaba: «Si hoy no defendemos la libertad de Coulter, vendrán a quitarnos la nuestra mañana. Y lo que es más importante, la Ilustración morirá de una muerte violenta y patética».[369]

Los enfrentamientos de principios de 2017 pusieron en el candelero a los «autoproclamados anarquistas, encapuchados y empeñados en crear el caos» que se conocen como «antifascistas».[370] A pesar de una falta

absoluta de conocimiento histórico o teórico, los comentaristas llegaban a la conclusión de que el antifascismo supone una amenaza mayor a la libertad de expresión que el fascismo en sí.

¿Acaso están los antifascistas en contra de la libertad de expresión? Este capítulo pretende ser una guía para responder a esta y a otras cuestiones controvertidas relativas a este tema en la época de Donald Trump. En última instancia, defiende que la ideología de los antifascistas antiautoritarios promueve la libertad de expresión más que la de aquellos que son críticos con él. Incluidos los liberales. A la vez, el antifascismo militante se niega a participar en un debate cuyos términos se han fijado a partir de los conceptos del liberalismo clásico, el fundamento de las posturas «progresistas» y «conservadoras» en Estados Unidos. Los militantes no dan prioridad alguna a derechos universales, supuestamente «neutros». Consideran más importante el proyecto político de destruir el fascismo y de proteger a las personas vulnerables. Independientemente de si sus acciones se consideran atentados contra la libertad de expresión de los fascistas o no.

¿Cuánta libertad hay en la libertad de expresión?

A menudo, los términos del debate asumen que el antifascismo es la única amenaza que hay a la que de otro modo sería una libertad de expresión inmaculada, salvaguardada por el Gobierno de Estados Unidos. No obstante, es imperativo que se entienda que este ya limita muy seriamente lo que se puede decir y quién puede decirlo. Sea legítimo o no, lo cierto es que el Gobierno impone una serie de restricciones al discurso. Por ejemplo, impide la publicidad falsa, la difamación y los anuncios de cigarrillos. Persigue penalmente la incitación a la violencia. Protege el *copyright* y limita cuándo y dónde se pueden mostrar imágenes pornográficas.

Sobre todo en momentos de crisis, los estadounidenses apoyan de hecho las restricciones a la libertad de expresión. Esto fue evidente a raíz del 11 de Septiembre. Entonces la mitad del país estaba a favor de «controlar los medios de comunicación», a la hora de informar sobre las torturas en Abu

Ghraib. Pero también en el hecho de que los periodistas sean arrestados y acosados a menudo por la policía en manifestaciones. Como en Occupy Wall Street o en #NoDAPL. O en las limitaciones de esta Casa Blanca al acceso a las ruedas de prensa de periodistas de medios opositores. Por todos estos motivos, Estados Unidos no pasa del puesto número 43 en la Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa para 2017.[371] Cada cual puede sacar sus propias conclusiones sobre la conveniencia de estas restricciones. En todo caso, demuestran que el absolutismo en este tema, como en muchos otros casos referidos a derechos, carece de sentido en una sociedad en la que coexisten intereses enfrentados.

Este tipo de conflictos de intereses se materializa de la forma más evidente en Estados Unidos en la represión estatal de los movimientos sociales de izquierda, cada vez que alguno de ellos crece lo suficiente como para suponer una amenaza. Recientemente, por ejemplo, las protestas de Occupy Wall Street y Black Lives Matter fueron brutalmente reprimidas. Históricamente, cientos de revolucionarios nacidos en el extranjero fueron deportados. La policía encarceló y golpeó a los activistas contra la guerra durante el «temor rojo», entre 1917 y 1921. Posteriormente, con McCarthy, se hicieron listas negras de comunistas y otros revolucionarios. En las décadas de 1960 y 1970, J. Edgar Hoover y el FBI usaron métodos clandestinos e ilegales para atacar violentamente a los movimientos sociales. Esta campaña se conoció como Cointelpro (Programa de Contrainteligencia). Los cadáveres de los Panteras Negras asesinados son testigos de que el Gobierno tiene una postura cuando menos neutra en relación a la libertad de expresión, mientras no se sienta él mismo amenazado.

La libertad de expresión se puede entender en relación a su estatus legal como un principio «consagrado» por la Primera Enmienda de la Constitución. Pero también en un sentido más amplio, como un valor. Entonces se deben mencionar la absoluta privación de derechos de los detenidos en Guantánamo; las limitaciones jurídicas de la libertad de expresión de los millones de presos que hay en el país; o la restricción de su derecho al voto, después de salir de la cárcel. Todo ello, sin mencionar los

impedimentos *de facto* para los millones de inmigrantes indocumentados que hay en el país, muchos de los cuales tienen demasiado miedo a ser deportados como para expresarse de algún modo. O el extremo hasta el que debacles cataclísmicas, como las guerras de Vietnam o de Irak, han violado el derecho a expresarse libremente, y todos los demás ya de paso, de las personas asesinadas. Del mismo modo, Estados Unidos mantuvo alianzas con algunos dictadores y prestó apoyo a golpes de Estado militares en Chile, Argentina, Brasil, Guatemala, Honduras, Haití, Grecia, Indonesia y Zaire, entre otros. Todo ello demuestra que la defensa de la libertad de expresión figura muy abajo en la lista de prioridades del Gobierno estadounidense.

Se supone que la Primera Enmienda protege a los ciudadanos no encarcelados frente al Gobierno. Pero no dice nada del sector privado. Derechos ligados a la libre expresión, como el de manifestarse, se ven seriamente limitados en «espacios públicos» de propiedad privada. Por ejemplo, en centros comerciales o el parque Zuccotti, durante Occupy Wall Street. Del mismo modo, las asociaciones de propietarios que gestionan urbanizaciones cerradas tienen mucha más capacidad a la hora de restringir la libertad de expresión de sus residentes que el Gobierno.^[372] Los empleados de empresas privadas y los funcionarios públicos se ven a menudo obligados por cláusulas de confidencialidad en sus contratos. Estas les impiden divulgar información reservada, incluso aunque sea de evidente interés público. En la era de la información, ha aumentado mucho el poder que tienen los gigantes tecnológicos para controlar el ámbito y el contenido de la libertad de expresión. Como señala el historiador Timothy Garton Ash, «lo que hace Facebook tiene una repercusión mayor que cualquier cosa que pueda hacer Francia, y Google, que Alemania».^[373] Sin embargo, el impacto de las empresas tecnológicas en este campo no es sino la forma más reciente en que se manifiesta la profunda relación que hay entre el derecho a expresarse y el sistema económico subyacente.

A menudo se compara la libertad de expresión con un mercado de ideas. Implícita en esta metáfora está la noción típica del liberalismo estadounidense de que la clave para combatir el «extremismo» es confiar en

la supuesta esencia meritocrática de la esfera pública. Es decir, si todo el mundo puede decir lo que quiera, destacarán las buenas ideas. Mientras, las malas pasarán desapercibidas, como una especie de Reddit de la vida real. «Extremismo» en sí es un término aparentemente inocuo que permite a los centristas equiparar a los nazis con los anarquistas, a los yihadistas con los comunistas. En la concepción liberal, surge cuando este proceso «natural» de intercambio de discursos se ve interrumpido. La conclusión es que quienes no dejan hablar a un orador fascista hacen más por acercar a la sociedad al «fascismo» que el propio agraviado. A pesar de que está defendiendo, de hecho, el fascismo. Esta metáfora del «mercado» se hizo muy popular en Estados Unidos a partir de principios del siglo Xx. Entonces el juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes defendió que la mejor forma de promover la verdad era el «libre comercio de ideas». [374] El académico del derecho C. Edwin Baker señala que «la teoría del mercado de ideas ha dominado de forma constante las consideraciones del Tribunal Supremo en materia de libertad de expresión».[375]

De hecho, la metáfora del «mercado» describe a la perfección la dinámica de poder que hay tras la libertad de expresión en una sociedad capitalista. Aunque no en el sentido en que sus defensores pretenden. Las empresas multinacionales aspiran hoy en día a controlar el monopolio del capital y de la información. Fijan los límites generales dentro de los cuales la inmensa mayoría de las personas vendemos nuestra fuerza de trabajo y articulamos el discurso. El mercado de bienes es inseparable del de ideas, porque estas se convierten en productos de consumo. Al igual que todo lo demás en la sociedad capitalista. Todos los ciudadanos que no están en la cárcel tienen, en Estados Unidos, un derecho equivalente a hablar, literalmente. Pero la capacidad de conseguir que se escuche ese discurso y que sea tenido en cuenta es una cuestión diferente, muy estratificada. Muchos estadounidenses progresistas están de acuerdo en que existe un conflicto entre la libertad de expresión y las grandes fortunas. Lo demuestra el apoyo a la reforma de la financiación de las campañas electorales. O la oposición a la sentencia del Tribunal Supremo en el caso de Citizens United, que permite que las empresas financien las campañas electorales.

Desde luego, frente a esto se puede argumentar que «libertad» no implica necesariamente «igualdad». Ni en el mercado de ideas ni en el de bienes de consumo. Pero es aquí donde la parte de la meritocracia entra en juego. Los liberales alaban el concepto de mercado por su supuesta capacidad de producir los resultados más ventajosos. Pero cuando se aplica este criterio al tema del fascismo, surge la duda de si se puede confiar en que el «mercado» de ideas no vaya a elevarlo a un puesto prioritario en la esfera pública. En la confianza en que es así descansa la opinión de los liberales que están de acuerdo con John Milton cuando decía: «Dejemos que la verdad y la mentira luchen; ¿acaso alguien supo que la verdad saliese peor parada en un enfrentamiento libre y abierto?».[376] Desgraciadamente, a la «verdad» no le fue muy bien en el periodo de entreguerras en Europa. De hecho, los horrores de esa época fueron de tal calibre que para muchos pensadores acabaron por completo con la asunción, tan propia de la modernidad, de que existe un progreso constante de la «verdad». Que es precisamente lo que subyace en las optimistas opiniones de Milton.

Desde un punto de vista histórico, las ideas fascistas y similares prosperaron en el debate abierto. En ocasiones, la discusión pública fue suficiente para acabar con su presencia. Pero en muchos otros casos, no. Por eso los antifascistas se niegan a depositar sus esperanzas de libertad y seguridad para toda la humanidad en un proceso de debate público que ya se ha visto que puede fracasar.

¿Se oponen los antifascistas a la libertad de expresión?

El capital y el Estado limitan en realidad el discurso mucho más de lo que los comentaristas suelen reconocer. Tiene sentido entonces comparar el régimen de libertad de expresión actual con el que defienden la mayoría de los antifascistas.

El antifascismo es una propuesta política de izquierdas para todos los revolucionarios implicados en la lucha contra la extrema derecha. Por lo tanto, hay varias tradiciones socialistas que coexisten bajo este paraguas. Desde la fundación de ARA y su expansión en la década de 1990, la mayor

parte de los antifascistas de Estados Unidos son anarquistas o comunistas antiautoritarios. Desde luego, también ha habido estalinistas y otros tipos de autoritarios. Estos han apoyado los esfuerzos de la Unión Soviética y de otros regímenes similares en sus intentos de definir muy estrechamente lo que es un discurso aceptable. Desde su punto de vista, la «libertad de expresión» como tal no es más que una fantasía burguesa, indigna de consideración. Dado que estoy profundamente en desacuerdo con esta opinión autoritaria, que actualmente solo sostiene una pequeña minoría de antifascistas en Estados Unidos, no voy a esforzarme en defenderla. Por el contrario, he de decir que la postura antiautoritaria de la mayoría de las personas en el movimiento es, de hecho, *mucho más favorable a la libertad de expresión* que la propuesta liberal.

Para empezar, está la asunción errónea de que la libertad de expresión en Estados Unidos es la máxima posible. Se basa en dar por supuesto que esta solo les corresponde a los ciudadanos que no están encarcelados. En realidad, hay millones de personas en el país privados de aspectos fundamentales de este derecho. Por el contrario, los antiautoritarios buscan la abolición de las prisiones, de los Estados y de la propia noción de ciudadanía. Con eso se eliminaría ese agujero negro de privación de derechos. También se proponen construir, tras el capitalismo, una sociedad sin clases. En ella se erradicaría toda diferencia sustancial en la capacidad de hacer que el discurso individual sea significativo y en la cantidad de tiempo de que se dispone para que sea así. Una sociedad como esta no malgastaría recursos en cárceles, policía o ejército. Podría invertir mucho más en mejorar la educación, el arte y la expresión y la investigación colectivas. Por otro lado, al no haber clases se eliminaría la mayor parte de los delitos, que surgen en conexión con las contradicciones capitalistas. Además, los antifascistas proponen sustituir cárceles y policías por métodos de justicia restaurativa, para resolver los conflictos subsistentes. En vez de colaborar con regímenes represivos de todo el planeta, los antiautoritarios aspiran a destruirlos, solidarizándose con quienes resisten de forma activa desde la base.

El principio antiautoritario de autonomía individual y colectiva promueve

una visión de la diversidad y la pluralidad humanas opuesta a la asfixiante homogeneidad de la cultura consumista del capitalismo. Si los fascistas empezasen a organizarse en una sociedad como esta, los antifascistas antiautoritarios seguirían movilizándose para impedirlo. Pero no construirían enormes prisiones para encerrarlos, como ha hecho el Gobierno de Estados Unidos con innumerables presos políticos durante generaciones.

Muchos dirán que todo esto es sencillamente imposible. No obstante, incluso si lo fuese, lo que está en cuestión aquí son los valores que se defienden, no las probabilidades de que se lleven a la práctica. Los comentaristas atacan a los antifascistas por oponerse, supuestamente, a la libertad de expresión. Sin embargo, incluso si se está de acuerdo en que impedir los esfuerzos organizativos de los fascistas es una violación de sus derechos en este sentido, sigue siendo palpable que los antifascistas defienden una libertad de expresión, a nivel social, mucho mayor que la que proponen los liberales. Tanto en términos cuantitativos como cualitativos.

¿Están de acuerdo los antifascistas en que «negar tribunas» a los fascistas, es decir, impedir su presencia pública en cualquier ámbito, viola su derecho a la libertad de expresión?

Algunos sí y otros no, aunque la mayoría ni siquiera participa de forma pública en este debate. Cuando se lo pregunté al antifascista holandés Job Polak, se limitó a encogerse de hombros y sonreír. Me dijo que era una «discusión falaz, en la que nunca pensamos que debíamos participar [...]». Se tiene derecho a hablar, ¡pero también a que te hagan callar!». [377]

Buena parte de la reticencia de los militantes a la hora de tratar este tema se deriva de su rechazo a los términos del debate, que responden a un liberalismo clásico. Este restringe los aspectos políticos de la expresión individual y colectiva. Los limita al marco de un discurso legalista, basado en los derechos. Para los liberales, la cuestión principal es el derecho de los fascistas a expresarse libremente. Para los antifascistas, que son socialistas y revolucionarios, la cuestión principal es la lucha política contra el fascismo. Desde su punto de vista, los derechos que propugna el gobierno parlamentario capitalista no merecen respeto inherentemente.

No obstante, hay grupos en el movimiento que se esfuerzan en rebatir el argumento de que su actuación atenta contra la libertad de expresión de los fascistas. Por ejemplo, Antifa de Rose City señala que la Constitución «protege a los ciudadanos frente a las injerencias del Estado, no frente a la crítica pública [...]. No contamos con un potente aparato estatal a nuestra disposición [...], por lo tanto, los conceptos de “censura” y “derecho a la libre expresión” no son válidos aquí en ningún sentido razonable».[378]

Otro argumento que ofrecen a menudo RCA y otros grupos similares es que su actuación se dirige contra los *esfuerzos organizativos* de los fascistas, no contra *lo que dicen*. De un modo similar, el cofundador de AFA de Leeds, Paul Bowman, dice que «negar tribunas» sería una violación del «derecho de reunión», más que de la libertad de expresión en sí. El también cofundador de ARA y militante del GDC de Twin Cities, Kieran, explica que su forma de actuar ante un compañero de trabajo de extrema derecha es muy diferente si defiende sus puntos de vista como una persona individual o si está intentando fomentar una organización. Niccolò, de Milán, opina lo mismo cuando dice: «Si los fascistas se quieren quedar en sus bares dando gritos y bebiendo cerveza como cerdos, que lo hagan, pero que no salgan».

Para Niccolò no se trata tanto de discursos u organización. Es un tema de lo público frente a lo privado. Como explica: «Para nosotros, los antifascistas, no se debería permitir a los fascistas hablar nunca en público. Nunca».[379]

Otros antifascistas entienden que la práctica de «negar tribunas» atenta, efectivamente, contra la libertad de expresión de los fascistas. Pero esto se justifica por el hecho de que son... fascistas. Gato, un militante que participó en un grupo de ARA del Medio Oeste en la década de 1990, dice simplemente: «No existe este derecho para los fascistas». Rasmus Preston, de Dinamarca, está de acuerdo. Para él, «toda esta discusión es una falacia liberal, pero creo que va en contra de la libertad de expresión de los grupos fascistas».[380]

En 1984, *Tomahawk*, el boletín de SCALP, publicó un artículo titulado «Sin libertad de expresión para el fascista Le Pen».[381] Antifa de Indiana

defiende que «los discursos que dañan a otros no pueden estar nunca protegidos».[382] En su comunicado de 2006, «Ni una tribuna para los fascistas», el irlandés Movimiento de Solidaridad de los Trabajadores está de acuerdo con la diferencia entre las formas de expresión individuales y aquellas que forman parte de un esfuerzo organizativo. Pero dice: «Como anarquistas, creemos que se debe tener derecho a expresarse libremente [...]. pero [este] no es inalienable y hay unas pocas ocasiones concretas en las que debe ser eliminado». Malamas Sotiriou, de Salónica, dice que el asesinato de Pavlos Fyssas en 2013 hizo que la sociedad en Grecia fuese mucho más receptiva a la idea de impedir la propaganda de Amanecer Dorado. A principios de 2017, incluso algunos alcaldes griegos se negaron a recibir a los parlamentarios del partido en sus ciudades o a permitirles hablar en actos públicos. Los antifascistas militantes se oponen a emplear la fuerza del Estado para reprimir a los fascistas. Tanto por sus propias ideas antiestatistas como por su creencia de que cualquier medida en este sentido se va a usar más a menudo en contra de la izquierda. Sin embargo, Sotiriou explica que las acciones de estos alcaldes demuestran que «el movimiento antifascista ha conseguido generalizar la idea de que los neonazis no tienen derecho a expresarse libremente». Cuando le pregunté a Yiorgos, uno de los promotores de las patrullas antifascistas en moto de Atenas, acerca de este tema, se rio y dijo que «la idea de que los fascistas no tienen derecho a expresarse con libertad está muy aceptada en Grecia [...]. Este tipo de discusión es típico de Estados Unidos». Otra antifascista griega, llamada Eliana Kanaveli, sonrió y explicó con calma que el antifascismo se puede resumir en el refrán popular griego: «Si una mano duele, la cortas, no debates con ella».[383]

Los puntos de vista de los militantes en este tema, o al menos la forma en que los expresan, dependen del contexto nacional. La mayor parte de los países de Europa continental ya tienen leyes en contra de la incitación al odio racial o de la negación del Holocausto. Por eso impedir la propaganda nazi no es algo tan controvertido. El legado histórico del fascismo y del nazismo es mucho más palpable para quienes han crecido bajo tales regímenes o tienen padres o familiares que lo han hecho. Es más, la cultura

política de la izquierda en Europa es más proclive a concebir la lucha contra el fascismo en términos de oposición política. No como un caso de libertades civiles individuales puestas a prueba.

A mí, personalmente, me parece poco convincente la idea de que impedir los esfuerzos organizativos de los nazis no supone un atentado contra su derecho a expresarse libremente. Es esencial distinguir entre los comentarios que incitan al odio de individuos aislados y las iniciativas organizativas de los fascistas. Pero estas últimas constituyen también una forma de expresión, a menudo en sentido literal. En buena medida es cierto que construir una organización equivale a emitir un discurso, aunque no siempre este tiene esa función. Por lo tanto, los antifascistas no se movilizan contra el discurso en sí. Esto resulta obvio cuando se le da la vuelta a la cuestión. Si un movimiento nazi llega a ser lo bastante poderoso como para impedir que los izquierdistas se reúnan en público, de modo que expresar de forma colectiva nuestros anhelos anticapitalistas conlleve la amenaza de un enfrentamiento físico, estos concluirían, *correctamente*, que se está restringiendo su libertad de expresión.

Es cierto que la Primera Enmienda se centra en proteger a los ciudadanos del Gobierno. Pero cuando alguien dice que derribar el estrado de un orador fascista atenta contra su libertad de expresión, generalmente entiende esta «libertad» como un valor ético. No se trata solamente de una cláusula constitucional. El liberalismo clásico plantea el derecho a expresarse libremente como un principio básico de su ideología, supuestamente «neutra». Por lo tanto, el debate gira en torno a la legitimidad del principio «universal» según el cual la sociedad no debería limitar el discurso por motivos políticos. Cuando se entiende como un valor y no como una ley, es evidente que el antifascismo se opone a este principio en su forma absoluta (es decir, aquella según la cual toda restricción a la libertad de expresión es mala). Por el contrario, muchos militantes defienden un argumento contrario a las ideas liberales. Según este, «los fascistas no tienen derecho a expresarse libremente». Desde su punto de vista, la seguridad y el bienestar de las poblaciones excluidas son prioritarios. Como decía Joe, del GDC de Raleigh-Durham: «Solo alguien que piensa que la vida es análoga a una

sala de debates puede creer en la idea de que la libertad de expresión es lo más importante que se puede proteger».[384] En mi opinión, negar cualquier tribuna a los fascistas atenta a menudo contra su derecho a expresarse libremente. Pero está justificado por su importancia en la lucha política contra el fascismo.

Independientemente de cómo lo expresen ellos mismos, estos antifascistas valoran el intercambio de ideas, libre y abierto. Simplemente, no consideran que quienes usan esa libertad para promover el genocidio o cuestionar la condición humana de otras personas entren en este ámbito.

Es importante insistir en que la inmensa mayoría de quienes se oponen a limitar la libertad de expresión por motivos políticos no defienden este derecho de modo absoluto. Todos tienen sus excepciones a la regla. Ya sea por obscenidad, incitación al odio, infracciones del *copyright*, censura de la prensa en tiempos de guerra o por restricciones en el caso de personas encarceladas. Si se replantean los términos del debate para tener en cuenta estas excepciones, es fácil ver que muchos liberales están de acuerdo en limitar el derecho a expresarse de los adolescentes de clase obrera detenidos por posesión de drogas. Por ejemplo. Pero no en el caso de los nazis. Muchos comentaristas no encuentran pega alguna cuando la policía pisotea este principio en el caso de los inmigrantes indocumentados a los que persigue. Pero actúan de altavoces de los discursos del Klan, al protegerlos. Defienden que se prohíba la publicidad del tabaco, pero no la del supremacismo blanco.

Todos estos ejemplos son límites a la libertad de expresión. La única diferencia es que los liberales pretenden que estas restricciones son apolíticas. Los antifascistas, por su parte, adoptan un rechazo declaradamente político del fascismo. No aceptan la idea de que la política se puede reducir a la gestión «neutra» de intereses diversos y aislados entre sí. Traspasan el deseo liberal de mantener el tema en el ámbito de los derechos individuales, al dar prioridad a la lucha colectiva permanente contra el fascismo. Cuando dicen: «Nunca más», lo dicen convencidos y están dispuestos a usar todos los medios necesarios para asegurarse de que sea así.

En realidad, los criterios liberales para limitar la libertad de expresión están profundamente imbuidos de la lógica omnipresente del capital. Del militarismo. Del nacionalismo. Del colonialismo y del racismo institucional del sistema de «justicia» criminal, así como del sistema inmigratorio. Cada vez que uno o más de estos factores restringen la capacidad de los seres humanos de expresarse, se trata de algo político. Si para que se considere que alguien está «a favor de la libertad de expresión» hay que hacer una defensa absoluta de la misma, entonces el 99,99 % de los estadounidenses y el Gobierno que pretende representarlos son contrarios a ella.

No tiene sentido reducir una discusión tan compleja a la distinción maniquea entre bandos supuestamente «a favor» y «en contra». Es mucho más lógico comparar los diferentes criterios que se aducen para limitar el derecho a expresarse libremente en aras del interés público. Es muy poco sincero e impreciso decir que los antifascistas están «en contra de la libertad de expresión» en base a unas exigencias absolutas que nadie llega a cumplir. Sobre todo cuando la sociedad que buscan los antiautoritarios proporcionaría muchas más oportunidades a mucha más gente de expresarse libremente que el estado de cosas actual que defienden sus críticos liberales.

¿Qué ocurre con el «efecto dominó»?

El argumento del «efecto dominó» se suele usar frente a las restricciones al discurso basadas en motivos políticos, en general, y en el caso del antifascismo, en particular. Tal y como escribe Kevin Drum en *Mother Jones*:

Cada vez que empieces a pensar que hay un buen motivo para anular la invitación de alguien a hablar, sea mediante la violencia o por cualquier otro medio, pregúntate lo siguiente: ¿quién decide? Porque una vez que otorgas el derecho a impedir que alguien hable, le estás otorgando a otra persona el derecho a tomar esa decisión. Y ese alguien puede, en un momento dado, decidir impedírselo a los comunistas. O a los manifestantes contra la guerra. O a los gays. O a los sociobiólogos. O a los judíos que apoyan el Estado de Israel. O a los musulmanes. No quiero que nadie tenga ese poder. Y nadie en la izquierda debería quererlo tampoco.[385]

La cuestión es saber dónde se pone el límite. El argumento se basa en la

asunción de que este existe, que se puede marcar y que no es arbitrario. Es decir, una vez que cae la primera ficha, el efecto dominó lleva inevitablemente hacia el «totalitarismo». Por lo tanto, según esta lógica, es mejor no empezar siquiera.

A primera vista, este argumento parece especialmente convincente en el caso del fascismo. Es un fenómeno que a menudo se ramifica, para conseguir el apoyo de los conservadores o para infiltrarse en ambientes de izquierda. Académicos y militantes por igual tienen problemas para definirlo. ¿Cómo puede ser posible identificarlo con claridad suficiente como para suprimirlo sin hacer peligrar otros discursos que no son fascistas? Este razonamiento no carece de valor. Pero a pesar de ciertas discrepancias en su interpretación, los antifascistas están de acuerdo, en general, en sus grandes rasgos: el patriarcado, el supremacismo blanco, el autoritarismo, etc. En la práctica, el militante medio arriesga su bienestar físico y su libertad individual para enfrentarse a los nazis. Al final está mucho más versado en los matices que diferencian a los distintos tipos de fascismo y a sus homólogos del centroderecha que la mayoría de los comentaristas, con toda su arrogancia moral. Es más, el antifascismo militante se desarrolla generalmente a partir de presupuestos defensivos, y no ofensivos. Ya se encargan los propios nazis de trazar ese límite político no arbitrario, a base de navajas y puños. La práctica de «negar tribunas» a los fascistas solo puede tener el riesgo de derivar en un comportamiento parecido para otros colectivos, como los homosexuales, si se separa por completo la táctica de su base política. Algo en lo que son especialistas los comentaristas liberales.

En su artículo en *Mother Jones*, Kevin Drum se pregunta: «¿Quién decide?». Es un interrogante válido. Puede parecer una cuestión irresoluble si se la considera de modo analítico y abstracto, separada de todo contexto y planteamiento político. Pero los confines del debate son más claros cuando se toma este en un marco histórico. Los esfuerzos para impedir que los fascistas tengan alguna tribuna no surgieron con personas individuales. Nadie decidió de repente, de forma arbitraria, que «no estaba de acuerdo» con los fascistas y quería silenciarles. Por el contrario, aparecieron como

parte de una lucha histórica, a menudo librada en defensa propia por movimientos de izquierdas. Por judíos. Personas que no son de raza blanca. Musulmanes. Personas *queer* y transgénero y otros grupos similares. Quieren asegurarse de que los fascistas no llegan a tener bastante poder como para asesinarlos. Estos esfuerzos son el resultado de varias generaciones de luchas transnacionales, no un experimento mental.

En un nivel más fundamental, esta pregunta se refiere al origen de la legitimidad política. El antifascismo militante supone un desafío al monopolio estatal de esta. Presenta un argumento político a favor de la soberanía popular ejercida desde la base. Y al hacerlo así, sostiene sin ambages que sus propuestas políticas son correctas. Los antifascistas no aceptan la noción liberal de que todas las «opiniones» políticas son equiparables. Cuestionan sin dudar la legitimidad del fascismo y de las instituciones que lo apoyan. Desde su punto de vista no se trata de fijar un límite neutro, que las propuestas de la extrema derecha no podrían traspasar, sino de transformar la sociedad por completo. Destruir todas las formas de represión. Para los antifascistas, socialistas revolucionarios, lo que hay que preguntarse es: «¿Quién va a ganar esta lucha política?».

En el debate acerca de la «libertad de expresión» los críticos del antifascismo no tienen nunca en cuenta las circunstancias concretas de la actuación de este. Demuestran así que se plantean el tema desde un punto de vista exclusivamente analítico. Según sus disquisiciones, impedir los esfuerzos organizativos de los supremacistas blancos deriva de forma inevitable en reprimir a «todo aquel con el que no se esté de acuerdo». Como dice Drum, a los «sociobiólogos». Entonces sería lógico pensar que esto ha ocurrido a menudo a lo largo del último siglo de militancia antifascista. Pero los comentaristas liberales ni siquiera se plantean hacer una investigación empírica de este tipo. Hablan sin saber. Se refieren a la táctica de «negar tribunas a los fascistas» como si fuese una propuesta nueva que algunos radicales dementes han decidido probar. De forma espontánea. Sin antecedente alguno.

No obstante, si se considera el recorrido histórico del antifascismo, se puede descubrir un patrón constante. Tan conocido para sus integrantes que

es hasta molesto: si descienden los esfuerzos organizativos de los fascistas en una zona, también lo hace la militancia antifascista. El Grupo 43 le dio cera a los fascistas del Movimiento por la Unidad de Mosley hasta que el partido desapareció. No fue luego a por los conservadores, sino que se disolvió. En 2003, el militante de ARA, Rory McGowan, escribió: «Si no hay presencia o actividad nazi notable, los grupos de ARA se vuelven inactivos».[386] SCALP de Besançon logró impedir que los grupos satélite de Blood and Honour en la zona, Radikal Korps y el Bunker Korps de Lyon siguieran organizando conciertos de rock racista. El movimiento nazi local se disolvió luego por rencillas internas. Pero los antifascistas no fueron a por el siguiente grupo de conservadores, empezando por la derecha. Se disolvieron a su vez. A finales de la década de 1990 el fascismo noruego estaba en buena medida erradicado. Los militantes del país dedicaron la mayor parte de su tiempo a vigilar a los nazis de Suecia, en colaboración con sus compañeros escandinavos. No a atacar a la siguiente facción en orden progresivo desde la extrema derecha.

Es bien conocido el hecho de que la longevidad de la mayor parte de grupos antifascistas viene determinada por la actividad de sus oponentes. Hasta el punto de que esta es una crítica habitual a la forma de organización del movimiento. Muchos militantes se quejan de lo difícil que resulta mantener la participación en las épocas en que la presencia fascista es baja. Si el antifascismo pretendiese hacer callar a todos los que sostienen «puntos de vista alternativos», entonces se deberían encontrar ejemplos tangibles. En los últimos cien años, algún grupo habría puesto en marcha este efecto dominó. Por el contrario, el registro histórico apunta precisamente en el otro sentido. Estoy de acuerdo con los antifascistas militantes en que la ilegalización estatal del nazismo no es deseable. Pero en los países europeos en los que se han prohibido el odio racial, el nazismo y la negación del Holocausto, por muy hipócritas o defectuosas que sean este tipo de restricciones, no se ha caído por ello, de repente, en un autoritarismo distópico. La presunción estadounidense de que cualquier límite político a la libertad de expresión es inaceptable no se sostiene, a la luz de esta evidencia.

La alternativa liberal al antifascismo militante es tener fe en la capacidad del debate racional, de la policía y de las instituciones del Gobierno para impedir la llegada al poder de un régimen fascista. Como ya ha quedado claro, este modelo fracasó en múltiples ocasiones importantes. Las limitaciones del «antifascismo liberal» están demostradas. La estrategia de apaciguamiento que siguieron los aliados antes de la Segunda Guerra Mundial fracasó. A la luz de estos dos hechos se puede argumentar, de forma muy convincente, que si se permite al fascismo desarrollarse y crecer se corre el riesgo comprobado de caer en el «totalitarismo». Si no les paramos cuando son un grupo pequeño, ¿lo hacemos cuando tenga un tamaño medio? Y si no les paramos cuando son medianos, ¿cuando sean grandes? ¿Cuando ya estén en el Gobierno? ¿Hay que esperar a que las esvásticas cuelguen de los edificios públicos para defendernos?



Pancarta en una manifestación contra el Hogar Social en Madrid, en mayo de 2017 (fotografía del autor).

Pongámonos en el peor de los casos para los críticos liberales. Este implica la total supresión del fascismo y de las organizaciones explícitamente declaradas como supremacistas blancas. ¿Cómo puede esta perspectiva ser peor que permitir que prolifere este tipo de grupos? Un estudio psicológico reciente de la Universidad de Kansas llegó a la conclusión de que «los prejuicios raciales explícitos son predictores fiables de la “defensa del derecho a la libertad de expresión” de los racistas [...]. Es un caso de racistas defendiendo a racistas».[387] Esta conclusión no invalida de forma automática el argumento liberal. Pero debería hacernos pensar más allá de los principios mismos que se están tomando en consideración. Hay que darse cuenta de que el racismo es un motivo subyacente muy común.

Finalmente, merece la pena añadir que el antifascismo militante no es sino un aspecto de un proyecto revolucionario de mayor calado. Muchos de sus grupos no se movilizan solo contra el fascismo. Buscan combatir todas las formas de la opresión, tales como la homofobia, el capitalismo, el patriarcado y demás. Entienden que el fascismo es solo la versión más virulenta de unas amenazas sistémicas más amplias. Cuando hablé con los miembros de Pavé Brûlant, en Burdeos, no dejaron de insistir en que todos los partidos políticos principales de Francia presentan aspectos cercanos al fascismo. Dijeron que el Frente Nacional sirve para distraer la atención de la sociedad de las características casi fascistas de los demás partidos. Aunque se centran en combatir a los grupos de extrema derecha, Pavé Brûlant es uno de los muchos colectivos antifascistas que combaten las ideas cercanas al fascismo dondequiera que surjan, como parte de una estrategia integral.[388]

Eso no quiere decir, necesariamente, que pretendan aplicar las mismas tácticas a segmentos cada vez mayores del panorama político. Simplemente, es que son revolucionarios. Es un poco surrealista ver a los comentaristas liberales rasgarse las vestiduras solo porque se ha impedido dar un discurso a un nazi. La ideología de los antifascistas defiende la expropiación global de la clase dirigente capitalista y la destrucción (o toma) de todos los

Estados existentes por medio de un levantamiento popular internacional, que la mayoría piensa que va a implicar alguna forma de enfrentamiento violento con las fuerzas del Estado.

Si les parece que «negar tribunas» está mal, espera a que les hablemos de la guerra de clases.

¿Acaso no hay que combatir el «error» con la «verdad»?

Una objeción a la táctica de «negar tribunas» a los fascistas, o a limitar su derecho a expresarse libremente en general, proviene de la influyente obra del filósofo británico John Stuart Mill *Sobre la libertad*. Es una apasionada defensa de la libertad de expresión. En ella Mill dice que, incluso cuando la opinión que se suprime es completamente falsa, «a no ser que se permita que sea, y lo sea de hecho, debatida con vigor y honestidad, será sostenida a la manera de un prejuicio por la mayoría de las personas que la defiendan». Según Mill, «la percepción más clara y la impresión más viva de la verdad se obtienen de su enfrentamiento con el error».

Esto aconsejaría, por ejemplo, presentar puntos de vista a favor y en contra de la esclavitud. Como si fuesen opiniones moralmente equivalentes que la sociedad puede evaluar. Se pueden enseñar el Holocausto, la esclavitud o el genocidio de las poblaciones nativas dentro de un contexto antirracista y anticolonial amplio, mediante fuentes primarias de dueños de esclavos, nazis o colonos, de modo que la perspectiva antirracista resulte enriquecida y profundizada. Eso es algo muy diferente a dar validez a la violencia del genocidio y del supremacismo blanco mediante una defensa «vigorosa y honesta» de la condición de seres humanos de las personas indígenas, de raza negra o judías.

A pesar de las aspiraciones racionalistas que impulsaban a Mill y a sus coetáneos, la mayoría de las personas sostienen siempre sus creencias «a la manera de un prejuicio», como dice el propio Mill. Muy pocas se paran a examinar realmente las connotaciones filosóficas, políticas y sociológicas de los valores que les son más importantes. Incluso en el caso de que lo hagan, la mayoría son mucho menos autoconscientes de lo que les gusta

imaginar. Las normas sociales no se cambian mediante procesos racionales de análisis. Se transforman gradualmente a través de una lucha constante entre intereses enfrentados. A su vez, estos son moldeados de forma continua por factores económicos y sociales cambiantes. Aunque desde luego hay formas diversas de entenderla, la opinión generalizada de que «el racismo es malo» solo surgió después de que las personas de razas diferentes a la blanca lucharan durante generaciones. Hoy en día, esta opinión se ha difundido ampliamente en la sociedad. Junto con el consenso histórico de que la esclavitud y el Holocausto fueron atrocidades inenarrables. Idealmente, todo el mundo debería dedicar una buena cantidad de tiempo y de energía mental a interiorizar las razones de estas tragedias y su impacto en la historia. Pero la mayoría de las personas no van a realizar esta reflexión. Por ello, el éxito de los movimientos sociales a la hora de fijar unos niveles básicos de sentimiento antirracista en los «prejuicios» irracionales de la sociedad constituye una defensa muy importante frente a los intentos de la derecha alternativa de desplazar el centro de gravedad hacia un prejuicio irracional más cercano a la supremacía blanca. El antirracismo «irracional» es preferible al supremacismo blanco razonado.

¿Acaso «negar tribunas» a los fascistas no erosiona la libertad de expresión, de modo que se perjudica a la izquierda más que a la derecha?

Si se entiende esto en un sentido legalista, como pedir que el Gobierno prohíba los tipos de discurso que no le resultan aceptables, entonces desde luego que sí. Por ejemplo, la Ley de Orden Público de Gran Bretaña se utilizó contra el Frente Nacional. Pero también para sofocar la huelga de mineros de 1984-1985.[389] Países europeos como Alemania cuentan con leyes contra el nazismo y la negación del Holocausto. Pero a menudo limitan también el lenguaje revolucionario de la izquierda. Por eso los antifascistas alemanes consideran que el poder del Estado es un enemigo, no un aliado. Por eso intentan impedir los esfuerzos organizativos de los nazis mediante la acción directa, sin presentar solicitudes al Gobierno.

En todo caso, independientemente de lo que diga la izquierda, la

evidencia histórica es clara al respecto. El Estado se inventa alguna excusa cuando la necesita. Si la izquierda radical amenaza los intereses de las élites, ha habido y habrá represión, ni más ni menos. Se podría decir que el antifascismo militante erosiona el apoyo público a la libertad de expresión. A su vez, esto reduciría la disposición de la población a ayudar a la izquierda cuando empezase la represión contra ella. Pero el argumento de los antifascistas no gira, principalmente, en torno a la estrategia de «negar tribunas». Se trata sobre todo de entender al fascismo como un enemigo político con el que no se puede convivir.

En realidad, incluso ese argumento no es más que un primer peldaño en la defensa más general de una conciencia socialista revolucionaria. Si el antifascismo funciona, la izquierda crece y se hace más poderosa. Lo que a su vez es clave para resistir la represión.

Impedir que los nazis se expresen te hace ser igual que ellos.

Es un hecho histórico que los nazis y otros fascistas prohíben los actos de sus oponentes de izquierda. Por eso hay quien dice que cualquier persona que impide una actividad política, aunque sea de carácter nazi, es, consecuentemente, un nazi. También se sabe que los fascistas son nacionalistas. Empiezan guerras y construyen cárceles. ¿Quiere eso decir que los anarquistas pueden acusar a los liberales que hacen esas cosas de ser fascistas? No se puede definir una ideología en base a un único atributo. Los liberales apoyan limitar la libertad de expresión mucho más de lo que lo hacen los antifascistas. Pero se imaginan que son los guardianes del derecho a expresarse libremente. En consecuencia critican los planteamientos políticos no liberales del antifascismo y los equiparan a los planteamientos políticos no liberales de los fascistas.

Que la principal objeción que alguien tiene al nazismo sea la prohibición de los actos de la oposición dice más sobre sus planteamientos políticos que sobre aquellos a quienes critica. Los antifascistas no se oponen al fascismo porque no sea liberal, en un sentido abstracto. Sino porque promueve la supremacía blanca. El heteropatriarcado. El ultranacionalismo. El

autoritarismo y el genocidio.

¿Qué ocurre con los principios antifascistas en la universidad?

Desde la década de 1960 ha habido diferentes oleadas de movimientos sociales. Desde el movimiento por los derechos civiles o el de defensa de los derechos de gays y lesbianas al más reciente por los de las personas transgénero. Todos ellos han hecho que las universidades estadounidenses sean más inclusivas y «diversas». La mayoría de los progresistas en Estados Unidos atribuyen a la idea de «diversidad» un contenido político antirracista y antisexista. Pero cuando se toma el término como una abstracción apolítica puede adquirir connotaciones reaccionarias. Por ejemplo, en la revista *Time*, el director del grupo conservador Americanos Jóvenes por la Libertad alaba los avances en materia de «diversidad» racial y de género en la enseñanza superior. Dice que «la diversidad de pensamiento», entendida como una actitud permisiva hacia los discursos, es un bien social análogo. Incluso cuando se usa esa libertad de expresión para deshacer los avances en diversificación racial y de género.[390] Es decir, emplea la abstracción apolítica de la idea para socavar el contenido político que los progresistas han querido imbuir en el término.

Esto solo sirve para poner de relieve un aspecto. Habitualmente, se representan las victorias de las universidades en materia de justicia social como actualizaciones de una moralidad colectiva sin contenido político. Generaciones de activistas han obligado a los rectorados a crear departamentos de estudios étnicos. De estudios de género y de mujer. O a contratar más docentes de razas distintas a la blanca. Estos militantes saben que sus luchas y los valores que encierran son completamente políticos. Estos logros no suponen una «neutralidad» más perfecta. Consisten más bien en la adopción de ciertos principios básicos feministas y antirracistas. Las universidades fueron obligadas a preocuparse cada vez más por la «diversidad». Pero también transformaron la adhesión gradual a las exigencias de las personas excluidas en una oportunidad de vender sus lucrativas instituciones. Un nuevo mercado de pluralismo progresista.

Han hecho compromisos institucionales de aportar recursos y apoyo a estudiantes del colectivo LGTBQ. Para la apertura de casas culturales africanas. O para crear becas dirigidas a estudiantes indocumentados. Todos ellos carecen de sentido si esas mismas instituciones facilitan una tribuna a individuos o grupos que no solo niegan la humanidad de esos colectivos, sino que organizan de forma activa movimientos para eliminarlos físicamente. ¿Cómo puede una universidad anunciar los recursos que ofrece a estudiantes transgénero en materia de salud mental y luego permitir a Milo Yiannopoulos que instigue públicamente al odio contra esos mismos estudiantes?

Si las universidades no proclamasen su adhesión a ciertos valores normativos, no estarían cayendo en contradicción alguna. Pero quienes hemos pasado muchos años en campus de todo el país sabemos cómo se ha institucionalizado el multiculturalismo progresista. Y, lo que es más importante, cómo se ha comercializado. Los rectores no pueden decir que les preocupan los excluidos cuando les hacen la pelota a los patrocinadores, a la vez que apoyan el derecho de unos intolerantes a perorar sobre la inferioridad biológica de esas mismas personas. Ulrich Baer, vicerrector de la Universidad de Nueva York, dice con razón que las «salvaguardas a la libertad de expresión» se terminan cuando «implican que se va a atacar, degradar o cuestionar sin cortapisas la humanidad de alguien o su derecho a participar en la conversación política como agente social».[391] El abogado Noah Schabacker señala también que las universidades tienen la «obligación legal» de prohibir la presencia de oradores como Yiannopoulos. Deben cumplir los dictámenes del artículo VI de la Ley de Derechos Civiles y del artículo IX de la Enmienda Educativa, que exigen que los centros de enseñanza erradiquen la discriminación en base al género y a la raza.[392]

Independientemente de estas legalidades, el «derecho» a cuestionar la humanidad de otras personas tiene consecuencias. El 20 de mayo de 2017, un alumno de la Universidad de Maryland, supremacista blanco y perteneciente al grupo de Facebook Alt-Reich, apuñaló y asesinó a Richard Collins III, un estudiante de raza negra. Este asesinato se produjo tras una serie de incidentes, cada vez más graves, a raíz de la toma de posesión de

Donald Trump. Implicaban propaganda racista y nudos de horca colocados por el campus. Muchos estudiantes en Maryland concluyeron que había una relación directa entre la «actitud pusilánime del rectorado ante los panfletos racistas, llegando a calificar el discurso de odio como “libertad de expresión”», y el asesinato de Collins.[369] Defenderse frente a la violencia de los supremacistas blancos en la universidad requiere que nuestros movimientos exijan a las instituciones de enseñanza superior que adopten el antirracismo, de forma declarada e inequívoca.

- [369] Megan McArdle, «Berkeley once stood for free speech. Now it rolls over» [En una ocasión, Berkeley defendió la libertad de expresión. Ahora es al revés], *BloombergView*, 21 de abril de 2017, en <https://www.bloomberg.com/view/articles/2017-04-21/berkeley-once-stood-for-free-speechnow-it-rollsover>; Peter Beinart, «Milo Yiannopoulos tested progressives and they failed» [Milo Yiannopoulos ha puesto a prueba a los progresistas y han fallado], *The Atlantic*, 3 de febrero de 2017, en <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2017/02/everyone-has-a-right-to-free-speech-even-milo/515565/>; «The no free speech movement at Berkeley» [El movimiento contra la libertad de expresión en Berkeley], *Los Angeles Times*, 2 de febrero de 2017, en <http://www.latimes.com/opinion/editorials/la-ed-milo-berkeley-20170203-story.html>; Amy B. Wang, «Ann Coulter finds an unlikely ally in her free-speech spat with Berkeley: Bill Maher» [Ann Coulter encuentra un aliado inesperado en su pelea por la libertad de expresión con Berkeley: Bill Maher], *The Washington Post*, 22 de abril de 2017, en https://www.washingtonpost.com/news/arts-and-entertainment/wp/2017/04/22/ann-coulter-finds-an-unlikely-ally-in-her-free-speechspat-with-berkeley-bill-maher/?utm_term=.2d0976e9529b; Cheryl K. Chumley, «Coulter, Milo, Rice and the loss of free-thinking at colleges» [Coulter, Milo, Rice y la pérdida del pensamiento independiente en las universidades], *The Washington Times*, 20 de abril de 2017, en <http://www.washingtontimes.com/news/2017/apr/20/ann-coulter-milo-rice-and-loss-free-thinking-colle/>; Marc Randazza, «Dear Berkeley: even Ann Coulter deserves free speech» [Querido Berkeley: incluso Ann Coulter se merece tener libertad de expresión] CNN, 24 de abril de 2017, en <http://www.cnn.com/2017/04/24/opinions/ann-coulter-berkeley-free-speechrandazza-opinion/>.
- [370] Steve Chapman, «Ann Coulter and the un-free speech movement at Berkeley» [Ann Coulter y el movimiento contra la libertad de expresión en Berkeley], *Chicago Tribune*, 21 de abril de 2017, en <http://www.chicagotribune.com/news/opinion/chapman/ct-berkeley-free-speech-ann-coulterperspec-0424-md-20170421-column.html>.
- [371] John Boaz (ed.), *Free speech* [Libertad de expresión], Detroit: Thomson Gale, 2006, pp. 88, 92, 127; Reporteros Sin Fronteras, en <https://rsf.org/en/ranking>.
- [372] Boaz, *Free speech*, p. 198.
- [373] Timothy Garton Ash, *Free speech: ten principles for a connected world* [Libertad de expresión: los diez principios de un mundo conectado], New Haven: Yale University Press, 2016, p. 1.

- [374] *Ibid.*, p. 75
- [375] C. Edwin Baker, *Human liberty and freedom of speech* [Libertad humana y libertad de expresión], Nueva York: Oxford University Press, 1989, p. 7.
- [376] Ash, *Free speech*, p. 75.
- [377] Entrevista con Job Polak, marzo de 2017.
- [378] <http://rosecityantifa.org/faq/>.
- [379] *Ibid.*; entrevistas con Kieran, Paul Bowman y Niccolò Garufi.
- [380] Entrevista con Rasmus Preston.
- [381] Réseau No Pasaran, *Scalp*, p. 15.
- [382] Entrevista con Antifa de Indiana.
- [383] Entrevistas con Gato, Malamas Sotiriou, Yiorgos y Eliana Kanaveli; <http://www.wsm.ie/c/no-platform-fascism-anarchism-wsm>.
- [384] Entrevista con Joe.
- [385] Kevin Drum, «The most important free speech question is: who decides?» [La pregunta más importante en relación a la libertad de expresión es: ¿quién decide?], *Mother Jones*, 27 de abril de 2017, en <http://www.motherjones.com/kevin-drum/2017/04/most-important-free-speech-question-whodecides>.
- [386] Rory McGowan, «Claim no easy victories» [No te cuelgues medallas], *The Northeastern Anarchist*, 2003, en <https://theanarchistlibrary.org/library/rory-mcgowanclaimno-easy-victories>.
- [387] «Research shows prejudice, not principle, often underpins “free-speech defense” of racist language» [Un estudio demuestra que, a menudo, son los prejuicios y no los principios los que se hallan en la base de la «defensa de la libertad de expresión» del lenguaje racista], *KU Today*, 3 de mayo 2017, en <https://news.ku.edu/2017/05/01/research-shows-prejudice-not-principle-often-underpins-free-speech-defense-racist>.
- [388] Entrevista con Pavé Brûlant.
- [389] Iain Channing, *The police and the expansion of public order law in Britain 1829-2014* [La policía y la expansión de la ley de orden público en Gran Bretaña, 1829-2014], Londres: Routledge, 2015, p. 17.
- [390] Cliff Maloney Jr., «Colleges have no right to limit students’ free speech» [Las universidades no tienen derecho a limitar la libertad de expresión de los estudiantes], *Time*, 13 de octubre de 2016, en <http://time.com/4530197/collegefree-speech-zone/>.
- [391] Ulrich Baer, «What “snowflakes” get right about free speech» [En qué tienen razón los «quejicas» sobre la libertad de expresión], *The New York Times*, 24 de abril de 2017, en <https://www.nytimes.com/2017/04/24/opinion/what-liberal-snowflakes-get-right-about-free-speech.html>.
- [392] Noah Schabacker, «Schools have a legal obligation to keep harassers like Milo off campus» [Los centros educativos tienen la obligación legal de impedir que acosadores como Milo entren en la universidad], *Rewire*, 26 de mayo de 2017, en <https://rewire.news/article/2017/05/26/schools-legal-obligation-keep-harasserslike-milo-off-campus/>.
- [393] Dave Zirin, «A lynching on the University of Maryland campus» [Un linchamiento en el campus de la Universidad de Maryland], *The Nation*, 22 de mayo de 2017, en <https://www.thenation.com/article/lynchinguniversity-maryland-campus/>.

Estrategia, (no) violencia y antifascismo cotidiano

«¡Oye! ¿Eres de los Caballeros Blancos?», le gritó Gator, un joven *skinhead*, nativo americano y grafitero, a un cabeza rapada adolescente blanco que iba por la otra acera. Gator cruzó la calle junto con su acompañante Kieran, que entonces tenía 16 años. Se lo preguntó otra vez: «¿Eres de los Caballeros Blancos?». Se trataba de un nuevo grupo de cabezas rapadas, blancos y racistas, que hacía poco habían empezado a intimidar a punks y a personas que no eran de raza blanca en Mineápolis, a finales de la década de 1980. Gator y Kieran eran miembros de un pequeño colectivo de *skinheads* antirracistas, conocidos como los Baldies. Estaban decididos a enfrentarse a ellos. Con el paso del tiempo, sus integrantes formaron Acción Antirracista, que acabó por extenderse hasta formar una red nacional. Mucho antes de este ambicioso desarrollo, Gator le enseñó a Kieran una estrategia «genial» para enfrentarse a adolescentes supremacistas, fácilmente sugestionables.

—¿Qué? ¿Lo eres? —preguntó Gator de nuevo.

—Sí —respondió el chico.

Gator se acercó otro paso y le dijo que más le valía que la próxima vez que se lo encontrase la respuesta fuese: «No».

Treinta años después, Kieran seguía maravillado con esta estrategia. «Les da a los adolescentes la oportunidad de pensarse sus opiniones y les deja

claro que estas tienen consecuencias [...]. Les servía de aviso». De hecho, esta forma de actuar sirvió para que varios cabezas rapadas racistas cambiaran de bando. Se unieron a los Baldies, algo que hubiese sido mucho menos probable de haber actuado contra ellos de inmediato.[394] Esta anécdota habla de la violencia, aunque no se da ningún golpe. Habla de cómo se puede eliminar el racismo de raíz si se dejan claras sus consecuencias desde el principio. Demuestra hasta qué punto muchos militantes se han planteado con detenimiento el tema de la violencia y la eficacia que pueden llegar a tener las amenazas de su uso, articuladas con propiedad.

En los medios de comunicación convencionales se presenta a los antifascistas como lunáticos sedientos de sangre. Y tras las manifestaciones en torno a los actos de Milo Yiannopoulos, la derecha alternativa solicitó que se designase al «antifascismo» como organización terrorista. Como si el «antifascismo» en sí fuese un colectivo, mucho menos terrorista. A pesar de ello, la inmensa mayoría de las tácticas que usa el movimiento no implican el uso de la violencia física en absoluto. Los militantes investigan a las organizaciones de extrema derecha en Internet, presencialmente y, a veces, mediante infiltrados. Hacen pública la información personal de sus integrantes. Llevan a su entorno cultural a distanciarse de ellos. Hacen presión en sus lugares de trabajo para que les despidan. Exigen a los espacios públicos que suspendan sus conciertos, conferencias o actos. Organizan charlas, grupos de lectura, sesiones de formación, torneos de deportes y campañas de recogida de fondos. Escriben artículos, panfletos y periódicos. Cuelgan pancartas y graban vídeos. Apoyan a refugiados e inmigrantes. Defienden los derechos reproductivos y denuncian la brutalidad policial.

Pero también es verdad que en ocasiones algunos de ellos les parten la cara a los nazis y no piden perdón por ello.

Más que ninguna otra cosa, fue el puñetazo que le dio un militante a Richard Spencer el día de la toma de posesión de Trump, en 2017, lo que puso en el candelero el tema de la violencia antirracista. A veces el tratamiento mediático simpatizaba algo con el acto en sí. Pero incluso en

ese caso, la mayor parte de las noticias sobre la acción y las ideas políticas que la sustentan reducían la violencia antifascista a la instancia trivial e individual de «pegar a un nazi». En la era de los *memes* y los *gifs*, el «puñetazo al nazi» se presentó como una moda miope. Se escribió sobre el tema en el mismo tono que se empleó en la histeria mediática de 2013 para hablar del «juego del KO». En este un pequeño número de adolescentes se dedicaba a golpear a extraños para pasar el rato.[395] Randy Cohen escribía antes la columna «The Ethicist» en *The New York Times Magazine*. En una entrevista en *Newsweek* dio el mejor ejemplo posible de esta tendencia a tratar la violencia antifascista del modo más superficial posible. Dijo que no «por pegar a los nazis» dejó el Holocausto de producirse. En vez de eso, Cohen defendió «seguir el ejemplo de Gandhi o de (Martin Luther) King [...] y no caer en las sucias tácticas de personas como Spencer».[396]

En realidad, la violencia supone una parte muy pequeña de la actividad de los antifascistas. Aunque es de vital importancia.

Hay tres argumentos principales que emplean los militantes para justificar su uso ocasional de la fuerza. En primer lugar, tal y como se explicó en el capítulo 4, está el argumento histórico. Este demuestra, en base a observaciones concretas, que el «debate racional» y las instituciones de gobierno fracasaron a la hora de impedir consistentemente el ascenso del fascismo. Teniendo en cuenta este hecho, argumentan que la única esperanza de que no vuelva a ocurrir radica en impedir físicamente cualquier avance potencial del fascismo. Después, mencionan los muchos ejemplos que hay desde el final de la Segunda Guerra Mundial en los que el antifascismo militante logró impedir los esfuerzos organizativos de la extrema derecha. O por lo menos los dificultó seriamente. En tercer lugar, a menudo es necesario defenderse de las agresiones fascistas. Los militantes se oponen a la interpretación convencional de la defensa propia, basada en una ética personal e individualista. En su lugar, legitiman las tácticas ofensivas para evitar que más adelante sea necesaria la autodefensa propiamente dicha.

En otras palabras, los antifascistas no esperan que una amenaza fascista llegue a ser violenta para actuar y suprimirla. Físicamente, si hace falta.

Como explica Murray, de ARA de Baltimore:

Se les hace frente escribiendo cartas y llamando por teléfono, para que no haya que darse de puñetazos con ellos. Se les hace frente con los puños para que no haya que hacerlo a navajazos. Se les hace frente a navajazos para que no haya que hacerlo con pistolas. Se les hace frente con pistolas para que no haya que hacerlo con tanques.[397]

Este capítulo analiza los principales aspectos de los debates actuales en torno a la «negación de tribunas» y a la violencia antifascista. ¿Tienen razón los liberales cuando dicen que enfrentarse a los fascistas solo les hace más fuertes? ¿Deberíamos ignorarlos, sin más? Si tantas personas ensalzan la resistencia contra los nazis de las décadas de 1930 y 1940, ¿por qué rechazan hacerles frente hoy en día? ¿De verdad las investigaciones demuestran que la violencia solo favorece a los fascistas? Tras responder a estas preguntas, se analizan los problemas que presentan el machismo, la exaltación de la violencia y el papel del feminismo en el antifascismo. A continuación, se reflexiona sobre la relación que hay entre el antifascismo militante, la política popular y la opinión pública. ¿Pueden coexistir los bloques negros y las luchas populares? Para terminar, se exploran las posibilidades del «antifascismo cotidiano» en la era de Trump.

* * *

Desde Tom Hanks en *Salvar al soldado Ryan* y Brad Pitt en *Malditos bastardos* hasta Indiana Jones. Parece que no hay nada que les guste más a los espectadores en Estados Unidos que ver morir a los nazis. Son epítomes de maldad histórica. Cualquier forma de castigo infligida sobre el cuerpo de un nazi proporciona un deleite catártico. Ya sean los golpes en la cabeza con un bate de béisbol del «oso judío» en la película de Tarantino o las hélices de avión que hacen rebanadas al mecánico alemán en *En busca del arca perdida*. Es una venganza justiciera que se cobra a una distancia cronológica y espacial segura. La Segunda Guerra Mundial es el conflicto menos controvertido en la historia de Estados Unidos. Pocas personas cuestionan la legitimidad de la lucha contra los nazis de finales de la década

de 1930 y la de 1940.

Esos mismos espectadores ¿considerarían igual de heroico enfrentarse a los nazis *antes* del estallido de la guerra? ¿Cuando el régimen de Hitler ya estaba construyendo los campos de concentración y los guetos? ¿Y *antes* de que Hitler llegase al poder en 1933? ¿Cómo reaccionarían los estadounidenses ante una película que mostrase a las organizaciones comunistas y socialdemócratas, tales como la Liga de Luchadores Rojos del Frente, el Frente de Hierro contra el Fascismo o Acción Antifascista, en sus enfrentamientos con las tropas de asalto nazis de las décadas de 1920 y 1930? Quiero pensar que la mayoría se mostraría favorable a estas agrupaciones militantes. Saben que el relato termina, en última instancia, en las cámaras de gas.

Entonces, ¿por qué hay tantas personas «alérgicas» no solo a la posibilidad de enfrentarse a los fascistas y supremacistas blancos de forma física, sino incluso a impedir con métodos no violentos sus discursos a favor del Cuarto Reich?

Las razones parecen ser varias. En primer lugar, la mayor parte de las personas tienen una comprensión del fascismo que no permite los términos medios. Eso les impide tomárselo en serio hasta que los nazis llegan al poder. Los comentaristas de centroizquierda o los votantes desilusionados de Hillary Clinton no dejan de quejarse del «fascista de Trump». Pero lo cierto es que muy pocos de ellos piensan que hay una posibilidad real de que un régimen con rasgos fascistas llegue al poder en Estados Unidos. Muchas personas conciben el fascismo solo en términos de regímenes completamente «totalitarios». Su idea de situación es una disyuntiva de «todo o nada».

El escepticismo respecto a la posibilidad inminente de que haya un Gobierno explícitamente fascista en Estados Unidos parece estar justificado. En todo caso, los militantes dicen que no hay que olvidar que muy pocos se tomaron en serio a los pequeños grupos de seguidores que tenían Mussolini y Hitler cuando empezaron su carrera ascendente. Habría que permanecer vigilantes frente a cualquier expresión de ideas similares a las fascistas. La falta de preocupación por esta posibilidad se ve reforzada

por la tendencia a no relacionar las etapas pasadas de la historia con la actual. Como el régimen nazi o la era de la leyes de Jim Crow de segregación racial. Las aportaciones del pasado a la situación política contemporánea se reducen a aforismos moralizantes. Hecho lo cual, la verdadera relevancia de su ejemplo histórico y los elementos de continuidad entre las épocas se pueden considerar irrelevantes para las luchas sociales actuales.

Es más, la posibilidad de que haya un Gobierno auténticamente fascista no es de hecho relevante en lo que respecta a la organización cotidiana. La violencia fascista no es una dicotomía de todo o nada. Incluso en cantidades relativamente pequeñas puede ser muy peligrosa. Por lo tanto, hay que tomársela en serio. Esto resulta dolorosamente evidente a las víctimas de agresiones contra personas transgénero o contra inmigrantes, por ejemplo.

En segundo lugar, muchas personas defienden una especie de «antifascismo liberal». Lo sepan o no. Con esta expresión me refiero a la fe en la capacidad inherente a la esfera pública para filtrar las ideas fascistas. Y en la de las instituciones gubernamentales para impedir el avance de propuestas de este tipo. Se supone que estos elementos son suficientes para proteger a todo el mundo de la violencia fascista. ¿Para qué molestarse en enfrentarse a los nazis? No obstante, como ya se puso de relieve en el capítulo 4, los antifascistas militantes ponen el ejemplo de la llegada al poder de Mussolini y Hitler por medios legales. Son demostraciones de que los debates razonados y los Gobiernos parlamentarios son falibles a la hora de detener el fascismo.

Eso no quiere decir que la argumentación política carezca de valor. A menudo, el atractivo de la ideología de extrema derecha es mayor cuando la izquierda no logra las victorias necesarias para responder a las necesidades populares. O cuando no consigue promover sus propios puntos de vista ideológicos. Resistir al fascismo no solo requiere organizaciones militantes. Hay que estar organizado en todos los frentes. Sin embargo, los argumentos contra el fascismo solo pueden tener utilidad en el caso de meros simpatizantes. Es decir, en su potencial base popular. Si se trata de personas muy ideologizadas, que desdeñan los mismos términos del debate, no.

Cuando los militantes consiguen privar a los fascistas o a los supremacistas blancos de una tribuna desde la que promover sus opiniones, a menudo los «antifascistas liberales» dicen que impedir sus actos es contraproducente. Solo consigue que se les preste más atención. Les permite presentarse como víctimas. Según este argumento, se hará evidente por sí mismo que no tienen nada valioso que ofrecer a la sociedad, si ese es realmente el caso.

Para ver si este argumento tiene algún mérito, se puede aplicar a dos situaciones corrientes: 1) una pequeña organización fascista que intenta conseguir nuevos integrantes y 2) oradores famosos de la extrema derecha.

Lo primero que hay que decir es que la mayor parte de los esfuerzos organizativos de los antifascistas son formas de autodefensa, propiamente dicha. Tal vez eso sea lo más importante. La mayoría de los colectivos que se crearon en las décadas de 1980 y 1990 estaban formados por punks y anarquistas. Tenían que defenderse frente a la creciente amenaza de los cabezas rapadas racistas. Está muy bien que haya comentaristas que echen sermones sobre «ignorarlos, sin más». Pero cuando van a darte una paliza con bates de béisbol, si llevan destornilladores o navajas, no es tan sencillo. Incluso si se dejan de lado las ideas antiestatistas de la mayoría de los antifascistas por un momento, es evidente que actuar en defensa propia es legítimo cuando la policía no está presente. O cuando esta simpatiza con los agresores fascistas.

¿Qué pasa entonces cuando los fascistas no representan una amenaza física inmediata? ¿Acaso es mejor ignorar a los grupos de este tipo, pequeños e «inofensivos»? A estas alturas, ya debería estar claro que las organizaciones minúsculas de ultraderecha no permanecen siempre así. En Grecia, Amanecer Dorado salió de la nada para llegar a ser una fuerza importante. Antes de que los casos judiciales diezmaran la cúpula del partido en 2013, parecía que podía llegar a entrar en el Gobierno. Y siempre pueden recuperarse. Nunca se sabe con seguridad.

Evidentemente, nos corresponde a nosotros hacer lo que esté en nuestra mano para impedir que estos grupos se expandan. Para conseguirlo, es fundamental entender cómo crecen, cuando lo hacen. A menudo, esta tarea

es mucho más sencilla para activistas de izquierda que para analistas liberales. Los militantes sí participan en los mecanismos de construcción de movimientos. Entienden que, para desarrollarse, estos necesitan celebrar actos públicos. Organizar manifestaciones. Repartir propaganda. Publicar periódicos. Lanzar campañas. Forjar alianzas y coaliciones. Abrir locales, centros sociales y librerías. Crear un entorno social y cultural atractivo, que aporte a los nuevos integrantes un sentido de pertenencia y un deseo de comprometerse con la lucha. Muchos de ellos han pasado años erigiendo esta infraestructura. Capeando los inevitables flujos y reflujos de entusiasmo, compromiso y empuje que conlleva la construcción de un movimiento. Para los militantes es evidente que la incapacidad constante de lograr alguna de estas tácticas políticas, o todas, puede ser devastadora. Después de todo, el fascismo fue el primero en demostrar que impedir la presencia pública de un movimiento de oposición, de forma sistemática, puede dar grandes resultados.

El espectáculo que se produce cuando se impide un acto fascista puede generar más publicidad para ese grupo en el corto plazo. Pero este tipo de acciones les priva de la capacidad de aprovechar esa atención. Es más, ese espectáculo, como todo lo mediático, pierde inevitablemente su atractivo cuando se vuelve rutinario. La primera vez que los antifascistas impiden un acto nazi es noticia. Cincuenta veces después, ya no lo es. Desde luego, los fascistas siempre se van a presentar como víctimas cuando esto ocurre. Pero también lo hacen cuando no pasa. El fascismo se ha construido sobre el miedo. Miedo a los judíos. A los comunistas. Inmigrantes. Masones. Homosexuales. A la «decadencia nacional». Al modernismo estético. Al «genocidio blanco», y más. No importa cómo se comporte la izquierda con los fascistas. Siempre van a presentarse como víctimas y agraviados.

Hay quienes pueden verse significativamente influidos por las pretensiones fascistas de ser las víctimas. La inmensa mayoría de ellos lo serían igualmente con cualquier excusa. Los militantes afirman que cualquier ventaja retórica que pueda derivar de este tipo de confrontación se ve ampliamente superada por su disminución en la capacidad de aprovecharla.

Es cierto que las dinámicas para «negar tribunas» cambiaron de forma significativa con la llegada de Internet. Este supone una tribuna que los antifascistas no pueden negar por completo, aunque sus esfuerzos para que Reddit y otras plataformas cierren hilos racistas han conseguido algunos logros. Sin embargo, los izquierdistas que se han dedicado a la propaganda en Internet son conscientes de que solo puede llegar hasta un cierto punto. Para empezar un movimiento de masas hay que disponer de algún tipo de continuación en el mundo real. Por eso, los antifascistas defienden que es imperativo oponerse a la derecha alternativa cuando intenta salir de detrás de sus pantallas para establecer una presencia pública. Algo que haría que su propaganda en Internet fuese mucho más poderosa.

Los comentaristas liberales no consiguen entender por completo la importancia de la infraestructura para un movimiento. Su profesión de fabricantes de opinión atribuye una importancia suma a la difusión de ideas en abstracto. Pero las condiciones en las que esto se produce tienen una gran importancia. Los militantes saben que es difícil mantener el compromiso de los integrantes de un movimiento. Incluso cuando las cosas van bien y no hay mucha oposición. Si participar implica un enfrentamiento constante, ciberacoso y ostracismo social, conseguir nuevos miembros se vuelve exponencialmente más difícil. Esto es lo que mi contacto en Antifa de D. C., Chepe, llama el «principio de “no vale la pena”». Chepe explica que, en su experiencia, los nuevos fascistas buscan «juntarse con el más fuerte del barrio. Cuando pierden un enfrentamiento o se dan cuenta de que los demás de su calaña salen corriendo, empiezan a pensar que “no vale la pena” y muchos lo dejan».[398]

En el transcurso de mis entrevistas y de la preparación del libro, encontré muchos casos en los que una combinación de enfrentamientos físicos, *doxxing*, infiltración y otras tácticas militantes consiguió impedir los esfuerzos organizativos de los fascistas a nivel local y nacional. O dificultarlos seriamente. Es importante recordar que los sucesos históricos no tienen nunca una sola causa. Que los antifascistas exageran en ocasiones el papel que han tenido a la hora de eliminar ciertos grupos de extrema derecha. Y que también hay ocasiones en las que no se ha conseguido

impedir la actividad de los fascistas. Teniendo todo eso en cuenta, hay que reconocer que la pequeña muestra que he reunido de campañas que han logrado sus objetivos demuestra que estos métodos militantes funcionan a menudo. Y funcionan bien. En la década de 1940 en Gran Bretaña, el Grupo 43 logró desmontar el Movimiento por la Unidad de Mosley. La enorme Liga Antinazi tuvo un papel decisivo a la hora de hacer fracasar el Frente Nacional en el Reino Unido, a finales de los años setenta y principios de los ochenta. Punks y *skins* antifascistas de muchas partes de Europa y Norteamérica cuentan cómo lograron expulsar, casi por completo, a los cabezas rapadas nazis de su escena. Se impidieron miles de conciertos de grupos racistas, literalmente. La mayoría de los que pudieron llevarse a cabo tuvieron que hacerse de forma clandestina. Los antifascistas noruegos hicieron desaparecer el movimiento fascista de su país en la década de 1990. También ARA tuvo una participación destacada en el sabotaje a la Alianza Nacional y a la Iglesia Mundial del Creador, a principios de la década de 2000. Los desfiles anuales de los nazis en Dresde, Roskilde y Salem acabaron por suspenderse. Esto llevó a muchos de los grupos que los organizaban a escindirse. Los enfrentamientos en la calle asfixiaron al Frente Nacional de Dinamarca y la publicación de los datos de sus miembros fracturó al Frente Danés. AFA hizo desaparecer el Partido Nacional Británico de Lancashire a base de ganar enfrentamientos físicos constantes. SCALP de Besançon acabó con dos grupos locales del Bloque Identitario. Después atrajo la atención pública sobre el Front Comtois, la organización que los sucedió. Eso llevó a las autoridades locales a prohibirlo. Incluso cuando los militantes holandeses sufrieron una seria derrota a manos de los fascistas del Nationalistische Volks Beweging (NVB), en una ocasión en 2007, la policía intervino y detuvo a los fascistas. Les acusó de posesión de armas. Esto produjo enfrentamientos internos en el grupo y su posterior colapso.[399]



Madrid, manifestación antifascista, 1 de mayo de 2013.(Fotografía del autor).

Se podría seguir, pero no es necesario. Hay historias similares en pueblos y ciudades de todo el mundo.

La «negación de tribunas» antifascista no se ha empleado, habitualmente, contra oradores destacados de la extrema derecha de modo individual. Sin embargo, hoy en día este es un aspecto muy notorio del antifascismo estadounidense.

El caso de estos conferenciantes famosos presenta problemas diferentes a los militantes. Personajes como Milo Yiannopoulos o Ann Coulter disponen de una tribuna desde la que hacer llegar su mensaje a millones de personas. Solo por ser tan conocidos. De hecho, la fama de Yiannopoulos aumentó mucho después de que se le impidió hablar en Berkeley. Coulter estaba encantada de que los «progresistas que odian la libertad de expresión» de Berkeley hicieran lo mismo en su caso. Por este motivo, los comentaristas llegaron a la conclusión de que «los alborotadores encapuchados [...] en

última instancia sirvieron a los intereses (de Yiannopoulos)». Le «presentaron bajo un aspecto con el que se puede simpatizar, que no se merece». Un periodista en *The Telegraph* dijo que «recurrir a la violencia es especialmente estúpido, teniendo en cuenta que la fama de Yiannopoulos se basa en provocaciones, tan exageradas como su personalidad». Hubo críticas incluso desde la izquierda. Christian Parenti y James Davis dijeron que la derecha «había provocado a los izquierdistas de la universidad, como si se tratara de una llave de yudo, a una respuesta desproporcionada» en sus intentos de impedir las intervenciones de Yiannopoulos y Charles Murray. Este último, a raíz de su libro racista de 1994, *La campana de Bell*.^[400]

Lo primero que hay que decir a esto es que los oradores y sus carreras profesionales son solo parte de la ecuación. Si impedir hablar a Yiannopoulos o Coulter pudiese evitar que un solo estudiante indocumentado o transgénero sufriese acoso o algo peor, como ocurrió con la intervención del primero en la Universidad de Milwaukee, entonces habría que impedirselo. Y punto. Es más, estos actos giran en torno a personas individuales, que no pretenden hablar en nombre de un grupo. Pero a menudo la extrema derecha los aprovecha para organizarse y conseguir nuevos miembros. Cuando no se les hace frente, se convierten en ocasiones para que racistas «aislados» se conozcan, para que socialicen y reciban un panfleto de la milicia local de los Minutemen, o del Partido Tradicionalista de los Trabajadores o de cualquier otro grupo de extrema derecha. Las conferencias de David Irving, el negacionista del Holocausto, cumplieron este papel durante años.

En parte, esto pone de relieve la importancia de difundir las ideas políticas presencialmente. Las personas que ven los vídeos de Yiannopoulos en YouTube no tienen el mismo potencial político que cuando se reúnen físicamente.

Los oradores más reconocidos pueden beneficiarse de la controversia que les rodea cuando se les impide hablar. Pero es evidente que el escándalo tiene una tasa de rendimiento marginal decreciente. Cada vez que se impida hablar a Yiannopoulos o a Coulter, el público y los medios de comunicación se van a preocupar un poco menos. Los artículos de los cruzados de la

libertad de expresión acabarán finalmente por desaparecer. Se quedarán sin argumentos nuevos y se agotará su capacidad de fabricar indignación. Por otro lado, a los personajes como Coulter les conviene poder hablar. Si cada vez que se les invita a la universidad se convierte en una pesadilla para los convocantes y para el rectorado, el número de invitaciones acabará, necesariamente, por reducirse.

Hay todavía un aspecto más importante de la cuestión. Algo que los comentaristas pasan por alto. Cuando los fascistas se lamentan de que se les ha «silenciado» en algún sentido en la esfera pública, las acciones de las que se quejan contribuyen a la creación de un movimiento antirracista y antifascista amplio. Basado en la acción directa y que no tolera el fanatismo. Desde el punto de vista de la construcción de un movimiento antirracista, el impedir que un orador racista hable puede ser más relevante a largo plazo que su efecto inmediato en un momento dado. Jonathan Chait, columnista de *New York Magazine*, se quejaba en abril de 2017 de la «guerra contra la mentalidad liberal» que había declarado la «izquierda del “¡Impidámoslo!”».[401] Proponía este término como algo peyorativo. Lo cierto es que «izquierda del “¡Impidámoslo!”» es una descripción adecuada para una corriente de la izquierda revolucionaria, que defiende la acción directa y se ha desarrollado mediante Occupy Wall Street y Black Lives Matter. Y que cada vez tiene una capacidad mayor de enfrentarse a los avances del supremacismo blanco, la homofobia, el patriarcado y la dominación en todas sus formas.

Las estrellas de la extrema derecha brillarán y luego se apagarán. Ann Coulter, Bill O'Reilly, Milo Yiannopoulos... Cuando se hundan en la oscuridad, otros racistas y otros machistas heredarán sus contratos para escribir libros y sus programas de radio. La cuestión no es saber qué fascista sabe hacer más dinero a costa de las «lágrimas de los lloricas», sino si podremos construir un movimiento lo bastante potente como para aplastar cualquier manifestación colectiva de sus aspiraciones pseudofascistas.

* * *

La oposición a enfrentarse físicamente a los nazis no solo utiliza argumentos éticos para defender que los métodos no violentos son preferibles. Más allá de estos, suele basarse en que estas formas de actuación son, sencillamente, más eficaces. Gene Sharp es director del Instituto Albert Einstein, una organización sin ánimo de lucro dedicada a la promoción de la «no violencia estratégica». Es una de las personas que defienden estas ideas con argumentos basados únicamente en la eficacia. En esta sección se responde a las propuestas de Erica Chenoweth, una académica en el campo de las relaciones internacionales. Probablemente sea la defensora más destacada de este punto de vista en los debates recientes sobre antifascismo.

La toma de posesión de Trump en 2017 y las manifestaciones contra Yiannopoulos en Berkeley son los casos más destacados de disturbios causados recientemente por el bloque negro. Poco después, Chenoweth escribió un artículo para *New Republic*. Apareció con el título «La violencia *solo* va a perjudicar a la resistencia contra Trump» (la cursiva es mía). Se basa en las conclusiones presentadas en *Por qué funciona la resistencia civil*, escrito por ella misma en colaboración con Maria Stephan.[402] Sus investigaciones en el campo de la no violencia también se mencionaron en un artículo muy leído de *Newsweek* sobre el bloque negro en Berkeley. Se presentaron como evidencia de que «el bloque negro perjudica los esfuerzos de los no violentos».[403]

Como sugieren la mención en *Newsweek* y el título del artículo en *New Republic*, Chenoweth defiende que las «pruebas históricas» demuestran que todo tipo de «facciones violentas», en general, son contraproducentes. No solo la táctica del bloque negro. En su libro, afirma que entre 1900 y 2006 «las campañas de resistencia civil no violenta tuvieron una probabilidad de alcanzar un éxito total o parcial que es casi el doble de la de sus homólogas violentas».[404] Este argumento es exclusivamente empírico. Entonces, ¿la conclusión no debería ser, más bien, «es probable que la violencia

perjudique a la resistencia contra Trump»? Incluso sus propias investigaciones contradicen su rechazo absoluto al uso de la fuerza, cuando se considera esta desde el punto de vista de los resultados estratégicos. Esto sugiere que los argumentos de «ciencia social» acerca de la superioridad universal de los métodos no violentos son, en ocasiones, caballos de Troya para consideraciones éticas. Los argumentos éticos y políticos son válidos, pero deben presentarse como lo que son.

Sea como sea, unos datos que atribuyen una superioridad tan apabullante a los métodos no violentos deben, sin duda, tomarse muy en serio, si nuestro objetivo es tener éxito y no solo conseguir puntos retóricos. Pero, como dice el activista-académico Ben Case en *ROAR Magazine*, los términos de este debate están seriamente viciados. Por ejemplo, el conjunto de datos empleados en *Por qué funciona la resistencia civil* define los movimientos «violentos» en función de enfrentamientos bélicos. No tiene en cuenta «variables para ningún tipo de acción violenta que esté por debajo del umbral de la guerra». El «efecto de la facción radical» que se menciona en el conjunto de datos se refiere a insurgencias armadas. «No tiene nada que ver con el efecto de manifestantes que rompen escaparates o se enfrentan a la policía». En ese libro y en otras obras posteriores de Chenoweth, algunos movimientos se clasifican sin más como «no violentos». Como la primera intifada palestina o las manifestaciones de la plaza Tahrir, en Egipto. Se basa para ello en el «protagonismo de la resistencia no violenta». A pesar del hecho de que implicaron enfrentamientos muy intensos con las autoridades y con matones progubernamentales. Choques mucho más duros que romper unos cuantos escaparates de sucursales bancarias en una calle desierta de Washington D. C.

La conclusión de estas investigaciones es que los movimientos «principalmente no violentos» funcionan bien más a menudo que los «principalmente violentos». Entonces, un bloque negro puntual en lo que, por otro lado, es un océano de acción no violenta no debería impedir a Chenoweth reconocer que el antifascismo o el movimiento de resistencia contra Trump, más en general, entran dentro de esa categoría de éxito que

alaba. Después de todo, también se formaron unos cuantos bloques negros durante el movimiento en Egipto, al cual se refiere positivamente como «una revolución principalmente no violenta (que) triunfó».[405]

Chenoweth incluso dice que la violencia antifascista fue contraproducente en la Alemania de entreguerras. Defiende que el resultado de los enfrentamientos callejeros entre comunistas y nazis fue una «izquierda fragmentada». Según ella, «los grupos fascistas se aprovecharon del caos para obtener el poder mediante las urnas».

No obstante, como ya se ha dicho, la izquierda del periodo de entreguerras estaba muy fragmentada ya desde el final de la Primera Guerra Mundial. Los partidos sufrieron escisiones. Anarquistas, comunistas y socialistas estaban enfrentados entre sí mucho antes de que el fascismo apareciese en escena. La izquierda no se rompió por pelearse con los nazis. Ya estaba desgarrada antes.

Tampoco fueron los enfrentamientos callejeros los que llevaron a los fascistas a ganar las elecciones. En los choques en Alemania antes de 1930 murieron cientos de nazis y de milicianos comunistas, socialistas y republicanos. Varios miles más fueron heridos. Si estas luchas fueron el factor determinante en la victoria electoral de los nazis, ¿por qué el NSDAP no obtuvo sino el 2,6 % del voto en mayo de 1928? Por el contrario, en septiembre de 1930 obtuvieron el 18,3 % de los sufragios. Hasta entonces no empezaron a tener algo de empuje en las urnas. Lo que cambió entre ambos resultados no fue el nivel de la violencia callejera. Fue la Gran Depresión. Por otro lado, si la violencia era contraproducente para la izquierda, ¿cómo es que el KPD también aumentó sus apoyos electorales en ese mismo periodo? Además, parece ser que durante el periodo de entreguerras todos los partidos políticos y facciones de Alemania tenían sus propios grupos paramilitares o asociaciones de veteranos. No se puede decir en retrospectiva que, para enfrentarse a los nazis, el KPD debería haber copiado el manual de MoveOn.org, una ONG progresista que recoge firmas y hace peticiones. Eso es ignorar la concreción histórica de sus programas y la naturaleza contextual de la opinión pública. Si la violencia resulta inherentemente tan repelente, ¿por qué el 37,3 % de los electores alemanes

votaron a los nazis en julio de 1932?[406] ¿Por qué el papel destacado de los partidos comunistas europeos en la resistencia armada les garantizó su mayor éxito registrado, en las elecciones inmediatamente posteriores a la guerra?

Chenoweth y Stephan reconocen que «es posible que la resistencia no violenta no se pueda usar de forma eficaz una vez que ha empezado el genocidio con toda su fuerza». Aun así, defienden que no se puede sacar esta conclusión. Porque esta opción «no se contempló nunca como una estrategia generalizada para resistir a los nazis». Si no se puede considerar la eficacia de las estrategias que no se pusieron en práctica, ¿cómo se puede llegar a la conclusión de que una campaña no violenta hubiese sido mejor que la lucha armada en Alemania durante las décadas de 1920 y 1930? Mientras tanto, Chenoweth y Stephan consideran que la «resistencia violenta» a los nazis fue «un fracaso vergonzoso». Afirman que algunos ejemplos de «resistencia colectiva no violenta» en Dinamarca y Alemania tuvieron solo «éxito ocasionalmente».[407] Como judío que soy, habiendo perdido antepasados en el Holocausto, encuentro insultante esta idea, decir que el levantamiento del gueto de Varsovia y otros ejemplos de resistencia armada contra los nazis fueron un «fracaso vergonzoso». Estos hechos llenaron de orgullo a todo un pueblo en el momento en que se enfrentaba al exterminio. Los valientes combatientes que participaron en ellos reivindicaron su humanidad, si bien solo duraron un corto periodo de tiempo. Si eso no constituye un éxito transhistórico, entonces no sé qué puede serlo. Además, la afirmación es patentemente falsa. Por ejemplo, los partisanos yugoslavos y albaneses vencieron, de hecho.

Chenoweth argumenta que los nazis «mostraron una preferencia explícita por enfrentarse a [...] guerrillas, en vez de a métodos de desobediencia civil». Eso puede contener un atisbo de veracidad en Europa Occidental. Allí consideraban que franceses, holandeses y belgas que no fuesen judíos eran seres humanos.[408] Sin embargo, incluso el estudio más rudimentario de la aplicación de la «solución final» y de la importante despoblación de Europa del Este para crear el *lebensraum*, el espacio vital, demostrará que apelar a la decencia pública de los nazis no habría interrumpido el

funcionamiento de su maquinaria de matar. Chenoweth y Stephan tienen razón al señalar que los métodos no violentos pueden derribar dictaduras. Pero en esos casos, la no violencia necesita apoyarse en una opinión pública, doméstica o internacional. Así, puede hacer que el régimen sea insostenible. ¿En qué parte del mundo se hallaba esa población, a principios de la década de 1940, cuya indignación potencial hubiese podido hacer cambiar a Hitler de opinión?

En el centro de este debate está la cuestión de cómo evaluar y promover el éxito de una lucha social. O debería estarlo. Para Chenoweth y otros académicos los criterios están claros. Las tácticas y las estrategias con éxito son aquellas que consiguen ganar más «espectadores y potenciales participantes»^[409] para la causa, al mismo tiempo que reducen el número de simpatizantes por la opción contraria. El historiador Daniel Tilles ha utilizado este cálculo cuantitativo. Ha llegado a la conclusión de que la batalla de Cable Street tuvo un «impacto positivo» para la Unión Británica de Fascistas, porque el número de miembros de la BUF aumentó inmediatamente después del enfrentamiento. Razona que para la comunidad judía «solo sirvió para empeorar la situación aún más». Varios cientos de jóvenes fascistas se vengaron organizando el pogromo de Mile End, en el que atacaron a los judíos y saquearon sus tiendas. Estos enfrentamientos elevaron el antisemitismo retórico de la BUF, lo que les ayudó a mejorar en las elecciones de 1937.^[410] Del mismo modo, la muerte en 1925 de cuatro miembros de la Juventudes Patrióticas, de extrema derecha, a manos de comunistas, propició un aumento inmediato de afiliaciones a la organización.^[411] Para los académicos, la conclusión es evidente. Si una táctica o estrategia antifascista contribuye a que los fascistas consigan nuevos miembros, entonces ha fracasado.

El factor que tal vez ha sido el más determinante en el aumento de las afiliaciones a grupos fascistas en el periodo de entreguerras, aparte de la Gran Depresión, fue el éxito electoral de los partidos progresistas. Por ejemplo, el desarrollo de la ultraderecha francesa se puede relacionar con precisión con los ascensos o descensos de la izquierda en las urnas. La primera oleada de fascismo surgió en 1924 ante la creación de la Alianza de

Izquierdas. Descendió en 1927, cuando esta perdió el Gobierno. Aumentó de nuevo después de 1932, como respuesta a la Depresión y a la elección de una mayoría de centroizquierda. Finalmente, el fascismo alcanzó su máximo desarrollo como respuesta al triunfo del Frente Popular en la votación de 1936. Y al estallido de una oleada de huelgas y sentadas no violentas en las que participaron dos millones de trabajadores. En este contexto, los fascistas franceses atraían a «todos los que creían que este era el primer paso hacia el bolchevismo».[412]

En otras partes se pueden constatar ascensos y descensos similares. El triunfo del Frente Popular en España en 1936 galvanizó a la derecha. Hasta tal punto que empezó una guerra civil. Ciertamente, nadie diría que fenómenos así desaconsejan las aspiraciones electorales de la izquierda. Pero estos ejemplos demuestran que el fascismo medra con el miedo. Frente a los triunfos de la izquierda, tanto violentos como no violentos. Y frente a los progresos de la justicia social en general. El KKK ha prosperado siempre durante las etapas de avance social de las personas de raza negra. La elección de Obama en 2008 hizo aumentar las inscripciones a grupos racistas y llevó al ascenso de Donald Trump.

En todo caso, el éxito o el fracaso políticos no se pueden reducir a un cálculo numérico. La batalla de Cable Street ayudó a los fascistas a conseguir nuevos miembros. Desató su violencia. Y los líderes de la comunidad judía y la mayoría del público británico lo vieron como algo negativo. Pero eso no quiere decir que fuese un error estratégico. De hecho, este enfrentamiento supuso un impulso a las campañas del movimiento. Aportó «nuevas energías» a los judíos antifascistas. Dio lugar a la creación del Consejo del Pueblo Judío contra el Fascismo y el Antisemitismo y mejoró su coordinación con los militantes de izquierda.[413] También sirvió como un potente modelo de resistencia colectiva frente al fascismo. Y ha seguido siendo una fuente de motivación para muchos militantes hasta el día de hoy. Es cierto que a menudo la supervivencia de las minorías depende, al menos en parte, de su capacidad de ganarse el favor de la mayoría. Pero el desarrollo del poder y de la autonomía colectivos son requisitos previos para una lucha social, violenta o no. De hecho,

Chenoweth critica la violencia de la etapa de la lucha por los derechos civiles, porque «alienaba a los blancos». Sin embargo, el Movimiento del Poder Negro entendió correctamente que no podían construir su programa político pensando en las personas de raza blanca. Su principal objetivo era la autonomía de las de raza negra. En ocasiones es necesario dar prioridad a la autodeterminación, antes que a ganar concursos de popularidad que están diseñados de antemano para que los pierdan los más débiles. Esta crítica de la violencia durante la época de la lucha por los derechos civiles también ignora que la perspectiva de una guerra y una revolución racial asustó a Estados Unidos blancos. Hasta el punto de que pasó a encontrar relativamente aceptables unas reformas que, de otro modo, hubiese considerado impensables.

A pesar del deseo de Chenoweth de evaluar las campañas en base al «logro completo de (sus) objetivos declarados», su crítica de la violencia revolucionaria de las décadas de 1960 y 1970 demuestra que, en realidad, tiende a analizar las organizaciones socialistas revolucionarias en función de objetivos establecidos por sus homólogas reformistas.

Por ejemplo, en el primer capítulo de *Por qué funciona la resistencia civil*, defiende que el movimiento no violento para derribar a Marcos en Filipinas tuvo mucho más éxito que la insurgencia de las guerrillas maoístas. Esto podría ser cierto si los maoístas y los activistas no violentos tuviesen exactamente los mismos objetivos. Pero lo cierto es que los primeros habían diseñado su estrategia no solo para derribar al dictador, sino también para librar una guerra popular. Para expropiar a la clase dirigente y crear un Estado socialista.

En Estados Unidos se puede considerar igualmente que los socialistas revolucionarios y el Partido Demócrata son parte de la «resistencia contra Trump». Los primeros buscan una sociedad postcapitalista. Los segundos solo quieren hacerse con la siguiente presidencia. Unos objetivos tan diferentes imponen estrategias distintas. Es poco honesto evaluar a los Panteras Negras en base a su tasa de aprobación entre personas de raza blanca. Igual que lo sería considerar el éxito de Amnistía Internacional según su nivel de fervor insurreccional.

Si se examina con seriedad la «evidencia histórica», se ve que las simpatías sociales hacia la violencia y la no violencia varían en el tiempo y en el espacio. Al igual que sus definiciones. En Mayo del 68 en París, estudiantes y obreros se enfrentaron con la policía en las barricadas. Cuando los agentes demolieron estas de forma brutal, la mayoría de la opinión pública francesa se puso del lado de los estudiantes rebeldes.[414] En 2012 pude ver en Atenas a abuelas que aplaudían cuando jóvenes encapuchados tiraban cócteles molotov contra la policía.

No hay una sola cosa que funcione en todas las situaciones. No todos los estadounidenses entendían que una manifestación por los derechos civiles era pacífica cuando bloqueaba una carretera. Sobre todo si la policía la atacaba de forma violenta. Tampoco hoy en día se considera siempre que estas tácticas sean pacíficas. A finales de 2011 se realizó la famosa manifestación no violenta de Occupy Wall Street por el puente de Brooklyn. Una noticia sobre ella en ABC News dijo: «Las manifestaciones habían sido en su mayor parte pacíficas hasta ayer, cuando se produjeron 700 detenciones».[415] Del mismo modo, Chenoweth considera que los bloqueos de Black Lives Matter a los puntos de control de acceso a la toma de posesión presidencial de 2017 fueron no violentos. Pero muchos estadounidenses no estarían de acuerdo. En vez de participar en una táctica que desaprueban tantas personas, cabría preguntarse: ¿por qué no se elige una forma de protesta que sea todavía más aceptable socialmente? ¿Como sostener un cartel?

En resumen, no tiene sentido evaluar la recepción pública de la violencia y la no violencia en términos binarios. En vez de eso, es mejor considerar un espectro de simpatía dependiente del contexto. Este debe sopesarse luego con respecto a los objetivos concretos del movimiento.

Este espectro no es constante. Los movimientos sociales tienen la capacidad de modificar de muchas formas diferentes y relevantes la manera en que son percibidos. Antes de Occupy y Black Lives Matter se entendía habitualmente que cualquier manifestación que pasase por la calle era ilegítima y molesta. No obstante, ambos movimientos contribuyeron con sus acciones a cambiar las preferencias tácticas de partes importantes de la

sociedad. Este proceso fue acelerado por los disturbios contra la brutalidad policial en Ferguson y Baltimore. Ambos estallidos hicieron que manifestarse por la calle se perciba como algo mucho más «pacífico» en comparación. Incluso cuando se interrumpe el tráfico. Es más, estos disturbios consiguieron poner la brutalidad policial y la opresión de las personas de raza negra en el candelero, de una forma que las tácticas «no violentas» no podrían haber conseguido por sí solas. Es verdad que muchos estadounidenses se sintieron horrorizados por el espectáculo de saqueos e incendios. Pero también lo es que, por una vez, se vieron obligados a reconocer el tamaño de la injusticia. Posteriormente, Black Lives Matter consiguió una base de apoyo popular muy amplia, a pesar de contar con esta «facción radical». Los disturbios de Ferguson no se pueden pasar por alto en este proceso.

Decidir la estrategia revolucionaria en base a la aceptación pública de las diferentes tácticas, evaluada cuantitativamente, siempre hará que prevalezcan los métodos más moderados. Porque son hegemónicos. Si se hubiese preguntado a los estadounidenses a principios de 2011 sobre el mejor modo de lanzar un movimiento por la justicia económica, casi ninguno de los entrevistados, yo incluido, habría aprobado la idea de organizar un campamento en un parque de Manhattan. Para que una propuesta política sea a la vez popular y revolucionaria, sus impulsores deben «salir al encuentro de la población», al mismo tiempo que establecen un paradigma político-estratégico-táctico que sirve para hacer que la lucha avance. Planear las propuestas políticas en base a las encuestas de opinión lleva inevitablemente a que se conviertan en un reflejo de la sociedad que se pretende transformar.

Hay quienes dicen que los movimientos de masas consiguen desarrollarse cuando reflejan lo que la mayoría de las personas ya opinan. Esas personas tenderán a concluir que el antifascismo militante es incapaz de construir una oposición a la extrema derecha con una base más amplia. Pero los participantes en el movimiento no piensan que la violencia sea la solución a todos los problemas políticos. Antes de considerar la relación que hay entre las tácticas «violentas» y la construcción de movimientos en el seno del

antifascismo, tomemos una muestra de algunas tácticas no violentas muy imaginativas que han empleado los militantes.

* * *

En 2008, ARA de Texas Central estaba organizando una manifestación contra un acto del Movimiento Nacionalsocialista en Tyler (Texas). Maya, una integrante del grupo antirracista, propuso «hacer una *performance*, en vez de tener un enfrentamiento directo», durante los debates sobre estrategia. Algunos de los varones en el colectivo consideraron que la idea era «ridícula». Maya les convenció de construir una escultura con dos palos de 15 metros de largo decorados con espumillón negro y morado que había sobrado de una fiesta de Halloween y colgar de ellos unos muñecos de nazis en papel maché. El día de la manifestación, unos 35 antifascistas, junto con grupos de antirracistas de la comunidad, se colocaron detrás de la instalación. Corearon el habitual lema antifascista «Sigue a tu líder» (con el que se invita a los nazis a suicidarse, al igual que hizo Hitler). El ruido de los tambores y los cánticos de los antifascistas ahogaron el sistema de sonido de los nazis. De ese modo «no se pudo escuchar su mensaje». Maya recuerda esta ocasión con orgullo. Se consiguió «impedir el acto de un modo que las personas más moderadas pueden apoyar».[416]

La tradición de usar el ruido para que no se pueda oír a los oradores fascistas se remonta a los albores del movimiento. En 1925 un grupo de 200 comunistas franceses intentaron interrumpir un acto de las Juventudes Patrióticas cantando la *Internacional*.[417] En 1933, unos comunistas hicieron lo propio con un encuentro de la Unión Británica de Fascistas en Mánchester, entonando *Bandera roja*.[418]

Las canciones antifascistas también tuvieron un importante papel a la hora de impedir los actos fascistas en Dinamarca. En 1999 murió Gunnar Gram, un anciano que simpatizaba con los nazis. Dejó en herencia al Partido Nazi danés un enorme edificio de tres plantas en Aalborg. Enseguida, tomaron posesión de él. Descolgaron una esvástica de tres metros de largo de la

fachada del inmueble. Esto resultaba ya de por sí muy inquietante para los vecinos. Además, era peligroso. A menudo el hogar nazi atraía a los racistas de la región, que se emborrachaban y buscaban pelea por las calles de la localidad. Ole, un antifascista danés, explica que el hogar se encontraba muy alejado de cualquier núcleo de la izquierda revolucionaria. Por eso «los militantes no podían enfrentarse a ellos del mismo modo». En vez de oponerse físicamente a los nazis, la población local organizó durante varios años vigiliadas nocturnas cantadas frente al edificio. Este tipo de acciones retoma la tradición danesa antifascista de la guerra. Los ocupantes nazis prohibieron todas las reuniones políticas. Para sortear esta medida se celebraban conciertos públicos de música coral. Las canciones pasaron a ser actos de resistencia contra la ocupación. También en la actualidad se demostró que estos actos podían alterar mucho a los nazis. Como a los de Aalborg. Intentaron oponerse poniendo música racista a todo volumen en su sistema de sonido. Pero los cantantes ahogaban el ruido. Mientras tanto, otros militantes pusieron carteles por la ciudad con fotos de los nazis. Hablaron con los comercios locales para que no les vendiesen nada. Ole cuenta que, con el paso del tiempo, las canciones constantes y el ostracismo «les desmoralizaron, hasta el punto de que ser nazi ya no era divertido». Edith Craig era medio hermana de Gunnar Gram. Tenía ochenta años y residía en Butte (Montana). Apresuró el final definitivo del hogar nazi cuando demandó con éxito a los ocupantes para hacerse con el edificio. Estos figuraban a la vez como testigos y beneficiarios del testamento, algo prohibido por la ley danesa. Los manifestantes de la localidad cantaron *We shall overcome*, el himno del movimiento por los derechos civiles, en honor a Craig, durante la celebración de este triunfo.[419]

El lema militante «Sin tribunas para los fascistas» también se refiere a sus carteles, pintadas y a cualquier otro tipo de propaganda. El movimiento insiste mucho en controlar el espacio público en todos los sentidos. Por lo tanto, se dedica mucho esfuerzo a eliminar cualquier rastro público de fascismo. A principios de 2016 se creó un grupo en Eslovenia, Hermanas Antifascistas, como respuesta a los ataques neonazis contra espacios autónomos. El colectivo desarrolló un estilo propio divertido para tapar las

pintadas nazis. Este se puede ver reflejado en su parodia de *Cazafantasmas*, en la que usan un «grafitómetro» para medir los niveles de «contaminación ultraderechista del muro».[420]

En Varsovia (Polonia), un colectivo ha organizado en los últimos años salidas periódicas para hacer pintadas antifascistas. Responden así a la creciente presencia de la extrema derecha. La primera vez que lo hicieron, lo planearon durante un mes. Se aseguraron de estar preparados para cualquier posible enfrentamiento con los fascistas, la policía o algún «vecino demasiado animoso». Hicieron un mapa con las cinco localizaciones más importantes que tenían que bombardear. Reunieron todo lo necesario, como botes de pintura, guantes, ropa «fácilmente desechable» y gas pimienta, para defenderse. Incluso practicaron para poder subir y bajar de los coches con rapidez. Cuando llegó la fecha indicada, las cosas fueron bastante bien en general. Solo se encontraron con unos nacionalistas que les tiraron botellas. Sabotearon las pintadas fascistas. En vez de poner: «Polonia para los polacos», se leía: «Abono para las patatas», que suena parecido en polaco y es igual de absurdo.

Stefan, un antifascista serbio, libró una campaña similar por su cuenta en 2012. Se topó con unos carteles del grupo fascista Acción Serbia pegados con cola en su barrio de Belgrado. Los arrancó de inmediato..., pero estaban puestos otra vez una hora después. Respondió cubriendo los carteles de pegatinas antifascistas..., pero las taparon con otras de Acción Serbia a favor del «cortejo tradicional antes del matrimonio» y otros lemas conservadores. Todos los días durante medio año, Stefan se enfrentó con este fascista anónimo por el control de su barrio. Cuando ya llevaban cuatro meses de lucha, pudo ver a lo lejos, cuando se bajaba del autobús, a alguien que ponía una pegatina al otro lado de la calle. Ambos se miraron a los ojos. Pero Stefan no podía estar seguro de que fuese su némesis. En cualquier caso, no se dio por vencido. Al final, la propaganda de Acción Serbia dejó de aparecer. Logró ser más persistente que ellos.[421]

Los antifascistas serbios de la ciudad de Nis, en el sur del país, realizaron un tipo diferente de acción pública en abril de 2013. A principios de ese año, los fascistas pintaron esvásticas sobre una estatua del famoso cantante

romaní Saban Bajramovic. Como respuesta, los antifascistas organizaron una operación de limpieza del monumento. Dejaron en ella un cartel en el que se leía: «¡Viva Saban! ¡Muerte al fascismo!». La difusión de esta acción convirtió a este cantante romaní de música pop en un símbolo antifascista. [422]

Otras tácticas del movimiento se centran en los esfuerzos organizativos de los fascistas a través de Internet. Un militante estadounidense habla sobre una campaña a largo plazo que su grupo ayudó a desarrollar a principios de la década de 2000. Tuvo un éxito enorme. Una extensa red de extrema derecha a nivel nacional se había extendido a base de intimidar y acosar a izquierdistas. Se infiltraron en ella y la destruyeron desde dentro. Los militantes empezaron por tomar medidas de seguridad muy rigurosas. Luego crearon una serie de perfiles falsos para sí mismos en los foros de Internet del grupo. Subieron fotografías manipuladas de acciones que se suponía que habían realizado las personas inexistentes detrás de los perfiles. Con el paso del tiempo, los infiltrados llegaron a crear colectivos falsos que la red reconoció como secciones propias en diversas localidades. Uno de los antifascistas incluso consiguió suficiente peso en la organización como para entrar a formar parte de su junta central. Accedió a todos los ficheros de información de la red, incluidos los que se referían a sus víctimas de izquierda. Una vez que habían infiltrado la formación por completo, los antifascistas desvelaron su plan. Esto dio lugar a unas sospechas y a unos enfrentamientos internos tales que la red desapareció poco después.

En Copenhague, a principios de la década de 1990, a los militantes se les ocurrió un plan muy sencillo. Acabó por tener mucho éxito. Llamaron a los padres de los fascistas adolescentes para decirles que sus hijos habían sido descubiertos. Los antifascistas daneses también crearon un «grupo de desintoxicación». Ayudaban a los nazis que querían dejar su escena. Ole, mi contacto con el antifascismo danés, me dijo que en los años noventa los militantes presionaban mucho a sus oponentes. A menudo estos les mandaban correos electrónicos con amenazas. En vez de ignorarlos, entablaban contacto con los nazis y empleaban una «táctica psicológica» para convencerles de abandonar sus grupos. Después de un cierto tiempo,

un número importante de ellos empezaban a hablar de cómo se habían decepcionado con su escena. O de cómo habían tenido hijos y querían «dejarlo». Finalmente, los antifascistas proponían formas para que los nazis desilusionados pudiesen demostrar su sinceridad. Compartían información sobre su organización o sobre las acciones que tenían planeadas. Una vez que el grupo antifascista estaba satisfecho, informaba al resto de colectivos en el movimiento de que esa persona se había separado por completo de sus antiguas compañías fascistas.[423]

* * *

Los debates sobre la violencia en el contexto del antifascismo, o en cualquier otro, deben tomar en consideración el asunto de la masculinidad y del feminismo. Dag, un militante noruego, señala que «siempre que la violencia sea parte de la lucha política habrá problemas con el machismo». Menciona sus experiencias como militante en Oslo y en Trondheim. Allí los grupos del movimiento se aliaban a veces con hinchas de fútbol políticos para enfrentarse a los nazis, aunque él temía que estas alianzas llevaban implícito el riesgo de empeorar las dinámicas machistas.

Independientemente del país del que se trate, todas las personas a las que entrevisté eran unánimes al señalar el problema del sexismo. Sobre todo al hablar de los años ochenta y noventa. No obstante, también decían que no solía ser peor que en el resto de la izquierda. Por no hablar del conjunto de la sociedad. Paul Bowman, de AFA de Leeds, cuenta que estas dinámicas se agravaron en su grupo cuando pasó de estar compuesto principalmente por sindicalistas y estudiantes a incluir sobre todo a antiguos hinchas de fútbol. Acabó por convertirse en una especie de «club de tíos», con unas «pocas chicas de muestra». Lamentablemente, el «típico» funcionamiento de AFA, según Bowman, era que las mujeres salieran a buscar a los oponentes. «Mientras, los hombres bebían en el *pub* hasta que llegaba la hora de la pelea».[424]

Aunque de forma desigual, las ideas feministas fueron penetrando poco a

poco en el antifascismo de varios países a finales de la década de 1990. Magnus, uno de los fundadores de AFA en Suecia, explica que en esa época los movimientos sueco y de otras partes del norte de Europa estaban muy influidos por los escritos de Klaus Viehmann. Este cumplía entonces una condena de 15 años de prisión por una serie de acciones directas cuando era miembro del Movimiento 2 de Junio, un grupo anarquista de guerrilla urbana alemán. Pasó buena parte de ese tiempo en confinamiento solitario. Viehmann intentó formular una manera de conectar el feminismo y el antirracismo con la izquierda socialista y revolucionaria en Alemania. Estaba especialmente interesado en los escritos de Hazel V. Carby sobre el concepto de «triple opresión». Este concepto se había hecho popular gracias a la comunista de raza negra Claudia Jones, en la década de 1960. Carby analizaba las experiencias de las mujeres de raza negra bajo el capitalismo, el patriarcado y la supremacía blanca. Dos años antes de salir en libertad en 1993, Viehmann publicó *Tres en uno: la triple opresión del racismo, el sexismo y la clase*. Es un texto basado en los debates mantenidos con varios compañeros de prisión. En él sintetiza el concepto feminista negro de la «triple opresión» con la política autónoma y antiautoritaria.

Con el paso del tiempo, este término quedó desfasado. Se empezó a hablar en la izquierda de «interacciones de la opresión», en un sentido más amplio. Cuenta Magnus que finalmente se generalizó la idea de «interseccionalidad». Esta palabra fue acuñada por la profesora de derecho Kimberlé Crenshaw en la década de 1980. Observa también que a finales de los años noventa las mujeres tuvieron papeles destacados en muchos grupos antifascistas suecos. Dolores C., de AFA de Estocolmo, lo confirma. Recuerda que las mujeres de su grupo se reunían cada dos semanas para analizar los comportamientos patriarcales mostrados por sus compañeros varones. «Casi todo el mundo estaba implicado en grupos de discusión de género» durante este periodo, dice.^[425] Dolores también se ríe al recordar cómo los nazis suecos mentían cada vez que las mujeres antifascistas les daban una paliza. Decían que habían sido hombres. Para Dolores, la violencia antifascista «puede ser una herramienta de empoderamiento muy útil, cuando te han educado para creer que no eres capaz».

En Estados Unidos, Maya, de ARA de Texas Central, se queja de que los varones de su grupo asumían, a finales de la década de 2000, que sus compañeras necesitaban protección. Sin embargo, ella y las otras mujeres aprovechaban una «ley no escrita del estado de Texas». Aparentemente, si un hombre pone un dedo sobre una mujer en este estado, ella tiene «carta blanca para patearle el culo y no enfrenta problemas legales luego». Maya y las otras mujeres lo tenían presente. «Se aprovechaban de la misoginia existente en la cultura convencional» y provocaban a los fascistas para que las zarandearan. Eso les daba luz verde para desatar su furia, antes de que la policía se llevase a los hombres. Según Maya, ninguna de estas mujeres antifascistas tuvo que cumplir condena por ello en Texas. Excepto una, que pasó una noche en el calabozo después de arrancarle parte de la oreja a un nazi de un mordisco.

Este tipo de violencia, incluso cuando son mujeres las que la llevan a cabo, puede provocar una respuesta negativa en el seno de la izquierda. Christy, antigua integrante de Antifa de Rose City, en Portland (Oregón), recuerda:

Muchos izquierdistas o liberales opuestos al antifascismo equiparaban la militancia, incluso la no violenta, con el machismo. Esto resultaba insultante. Y, personalmente, me sacaba de quicio. Intentos como estos de pasar por alto nuestros planteamientos y lanzar críticas desde una posición supuestamente más radical se fundamentaban en un esencialismo de género. Básicamente, pensaban que nuestro grupo, liderado por mujeres, no era lo bastante femenino.[426]

Puede ser porque se las excluye de la militancia o porque se las critica por participar en ella. Las mujeres se enfrentan a múltiples desafíos de género cuando toman parte activa en el movimiento antifascista. Ese es en parte el motivo por el que las antifascistas alemanas han creado grupos feministas a los que denominan «fantifa».

* * *

Cualquier movimiento que recurra a la violencia debe permanecer vigilante

ante la tendencia de esta de reemplazar a los objetivos políticos. Supuestamente, esto es lo que ocurrió en algunos grupos de ARA hacia finales de la década de 2000. Así lo dice Howie, un militante de ARA de Nueva Jersey. En su opinión, la «cultura del machismo insurreccional se hizo más prominente» con el paso del tiempo. Hasta el punto de que empezaba a «dar la sensación de que se trataba de una pandilla muy politizada». Que «estaban más interesados en pelearse que en ganar».[427] Otros antifascistas con los que hablé se mostraron igualmente familiarizados con este problema. Una integrante de RCA se quejó de que los nuevos miembros «insistían demasiado» en los bloques negros. No los analizaban dentro de un marco estratégico más amplio. «Si solo tienes un martillo, todos tus problemas te parecen clavos», dice.[428]

A pesar de los errores de concepto habituales, el bloque negro no es una organización ni un grupo concreto. Es una táctica de intervención callejera anónima y coordinada. La usan sobre todo, aunque no exclusivamente, los anarquistas y otros antiautoritarios. Tiene su origen en la década de 1980 entre los autónomos alemanes. La idea tras el bloque negro es sencilla: en una era de vigilancia constante, las tácticas militantes requieren un cierto nivel de anonimato. Taparse la cara y vestirse de negro no siempre ayuda a ocultar la identidad de la persona. Pero no hacerlo aumenta drásticamente las posibilidades de ser identificado por la policía o los fascistas. Paul Bowman cuenta que los antifascistas británicos se oponían a la táctica del bloque negro. Explica: «En AFA animábamos a nuestros miembros a que no se vistiesen de negro, porque hacerlo así te vuelve muy visible, en medio de la multitud. En vez de eso, recomendábamos vestirse con ropa deportiva, porque queríamos que la policía no pudiese estar segura de si éramos fascistas, antifascistas o ultras del fútbol». Es verdad que en medio de una multitud de personas vestidas con ropa «normal», los agentes pueden identificar con facilidad a un grupo vestido todo de negro. Pero los recientes avances en videovigilancia, *software* de reconocimiento facial y la ubicuidad de los teléfonos móviles inteligentes han hecho que cualquier acto político de carácter público pueda ser investigado después con más detenimiento.

Jim, un antifascista londinense, me explicó que los métodos y el estilo del movimiento en Gran Bretaña han cambiado en las últimas décadas, en parte a resultas de lo anterior. Jim empezó a militar en Sin Tribunales, un grupo sucesor de AFA. En 2002 o 2003 participó en la fundación de otro colectivo, mayoritariamente anarquista, llamado Antifa. Jim eligió este nombre después de pasar una temporada con antifascistas en Alemania y adoptar su «estética punk europea». AFA recuperó el símbolo del triángulo rojo que empleaban los nazis para identificar a los comunistas. Por el contrario, Antifa usaba el nombre, el estilo, las banderas y otros emblemas del antifascismo continental, aunque mantenía el modelo organizativo de su predecesora. En buena medida, el grupo fue destruido por la represión estatal en torno a 2009, después de dos juicios por enfrentamientos con *boneheads*. Varios años después la Red Antifascista (AFN) tomó el relevo hasta el día de hoy. Sigue operativa.

En la actualidad, Jim participa en Antifascistas de Londres. Es un grupo que se formó en 2013 y es parte de la AFN. Jim y sus compañeros se encapuchan en algunas manifestaciones, pero en otras no. Llevar ropa deportiva tiene sentido cuando una docena de antifascistas van a realizar alguna acción concreta. Pero el método del bloque negro es más eficaz en manifestaciones de varios cientos de militantes.[429] Del mismo modo, los antifascistas en Madrid suelen marchar a cara descubierta en las manifestaciones simbólicas grandes. Reservan las capuchas y los pasamontañas para acciones que suponen un enfrentamiento.

Hay una serie de críticas válidas que se pueden hacer al bloque negro. Desde luego, no es la mejor elección para todo tipo de situaciones. Pero en vez de evaluarlo en abstracto, tiene más sentido tomar en consideración sus puntos fuertes y débiles frente a contextos políticos concretos.

Escribí en *Translating Anarchy* (La traducción de la anarquía) que, desde un punto de vista histórico, los grupos y movimientos que formaban en ocasiones bloques negros lograron a veces un cierto grado de simpatía pública. Esto ocurría cuando el motivo para emplear esta táctica era comprensible. Algunos de los casos más evidentes se dieron cuando el bloque negro se empleó para defender okupaciones, o para expresar la

indignación ante la brutalidad policial o para oponerse a los nazis. A veces, a lo largo de las últimas décadas, los inmigrantes turcos en Alemania o los refugiados sirios en Grecia reconocieron que lo único que se interponía entre ellos y la violencia era un grupo de gente curiosamente vestida de negro. La respuesta negativa de los medios de comunicación ante bloques negros recientes ha sido muy intensa, sobre todo en Estados Unidos. Aun así, hay quien los ha defendido en público. O al menos ha mostrado su simpatía con ellos. Así ha sido con el bloque que impidió el acto de Milo Yiannopoulos o el que se enfrentó a los manifestantes de la derecha alternativa que hacían el saludo romano en Berkeley. Eso demuestra que, al menos, esta táctica del antifascismo militante está en vías de crear una cierta medida de inteligibilidad pública. El Bloque Pastel es una variación, reciente y creativa, de esta táctica. Reúne a médicos encapuchados que atienden en la calle durante las manifestaciones, con escudos antifascistas y vestidos con colores claros, en el área de la bahía de San Francisco.

Los militantes con los que he hablado suelen decir que el grado de simpatía entre los progresistas por el antifascismo es mucho más alto de lo que los medios de comunicación dan a entender. Murray, de Baltimore, dice que la gente «tiende a ver la importancia del antifascismo a la hora de impedir el crecimiento de grupos que, de tener la oportunidad, querrían asesinarlos a todos». En su opinión, dentro de la izquierda en general, el antifascismo militante «ocupa el mismo tipo de espacio que el sabotaje en el movimiento sindical». Puede que no se admita en público, pero todo el mundo puede ver sus evidentes ventajas sobre el terreno.

Del mismo modo, en muchos contextos en Europa el antifascismo es absolutamente imprescindible. Asegura un espacio para otras organizaciones de izquierda. Camille, de SCALP de Besançon, me contó que en una ocasión en 2008, unos 30 nazis atacaron una manifestación de trabajadores de correos y de la sanidad. No había ningún policía presente. Pero una docena de antifascistas locales salieron a su encuentro. Los obligaron a retroceder, en un enfrentamiento sobre un puente muy estrecho. Según Camille: «Todos los trabajadores de correos y de la sanidad nos aplaudieron y se alegraron mucho de tener a los jóvenes antifascistas de su

parte».

Lo mismo ocurre en Suecia. Stina, una activista que participaba en el grupo Ningún Ser Humano es Ilegal de Estocolmo a finales de la década de 2000, recuerda que «la violencia de los nazis era omnipresente». En una ocasión, los antifascistas protegieron una manifestación por los derechos de los inmigrantes frente a unos nazis que la atacaron con navajas y botellas. «Independientemente de las opiniones personales sobre la estrategia antifascista —dice—, se entendía en general que se necesitaba ese activismo directo y más dispuesto al enfrentamiento».

Daniel, de Madrid, me dijo que las comunidades locales no simpatizan con el antifascismo solo por una cuestión de autodefensa. En su opinión, una buena parte de la preocupación generada por el espectáculo que rodea a los militantes encapuchados desaparece si sus grupos aprovechaban la oportunidad de organizarse y establecer relaciones significativas con la comunidad. En cierta medida, esa percepción pública de las tácticas del antifascismo militante puede verse teñida también por distinciones de clase. Algo que el trabajo de los colectivos en la comunidad puede aprovechar. En Estados Unidos, Kieran, uno de los fundadores de ARA, cree que «la mayor parte de los obreros respeta a quienes se mantienen firmes y están dispuestos a defenderse».[430]

Kieran está de acuerdo con las formas de actuación de los pequeños grupos de antifascistas militantes. Pero ahora participa en el GDC de IWW en Twin Cities. Un colectivo mucho más abierto al público. Dice: «Se tiende a separar la idea de una respuesta de masas de la de una actuación militante, que solo se puede hacer una o la otra. Y creo que de verdad tenemos que cuestionar esta dicotomía. Creemos que hacen falta ambas». La organización popular y el enfrentamiento antifascista. Otros militantes con los que hablé opinan lo mismo. Xtn participó en ARA de Chicago en la década de 1990. Dice: «Si seguimos funcionando según un modelo de grupo de afinidad a pequeña escala, entonces no nos estamos ocupando del problema de nuestra interacción con el conjunto de las comunidades que están siendo atacadas». Dominic, de Alemania, está de acuerdo. Insiste en que es necesario superar las «políticas de las subculturas aisladas» para

poder relacionarse con «los perdedores de las políticas neoliberales» que podrían mostrar simpatías hacia el fascismo. Dolores C., de Suecia, apoya esta idea. Dice que el antifascismo necesita que «podamos construir movimientos para aportar nuestra solución» a los problemas de la gente. [431]

De hecho, los antifascistas participan en la política popular de muchas formas diferentes. Algunos grupos han tomado parte en coaliciones con sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias para oponer una resistencia de masas a los desfiles nazis de Dresde, Salem, Roskilde y otras partes. No todos los antifascistas están de acuerdo con esta estrategia. Dag, el militante noruego, cuenta que participar con partidos políticos convencionales para impedir los actos de los nazis en Trondheim molestó a algunos antifascistas suecos. Se negaban a colaborar con partidos liberales. Dag se opone con vehemencia a esta actitud. Según él, el objetivo del movimiento es aislar a los nazis por completo. «El antifascismo militante en Noruega —explica— ha tenido claro que ambas estrategias son necesarias. No se puede ser solo militante y trabajar en exclusiva con los revolucionarios que están de acuerdo contigo». Luis, de Izquierda Antifascista Internacional de Gotinga, en Alemania, me dijo que muchos antifascistas autónomos se unieron a una plataforma revolucionaria más abierta llamada Izquierda Intervencionista. En parte, para «disponer de mayor voz en política». Irónicamente, señala, muchos de los militantes más activos de las manifestaciones populares contra los neonazis en Dresde eran antifascistas militantes. «Necesitas construir una coalición que te garantice el espacio político desde el que lograr tus objetivos y para hacer llegar al Gobierno el mensaje de que si protegen las manifestaciones nazis, vamos a arrasar la ciudad hasta que no quede piedra sobre piedra».

«Solo podemos hacer lo que hacemos y salirnos con la nuestra —dice Luis— gracias a esta interacción» entre manifestaciones masivas y acciones militantes. De lo contrario, habría sido más fácil para la policía acabar con bloques negros más aislados. Aun así, Luis es crítico con las actuaciones de masas para bloquear los desfiles nazis. Sin un análisis anticapitalista corren el riesgo de limitarse a hacerse eco del antifascismo oficial del Estado

alemán.

En Francia, los antifascistas militantes se esforzaron por combinar las acciones de pequeños grupos con movilizaciones más amplias. Para ello funcionaron mediante unas asambleas de tamaño intermedio y otras multitudinarias. Camille, de Besançon, explica que el primer nivel de la organización es el «grupo de militantes». El segundo es el «colectivo antifascista», como Vigilancia 69 de Lyon o el Comité Antifa de St. Étienne. Reúne a activistas sindicales y comunitarios. Los militantes de Toulouse están «experimentando» en este momento con un tercer nivel, «la asamblea antifascista». En ella se juntan organizaciones de izquierda con colectivos del movimiento. Incluso cuando no tienen mucha actividad, estos foros más amplios sirven como «células de vigilancia que están preparadas para activarse en caso de que se detecte actividad de los nazis», dice Camille. Según ella, el antifascismo francés participa en estos colectivos más grandes «para desarrollar el movimiento en la sociedad civil». Como una «herramienta para que las personas interesadas descubran posibilidades teóricas y prácticas de lucha».[432]

También se han llevado a la práctica modelos organizativos similares en España. La Asamblea Popular de Carabanchel está asociada al Movimiento 15M. A partir de 2015 y como respuesta ante las actividades del Hogar Social Madrid, sus miembros crearon una Asamblea Antifascista de carácter abierto. En ella participan activistas del movimiento contra los desahucios, vecinos y revolucionarios de varios tipos. La nueva organización distribuyó un panfleto en el barrio en el que hizo público que los miembros del Hogar Social pertenecen a colectivos neonazis. Organizó actos interculturales, tales como un concurso de hip-hop antirracista para atraer a los más jóvenes. Convocó una gran manifestación, bajo el lema «Barrio para todas», que animó a otras asambleas similares a hacer lo mismo. La más importante de estas concentraciones fue «Madrid para todas». Fue una gran reunión de asambleas vecinales que sacó a miles de personas a la calle el 21 de mayo de 2016. Llevaron banderas antifascistas rosas y negras, para dejar clara su oposición al machismo.

Daniel es un militante antifascista de Carabanchel. Para él, la lucha

abierta y popular de «Madrid para todas» y las acciones directas más militantes de pequeños grupos antifascistas, más enfocados en mantener una cultura de seguridad, representan «las dos caras del movimiento [...] y no se debe olvidar ninguna de ellas». Estas dos luchas son «paralelas» entre sí, dice. Aunque «no se mezclan» de forma directa. Muchos militantes antifascistas tienen la oportunidad de participar en ambos aspectos. Pero tienen cuidado de mantenerlos separados.[433]



Cartel de «Madrid para todas», 2016. «Contra el fascismo y todas las formas de discriminación».

Muchos antifascistas buscan superar la separación entre el movimiento «oficial» y el resto de la población. Ole, de Dinamarca, se queja de que este problema se dio en los años noventa. Entonces la izquierda empezó a ver a

los antifascistas como «profesionales, que se ocupan de los nazis por los demás. No hay por qué participar con ellos, solo se les llamaba cuando vienen los nazis». Ole sugiere que, de esta forma, la presencia del antifascismo militante puede redundar en que otros tengan *menos probabilidad* de organizarse contra la extrema derecha. Uno de los entrevistados, Ian, de Nueva York, me dijo que tenía el mismo temor. Para superar esta situación, el objetivo debería ser «aportar a los activistas las herramientas para negar tribunas, investigar e identificar las amenazas». Para que puedan organizarse por sí mismos.

En 2009 el movimiento antifascista holandés se vio obligado a poner en práctica estos principios. La Unión Popular Holandesa (NVU) pasó de hacer sus manifestaciones en las ciudades de mayor tamaño a otras más pequeñas. Buscaba atraer a un sector más amplio de la población. El movimiento autónomo-antifascista estaba atravesando un mal momento. Por el desalojo de las okupaciones y también, hay que decirlo, porque sus integrantes estaban quemados. Así que tuvo que cambiar su enfoque y empezar a movilizar a los habitantes de las localidades para oponerse físicamente a los fascistas. Llamaron a esta estrategia «No les dejes pasar». Según esta, una vez que se anunciaba dónde iba a ser la manifestación fascista, un grupo de entre 10 y 12 militantes antifascistas viajaba a la ciudad. Hacían contactos, ponían carteles y abrían un local para ofrecer recursos legales y mediáticos. El día del acto fascista, los militantes distribuían mapas con un número de teléfono en el que conseguir actualizaciones e instrucciones y subían toda la información a Internet. Job Polak, antifascista holandés, señala que esta estrategia fue «en general, sorprendentemente eficaz», porque:

Una masa crítica de grupos, como los jóvenes migrantes de la localidad, los ultras de fútbol y la comunidad okupa, se reunían a centenares y se enfrentaban al desfile nazi de un modo que ni siquiera un grupo de los militantes antifascistas más veteranos hubiera podido conseguir. Les tiraban de todo, incluida mierda de perro a la cara.[434]

Esta táctica tuvo éxito. Acabó con las manifestaciones de la NVU.

Granada Actúa es otro grupo de afinidad antifascista que intenta que este tipo de respuesta se generalice en España. Fue creado a principios de 2017

como respuesta a la llegada del Hogar Social de los nazis a la ciudad. Sus integrantes decidieron no formar un grupo antifascista habitual. En vez de eso, eligieron un nombre más genérico y rechazaron actuar con la cara tapada. Karpa, del colectivo, reconoce que ir a cara descubierta es peligroso. Pero dice: «Creemos que ir encapuchados o manifestarnos entre montones de policía nos aleja de la población. No criticamos a quienes deciden taparse la cara, pero en Granada Actúa no lo hacemos». El objetivo del grupo, dice, es «generar conciencia entre la clase obrera, para que sean ellos los que expulsen a los fascistas de sus barrios». De hecho, poco después de la formación del colectivo, la policía tuvo que escoltar a los miembros del Hogar Social para que pudiesen salir de una barriada de Granada. Los protegieron frente a una multitud furiosa, «entre la que había muchas personas que eran apolíticas».[435] Algunos antifascistas en Estados Unidos también intentan unir la militancia y la organización popular. Ejemplos de ello son los GDC de IWW, Redneck Revolt y la Guardia de Defensa Obrera de Vermont. Howie, el veterano integrante de ARA de Nueva Jersey, opina que ambas formas de funcionamiento no se pueden combinar del todo en un solo grupo. En su opinión: «Hay que elegir una forma. O enfrentamiento con un modelo de pequeño grupo de afinidad muy cercano entre sí o un modelo de masas y limitar las peleas en la calle». Los militantes del GDC intentan reunir la militancia y la participación amplia. A pesar de ello, Erik D., de Twin Cities, reconoce que estos grupos públicos «la mayoría de las veces no pueden ser de oposición de la misma manera directa [...]. Llegar a eso requiere una estrategia a largo plazo para que los activistas pasen de una relativa comodidad a una implicación mucho mayor».[436]

Según un miembro de Antifa de Rose City: «El antifascismo es, en realidad y de muchas formas, la antítesis de la construcción de un movimiento de masas», porque sus militantes a menudo se encuentran en la difícil situación de tener que denunciar «el entrismo fascista en la izquierda». En una ocasión, RCA denunció que un conocido *hippie* de una cooperativa local se había convertido en un teórico de la conspiración antisemita que acudía regularmente a actos de negación del Holocausto y

otras reuniones de extrema derecha. El colectivo recibió críticas muy duras de la izquierda por ello. No cabe duda de que ignorar este hecho le hubiese granjeado a RCA más simpatías entre los progres locales. Pero en estos casos el objetivo de la organización antifascista es «actuar como cuña», tal y como lo expresa la antigua militante de RCA Christy. Romper los lazos que unen a los racistas con la comunidad. Dicho lo cual, Christy también reconoce que el apoyo público puede ser absolutamente imprescindible:

Si tienes a tu ciudad, o al menos una parte de la misma, de tu parte, tienes ojos en los centros de trabajo, en las escuelas, en los barrios más allá de tus círculos inmediatos. Si alguien pone pegatinas homófobas en una zona, otra persona que viva por allí le puede mandar a tu grupo un correo electrónico. Si el compañero de clase de alguien ha empezado a buscar alumnos para formar un «sindicato de estudiantes blancos», tu grupo acaba por enterarse. Cuando llega el momento de llamar al jefe de un neonazi para pedirle que le despida, lo harán más personas si apoyan los esfuerzos del grupo. Si detienen a uno de los tuyos o le mandan al hospital, recibirás más donaciones.[437]

Hay un enfoque electoralista en esencia que consiste en plantear el mínimo común denominador de lo que es aceptable para todo el mundo en lo que se refiere a la amenaza fascista. En vez de imponer algo así, los militantes dan prioridad a trabajar con comunidades excluidas para neutralizar cualquier amenaza posible. Sea esta tarea popular entre «la mayoría» o no. Este enfoque es especialmente importante en el trabajo antifascista. Porque es un hecho histórico que quienes sufrieron más bajo los regímenes fascistas no tuvieron el apoyo de la mayor parte del resto de la sociedad. Los políticos profesionales parten de la opinión pública y se remontan hacia estrategias y tácticas que son aceptables para una mayoría. En lugar de eso, los antifascistas empiezan a partir de la tarea inmediata de enfrentarse a la extrema derecha. En ocasiones eso implica movilizar a comunidades obreras o de inmigrantes. Otras no. Pero de un modo u otro, los militantes creen que lograr un apoyo popular importante debe darse a partir de las propuestas políticas y de la acción del antifascismo, no al revés.

Antifascismo cotidiano

El extraordinario espectáculo de unos militantes antifascistas enfrentándose

a los nazis no es suficiente como para detener la marea de apoyo a Trump. Es más, incluso el éxito de dicha militancia física depende en parte de su percepción pública. Por lo tanto, es necesario unir este enfoque en el antifascismo organizado con una comprensión de un antifascismo cotidiano de mayor calado,[438] que dicta el terreno sobre el que se libra esta lucha.

Para entender el antifascismo cotidiano, se debe tener en cuenta que los regímenes fascistas del pasado no podrían haber sobrevivido sin una amplia base de apoyo público. A lo largo de los años, la investigación histórica ha demostrado que el proceso de denostar a los excluidos requería privilegiar a los favorecidos. Eso les ganó muchos aliados, explícitos e implícitos, a Mussolini, a Hitler y a otros líderes. El fascismo necesitaba el apoyo de la sociedad para la destrucción de normas «artificiales» y «burguesas», como los «derechos humanos», dentro del desarrollo de su hipernacionalismo. Por lo tanto, debemos permanecer alerta, hoy día, ante la campaña que se está dando para deslegitimar las convenciones éticas y políticas de las que disponemos para defendernos.

En Estados Unidos, después de la victoria de Trump, se ha visto una peligrosa combinación. Conservadores convencionales, que no desean que se les perciba como racistas, con «realistas raciales» de la derecha alternativa. Todos ellos acusan a la «izquierda» de abusar tanto del término «racista» que han hecho que pierda su significado. En otras palabras, ya nadie es racista... ¿o lo es todo el mundo? Este paradigma es muy diferente del anterior. En él la izquierda acusaba a la derecha de ser racista. Entonces la derecha acusaba a la izquierda de ser los *verdaderos* racistas, precisamente por su fijación con el tema de la raza. Mientras, se desarrollaba otro paradigma en el que la derecha alternativa y quienes se han visto influidos por ella intentan que la acusación pierda toda su potencia.

Los fascistas cotidianos son los seguidores incondicionales de Trump, que «llaman a las cosas por su nombre». Intentan así de forma activa desmontar los tabús que los movimientos feminista, de liberación negra, *queer* y otros han conformado a base de sangre, sudor y lágrimas, como defensas contra el fascismo puro y duro. Aunque sean reconocidamente débiles y

demasiado fácilmente manipulables. Estas normas sociales se ven constantemente rebatidas y son objeto, lamentablemente, de resignificaciones en sentidos opresores. Como cuando George W. Bush vendió la guerra en Irak como una cruzada en defensa de los derechos de la mujer. No obstante, el hecho de que los políticos hayan sentido la necesidad de referirse a las normas que ha establecido la resistencia popular, quiere decir que ellos mismos son susceptibles de ataque en base a que han expresado su aceptación, al menos de forma tácita. Una preocupación principal con Trump y la derecha alternativa es que esperan poder vaciar esas normas de significado.

Los liberales tienden a analizar todas las cuestiones relacionadas con el sexismo o el racismo en términos de creencias o de lo que se «lleva en el corazón». Lo que a menudo se pasa por alto en este tipo de conversaciones es que, a veces, lo que realmente se cree es mucho menos importante que los límites sociales que nos permiten darle forma o actuar en consecuencia. Este aspecto se halla en el núcleo de las cuestiones de progreso o retroceso sociales.

Siempre hay que tener cuidado cuando se representan grupos grandes de personas bajo una misma luz. Pero es evidente que los seguidores incondicionales de Trump votaron por su candidato, *por o a pesar de* su misoginia, racismo, discriminación contra los discapacitados, islamofobia y muchas otras formas de odio. Desde luego, hay una diferencia importante entre «por» y «a pesar de» en este contexto. Percibir esta diferencia debería servir de recordatorio de la importancia que tienen las organizaciones de masas a la hora de alejar de la extrema derecha a sus posibles simpatizantes. Siempre es importante distinguir entre una ideología y sus veleidosos seguidores. Pero no se puede ignorar la forma en que estas bases de apoyo popular establecen los cimientos para que el fascismo se manifieste como tal.

El antifascismo cotidiano aplica una perspectiva acorde a cualquier tipo de interacción con fascistas. Cotidiana o de cualquier otro tipo. Se niega a aceptar la peligrosa idea de que la homofobia no es más que una «opinión» particular, que alguien puede tener derecho a sostener. Se niega a aceptar

cualquier oposición a la idea básica de que «las vidas de las personas negras importan», como si no fuese más que un mero desacuerdo político. Es una perspectiva antifascista que no tolera la «intolerancia». Frente a quienes dicen que esta actitud hace que los militantes sean como los nazis, hay que decirles que la crítica de los antifascistas no se dirige contra la violencia, la falta de respeto, la discriminación o la interrupción de discursos de forma abstracta. Sino contra quienes se comportan de cualquiera de estos modos para defender la supremacía blanca, el heteropatriarcado, la discriminación de clase y el genocidio. No se trata de la táctica, sino de las ideas políticas.

Si el objetivo de unos planteamientos políticos antifascistas normales es lograr que los nazis no puedan presentarse en público sin oposición, entonces el del antifascismo cotidiano es aumentar el coste social del comportamiento represivo. Hasta el punto de que quienes lo defienden no tengan otra opción más que ocultar sus puntos de vista.

No cabe duda de que este objetivo no se había logrado por completo, ni mucho menos, antes de la llegada de Trump a la presidencia. Pero su elección y el crecimiento de la derecha alternativa lo han convertido en un asunto de vida o muerte. Ricky John Best, Taliesin Myrddin Namkai Meche y Micah Fletcher eran antifascistas cotidianos que dieron un paso al frente a bordo de un tren en Portland (Oregón) en mayo de 2017. Defendieron a dos jóvenes, una de ellas una musulmana que llevaba el hiyab, del ataque de un supremacista blanco. Lamentablemente, el atacante, que había asistido a una manifestación de la derecha alternativa en defensa de la libertad de expresión el mes anterior, apuñaló a los antifascistas cotidianos. Asesinó a Best y a Meche y mandó a Fletcher al hospital. La heroica actuación de los tres es el mejor ejemplo de la actitud de vigilancia contra el fundamentalismo que todos debemos ser capaces de mostrar.[439]

Lo ideal es cambiar los sentimientos y las opiniones. Es algo que puede suceder. Un impactante ejemplo es el caso de Derek Black, el hijo del fundador de la página web nazi *Stormfront*. Black se distanció del supremacismo blanco después de una serie de conversaciones con sus amigos del New College de Florida. Pero aparte de lo poco habitual que es esta circunstancia, debería recordarse que el supremacismo blanco de Derek

Black y las ideas antirracistas de los estudiantes que conoció en la universidad no se enfrentaron en un campo de juego equilibrado. Black se sentía avergonzado de ser un neonazi, algo que solo se supo cuando los otros lo hicieron público. Pero ¿por qué estaba avergonzado? Porque el nazismo había sido descreditado hasta tal punto que sabía que pertenecía a una pequeña minoría, opuesta a todos los que le rodeaban.

En otras palabras, los movimientos antirracistas del pasado habían trabajado para que los puntos de vista del supremacismo blanco conllevaran un alto coste social. Con ello, sentaron las bases para que alguien como Derek Black llegara a adoptar un punto de vista antirracista. Los sentimientos y las opiniones no se pueden cambiar sin un contexto. Son productos de los mundos que los rodean y de las estructuras discursivas que les otorgan sentido.

Cada vez que alguien actúa contra los fundamentalistas racistas y transfobos —sea denunciándolos, boicoteando sus negocios, avergonzándolos por sus opiniones represivas o dando por terminada la amistad, a no ser que esa persona cambie—, está llevando a la práctica una perspectiva antifascista que contribuye a un antifascismo cotidiano de mayor calado. Se opone a la marea de la derecha alternativa, Trump y sus seguidores incondicionales. Nuestro objetivo debería ser que, dentro de veinte años, quienes han votado a Trump se sientan demasiado avergonzados como para reconocerlo en público. Puede que no siempre sea posible cambiar las opiniones de alguien, pero desde luego que se puede hacer que expresarlas tenga un coste político, social, económico y, a veces, también físico.

[394] Entrevista con Kieran; Jonathan Franklin, «Skinnin' heads» [Rapando cabezas], *Vibe*, junio-julio de 1998.

[395] «Police added in Brooklyn neighborhood amid “knockout game” attacks» [La policía refuerza su presencia en un barrio de Brooklyn ante los ataques por el «juego del KO»], *NBC 4*, 20 de noviembre de 2013, en <http://www.nbcnewyork.com/news/local/Knockout-Game-Polar-Bearing-Hate-Crimes-Punch-Slap-Video-232695381.html>.

[396] Zach Schonfeld, «Is it OK to punch a nazi in the face? Leading ethicists weigh in: “no”» [¿Es aceptable darle un puñetazo en la cara a un nazi? Un destacado analista ético nos da su opinión: «No»], *Newsweek*, 24 de enero de 2017, en <http://www.newsweek.com/richard-spencer-punch->

- nazi-ethicists-547277.
- [397] Entrevista con Murray.
- [398] Entrevista con Chepe.
- [399] Entrevistas con Ole, Rasmus Preston, Camille, Paul Bowman, Kieran, Howie, Iggy, Xtn, Frode, Job Polak y Dolores C.
- [400] Siddharth Venkataramakrishnan, «Like or loathe him, the Berkeley riots prove Milo Yiannopoulos is right on free speech» [Guste o no, los altercados de Berkeley demuestran que Milo Yiannopoulos tiene razón en lo que se refiere a la libertad de expresión], *The Telegraph*, 7 de febrero de 2017, en <http://www.telegraph.co.uk/education/2017/02/07/like-loathe-berkeley-riots-prove-milo-yiannopoulos-right-free/>; Jelani Cobb, «The mistake the Berkeley protesters made about Milo Yiannopoulos» [El error que han cometido los manifestantes de Berkeley con Milo Yiannopoulos], *The New Yorker*, 15 de febrero de 2017, en <http://www.newyorker.com/news/daily-comment/the-mistake-the-berkeley-protestersmade-about-milo-yiannopoulos>; Robby Soave, «Milo Yiannopoulos feeds on your violent protests» [Milo Yiannopoulos medra con vuestras protestas violentas], *Daily Beast*, 2 de febrero de 2017, en <http://www.thedailybeast.com/articles/2017/02/02/milo-yiannopoulos-feeds-onyour-violent-protests-so-does-donaldtrump>; Christian Parenti y James Davis, «Free speech as battleground» [La libertad de expresión como campo de batalla], *Jacobin*, 1 de abril de 2017, en <https://www.jacobinmag.com/2017/04/free-speech-charles-murraycampus-protest/>.
- [401] Jonathan Chait, «The “shut it down!” left and the war on the liberal mind» [La izquierda del «¡Impidámoslo!» y la guerra contra la mentalidad liberal], *New York Magazine*, 26 de abril de 2017, en <http://nymag.com/daily/intelligencer/2017/04/the-shut-it-down-left-and-the-war-on-the-liberal-mind.html>.
- [402] Erica Chenoweth y Maria J. Stephan, *Why civil resistance works: the strategy of nonviolent conflict* [Por qué funciona la resistencia civil: la estrategia del conflicto no violento], Nueva York: Columbia University Press, 2011; Erica Chenoweth, «Violence will only hurt the Trump resistance» [La violencia solo va a perjudicar a la resistencia contra Trump], *New Republic*, 7 de febrero de 2017, en <https://newrepublic.com/article/140474/violence-will-hurt-trump-resistance>.
- [403] Max Kutner, «Inside the black bloc protest strategy that shut down Berkeley» [Dentro de la estrategia de bloque negro en la manifestación en Berkeley], *Newsweek*, 14 de febrero de 2017, en <http://www.newsweek.com/2017/02/24/berkeley-protest-milo-yiannopoulos-black-bloc-556264.html>.
- [404] Ben Case, «Beyond violence and nonviolence» [Más allá de la violencia y la no violencia], *ROAR #5*, primavera de 2017; Chenoweth y Stephan, *Why civil resistance works*; Chenoweth, «Violence will only hurt».
- [405] Chenoweth, «Violence will only hurt»; Erica Chenoweth, «Backfire in the Arab Spring» [Efectos indeseados de la Primavera Árabe], Instituto de Oriente Medio, 1 de septiembre de 2011, en <http://www.mei.edu/content/backfire-arab-spring>.
- [406] Chenoweth, «Violence will only hurt».
- [407] Chenoweth y Stephan, *Why civil resistance works*, pp. 40 y 41.
- [408] Chenoweth, «Violence will only hurt».
- [409] *Ibid.*
- [410] Tilles, *British fascist antisemitism*, pp. 151-153.
- [411] Soucy, *French fascism: the first wave*, pp. 55 y 56.
- [412] *Ibid.*, pp. 20, 217; Soucy, *French fascism: the second wave*, pp. 34 y 35.

- [413] Tilles, *British fascist antisemitism*, p. 154; Copsey, *Anti-fascism in Britain*, p. 61.
- [414] Daniel Singer, *Prelude to revolution: France in May 1968* [Preludio revolucionario: Francia en Mayo de 1968], 2.ª edición, Cambridge: South End, 2003, pp. xvii y xviii.
- [415] Mark Bray, *Translating anarchy: the anarchism of Occupy Wall Street* [La traducción de la anarquía: el anarquismo de Occupy Wall Street], Winchester: Zero, 2013, p. 217.
- [416] Entrevista con Maya, marzo de 2017.
- [417] Soucy, *French fascism: the first wave*, p. 53.
- [418] Copsey, *Anti-fascism in Britain*, p. 15.
- [419] Entrevista con Ole; Charles S. Johnson, «Montana woman honored for anti-nazi stance» [Mujer de Montana alabada por su actitud frente a los nazis], *Billings Gazette*, 16 de enero de 2001, en http://billingsgazette.com/news/local/montana-woman-honored-for-anti-nazi-stance/article_f03d2c3a-face-5981-b6f1-3aac988b9785.html.
- [420] <https://crimethinc.com/2017/04/21/antifa-sisters-having-fun-keeping-the-streets-clean-of-fascism>.
- [421] Entrevista con Stefan, marzo de 2017.
- [422] Entrevista con Frederick Schulze, marzo de 2017; «Anti-fascist movement cleans defaced monument to Saban Bajramovic» [El movimiento antifascista limpia el monumento profanado de Saban Bajramovic], *The Balkans Daily*, 25 de abril de 2013, en <http://www.thebalkansdaily.com/anti-fascist-movement-cleans-defaced-monument-to-saban-bajramovic/>.
- [423] Entrevista con Ole.
- [424] Entrevistas con Dag, Paul Bowman.
- [425] Entrevistas con Dolores C. y Magnus; J. Smith y André Moncourt, *The Red Army Faction: a documentary history* [La Fracción del Ejército Rojo: una historia documental], vol. 2, Oakland: PM Press, 2013, cap. 2; Bim Adewunmi, «Kimberlé Crenshaw on intersectionality» [Kimberlé Crenshaw sobre la interseccionalidad], *New Statesman*, 2 de abril de 2014, en <http://www.newstatesman.com/lifestyle/2014/04/kimberl-crenshaw-intersectionality-i-wanted-come-everyday-metaphor-anyone-could>; Denise Lynn, «Claudia Jones' feminist vision of emancipation» [La visión feminista de la emancipación de Claudia Jones], *Black Perspectives*, 8 de septiembre de 2016, en <http://www.aaihs.org/claudia-jones-feminist-vision-of-emancipation/>; Klaus Viehmann, *Prison round trip* [Viaje de ida y vuelta a prisión], Oakland: PM Press, 2009.
- [426] Entrevistas con Dolores C., Maya y RCA.
- [427] Entrevista con Howie.
- [428] Entrevista con RCA.
- [429] Entrevistas con Paul Bowman y Jim.
- [430] Entrevistas con Murray, Camille, Stina, Daniel y Kieran.
- [431] Entrevistas con Kieran, Xtn, Dominic y Dolores C.
- [432] Entrevista con Camille.
- [433] Entrevista con Daniel, mayo de 2017.
- [434] Entrevista con Job Polak.
- [435] Entrevista con Karpa, mayo de 2017.
- [436] Entrevista con Erik D.; <https://workersdefenseguard.wordpress.com/>.
- [437] Entrevistas con RCA y Christy.
- [438] Publicado inicialmente en *ROAR Magazine* como «Trump and everyday anti-fascism beyond punching nazis» [Trump y el antifascismo cotidiano, más allá de darle puñetazos a los nazis], en

<https://roarmag.org/essays/trump-everyday-anti-fascism/>.

[439] «Nearly \$1m raised for victims» [Cerca de un millón de dólares recaudado para las víctimas], Al Jazeera, 29 de mayo de 2017.

Conclusión

Good night white pride (o la supremacía blanca es insostenible)

«Primero vinieron a por los musulmanes y dijimos:

“¡Esta vez no, hijos de puta!”».

[Lema habitual en las protestas contra el veto migratorio de Trump, a principios de 2017].

A finales de enero de 2017 miles de manifestantes invadieron los aeropuertos internacionales de Estados Unidos. Protestaban contra el veto migratorio de Donald Trump a los musulmanes y querían impedir físicamente su aplicación. En 2016, la palabra «fascismo» saltó al segundo lugar en el índice de búsquedas de la web del diccionario Merriam-Webster (por detrás de «surrealista»). Muchos manifestantes asociaban el veto a los musulmanes con el antisemitismo nazi. Estaban dispuestos a poner en práctica la clásica frase de Martin Niemöller: «Primero vinieron a por los comunistas...». Se alzaron para defender a los primeros perseguidos. «¡Esta vez no, hijos de puta!». Es la respuesta correcta. Al pie de la letra, frente a la persecución de cualquier colectivo. Hay que dar a la famosa frase de Niemöller el crédito de haber animado a muchos a pronunciarse.

Sin embargo, los hechos históricos demuestran que cuando se trataba de personas de tipo medio en la demografía mayoritaria de la Alemania nazi, la

Italia Fascista o del resto de regímenes autoritarios, «ellos» no «vinieron» casi nunca. Como concluyeron Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband en *What we knew*: «Lejos de vivir en el temor y el descontento incesantes, la mayoría de los alemanes llevaban vidas felices e incluso normales en la Alemania nazi [...]. Aunque casi todos [los entrevistados] violaban las omnipresentes leyes del Tercer Reich en un aspecto u otro [...], la mayor parte nos dijo que no temían ser arrestados».[440]

Los antifascistas no se deben preocupar solo de aquellos que se organizan para defender la supremacía blanca ni de los que repiten de vez en cuando lemas racistas sin pensarlo mucho. También de quienes no dicen nunca nada en absoluto. Los regímenes fascistas medran gracias al apoyo, o al menos el consentimiento, generalizado. Cultivan el orgullo en una serie de identidades, privilegios y tradiciones. Y fomentan el miedo a perderlos. Uno de los rasgos más importantes en el contexto del resurgir de la extrema derecha en Estados Unidos es el de ser blanco.

La idea popular de la raza es que es algo «natural» y «eterno». No obstante, como noción biológica, es una invención de la Europa moderna. Ta-Nehisi Coates señala que cuando se inventó este concepto, surgió como «el hijo del racismo, no el padre». «El proceso de nombrar “al pueblo” nunca ha sido una cuestión genealógica ni de fisonomía, sino de jerarquía».[441] La condición de ser blanco nunca ha existido por sí misma, independientemente de su ubicación en la cima de la pirámide racial. Como explica Joel Olson en *The abolition of white democracy*: «“Blanco” o “caucásico” no son descripciones físicas neutras de ciertas personas, sino proyectos políticos para garantizar y proteger ciertos privilegios».[442] La condición de ser blanco ocupa una posición destacada en la cúspide de la jerarquía racial, de la que surge a su vez. Eso la convierte en una identidad de un tipo muy diferente de la que corresponde a la condición de ser negro, por ejemplo. Esta última fue el resultado directo de la destrucción de las identidades de las personas africanas secuestradas, a las que se ubicó en la parte más baja de la pirámide. La condición de ser blanco es una «opción moral (porque no hay personas de raza blanca)», como explica James Baldwin. «Nosotros... tampoco éramos negros antes de llegar aquí [...]. El

comercio de esclavos nos definió como negros».[443]

Mis antepasados judíos e irlandeses no eran considerados «blancos» cuando llegaron por primera vez a Estados Unidos a principios del siglo pasado. Con el paso del tiempo se les fue aceptando gradualmente en lo que Olson denomina la «democracia blanca». El significado y los límites de estas construcciones sociales cambian con el tiempo. En todo caso, tenemos la capacidad de luchar contra la jerarquía racial que subyace a la mera idea de ser blanco. Esto no quiere decir que haya que adoptar un enfoque conservador que no reconozca las diferencias entre los diferentes grupos étnicos. Se trata más bien de actuar contra las fuentes del privilegio blanco y luchar en solidaridad con los desheredados del mundo.

Por supuesto, de ningún modo quiere esto decir que haya que exterminar a las personas que actualmente se califican como blancas, sino abolir el esquema de clasificación racial que las hace ser así. W. E. B. Du Bois en «The souls of white folk», de 1920, reflexiona sobre los horrores de la Primera Guerra Mundial. Señala lo que las víctimas del colonialismo y del imperialismo habían sabido durante generaciones. «No se trata de que Europa se haya vuelto demente. No es una aberración ni una locura. Esto *es* Europa. Esto que parece terrible es el alma verdadera de la cultura blanca, desnuda hoy y visible».[444] El advenimiento del fascismo no hizo sino exacerbar ese horror.

Muchos comentaristas europeos y estadounidenses vieron en el Holocausto y en el ascenso del fascismo una lamentable desviación de las tradiciones ilustradas de la «civilización occidental». En cambio, Aimé Césaire concluyó correctamente que «*Europa es insostenible*».[445] Del mismo modo, también nosotros debemos concluir que, como identidad forjada a través de la esclavitud y del sistema de clases, *la supremacía de la condición blanca es indefendible*. La única solución a largo plazo ante la amenaza fascista es minar los pilares sobre los que se cimienta en la sociedad. Están anclados no solo en la supremacía blanca, sino también en la discriminación a los discapacitados. En la heteronormatividad. En el patriarcado. En el nacionalismo. En la transfobia. En el dominio de clase y muchos otros conceptos similares. Este objetivo a largo plazo remite a las

tensiones que existen a la hora de definir el antifascismo. Porque, a partir de un cierto punto, destruir el fascismo consiste realmente en promover una alternativa socialista revolucionaria (en mi opinión, una que sea antiautoritaria y no jerárquica) ante un mundo en crisis. Un mundo con pobreza, hambrunas y guerras, en el que medra la reacción fascista.

Cuando le pregunté a Jim, de Antifascistas de Londres, cómo combatir a los partidos populistas de extrema derecha, me dijo: «No podemos esperar derrotar a un proyecto electoral de este tipo del mismo modo que lo haríamos con un movimiento fascista de calle. En vez de eso, tenemos que presentar mejores propuestas políticas que las suyas». [446]

No cabe duda de que las acciones en la calle y otras formas de oposición frontal pueden ser muy útiles contra cualquier oponente político. Pero una vez que las organizaciones de extrema derecha han conseguido difundir su mensaje xenófobo y distópico, nos corresponde a todos nosotros anegarlas en alternativas mejores que la austeridad y la incompetencia de los partidos de derecha e izquierda que hay en los diferentes Gobiernos.

Por sí solo, el antifascismo militante es necesario pero no suficiente para construir un mundo nuevo sobre las ruinas del viejo.

[440] Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What we knew: terror, mass murder, and everyday life in nazi Germany, an oral history* [Lo que sabíamos: terror, genocidio y vida cotidiana en la Alemania nazi. Una historia oral], Cambridge: Basic Books, 2005, pp. xvi & xxii.

[441] Ta-Nehisi Coates, *Between the world and me*, Paw Prints, 2016, p. 7 [trad. cast.: *Entre el mundo y yo*, Barcelona: Editorial Seix Barral, 2016].

[442] Joel Olson, *The abolition of white democracy* [La abolición de la democracia blanca], Mineápolis: University of Minnesota Press, 2004, p. xviii.

[443] James Baldwin, «On being white... and other lies» [Acerca de ser blanco... y otras mentiras], *Essence*, abril de 1984.

[444] W. E. B. Du Bois, «The souls of white folk».

[445] Césaire, *Discourse on colonialism*, p. 32, en cursiva en el original.

[446] Entrevista con Jim.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los antifascistas del mundo que han sacrificado su tiempo, sus energías, su trabajo, su libertad, su salud y en ocasiones hasta su vida para enfrentarse al fascismo. También a los militantes que tuvieron la amabilidad de compartir sus experiencias y sus conocimientos conmigo. Gracias a Melville House en general y a Dennis Johnson en particular por imaginar este proyecto y por confiarme su realización. Gracias igualmente a todas las personas que me han ayudado a concertar las entrevistas, que han aportado sus conocimientos, que me han dado su opinión y hecho comentarios y que me han apoyado: Gato, Jelle Bruinsma, Malamas Sotiriou, Stephen Roblin, Dominic, Niccolò Garufi, Eli Meyerhoff, Abbey Volcano, Rasmus Preston, Alice, Belinda Davis, Murray, Temma Kaplan, Adrien Alexander Wilkins, Job Polak, Ahmed Daoud, Dominique Cassou, Shane Burley, Almudena, Walter Tull, Ariane Miéville y todas aquellas que han preferido permanecer en el anonimato. Gracias a mi familia por su cariño y afecto. Y a Senia, el amor de mi vida. Sin ti este libro, igual que todo lo demás, hubiese sido impensable. («Fue un momento como este, ¿te acuerdas?»).

APÉNDICES

Apéndice A

Consejos de los antifascistas pasados y presentes a los del futuro

Les pedí a muchas de mis fuentes y a las personas a las que entrevisté para preparar el libro que me dieran algún consejo, en base a sus experiencias, para quienes llegan por primera vez al antifascismo. A continuación, hay una selección de sus respuestas. Se reproducen sin comentario alguno, en un intento de aportar algo así como unas fuentes de primera mano seleccionadas para quienes empiezan a organizarse ahora en contra de la extrema derecha. Algunos de estos consejos se contradicen con otros. Esto es un reflejo de la diversidad de opiniones que hay dentro del movimiento. Se trata de una recopilación de consideraciones generales. No es una guía del usuario detallada, pieza a pieza. Tras unos comentarios iniciales, el resto de la sección está dividida en estrategias organizativas, inteligencia, seguridad, táctica y dinámicas internas.

* * *

«Cada situación es diferente».

Niccolò Garufi, Italia

«No puede haber un único consejo».

Malamas Sotiriou, Grecia

«Ponte en contacto con otros grupos o militantes antifascistas que respetes de alguna ciudad cercana,

o de tu país o de cualquier parte y ¡pregúntales cómo lo hicieron!».

Antifascista Internacional

«No copies lo que hacen otras personas [...]. No hay ningún modelo [...]. Debes trabajar con las circunstancias de partida que tienes».

Ole, Dinamarca

«Implícate y ten la seguridad de que este es tu sitio: lo es».

Erik D., Minnesota

«Atrévete a cometer errores, pero recuerda que cometer errores ha llevado a gente a la cárcel, ha causado heridos y muertos».

Murray, Baltimore

«No pierdas de vista aquello por lo que luchamos».

Ole, Dinamarca

«Lo más importante del antifascismo es implicarse».

K. Bullstreet, RU[447]

Estrategias organizativas

«Lo más importante es no enfrentarse nunca (a los fascistas) solo [...].

Reúne al menos a un pequeño grupo de confianza».

Murray, Baltimore

«Si estáis solos no sois más que una pandilla». Niccolò Garufi, Italia

«No te aísles».

Dolores C., Suecia

«Es muy eficaz construir un colectivo a partir de un grupo de amigos y luego invitar a unirse a más gente».

K, Polonia

«No sigas añadiendo gente al grupo sin más, forma un núcleo».
Iggy, Atlanta

«Lo más importante es fomentar la solidaridad entre grupos».
Eliana Kanaveli, Grecia

«Tienes que adaptar tu estrategia a los grupos a los que te enfrentas y, hasta cierto punto, al sitio en el que desarrollas la actividad».
Dag, Noruega

«Tómate el tiempo que te haga falta y no te encierres en la ideología. Eso excluye a mucha gente. Intenta partir de “la vida normal”. Habla con los vecinos y establece una presencia en tu comunidad».
Camille, Francia

«La mejor forma de combatir el fascismo es construir un movimiento de izquierdas de mayor calado».
Ole, Dinamarca

«Articula el antifascismo en términos de autodefensa obrera».
Kieran, Mineápolis

«Algo que no debes olvidar nunca en la lucha antifascista es que para relacionarte con la clase obrera y conseguir su apoyo hay que hacer un montón de trabajo previo. Tus vecinos no te van a apoyar si vas corriendo por ahí gritando: “¡Mata nazis!”».
Karpa, España

«Siempre he pensado que la guerra contra el fascismo es total. Pero no en un sentido militar. Hay que estar dispuesto a atacar y defenderse. Hay que estar preparado. Pero sobre todo es una lucha cultural, porque el fascismo se extiende entre la clase obrera. Tenemos que estar presentes en ella, en el movimiento estudiantil, en las organizaciones obreras en la comunidad y construir redes de solidaridad».
Niccolò Garufi, Italia

«Hace falta una organización más amplia que involucre a personas que no sean militantes ni revolucionarias para aislar y enfrentarse al fascismo. Pero si hay un grupo de nazis activo en tu ciudad, desde luego que hace falta organizar un colectivo más dispuesto al enfrentamiento para proteger a la gente».

Dag, Noruega

«Tómate en serio todos los aspectos de la organización [...]. Crea un espacio democrático en el que la gente se pueda involucrar por primera vez [...]. Construye una cultura de solidaridad y respeto».

Kieran, Mineápolis

«A veces hace falta un colectivo cohesionado que actúe durante años. A veces solo se necesita un grupo pequeño de militantes para una acción concreta. En ocasiones hay que funcionar de forma clandestina y anónima, sobre todo en ciudades pequeñas en las que el odio a las minorías es generalizado, en la escuela, en las calles, en el ayuntamiento. Otras veces se puede actuar abiertamente y defender a los grupos oprimidos sin ocultarse».

K, Polonia

«Un grupo debe tener una idea clara de lo que pretende conseguir. Por ejemplo, aumentar la sensibilidad de una comunidad ante la discriminación, dar visibilidad a un cierto tema en los medios de comunicación o sacar a la luz pública las identidades de los miembros de alguna pandilla de neonazis».

K, Polonia

«Todas las personas que son objetivo de los nazis deberían tener una forma de participar, aunque no sea necesariamente en todas las acciones».

Kristin, Toronto

«Aconsejamos con vehemencia que los grupos antifascistas no se organicen siguiendo el modelo abierto y público de la mayor parte del

activismo contemporáneo, por el riesgo de infiltración. Si alguna situación de emergencia requiere una reunión pública y un modelo de organización de masas tradicional, como, por ejemplo, para hacer frente a un acto fascista, esta debe mantenerse separada de la estructura a largo plazo del grupo».

It's Going Down^[448]

«Una opción más extrema es funcionar como un grupo, pero no adoptar nombre alguno, ni decir a los otros activistas lo que estáis haciendo. Una vez que tengáis un nombre, los fascistas van a intentar saber “quién está en el grupo”. No tener una existencia pública hace que las acciones sean todavía más anónimas».

It's Going Down

Inteligencia

«Investiga. Una de las cosas más útiles que puedes hacer como antifascista es conocer a tu enemigo, dónde se reúnen, cómo se organizan... Luego tienes que ser eficaz a la hora de impedirselo».

Jim, RU

«Conoce los recursos de los que dispone la extrema derecha. Reúne información pública y privada sobre sus lugares de residencia, de trabajo, lo que hacen, qué ideas se han difundido en sus grupos, para poder reaccionar en la misma escala».

Yan, Rusia

«El antifascismo debe basarse en información [...]. No se puede hacer actividad antifascista en abstracto [...]. Entérate de lo que hacen, de lo que hablan, qué grupos hay que neutralizar, entérate de sus enfrentamientos internos, agrándalos, apóyate en ellos, divide y vencerás».

Paul Bowman, RU

«Mira a ver cómo actúan en tu comunidad el racismo, el fascismo u

otras formas de opresión, porque no van a tener el mismo aspecto de una ciudad a otra».

Walter Tull, Montreal

Seguridad

«Tómate la seguridad en serio [...]. El peligro es real, así que es importante decidir cómo vas a emplear tus energías de la mejor manera».

Howie, Nueva Jersey

«Aprende a moverte de forma segura en Internet».

Iggy, Atlanta

«Empieza a entrenarte en artes marciales y en el uso de armas cuanto antes, porque te vas a enfrentar a personas que han recibido entrenamiento militar [...]. Están preparadas para la guerra en las calles».

Maya, Texas

«Ponte en forma..., incluso aunque no haya peleas callejeras en un momento determinado, la derecha alternativa anima a su gente a ponerse en forma y practicar el manejo de armas. Aprende artes marciales y a usar armas de fuego si te sientes cómodo con ellas».

Iggy, Atlanta

«Protégete a ti mismo y a tu grupo de los nazis y de la represión: anonimato; haz que sea imposible que la policía o los nazis puedan rastrear tus actividades, individuales o colectivas».

Camille, Francia

«Los miembros de grupos antifascistas tienen que mantener un perfil bajo, en la medida de lo posible. Ocultar sus identidades cuando hacen tareas organizativas y no ser demasiado abiertos sobre quién forma parte del grupo, dónde viven, cuáles son sus planes, etc.

La extrema derecha tiene afición a perseguir a miembros individuales de grupos antifascistas, así que la seguridad debe ser siempre la máxima prioridad. Para ello, cualquier acto antifascista público debe realizarse con la cara y cualquier característica corporal que pueda usarse como

identificación (marcas de nacimiento, tatuajes, etc.) todo lo tapadas que sea posible».
Antifa Nebraska

«Es positivo ver que el estilo de vida apoya el antifascismo [...], pero al mismo tiempo es arriesgado hacerlo uno mismo [...].

Si vas a hacer actividades antifascistas en público, puede ser mejor que no uses el término “antifascista”».

Ian, Nueva York

«Muchas personas no se dan cuenta de que llevar símbolos antifascistas visibles es básicamente un código que dice: “Apuñálame” [...]. No queréis que os pillen llevándolos en la ciudad equivocada».

Jack, Boston

Táctica

«Sé flexible en cuanto a la táctica y a la organización para poder responder frente a las situaciones que se presenten».

Murray, Baltimore

«Evita caer en un rollo machista. No se trata de ver quién es más duro [...]. Apóyate en el número para reducir los riesgos al mínimo».

Luis, Alemania, EE. UU.

«A la hora de decidir las tácticas más eficaces hay que estar más abierto a la idea del “antifascismo de espectro completo”, sin hacer de la violencia un fetiche [...].

Lo más importante es ganar».

Paul Bowman, RU

«No es un concurso de la tele titulado ¿Quién es el antifascista más duro? Todos los métodos se complementan entre sí [...]. Los que se enfrentan con los fascistas no pueden existir sin una teoría que escriben los que se quedan en casa trabajando en esa tarea».

Georg, Alemania

«Todos los grupos deben tener en cuenta la necesidad de recaudar

fondos. Participar en cualquier centro social de la localidad ayuda a reservar salas para actos de financiación, pero también se puede conseguir dinero poniendo huchas para donativos en las tiendas, puestos de material en actos políticos afines y actos culturales o montar conciertos para obtener fondos».

Red Antifascista, RU[449]

«Ten preparado el apoyo legal antes de necesitarlo. Asegúrate de estar en contacto con un abogado que esté dispuesto a representar a cualquier detenido del grupo [...]. Acostúmbrate a hacer tareas de apoyo a presos políticos».

It's Going Down

«No le regales victorias fáciles a los fascistas [...].

Eso solo los anima [...]. Hemos cancelado movilizaciones cuando nos superaban mucho en número [...]. Tienes que escoger el momento del enfrentamiento».

Luis, Alemania, EE. UU.

Dinámica interna

«Libérate de tu ego».

Maya, Texas

«Discute con franqueza los éxitos y los fracasos».

Xtn, Chicago

«Fomenta una cultura de apoyo entre los miembros del colectivo [...] para que la gente pueda ser franca con respecto a sus capacidades».

Miembro de RCA de Portland

«La solidaridad también es apoyar a “tu” gente, así que asegúrate de que están bien. Si no, piensa a ver qué puedes hacer en vez de insistir en que actúen, independientemente de las circunstancias. El antifascismo es un estado mental, una forma de relacionarse y de pensar de forma crítica (también acerca de nosotros mismos). No se trata de ir de negro y hacer artes marciales».

M, Polonia

*«Los más bocas son los primeros en dejar vendidos a los demás [...].
Desconfía de los que presumen de antifascistas».*
Miembro de RCA de Portland

«Trabaja tu racismo interiorizado».
Maya, Texas

*«Sé flexible respecto a las opiniones de los demás y no intentes
imponer la tuya [...].
Cread de forma conjunta mediante el consenso».*
Daniel, España

*«Evita a los que quieren ser estrellas y les mueven los aplausos de los
demás [...]. Valora a quienes no destacan, hacen el trabajo y son
colaborativos».*
Miembro de RCA de Portland

*«Si alguien está más interesado en conseguir gente para su propio
grupo que en hacer tareas antifascistas, líbrate de él».*
It's Going Down

*«De forma ideal, te interesa tener un grupo diverso, con integrantes
con habilidades diferentes.*
*Hay quien se desempeña mejor en la línea del frente,
en enfrentamientos (generalmente, personas fuertes y en forma que pueden pelearse si hace falta).
Otros son muy buenos reuniendo información (controlando las páginas de extrema derecha, sacando
a la luz los datos personales de los fascistas, etc.).
Y hacen falta otros que sepan diseño gráfico para producir panfletos, otros que estén familiarizados
con la cultura de seguridad, etc. Cuanto más diverso sea el grupo, mejor preparado estará para ser
una organización eficaz y mantener la seguridad».*
Brett, Nebraska

«Ten paciencia y controla tus sentimientos».
Erik D., Minnesota

*«Mantente atento por si alguien intenta presionar a los miembros más
jóvenes o nuevos para realizar acciones que les expongan a un riesgo
innecesario. Esta actitud es típica de los provocadores infiltrados y*

puede acabar con el grupo».

It's Going Down

«Infórmate sobre género, sexualidad y capacidad corporal. No crees más grupos exclusivos de militantes. Esto no es lo que el antifascismo significa para todo el mundo».

M, Polonia

[447] K. Bullstreet, *Bash the fash. 1, anti-fascist recollections* [Caña al nazi 1, memorias antifascistas], Londres: Kate Sharpley Library, 2001, p. 2.

[448] <https://itsgoingdown.org/forming-an-antifa-group-a-manual/>.

[449] <https://antifascistnetwork.org/how-to-set-up-an-anti-fascist-group/>.

APÉNDICE B

Selección de obras sobre antifascismo en América del Norte y en Europa

General

Larry Ceplair, *Under the shadow of war: fascism, anti-fascism, and marxists, 1918-1939* [Bajo la sombra de la guerra: el fascismo, el antifascismo y los marxistas, 1918-1939], Nueva York: Columbia University Press, 1987.

Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Clímaco (eds.), *Rethinking antifascism: history, memory and politics, 1922 to the present* [Repensar el antifascismo: historia, memoria y política, desde 1922 al presente], Nueva York: Berghahn, 2016.

Valerio Gentili, *Antifa: storia contemporanea dell'antifascismo militante europeo* [Antifa: historia contemporánea del antifascismo militante en Europa], Roma: Red Star, 2013.

Canadá

Antifa Forum, *Antifascism in Canada* [Foro antifascista: antifascismo en Canadá], Toronto: Antifa Forum, 1996.

República Checa

161>88, *documental*, 2012.

Francia

Réseau No Pasaran, *Scalp 1984-1992: comme un indien métropolitain* [Scalp, 1984-1992, como un indio metropolitano], París: No Pasaran, 2005.

Marc-Aurèle Vecchione, *Antifa: chasseurs de skins* [Antifa: cazadores de skins], *documental*, París: Resistance, 2008.

Gilles Vergnon, *L'antifascisme en France: de Mussolini à Le Pen* [El antifascismo en Francia: de

Mussolini a Le Pen], Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2009.

Alemania

- Herausgeber innenkollektiv, *Fantifa: feministische perspektiven antifaschistischer politiken* [Fantifa: perspectivas feministas en la política antifascista], Münster: Edition Assemblage, 2013.
- Mirja Keller et al., *Antifa: Geschichte und Organisierung* [Antifa: historia y organización], Stuttgart: Schmetterling, 2013.
- Bernd Langer, *Antifaschistische Aktion: Geschichte einer linksradikalen Bewegung* [Acción Antifascista: historia de un movimiento de izquierda radical], Münster: Unrast, 2015.
- Frank McDonough, *Opposition and resistance in nazi Germany* [Oposición y resistencia en la Alemania nazi], Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- Eve Rosenhaft, *Beating the fascists? The German communists and political violence 1929–1933* [¿Derrotar a los fascistas? Los comunistas alemanes y la violencia política, 1929-1933], Londres: Cambridge University Press, 1983.
- Horst Schöppner, *Antifa heißt Angriff* [Antifa es ataque], Hamburgo: Unrast, 2015.
- Peter Ulrich Weiss, «Civil society from the underground: the alternative antifa network in the GDR» [La sociedad civil desde la clandestinidad: red de antifascistas alternativos en la RDA], *Journal of Urban History* 41, n.º 4, 2015.

Países Bajos

- Job Polak, «A history of Dutch fascism and the militant anti-fascist response» [Una historia del fascismo holandés y de la respuesta antifascista militante], en libcom, <https://libcom.org/history/history-dutch-fascismmilitant-anti-fascist-response>.

Italia

- Stanislao G. Pugliese (ed.), *Fascism, anti-fascism, and the Resistance in Italy 1919 to the present* [Fascismo, antifascismo y la resistencia en Italia: de 1919 al presente], Lanham: Rowman & Littlefield, 2004.
- Rivista Anarchica, *Red years, black years: anarchist resistance to fascism in Italy* [Años rojos, años negros: resistencia anarquista al fascismo], Londres: ASP, 1989.
- Marco Rossi, *Arditi, non gendarmi! Dall'arditismo di guerra agli Arditi del Popolo 1917-1922* [¡Arditi, no policías! De los arditi de la guerra a los Arditi del Popolo, 1917-1922], Pisa: Biblioteca Franco Serantini, 1997.

Noruega

- Adrien Alexander Wilkins, «Vold og motvold—antifascistisk voldbruk i norge 1990-2001» [Violencia y contraviolencia: el recurso a la violencia del antifascismo en Noruega 1990-2001], tesis de máster, de próxima publicación.

Rusia

Anti-fascist attitude [Actitud antifascista], documental.

España

Gabriel Jackson, The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939, Princeton: Princeton University Press, 1965 [trad. cast.: La República española y la Guerra Civil, Barcelona: Booket, 2013].

R. Dan Richardson, Comintern army: the International Brigades and the Spanish Civil War [El ejército de la Komintern: las Brigadas Internacionales y la guerra civil española], Lexington: University Press of Kentucky, 2014.

Suecia

Jan Jämte, «Antirasismens många ansikten» [Las muchas caras del antirracismo], tesis doctoral, Universidad de Umeå, 2013.

Patrik Öberg y Emil Ramos, Antifascisterna [Antifascistas], documental.

Rasmus Preston y Andreas Rasmussen, Nästa station Rönninge [Siguiente parada, Rönninge], documental, Produktionskollektivet Opbrud, 2015.

Andreas Rasmussen, Ingen jävla hjälte [Ningún maldito héroe], Malmö: Kira Förlag, 2016.

Reino Unido

Morris Beckman, The 43 Group: battling with Mosley's blackshirts [El Grupo 43: la lucha contra los camisas negras de Mosley], Stroud: The History Press, 2013.

Sean Birchall, Beating the fascists: the untold story of Anti-fascist Action [Derrotar a los fascistas: la historia jamás contada de Acción Antifascista], Londres: Freedom, 2010.

Nigel Copsey, Anti-fascism in Britain [Antifascismo en Gran Bretaña], Londres: Routledge, 2017.

Dave Hann, Physical resistance: or a hundred years of anti-fascism [Resistencia física, o cien años de antifascismo], Winchester: Zero Books, 2013.

Keith Hodgson, Fighting fascism: the British left and the rise of fascism, 1919-36 [Enfrentarse al fascismo: la izquierda británica y el ascenso del fascismo, 1919-1936], Mánchester: Manchester University Press, 2010,

Dave Renton, When we touched the sky: the Anti-Nazi League 1977-1981 [Cuando alcanzamos el cielo: la Liga Antinazi, 1977-1981], Cheltenham: New Clarion, 2006.

Daniel Tilles, British fascist antisemitism and Jewish responses, 1932-40 [Antisemitismo del fascismo británico y respuestas judías: 1932-1940], Londres: Bloomsbury, 2015.

Estados Unidos

Shane Burley, Fascism today: what it is and how to end it [El fascismo hoy: qué es y cómo acabar con él], Oakland: AK Press, 2017.

Don Hamerquist, J. Sakai y Mark Salotte, Confronting fascism: discussion documents for a militant

movement [Enfrentarse al fascismo: documentos de debate para un movimiento militante], Kersplebedeb, 2002.

Recursos en Internet

Archivo de Arm the Spirit, en <http://kersplebedeb.com/postsarm-thespiritarchive/>.

Three Way Fight, en <http://threewayfight.blogspot.com/>.

It's Going Down, en <https://itsgoingdown.org/> (EE. UU.).

La Horde, en <http://lahorde.samizdat.net/> (Francia).

REFLEXes, en <http://reflexes.samizdat.net/> (Francia).

Antifaschistisches Infoblatt, en <https://www.antifainfoblatt.de/> (Alemania).

REDOX, en <https://redox.dk/> (Dinamarca).

Antifa Internacional, en <https://antifainternational.tumblr.com/>.

Índice

Portada

Antifa. El manual antifascista

Introducción

01. ¡No pasarán! El antifascismo hasta 1945

02. ¡Nunca más! El desarrollo del antifascismo moderno (1945-2003)

03. El ascenso de los «nazis de corbata» y el antifascismo actual

04. Cinco lecciones históricas para antifascistas

05. «¡Se acabó la izquierda tolerante!»: «sin tribunas» y la libertad de expresión

06. Estrategia, (no) violencia y antifascismo cotidiano

Conclusión: Good night white pride (o la supremacía blanca es insostenible)

Agradecimientos

Apéndice A: Consejos de los antifascistas pasados y presentes a los del futuro

Apéndice B: Selección de obras sobre antifascismo en América del Norte y en Europa

Sobre este libro

Sobre Mark Bray

Créditos

Antifa. El manual antifascista.



A raíz de los trágicos acontecimientos en Charlottesville (Estados Unidos), y la negativa inicial de Donald Trump a denunciar a los nacionalistas blancos detrás de todo esto, el movimiento antifa aparece de repente en todas partes. Pero... ¿qué es, exactamente?, ¿de dónde ha salido? Desde que ha existido el fascismo, ha habido antifascismo. Nacido de la resistencia a Mussolini y Hitler en Europa durante las décadas de 1920 y 1930, el movimiento aparece ahora en los titulares en medio de la oposición a la administración Trump y a la derecha alternativa. Se les puede ver en los informativos, a menudo vestidos de negro y con pasamontañas cubriendo sus rostros, manifestándose en la inauguración presidencial, protestando contra oradores de extrema derecha en los campus universitarios de California y protegiendo, entre otros, a Cornel West y un grupo de ministros religiosos de la violencia neonazi en las calles de Charlottesville. Los grupos antifas tienen como objetivo negar a los fascistas la oportunidad de promover su política opresiva y proteger a las comunidades de los actos de violencia promulgados por el fascismo. Mark Bray proporciona un estudio detallado de la historia del antifascismo desde sus orígenes hasta nuestros días y, partiendo de entrevistas con antifas de todo el mundo, detalla las tácticas del movimiento y la filosofía que hay detrás de él.

Mark Bray. Bray es historiador de derechos humanos, terrorismo y radicalismo político en la Europa moderna. Fue uno de los organizadores del movimiento Occupy Wall Street. Actualmente está terminando su manuscrito «The Anarchist Inquisition: Terrorism and the Ethics of Modernity in Spain, 1893-1909», en el que explora el surgimiento de las campañas pioneras de derechos humanos en Europa y Estados Unidos en respuesta a la brutal represión contra la disidencia por parte del Estado español, a raíz de los bombardeos y asesinatos anarquistas. En el Gender Research Institute de Dartmouth comenzará a trabajar en su próximo proyecto, que explora las culturas de violencia y resistencia callejera que emergen en los movimientos sociales de la Europa occidental de posguerra y su impacto en las concepciones de la masculinidad izquierdista, en el contexto del surgimiento de concepciones competitivas del feminismo. Bray es también autor de «Translating Anarchy: The Anarchism of Occupy Wall Street» y coeditor de «Anarchist Education and the Modern School: A Francisco Ferrer Reader». Su trabajo ha aparecido en medios muy diversos, como *The Washington Post*, *Foreign Policy*, *Critical Quarterly*, *ROAR Magazine*, así como en numerosos volúmenes editados. Actualmente es profesor en el Dartmouth College.

Título original: *Antifa: The Anti-Fascist Handbook (2017)*

© Del libro: Mark Bray

© De la traducción: Miguel A. Pérez

ISBN: 978-84-120300-7-5